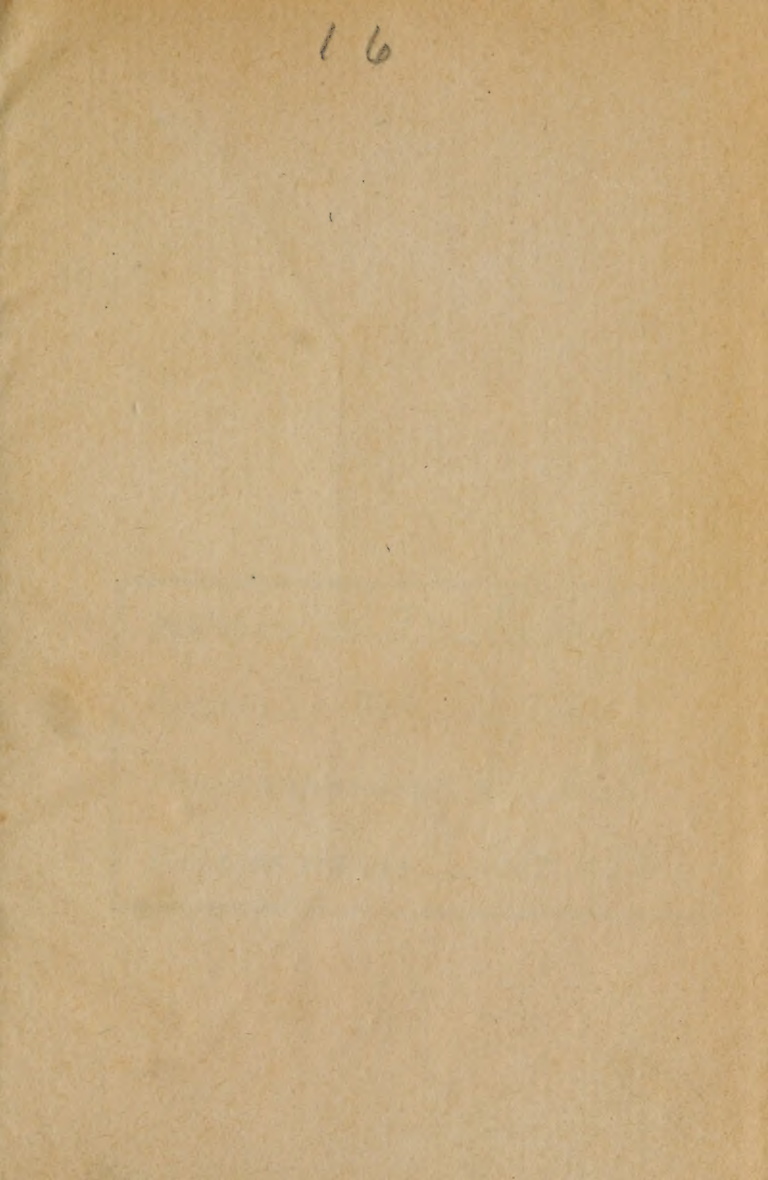
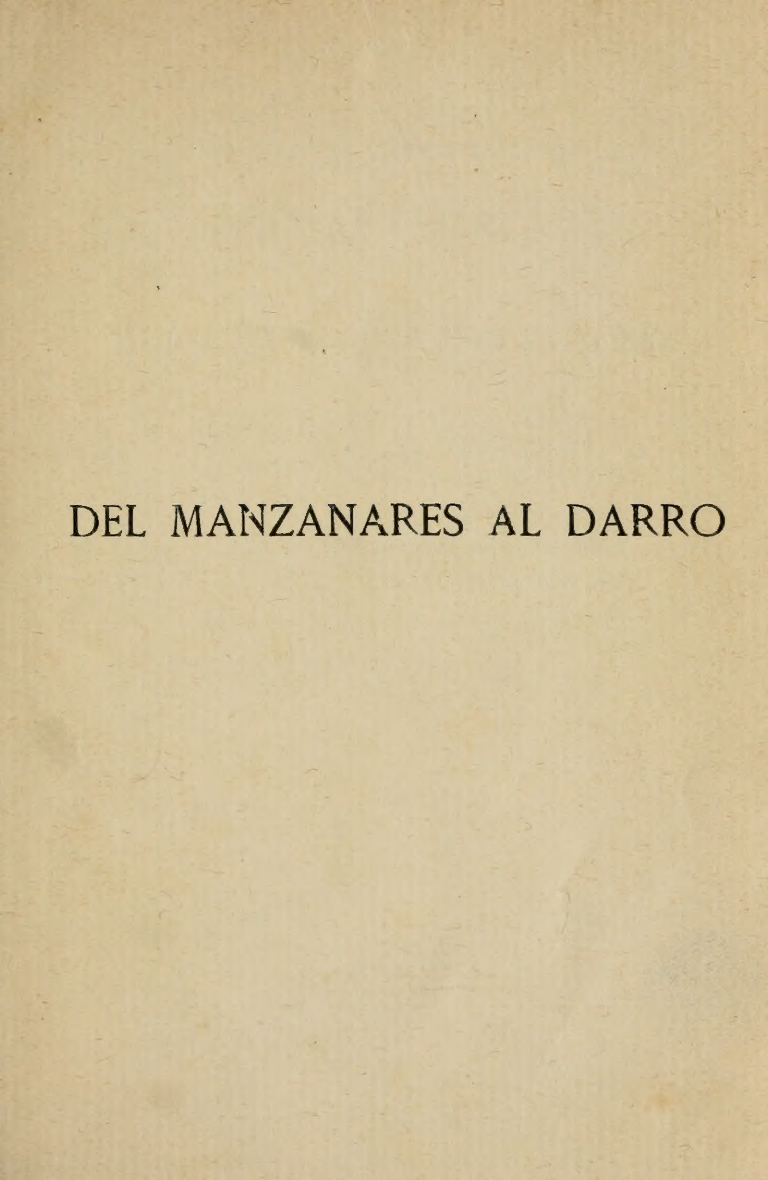

3 1761 07146698 1


16



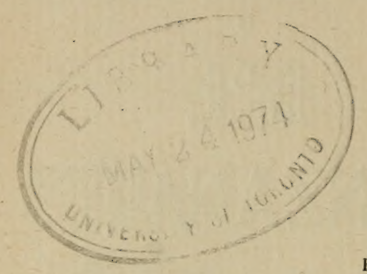
DEL MANZANARES AL DARRO

OBRAS DE DON AMÓS DE ESCALANTE

Ave Maris Stella.
Costas y Montañas.
Del Ebro al Tiber.
En la playa (acuarelas).
Del Manzanares al Darro.
Poesías.

6 PESETAS CADA VOLUMEN.


AMÓS DE ESCALANTE
DEL
MANZANARES
AL DARRO
PRÓLOGO DE RICARDO LEON
GIL BLAS



Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30. — MADRID

PROLOGO



DON AMÓS DE ESCALANTE

PARA *cifrar en un nombre el dechado perfecto, el ejemplar más castizo de la vieja hidalguía montañesa, donde se colman y apuran los caracteres históricos del caballero cristiano y español, bastaría escribir el nombre de don Amós de Escalante.*

Vivió este hidalgo de las Letras, desde su edad madura, en sosegado apartamiento: pudo, por su claro linaje, por su ingenio prócer, por sus virtudes de entendimiento, de voluntad y corazón, brillar en las cumbres del siglo; mas prefirió seguir la escondida senda de los sabios, acrisolando así, cual noble artífice, su vida, para que fuera, entre sus obras de Poeta, la más pura y cabal de todas.

Dió término cumplido a la existencia peregrina del Discreto, y con tal arte que, de haber morado en tiempos de Baltasar Gracián, diríamos que aquel su aureo código de prudencia y

cortesía era como una glosa de la vida de Escalante. El cual «repartió la comedia en tres jornadas: la primera empleó en hablar con los muertos; la segunda, con los vivos; la tercera, consigo mismo». Estudió las lenguas y la historia, letras sagradas y profanas, educó su generosa mocedad con el grave consejo de los antiguos varones, adiestrándose en sus obras con severa disciplina; caminó después por el mundo, trató a sus contemporáneos, aplicó la letra de los libros al espíritu de la vida y retiróse por último a su hogar, cultivando el arte y rumiando impresiones y memorias. Paralelamente a esta su vida de lector, viajero y artista, creó familia numerosa, honró su casa, gobernó su hacienda, declinó sin angustias ni inquietudes, al calor de purísimos afectos, y murió al cabo, santamente, con la conciencia llena de paz.

Fué uno de esos hombres a quienes Carlyle apellidó sal de la tierra, *con evangélico decir; apóstoles singulares de la religión del silencio; aristócratas del espíritu, desparramados aquí y allá, para ejemplo y humillación de blasones incultos y decadentes; caballeros del reposo, de ese fecundo reposo del alma verdaderamente activa y creadora; raíces de los pueblos, asidas al terruño secular, por las cuales una nación florece y da frutos sazonados y perpetuos. De esta fuerza interior, de estos solitarios, de estos contemplativos, se nutren el genio y la sangre de la raza; mientras haya un puñado de esta sal en tierra española no podrá decirse, como suelen decir los arbitristas y curanderos de la villa y corte, que nuestra patria está sin pulso.*

Vivir en la corte es ignorar a España. El Madrid de los literatos y, sobre todo, el Madrid de los políticos, es algo extraño y superpuesto a la vida nacional, una costra de todas las pedan-

terías y todas las concupiscencias, una negación de todas las realidades profundas. Hay que salir de la corte y lanzarse a los caminos de Castilla, de Aragón y Cantabria, de Andalucía y de Levante, para conocer la vida española, el auténtico pueblo español, su fondo grave, sentimental y reflexivo, su entereza moral, su originalísimo carácter. ¡Cómo vive la España histórica y popular, con harta salud, con pulso acompasado y firme, en las más remotas aldeas, en los rincones más agrestes, allí donde no pudieron morbos cortesanos envenenar la sangre pura de la casta ni quebrar sus aceros ni afeminar su espíritu!

En un lugar de la Mancha vive todavía Don Quijote imaginando nuevas aventuras; viven también los Pizarros y Corteses en los campos de Medellín y la Serena; apenas hay villa ni casona donde un hidalgo pueblerino, un oscuro inventor, no sueñe con emular los artificios de Juanelo, y no es raro descubrir el alma y los bríos de un Cardenal de España bajo el roto balandrán de un cura de misa y olla...

Dondequiera que yo he ido, hasta en los pueblos más apartados y quietos, me ha sorprendido el hallazgo de un grupo de hombres singulares, absortos en callada labor, esparcidos como las simientes en el rincón de una capital de provincia o al amor de escondido terruño, hombres nobles y doctos, artífices de su propia vida, muy pagados de su dichosa y espléndida soledad.

Cada vez que he hallado uno de estos varones de silencio, muchas veces ignorado hasta de sus convecinos, he sentido una dulcísima emoción. Yo, más feliz que Diógenes, caminando al azar, con el alma abierta a toda pura contemplación, he encontrado muchos hombres cabales, íntegros y selectos. ¿Hay mayor goce que el de descubrir un hombre en estos tiempos grises, en

que hay tan pocos que tan alto título merezcan? ¿Recordáis aquellas páginas magistrales de Pereda en Peñas arriba, *cuando nos traza el castizo retrato del señor de la torre de Provedaño, de aquel solitario montañés, tan diestro con el dalle como ingenioso con la palabra y con la pluma? Yo he tenido el singular placer de hallar no pocas torres de Provedaño en mi camino, y de topar también con hidalgos de aquella peregrina condición. En la ciudad y en el campo, en la casa y en el camino, he gozado de amable hospitalidad y de sabrosa compañía; he sentido la pura efusión de la gratitud sin menoscabo de la altivez, y he visto la distancia que existe entre las vidas sencillas y claras, noblemente empleadas, honestamente escondidas, y esas otras existencias cortesanas y mentirosas, aflicción de la carne y del espíritu...*

Imaginad un antiguo caballero de Castilla, de la Edad de Oro de nuestro genuino carácter; un hidalgo de noble fisonomía y también de noble condición, de agudo entendimiento y corazón piadoso; grave sin afectación y cortesano sin lisonja; ingenioso y austero a un tiempo; sutil en el pensar, claro y castizo en el hablar y el escribir; de moral severa y acendrado gusto; profundo en el consejo; elegante en las maneras; ático en la conversación; resignado en el sufrimiento; sazonado todo con una levadura de delicada timidez, con un fondo de piadosa melancolía. Tal era don Amós de Escalante.

Poco antes de su muerte, apenas sabía yo nada del poeta. Clásico en vida, sus libros se guardaban avaramente en las casas de los hombres selectos; agotadas las cortas ediciones

que el autor hizo de sus obras, quien poseía un ejemplar lo recataba como oro en paño, celando hasta su lectura, sabedores del peligro que corre un libro bello y raro si topa con las manos de hombre curioso y entendido. Un alma delicada y generosa me hizo espontánea donación de algunos de estos tesoros, y comencé a gustar de ellos, a enamorarme del arte puro y exquisito que los tales libros contenían. Leí primero Costas y Montañas, *libro del caminante montañés, mayorazgo fraterno de* La Alpujarra, *de Alarcón, según declaró muy justamente doña Emilia Pardo Bazán. Después,* Ave Maris Stella, *historia montañesa del siglo XVII, obra de estilo, de un purísimo y perfecto estilo, libro que leo con frecuencia para aprender el castellano. Más tarde,* Del Ebro al Tíber, *impresiones de viajes por Italia, en que superó al artista viajero de* Madrid a Nápoles. *Y entreverando con estas y otras deliciosas lecturas las Poesías—*Marinas, Flores, *cantos de la montaña y algunas rimas inéditas—, llegué a conocer, si no totalmente, lo mejor de aquel gran poeta desconocido. Y entonces os juro que gocé una de las más grandes y más delicadas alegrías de mi vida.*

Lector: si eres discreto y leído; si tienes un alma sutil y curiosa; si sabes gozar de la vida y de sus divinas sorpresas, dejando siempre el corazón abierto a las emociones que pasan, comprenderás el encanto de este descubrimiento, hecho no a título de erudito ni de crítico interesado, sino de amigo devoto del arte y apasionado de la belleza pura. Esto de hallar un grande poeta no es cosa de todos los días. En estos tiempos en que el talento y hasta la divina poesía llaman a nuestras puertas, pregonando como mercaderes, a son de bombo, con grande copia de anuncios y lujo de competencias, profanando la excelsa

virtud creadora, que, como el amor, se prostituye si se vende, ¿cómo no ha de ser hermoso el hallazgo de un poeta solitario, de un hombre que recata su genio, no por orgullo ni afectación, sino por una especie de divino pudor, de inefable modestia? ¡Casta preciosa de los Amiel, tus violetas crecen en todas partes!

La vanidad nos pierde. Yo, que encuentro siempre razones para justificar toda ambición, repudio la vanidad en los hombres por cobarde y ruin, por femenina y parlera, porque ahoga villanamente el natural, el profundo deseo del más allá, *propio de nuestras almas inmortales, con el tosco deleite de lo trivial y externo, de lo actual y transitorio...*

¿Cómo, pues, no alabar cumplidamente al claro varón despojado de vanidades, al buen caballero que no cura de pequeñas satisfacciones, porque puso sus ojos y su pensamiento muy altos? Artífices ignorados de nuestras viejas catedrales; artistas llenos de unción y de sagrado fuego, que no osabais poner el nombre en la estatua maravillosa que tallaba vuestro cincel; artistas anónimos que hacíais un presente a Dios, poniendo el alma en la piedra, con un supremo desinterés; espíritu de abnegación, profundamente cristiano: ¡cuán lejos ya de nuestras generaciones impacientes y vanidosas, incapaces de crear por puro placer, por puro regalo del espíritu!

Hierve en nosotros, hombres del día, la pasión de todos los ideales; nuestra Ciencia crece, pero crece más nuestra petulancia; queremos romper los «viejos moldes», crear prestigios y valores nuevos, y, sin embargo, nuestras obras son ruines; el arte vive de supercherías y remedos, no acertamos a crear nada perenne.

Es que no vivimos ni laboramos para el porvenir; es que sólo

buscamos lo útil, lo temporal y lo perecedero; es que hacemos mercadería de las más nobles cosas del alma. No somos artistas, somos artesanos: no realizamos un ideal, practicamos un oficio...

Por esto, cuando sabemos de un Poeta consagrado a la vida interior, de esos que tienen a gala desdeñar la gloria de la tierra, nos parece un ente raro y extravagante, un forastero. Y las gentes vanas se apartan de él, en busca de los hombres decorativos y exteriores. Don Amós de Escalante, que perteneció a la estirpe de los primeros, fué desconocido en vida. Con su muerte, comenzó a repararse la oscuridad de su nombre. Publicóse en Madrid una edición póstuma de sus poesías, y al frente de ellas, el sabio Menéndez Pelayo escribió un soberano estudio del poeta y de sus obras, supremo tributo al escritor, al compatriota y al amigo. Después de aquellas páginas, donde quedó dicho, con el profundo saber, la noble autoridad y la suma elegancia del maestro, cuanto se puede decir en elogio del patriarca montañés, parece audacia poner la pluma en tal retrato para rehacerlo torpemente; mas téngase en cuenta el afán desinteresado que me mueve por divulgar el nombre de Escalante, por extender su ejemplo y sus obras al amor y a la admiración de la juventud.

Ingenios zafios y romos, de esos que pasan por novadores y agudos, han pretendido impugnar el juicio de Menéndez Pelayo y su ferviente admiración por las obras de Escalante, esas obras cuya magnífica lengua, moderna y clásica a la vez, «escogerán las Musas todas las veces que hubieren de hablar castellano». Aparte esos críticos cerriles, indómitos en su bárbara especie de

que no importa hablar ni escribir bien ni siquiera a los literatos, los cuales no necesitan para serlo más arte ni disciplina que el ímpetu natural—pragmática de salvajes mejor que de hombres cultos, «estética» novísima que pone por la nubes al pintor que no sabe pintar y al escritor que no sabe escribir,—hay otros ingenios simples y atolondrados que tachan a Escalante de retórico, de arcaico y artificial, como si el «aliento verdaderamente poético»—según alabó de Garcilaso el maestro Francisco de Medina—, «las sentencias agudas, deleitosas y graves, las palabras propias y bien sonantes, los modos de decir escogidos y cortesanos, los números, generosos y llenos, blandos a la par y regalados, el arreo de toda la oración, retocada de lumbres y matices», fueran ya despreciables antiguallas, cosas pasadas de moda como las gorgueras y los tontillos o las pelucas de antaño, afeites impropios de los varones de hogaño...

Pues como anillo al dedo viene también a este propósito lo que dijo Mariano de Cavia en cierta ocasión para rehabilitar los fueros de la elocuencia española, ridículamente desdeñada por escritores chirles y críticos indigentes, por esos «yertos y ramplones ingenios de secano» que pretenden asfixiar «en insípido, en incoloro, pero no inodoro socarral» *de lugares comunes, de pedregosa aridez, la pingüe riqueza del ingenio español, su idioma opulento y primoroso, el noble, el inflamado estilo, toda la pompa, el lustre, la bizarría, el movimiento y la pasión del habla de Cervantes: «Desde el año 98, y ya ha llovido desde entonces, en que se ahogaron tantas cosas, muchas malas y muchas buenas, y en que sólo brotaron las ortigas del pesimismo fácil, del desdén petulante y de la negación al alcance de los más bajos intelectos, hay un evidente prurito—que la moda co-*

barde ha dejado correr—de echar sobre nuestros impulsos líricos, sobre nuestros gustos y ensueños, sobre nuestros recuerdos y nuestras esperanzas, sobre nuestro hablar, y sentir, y gritar, y reir, y sollozar, una abrumadora cargazón de ramplonería y prosaísmo que por milagro patente de la Divina Providencia no ha acabado con lo poquísimo bueno que todavía tenemos de españoles. ¿Que don Fulano de Tal, el hombre nuevo, *aunque por dentro es más viejo que los berrocales de Avila, se siente incapaz de llevar una emoción del alma, con brío o con gracia, a su prosa o a su verso, a sus comedias o narraciones, a sus artículos en el periodismo o a sus discursos en el Parlamento? Pues con decir que es* lirismo *baldío y deleznable el sentir, hablar y escribir como lo han hecho siempre los hombres de caletre y corazón, se queda el berroqueño a la moderna descansado, satisfecho y horro de fatigas mentales, ímpetus cordiales y todas aquellas luces y galas con que el verbo generoso pone en comunicación los espíritus, como en fecunda y gloriosa Pentecostés... Pero, ¡qué horror! ¿Qué he dicho, pecador de mí? sospecho que se me ha escapado un horrendo y abominable «latiguillo». Porque también el «latiguillo», como los «acentos tribunicios», como el «lirismo», como la retórica, la poética y la gramática, que tanto incomodan a los chupatintas que las desconocen, es una antigualla que está mandada recoger desde el año 1898.»*

¡Cuánta razón tenía el casticísimo Cavia! Volvemos, sí, cada día más berroqueños, *al* socarral *del siglo XVIII, al espíritu seco, prosaísta, razonador y utilitario del enciclopedismo francés; al magisterio desolador y estepario de los Montianos, Iriartes y Hermosillas; a las cumbres de aquellas poéticas prosaicas, remansos del aburrimiento, glaciares del sentido común; a la po-*

breza y aridez de aquel «siglo de ensayos», «siglo de diccionarios», «siglo de diarios», «siglo de impiedad», «siglo hablador», en que el recio y libre Forner celebraba con tristes voces las exequias de la lengua castellana. ¿Cómo escritores insulsos y fríos, empapados del pseudo-clasicismo francés, han de sentir, ni entonces ni ahora, las excelencias del lenguaje poético, la hermosura y la majestad de las letras clásicas españolas, percibir los matices y primores que añadieron al idioma castellano los Medinas, Herreras y Granadas? ¿Cómo han de comprender y admirar el fuego sacro del numen, la abundancia, el ardor, el movimiento impetuoso del estilo elocuente, las imágenes pintorescas y encendidas, los peregrinos secretos de esa retórica natural, hecha carne y sangre, voz y poesía, en las obras de los ingenios próceres como don Amós de Escalante?

Y es que la noble escultura del idioma, el arte de cincelarle con vigor y opulencia, con donosura y elegancia; el hacer del discurso oratorio o poético «un ser orgánico y animado que respire y se mueva, y hable con voces armoniosas e inmortales», pide a la par inspiración y virtud, brío y paciencia; no es labor para ingenios perezosos, atropellados y entecos, mas para artífices robustos, viriles y pacientes, ricos de energía interior. El boato y la elegancia son cosas que piden riqueza material o moral. Quien es pobre de espíritu, como quien lo es de dineros, habrá de contentarse con una llaneza decorosa para no caer en lo cursi. Mas hay pobrete por esos mundos literarios que las da de sobrio y de sencillo para tapar la indigencia con estameñas de virtud, aunque en el fondo de su alma siente una secreta envidia de los brocados de oro y los manjares suculentos: dice que puede y no quiere, cuando rabia de querer y no poder...

¿Cuándo esos infelices, que tienen seco el corazón y afrancesado el gusto, podrían llegar a las alturas de aquella magna et oratoria eloquentia *que resonó con ecos inmortales y divinos en aulas y púlpitos españoles, en los severos paraninfos de Salamanca y de Alcalá, en las Cortes de Aragón y Castilla, en las casas de los príncipes, los de la sangre y del ingenio, y hasta en la vieja cárcel hispalense, allí donde se engendró el más rico, el más hermoso y elocuente dechado del noble idioma nacional? ¿Cuándo ni cómo los nuevos prosaístas, esos flamantes* revisores *de nuestras glorias pretéritas, de los* valores *antiguos—¡oh, qué elegancia de expresión!—podrían competir con la riqueza prodigiosa, la ternura y la gracia, la precisión y claridad, la robustez, el movimiento, el señorío de la lengua que usaron y mantuvieron don Juan Valera, don Marcelino Menéndez y Pelayo, don Pedro Antonio de Alarcón, don José María de Pereda, don Amós de Escalante?*

Tímido es hoy nuestro verbo, pobre, incoloro y vacilante, como nuestros caracteres. De aquella lengua varonil, propia de grandes y magníficos señores; de aquellos libros inmortales, modelos de belleza sensible y de esplendor intelectual; de aquella elocuencia familiar y augusta al propio tiempo, «rozagante y de anchos pliegues» como las togas clásicas, henchida a la par de sales y alegrías populares; de aquel decir español a estos estilos nuevos, *amanerados, presuntuosos, pedestres, hay un abismo de inepcia mental y alambicada pedantería.*

Escritores improvisados hacen gala de aborrecer el idioma y destruir sus fundamentos; el utilitarismo actual proscribe toda educación clásica, las letras humanas y divinas, como cosas inútiles o dañosas a la juventud. ¿Cómo extrañar, pues, que

mozos educados así, faltos de vocación y de cultura, desorientados e impacientes, desestimen las obras de los más grandes y fervorosos artífices de la Lengua?

¡Cuán fuerte y sutil en cambio, cuán docto y seguro de sí mismo, el ingenio de aquellos graves y finos humanistas, con alma de artistas y poetas, como don Amós de Escalante! Leed Costas y montañas, *la «obra predilecta suya» y también para mi gusto la más honda y sentida, la más robusta y entrañable, «epopeya en prosa de una raza», libro inmortal que, en su género, no tiene semejante en castellano; leed* Ave Maris Stella, *del mismo aliento cántabro y heroico, pero más puro y castizo todavía, novela ejemplar, inmaculada, que debiera ser texto de lengua en todas las aulas españolas; leed* En la Playa, *el libro del mar, la más íntima y sugestiva de sus hermosas creaciones, sinfonía misteriosa de las aguas y de los cielos del Norte, hecha de espuma y de niebla, de sonido y de color, y en donde están, acaso, las páginas más soñadoras, más líricas y sutiles de Escalante; leed* Del Ebro al Tíber *y* Del Manzanares al Darro, *frutos regaladísimos de las primeras jornadas de su vida, cuadros magníficos y luminosos en que, a la manera de Goethe, el gran artista septentrional y español se complace en los risueños horizontes de Italia y de Andalucía, abarcándoles con una mirada profunda, gozosa y aguileña... Ved cómo brota en esta página el agua, cual chorro cristalino de manantial; sentid en sus ondas el alma del paisaje montañés, rebosando inefables melancolías; dejad que os penetre en el corazón la suave tristeza de Santillana del Mar y en el pulmón el recio viento salobre de San Vicente de la*

Barquera; regocijaos con los murmullos de la selva, del monte y la marina, con los ecos alegres de la romería y del mercado, con los bullicios del concejo y de las fiestas patriarcales; subid a los Picos de Europa, donde se cuaja la nieve, o descended á los repuestos valles donde florecen los naranjos; escuchad la voz de la grave tradición o el manso arrullo de la fábula; del río a la costa, de la cumbre a la pradera, de Santander a Sevilla, de España a Roma, de lo presente a lo pretérito, el poeta os llevará, con ternura de corazón y luz de soberano entendimiento, absortos y embebecidos en su decir caudaloso, inagotable y purísimo.

Mirad aquí cómo describe el paisaje de las Peñas de Europa en uno de esos días lebaniegos en que la niebla misteriosa desciende a los hondos y apartados valles, dejando las cumbres libres en el cielo raso y azul: «El vasto territorio de Liébana, sus valles y sierras, y sus impenetrables bosques, yacían en el fondo de un mar de vapores que los anegaba y cubría, y cuyas blancas ondas, arrastradas por el viento, se desgarraban y rompían a nuestros pies, dejando sus blancos jirones, como el océano sus espumas, en las asperezas de las rocas. Fantástico mar que se agitaba y hervía sin rumor ni estruendo, de vertiginosa blancura, jaspeada de largas estelas de púrpura y oro por algún rayo de sol descarriado entre vanos e impalpables copos. Visión genesíaca, cuadro de los días primeros del mundo, cuando al contacto del candente granito, resueltas en vapor las aguas, cubrieron el globo con reciente e incontaminada atmósfera, y era sólo la bosquejada creación roca y niebla. El vértigo y terror causados por la mar no son comparables al vértigo y terror causados por la niebla. Los despojos que flotan, la ima-

gen que se refleja, el sonido mismo, el choque de los cuerpos que caen, dan al agua cierto carácter de resistencia y sustentación, de que carece la niebla, donde todo es abismo siniestro, todo caída interminable, todo invisible e inevitable muerte. De tanto en tanto se formaban remolinos parecidos a los sumideros de un río; algún ser subnebular batía las nieblas: eran las alas de algún ave, poderosa acaso, y aguardábamos verla surgir dominando el espacio y destacando en él su pardo bulto. Nada aparecía, los remolinos se apagaban y el siniestro y cuajado mar seguía flotando, corriendo silencioso, opaco, desgarrándose en las rocas, desapareciendo a lo lejos sin desvanecerse ni consumirse jamás. Extendíanse las blancas brumas sin límites aparentes; sobrenadando en ellas se divisaban lejos, muy lejos, cimas y tierras de otras comarcas, cuyo perfil oscuro destacaba en un cielo de soberana nitidez y transparencia; el gigantesco Peña-Labra, monarca fluvial, rey de las aguas ibéricas, que desde su olímpica alteza alimenta los tres mares que ciñen la Península: el Atlántico, por los afluentes del Pisuerga y del Duero; el Mediterráneo, por el Híjar y el Ebro, y el Cantábrico, por el Nansa, sepulcro del glorioso paladín Bernardo; los montes leoneses, la mesa de Aguilar, frontera liza en la restauración cristiana, los soberbios Urrieles asturianos, y la erguida Peña-Vieja, cuya cima aguda aún no ha consentido pie de explorador o de curioso.»

Pues advertid el ingenio con que personifica en otra parte un río y un camino que por el valle de Toranzo van a la par, aunque en opuesta dirección, por su ladera el uno, por su pedregal el otro, porfiando a quién hace más recodos o da más vueltas, acercándose y separándose sin atravesarse nunca:

"El camino trae al río cuentos de la mar y de lo que allá le espera, y el río cuenta al camino prodigios de los neveros de Pas, donde nace, y adonde por alientos que tome no trepará nunca el camino. Diálogo entre señor y pechero, bien avenidos y camaradas, aficionado el primero, a pesar de su llaneza, a recordar su origen y ascendencia remota, amigo de hacer beneficios, enemigo de diques y frenos que le coarten, y muy hombre para saltar por cima de ellos, si le lastiman demasiado; tremendo cuando la ira le hace espumar y retorcerse, en cuyo caso no hay sino esperar a que desahogue y calme su furia; pero después de calmada se deja registrar hastá el fondo y saquear el seno de sus bolsillos, donde el pobre, descalzo de pie y pierna, mete la mano desnuda y encuentra, si no dineros, especies que dineros valen, y todo es pescar. El pechero, llano, útil, sufrido, muy hecho a que le pisen, y vengándose a las calladas con hacer sudar la gota gorda a los que abusan; tolerante hasta con los espumarajos del señor, porque, como viene de la costa, sabe dónde y cómo acaban todas aquellas violencias y bramidos; siempre igual, sereno, plácido, pero cauto en su placidez y precaviéndose de las mudanzas de su aristocrático vecino con buenos estribos y paredones. El río, venido de las nubes para tornar a ellas, pasa la vida mirando al cielo, siendo espejo fiel de sus mudanzas, gozando de la poesía de la creación, y es poeta, canta y llora, consuela sedientos, lava miserias, fecunda arideces; el camino va pegado a la tierra sin erguirse jamás, falto de voz, de acción y abrumado del peso de tanta picardía humana como le trilla y le pasea. Compensados ambos por la ley de justicia universal, al río nadie le halaga, muchos le temen; a la carretera la componen, la acicalan y es objeto constante de prolijo

interés; vigilada sin cesar, tiene quien la arbole, la cuide y la custodie, ingenieros, peones y guardias civiles. Aquél recibió de Dios la independencia; a ésta la mantienen en tutela los hombres que la construyeron.“

Amigo del agua, como un árabe, o, mejor aún, como el Santo de Asís, la canta y loa de modo peregrino, como quien conoce y lleva dentro de sí la melodía, el gozo, y hasta el misterio y la inquietud de sus ondas: «Porque el agua—dice—posee los tres accidentes del vivir: luz, voz y movimiento; luz reflejada, como la luz de la pupila; voz ligera y amorosa, soñolienta y grave, como la voz de la garganta humana. No hay soledad donde el agua corre; no hay tristeza donde el agua mana; no hay desierto donde el agua vive. Fecunda el suelo y despierta el alma, arrulla el dolor, ensancha la alegría, es compañía y música, medicina y deleite; sobre sus ondas van blandamente bañados los pensamientos, os los trae de donde viene, lleva los vuestros adonde va; en ellos se refleja el cielo, y podéis contemplarle sin que os ofenda la viva luz del sol, cuando ya la frente se inclina a tierra, o porque la tierra la atrae o porque el peso de los años la dobla.»

Pues oíd, en contraste con esa página de tan sublime candor, blanca como la nieve sin mancilla, pura como el cristal de una fontana, esta otra, tan realista a la española, descripción de un convite montañés: «La mesa en el palacio de Quijas era tal como los hospitalarios usos montañeses lo pedían: desahogada de espacio, copiosa y suculenta en platos, rica en frutas, franca y liberal en fueros y privilegios para los convidados. Quiérese decir que no daba lugar a la tiranía cortesana, ni allí tenía que hacer ni pretender señorío ninguno de aquellos respetos tan

fuera de razón que vienen a martirizar, secar, contener y adietar al hombre en la hora y acto de su vida en que su mísera naturaleza pecadora y frágil pide mayor holgura, comodidad y licencia. Comíase, pues, allí a dos carrillos; se bebía sin más tasa que la razonable impuesta por la usual templanza de los naturales; la elocuencia y murmuración andaban en su punto, y a los angostos de fauces, sobrados de enjundia y angustiosos de resuello, érales consentido deshacer la gola, desahogar las hebillas y dar al aire el pecho, abriendo el abotonado jubón. Y tan generoso espíritu reinó en este particular en la Montaña, que vivió dilatándose hasta nuestros días, y no se miraba de buen ojo a quien se desdeñase de participar en tan grata libertad, como si pretendiera motejarla o corregirla, dando a entender que fuera de ella había usos considerables y merecedores de adopción y observancia. No faltaban, pues, amén de otros manjares usuales y comunes en todos los valles montañeses, otros que hacían justamente famosos y celebrados entre glotones, éstos en que andamos; la encendida cecina de Potes, curada al humo; las sonrosadas truchas del Saja, amagadas de futuro y no lejano exterminio por la incansable caña, los paradejos y otras armanzas de capellanes y clérigos de campo, pescadores muy dados a este que parece incruento y pacífico deleite; la pepitoria surtida por los pollancos del corral criados a la mano por doña Mencía; el lechazo de Barcenaciones, cabrito añojo que en este pueblo crían a oscuras para los regalones del país, cobijado bajo un cesto donde no salte ni se mueva y gaste en ejercicios y actividades su naciente sustancia, la cual le suministran cada día dos galanas cabras de repletas ubres. Pero el plato de crédito y fama, la corona del festín, reclamada siempre

por los convidados favoritos, y cuya ausencia o presencia graduaban y establecían la importancia y consideración del día y de los comensales, eran ciertos peloncillos, criados, prevenidos y aderezados por la molinera, cuyas manos en esto dejaban atrás las de Dulcinea para salar puercos, con ser éstas las mejores que para tal menester tuvo la Mancha. Solían venir y presentarse los pelones (que en puridad son los hijuelos tiernecitos de aquel grosero animal, que no se nombra entre montañeses sin pedir perdón), tostaditos de piel, enhiestos de orejas, rizados de rabo, acostados en sus fuentes o cazuelas de barro, muy vestidos de perejil y hierbabuena, embocado un limón en la jeta, cuyo zumo templase los grasientos dejos del saín, y había entre los fortísimos montañeses de aquellos días (como aún queda ejemplar) quien después de haber razonablemente entrado a los platos que precedieron, sin perdonar uno, daba cabo sosegadamente de un pelón, cual pudiera de un buñuelo, sin dejar de él más que ciertos huesos principales de su esqueleto, que resisten al moler de las quijadas más bien puestas. Y nunca la molinera había pasado tales amarguras ni temido deslucirse como en este día, porque la hora de comer habíase entorpecido y retrasado con el ruido y pelea de las juntas, y siendo la gala del pelón presentarse en la mesa caliente y humeando, corriéndole el derretido jugo por todo su cuerpo y cantando la alegre música del fuego, dando menudos estallidos que le rasgan las pieles, abren nuevas corrientes a su sustancia, incitan el diente y hacen la boca una pura agua, como decía la molinera, habíanlo arrimado a las ascuas y hecho tostar con la puntualidad necesaria, resultando ésta falseada por la alteración de tiempo y tardanza de los comensales; que ya los pelones estaban dicien-

do, al son del freir y del ruido insólito de la cocina: "Comedme, que no espero".

Y, finalmente, leed esta página de insuperable expresión, henchida, como el barco de vela que describe, de gracia y soltura, de rapidez y de nervio:

"Un barco a la vela es un ser vivo, dotado de voluntad, capaz de acción y movimiento. Aunque a su bordo se divisen criaturas humanas, es como si no estuvieran; el barco es allí el ente animado, sensible, gallardo, a'revido, que lucha, que sufre, que sortea la ola o la domina, que obedece al viento o se hace servir por él. ¿No le habéis visto alguna vez quieto, enfilando a ese enemigo terrible o propicio aliado suyo, trapeándole las velas como le tiemblan los ijares al generoso caballo enfrente del toro, cuyo mayor poder y aventajadas armas reconoce? Parece que medita el golpe o el reparo, que pesa y mide los bríos y poder del adversario, y estudia los caminos de evitar su ciega acometida primera, para tomarle de revés y hacerle cautivo y suyo. De pronto hunde el afilado tajamar en las aguas, levántase luego, inclinando de bolina su airosa arboladura vestida de blanca lona, toma andar, hace hervir las primeras espumas a lo largo del casco, y en marcha. Hábilmente sorprendido el viento, entra a henchir las anchas velas, dentro de cuyos redondos senos pesa sin encontrar salida; el mástil se dobla y cruje al franco empuje, las libres ráfagas pasan silbando por la jarcia en busca de velas que henchir, las aguas bullen rasgadas, se aprietan a uno y otro costado gimiendo, y unidas de nuevo por la popa, vuélvense a encontrar y se cuentan sus recíprocas aventuras y separación, haciendo rizada y murmuradora estela al barco, el cual, cabeceando altivo, partiendo el filo de las olas

que le embisten, va cruzando su camino como rauda exhalación, cuyo vuelo humilla el de las incansables alas del águila marina."

Tales también de bellos sus versos, que descuellan por la sobriedad y serena hermosura del estilo, por la robustez y el ritmo de sus estrofas, por la valentía del trazo, por el castizo primor de la forma. Labraba los sonetos como mármoles clásicos, y sus romances y redondillas tienen la gracia y la ligereza de los del siglo de oro. No hay en estas composiciones sombra de complicación psicológica; son la pura expresión de un alma clara y sencilla, más presta a la contemplación sosegada de las cosas que a los análisis interiores. La ola romántica pasó por él sin enturbiar su serenidad clásica, sin apartarle de los dos grandes amores de su vida: la interpretación del paisaje y la meditación de la historia. Pocos como él alcanzaron la poesía de lo pasado y bañaron tanto su corazón en los manantiales de la estética del recuerdo. Si en el paisaje no llegó al jugoso realismo de Pereda, las efusiones de su temperamento lírico, como dice Menéndez Pelayo, eran como una "vaga, misteriosa y melancólica sinfonía, que sugiere al alma mucho más de lo que con palabras expresa". El "aristocrático pudor que acompañó siempre los pasos de su musa" le hizo hasta recatar su nombre bajo el vulgar pseudónimo de Juan García; *"pero esto mismo le dió libertad para explayarse en confidencias íntimas, nebulosas, discretas, rotas a trechos por inesperada luz; vagos anhelos de su mente juvenil; visiones de hombre del Norte en tarde lluviosa y melancólica; conflictos de la pasión, antes ahogados que nacidos, y por término, la resignación suprema, la pía y serena tristeza, que no abate ni enerva el espíritu, pero le acompaña siempre...»*

Cantó el mar y la montaña, las flores y los paisajes norteños, melancolías del alma y melancolías de la historia; la piedad religiosa; los seres y las cosas humildes, los brezos, el martín pescador y las flores sin nombre; los recuerdos hidalgos, las casas solariegas, cruces, armas y escudos; la poesía del Norte, el «volar sereno de la nieve», los caminos de la montaña, las silenciosas nieblas, «las quietas hojas, las serenas aguas», los ojos tristes que brillan con luz de dolor, las frentes pensativas, los dolores callados, las discretas soledades, el caer de la tarde y la paz nocturna, empapando todas sus emociones el sentimiento robusto de la Patria y ese otro sentimiento, más intelectual y noble, esa nostalgia del más allá que baña y depura las almas enamoradas del inmortal seguro...

Los altos pensamientos vuelan silenciosos con alas de paloma y dejan mayor rastro que el estéril vocerío. Rastro de luz y de humana simpatía dejó Escalante en la Montaña. Hija gallarda de su musa es esta otra, más moderna, pero no menos castiza, de Enrique Menéndez Pelayo, noble poeta y delicado prosista, digno también de figurar en el libro de oro de los claros varones castellanos. Y en la órbita luminosa del cantor del mar y de las flores, pueden señalarse ingenios tan cabales como Luis Barreda y José María de Aguirre y Escalante, amén de otras muchas almas delicadas que forman lucida corte de quien fué peregrino hidalgo, cristiano viejo y alto poeta, digno por su vida y por sus obras de inmortal recuerdo...

RICARDO LEÓN.

DEDICATORIA

A la señora doña María de la Salud Buisson Daguerre-Dospital.

Esto no es un libro, es un recuerdo. Quise imitar el ejemplo de los antiguos peregrinos que, en cambio de la hospitalidad recibida, ofrecían la relación de sus peregrinaciones.

Fué vano intento: sentía el agradecimiento de ellos; me faltó su poesía. Toda la de mi obra está en el nombre escrito al frente de esta página primera.

Si anduve libre al escribirlo, no fué culpa de la pluma, sino de la memoria de

Amós de Escalante.



I

En marcha.—Compañeros de viaje.—Aranjuez.—La tierra de Don Quijote.—*Mal'aria.*—Recuerdos de Cervantes.—Argamasilla de Alba.—La ciega de Manzanares.—Una zahareña.



UIÉN no ha soñado con Andalucía? ¿Quién, a poco interés que sienta por la España pintoresca, original y castiza, no se ha pintado aquella tierra clásica del torero y de la maja, del contrabandista aventurero, del bandido garboso, tierra del amor y la bizarría, del donaire y la gentileza, del valor y la hermosura? Y en más levantado orden de ideas, ¿quién, después de hojear la historia patria, no se sintió arrastrado del deseo de ver y venerar de cerca aquellas comarcas donde se terminó la epopeya castellana y se escribieron sus páginas más gloriosas; donde vivieron y eternizaron sus nombres tantos monarcas desde San Fernando hasta la Reina Católica, tantos héroes desde Guzmán hasta Pérez del Pulgar; donde Colón mendigó ampa-

ro; donde pintó Murillo; donde escribieron Cervantes y Rioja; donde brota, en fin, tal numen de fama y de gloria, que por esas provincias solas es la patria española honrada, querida y con afán buscada por los que no nacieron bajo su cielo purísimo y afortunado?

Además, hay un pueblo que vivió ocho siglos enclavado en nuestra tierra, encarnado en nuestra historia, en perpetua lucha con nosotros, y siendo parte de nosotros mismos: y ese pueblo es todavía para nosotros un misterio. Conocemos sus leyes, pero no sus sentimientos; sus hechos, pero no sus costumbres; su fisonomía, pero no su alma; o si las conocemos, es imperfecta y apasionadamente, como juzgados y tenidos por enemigos y contrarios. Y el secreto de ese pueblo, el misterio de su vida, la revelación de su poder y su energía, están en ese país que ocuparon tanto tiempo, donde vivieron poderosos y respetados, donde esparcieron semilla de vida y de cultura, donde, en fin, según nuestro poeta contemporáneo, más de un *bueno y leal corazón encierra su sangre todavía.*

Añadid a esto lo imprevisto que todo viaje encierra, los encuentros, no aventuras—¡ay! el tiempo de las aventuras no nos ha alcanzado a nosotros!—los encuentros inesperados que se columbran en lo sucesivo, la curiosidad natural de todo lo desconocido; y tendréis la turba de pensamientos desordenados, incoherentes y confusos que ocupaba mi espíritu la noche del 26 de Marzo de 1863, mientras bajaba a la estación de los ferrocarriles del Mediodía.

En la estación encontré dos amigos: Castelar, el célebre orador, y Cruzada Villaamil, el infatigable y celoso amante de las artes y las glorias españolas.

¡Feliz agüero! Los compañeros de viaje suelen ser una de las preocupaciones del viajero: cuando son agradables, ¿quién duda de la buena influencia que tienen en el ánimo y sus sensaciones?

Abracé a los que me despedían; que, aunque sea penosa, prefiero una despedida a la soledad del que sale de un pueblo

donde no deja quien sienta su marcha y le siga algunos instantes con el pensamiento: y entré en el andén con mis compañeros. Allí nos esperaba otro encuentro agradable: voces conocidas nos llamaron desde un coche, donde con otros viajeros habían tomado ya puesto Moret, el elocuente economista, y Martín, ingeniero de minas, amigo leal de mi primera juventud.

Es decir, que principiaba mi viaje rodeado de amistad, de cariño, de talento, de entusiasmo, de fantasía, de amor a lo grande y a lo noble; y yo pensaba: ¿cómo no será grata para mí, y fecunda en vivas y duraderas impresiones una peregrinación bajo tales auspicios emprendida?

La conversación entre semejantes interlocutores no podía menos de ser abundante, fácil, amena, rebosando originalidad e ingenio. Artes, poesía, hermosura de la naturaleza, todo fué sucesivamente asunto de ella. Yo, recostado en el fondo del coche, escuchaba, experimentando un placer intenso: si yo fuese músico, creo que preferiría siempre oir a ejecutar. ¿Será esta una de las fases del egoísmo?

Apenas habíamos notado el primer silbido de la locomotora y el movimiento del tren. Tampoco advertimos las paradas en las primeras estaciones. En Ciempozuelos nos dejó Cruzada. La noche estaba apacible y serena: en Aranjuez oímos el murmullo de la brisa nocturna en las primeras hojas de los árboles: ¡risueños augurios de la primavera! ¡primeros latidos de la vida que se despierta alborozada y generosa, rica de promesas y de esperanzas! La savia parece tener allí más energía; y antes que en otras partes, rompe la dura corteza y estalla en renuevos vigorosos y de alegre color.

El padre Tajo corría plácida y sosegadamente: el crujido del tren nos impidió oir el murmullo de sus ondas, inspiradoras de Garcilaso y de Lope de Vega.

Después del oasis, el desierto. Pasadas las umbrías espesas de Aranjuez, se entra en la *manxa* (tierra seca) de los árabes.

¡La Mancha! Árido y desolado páramo, símbolo de esterilidad

y pobreza; triste como la *maremma* toscana y como ella periódicamente asolado por un aire emponzoñado y letal! Alzándose de las muertas aguas, asoma allí a veces la fiebre palúdica su amarillo y descarnado rostro, tiende los hundidos ojos por el horizonte y, abriendo sus anchas alas cuya sombra sola hiela el germen de la vida, se arroja sobre los campos yermos. En ellos domina, única y absoluta señora, que cobra tributo de sangre; y no penetra ser humano en los ámbitos de su dominio, sin sentir en la frente el fuego de su mano y en el corazón el frío de su aliento envenenado! Y esos agentes morbosos, ese hálito de muerte, flotan y vagan en el cielo más azul y más puro que puede imaginarse. ¡Quién recelará de una atmósfera limpia y diáfana donde brillan claras y centellean las estrellas infinitas, sin que el más ligero vapor manche el espacio inmenso en que giran!—¡quién temerá daño de un ambiente aromoso y tibio, no agitado por el ala de un pájaro, ni por una ráfaga del viento perezosamente tendido en la grama!

¿Pero es justa la reputación de esterilidad que se da a la Mancha? Más allá de Tembleque, de grotesco nombre, encontramos el pueblo de Villacañas. Las eras de este pueblo son nombradas por su extensión: cuando en ellas están las parvas recogidas y amontonadas esperando la trilla, parecen el campamento de un poderoso ejército o más bien de un pueblo nómada, cuyas ordenadas tiendas cubren cuanto la vista alcanza.

Getafe y Tembleque han adquirido nombre en la historia del movimiento industrial moderno, por haberse opuesto enérgicamente a que el ferrocarril tocase a su recinto. Más tarde se arrepintieron de su errado propósito, y han querido con igual eficacia remediar sus consecuencias; pero la malicia de sus comarcanos recuerda con fruición la ceguera y calla el arrepentimiento.

Pasamos por Quero. Sus lagunas, de sombrío color, parecían inmensas planchas de acero; sus márgenes blanqueaban

con la sal depositada por la evaporación, y parecían los marcos, sin dorar todavía, de aquellos espejos.

Más allá de Quero, principia la Mancha de Don Quijote. En aquel país yermo y triste, nació la obra más peregrina del ingenio humano. ¿No es suficiente título al amor y al interés de los hombres? ¿No valen esa gloria y esa fama la fama y la gloria que pueden granjear a otra región cualquiera las bellezas que prodigó sobre ella la mano del Omnipotente?

Cuando el sol inunda de limpia claridad los dilatados términos del horizonte, se descubren a la derecha los célebres montes de Toledo; de ellos arrancan las sierras de Consuegra y Villarrubia que corren hacia el Sur; a sus pies se alzan los molinos de Herencia; y más lejos, su estribación postrera es el puerto Lápice, donde «se pueden meter las manos hasta los codos en esto que llaman las aventuras», según decía el hidalgo a su escudero.

A la izquierda se levantan las cimas de Montealegre y Almenara, sobre la antigua carretera de Valencia, lugares nombrados en la historia criminal de España, antes de la creación de la Guardia civil.

En medio de la desierta llanura, donde serpentea el misterioso Guadiana, hay un cerro cónico y aplanado, coronado de una ermita: es el Cristo de Villajos, imagen devota y muy venerada en el país. Al otro lado de ese cerro está el Toboso. Los molinos que bracean enfrente, explicando tan claramente la etimología de la palabra *aspavientos,* son los del campo de Criptana, embestidos por el valeroso caballero en su segunda salida: dentro de poco cruzaremos el campo de Montiel, y llegaremos a Argamasilla de Alba!

¡Oh vosotros, cuantos llegáis de día a estos lugares; si fué el habla que os arrulló en la cuna el habla noble y sonora de Castilla; si esa habla fué la de vuestra madre y en ella aprendisteis a decir vuestra primer palabra y a rezar vuestra oración primera, ¿no es cierto que al oir esos nombres ha latido vuestro corazón apresuradamente y habéis sentido serpear por

las venas el estremecimiento frío de las grandes emociones?

Tal es el prestigio del libro de Cervantes. La novela se ha hecho historia; los hijos de la fantasía han tomado ser humano, han vivido nuestra vida. Las huellas de esa vida buscamos en esos sitios que nos hablan de ellos; las señales de su paso, los recuerdos de sus hechos, los vestigios de sus nombres.

Para conocer así los secretos de la existencia, para saber cómo las pasiones mueven y avasallan el corazón, ¡cuánto es preciso haber sentido, haber padecido! ¡Qué de dolor, qué de miseria, qué de flaquezas ajenas o propias revelan aquellas iluminadas y vigorosas páginas!

Los altos pensamientos, el valor generoso, la agudeza de ingenio, la grandeza de ánimo estaban en Cervantes, eran el fondo de su naturaleza moral; mas no fué en su imaginación, a pesar de lo portentosa, donde vió el original de tantas y tan variadas escenas como animan sus novelas. En su juventud agitada y aventurera, en su juventud vivida con la libertad y actividad hervorosa de aquel siglo y de sus pocos años, el gran poeta vió de cerca el mundo; y penetrando sus más recónditos misterios, sin que su fealdad o su vileza le arredrasen, dejó bosquejados en su memoria los cuadros que luego había de concluir con tan valiente colorido.

Así la vida de Cervantes ofrece uno de los tipos más completos de la existencia humana; toda ella puede resumirse en la palabra «acción», que resume y compendia la vida; que es, pudiéramos decir, la síntesis de ella. Acción guerrera en la juventud; acción en la cautividad, trabajo incesante y peligroso para romper su cautiverio; acción después para lograr un puesto que remediase su escasez, labor difícil, lenta y penosa, puesto que consistía en abrirse camino a través de ambiciones y conatos diversos, cuyo interés común era lograr lo mismo que él codiciaba; acción, en fin, la postrera, pero la más gloriosa, la más fecunda; acción del alma recogiendo la experiencia y los desengaños de toda la vida, creando con ellos un

mundo no de fantasmas, sino de hombres, y entre esos hombres dos tipos soberanos, inmortales, que compendian la sociedad.

El hombre rudo, llano, cuyo afán primero son las necesidades de la vida; positivo, pero lleno de *sentido común*, con el que juzga acertadamente a sus semejantes y el hombre que aspira al ideal engendrado por su fantasía ardiente y su corazón generoso, y, viéndolo todo a través de ese ideal, trae sobre sí el desacierto y la desventura.

¡Qué tristeza en el libro de Cervantes! ¡Cómo rebosa la amargura en las aventuras del caballero, descaminado siempre por la hidalguía de sus sentimientos!

Estábamos en Alcázar de San Juan. Castelar siguió su jornada a Alicante y Cartagena, donde debía pasar sus vacaciones universitarias. Nosotros tomamos el tren de Ciudad Real.

Y la noche avanzaba y las tinieblas se condensaban: el centelleo de los astros era más vivo a medida que la oscuridad era más profunda.

El tren paró. ¡Argamasilla! — gritaron repetidas veces los conductores.

Era pasada la media noche.

Hace dos siglos y medio, preso en un encierro lóbrego de aquel pueblo, padeciendo cuanto padecerse puede, meditaba el hombre en cuya alma gigantesca se agitaba el espíritu de la antigua España mientras la luz profética del genio le revelaba a los rayos de su propia gloria el espíritu de las edades nuevas. ¡Cuántos viajeros como yo pasarían entonces por allí, y allí descansarían, bien ajenos que a cuatro pasos de ellos un prisionero oscuro labraba silenciosamente el soberbio pedestal de su fama! Entre aquellos viajeros los habría de alto linaje y caudal sobrado, celebrados y conocidos en una y otra parte, bien recibidos en la Corte, familiares con los poderosos y poderosos quizás por sí mismos. ¡Nadie sabe hoy sus nombres! ¿Quién ignora el del oscuro y pobre prisionero?

La casa de Medrano, donde padeció prisión Cervantes, es hoy propiedad del señor infante don Sebastián; en ella se imprime una edición del libro inmortal. El genio del trabajo y de la civilización vela en la desierta morada y anima su silencio; es como una lámpara de expiación encendida sobre el lugar del tormento, y que arde luminosa señalándolo a la veneración y al respeto de las edades.

La noche concentra las ideas y da mayor energía al pensamiento. ¡Dichosos los que duermen en viaje! Pocas veces el alma, abandonada a sí misma en el silencio y la soledad, deja de caer en dolorosos recuerdos.

Byron lo ha dicho: ¡horas de la noche, peligrosas horas!

Las distancias que el vapor atraviesa no son distancias: las antiguas jornadas son momentos; ya estábamos en Manzanares.

Dos curiosidades hay en Manzanares. Una la famosa ciega improvisadora. María Francisca (este es su nombre), guiada por un rapaz que podrá haber visto trece primaveras, asiste a la llegada de los trenes y, acercándose a los coches, saluda a los viajeros con alguna décima adecuada a las circunstancias de los mismos. El lazarillo, con una frase breve e imperceptible para los demás, advierte a la musa del tono en que ha de vibrar su lira.

Cuando algún tiempo después pasé yo de día por aquella estación, nos habló de esta manera:

¿Qué tertulia primorosa
es esta que llego a ver? (1).
Sin duda debe de ser
espléndida y generosa.
Si una limosna piadosa
de esas manos singulares
viene a aliviar los pesares
de esta pobre desvalida,

(1) Tristísima licencia poética.

les quedará agradecida
la ciega de Manzanares.

También sabe latín: dirigiéndose a unos sacerdotes (para el pueblo español los sacerdotes y los médicos son las únicas clases de la sociedad que poseen la literatura clásica) les decía: *Valete, Domini mei. ¿Ubi ambulatis? ¿Quæ sunt nomina vestra?*

María Francisca representa cincuenta años; es de recia y robusta complexión; porte modesto, traje en extremo aseado. Si mal no recuerdo, vino en un tiempo a Madrid, y recibió lecciones en el colegio de ciegos. ¿Ganaron algo su inspiración y su vena natural? Yo dudo que pueda enseñarse a cantar a los pájaros del aire, y lo que aprendieran cautivos nunca tendría la belleza de sus nativos cantos.

La otra curiosidad de Manzanares es una aguadora que tiene su puesto de botijos y vasos en la misma estación. Podrá tener veintidós años. Estatura mediana, ojos garzos y tristes, cabellos rubios y lacios, óvalo de cara perfecto, color apagado y marchito, como el de las rosas que crecen a la sombra, he aquí la aguadora; pero si un pintor quiere representar *el desdén*, no busque, porque no lo encontrará, mejor modelo. Del ceño de su frente, de los pliegues de sus labios, de la caída soberana de sus párpados, de cada gesto, de cada ademán, de cada actitud de aquella criatura brota ese sentimiento puramente femenino; arma terrible de la mujer en las porfías amorosas; fuerza que contrasta todas las del hombre, que enfrena su audacia, humilla su orgullo y rinde su perseverancia.

Yo la pedí un vaso de agua, y al servirlo, la bella escanciadora, sin alzar los ojos del blanco mantel de su tienda, me preguntó:

—¿Con aguardiente?—Sin aguardiente.—Y aquí cesó nuestro diálogo.

Su altivez y su fiereza no están sólo en el rostro, salen de adentro, nacen en el alma misma, son sinceras, son la natura-

leza desnuda; por eso aparecen con tan poderosa energía. Aquellos ojos no miran más que al cielo, o a los útiles de su industria, o al tren que corre; mientras bullen en torno de ellos los hombres, permanecen indiferentes, en nada se fijan; el viajero curioso, el estudiante atrevido, el soldado galanteador, el gañán desvergonzado, todos quedan iguales para ella, y como a nadie prefieren, a nadie ofenden.

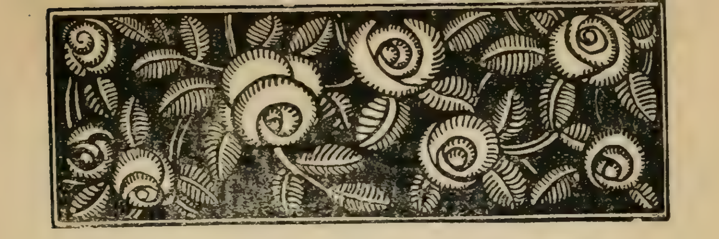
¿Es aquello temor a la vida, o más bien sobrado conocimiento de ella? ¿Recelo o escarmiento?

Los poetas del siglo de oro se hubieran enamorado de ella los de la época de Meléndez la hubieran dedicado décimas o sonetos.

En Manzanares nos separamos de los viajeros de Ciudad Real: con éstos marchó Moret para una cacería en lo más fragoso de la sierra.

Pasamos por Valdepeñas, de báquica fama; patria del poeta Balbuena, no interrumpía el hilo de mis líricas memorias.





II

En diligencia.—Montiel.—Al alba.—Torre de Juan Abad.—Sierra Morena.—Navas de Tolosa.—Carlos III.—Bailén.—Un rapaz de 1808 en 1863.—Cuestiones internacionales.—Crepúsculo.—¡Cielo de Andalucía!—De noche.



N Santa Cruz de Mudela, término del ferrocarril, tomamos tras breve detención la diligencia. Este antiguo modo de viajar, si menos cómodo que el otro, todavía tiene su encanto y su poesía. El carácter español le ha comunicado su color vigoroso y ardiente. El mayoral, el zagal y delantero son tipos nacionales, y que apenas alcanzará la generación sucesora nuestra.

¡Qué animación en el arrancar del coche, qué brío en el brazo que restalla la *traya*, qué energía en las voces, qué agilidad en las piernas del zagal, que corre castigando al tiro, agarrado a uno de los tirantes! Y por otra parte, ¡qué inteligencia despierta en las bestias, qué aguzar las orejas, qué encogerse

de lomos para evitar el puntazo, qué hincar los pies para empujar mejor!

La mole del carruaje con su voluminosa baca parecía clavada en tierra, imposible de mover, y a una voz de aquellos hombres, a un estallido de sus látigos, allá va arrebatada como una exhalación, allá va perdida entre nubes de polvo; y entre las exclamaciones y los votos y el ruido se alza alegre y chillón el son de las campanillas y cascabeles. ¡Las campanillas! Dicen que su uso tiene por objeto animar a las mulas; ¿no tendría también el de cubrir con sus agudos y placenteros sones los sollozos de la despedida? Dure en buen hora la tristeza que se queda, pero la que se va, ¿cómo ha de resistir largo tiempo a aquel estrépito que en son de fiesta y regocijo la acompaña y la distrae?

Empezaba a clarear el día. El terreno se alzaba en ondas como una mar cuajada: hacia el Oriente, detrás de esas colinas, está Montiel, teatro de la dolorosa tragedia, nombre legendario, de funesta recordación, que envuelto en lúgubre sombra, nos ha conmovido y atemorizado tantas veces en la niñez. Los albores del crepúsculo dan luz sombría a los cuadros que la imaginación traza; rojas bandas de fuego tiñen la parte del cielo por donde viene el día, y las tinieblas huyen amontonándose en Occidente, y cayendo derrumbadas de las alturas. Tal debió amanecer el día que sucedió al nocturno fratricidio; tan pavorosa y triste debió ser la aurora que alumbró el cadáver del rey justiciero, llorado por sus pocos y fieles castellanos, mientras la muchedumbre aclamaba a Enrique, el matador hermano! ¡Triste aurora de un reinado!

Más allá de aquellas mismas alturas está la Torre de Juan Abad, señorío de don Francisco de Quevedo.

Allí lloró el ilustre poeta desengaños y miserias; allí padeció persecuciones y enfermedades; allí corrieron los últimos años de su vida, en la práctica de la virtud y en la contemplación de las verdades eternas. A ese mismo cielo que nos cobija alzó sus ojos *ciegos de llorar;* a ese cielo levantó su corazón lasti-

mado, pero no vencido por el desengaño y la triste experiencia de los hombres. ¡Varón insigne, mal conocido y peor juzgado; nombre glorioso de las letras españolas!

El camino principia a trepar serpenteando por una serie de cimas bajas y desiguales; aquello es Sierra Morena, cordillera humilde, monótona, sin ninguno de los magníficos accidentes que caracterizan las regiones montañosas. Y es que como todas las cordilleras que cruzan nuestra península, las vertientes que bajan a los llanos centrales son bajas; el gran desnivel está hacia la parte que desciende al mar; allí están las profundas quebradas, los grandes precipicios; allí la grandeza de las revoluciones geológicas, el granito fundido, despedazado y arrojado en deformes masas sobre la superficie del globo, y las ciclópeas moles de mármol, a cuyas asperezas se agarra una vegetación vivaz y enmarañada, secular cabellera del gigante antediluviano; tal sucede en la región Cantábrica.

Pasadas las Ventas de Cárdenas, inmortalizadas por una canción célebre, llegando a Despeñaperros, cambia el aspecto del país y se manifiesta evidente a los ojos esa particularidad de la constitución geológica de nuestra península. El camino, como una serpiente sin fin, enlaza y rodea los tajados montes; ya se enrosca a un peñón aislado y le ciñe y aprieta entre sus polvorosos anillos; ya embistiéndole de frente le taladra y penetra, y aparece al otro lado desplegándose en sueltos y desembarazados zigzágs.

En las motas de tierra, olvidadas por los aluviones en los cóncavos senos de las rocas, crecen árboles; a su sombra abrigan su blanca nieve las margaritas y su orgullosa púrpura los lirios; en lo profundo del despeñadero hierve el agua, y al compás de sus olas se mecen los airosos tallos de las adelfas, la planta sagrada de Andalucía. En esa tierra del sol, no hay arroyo a cuyas márgenes no dé sombra y frescura ese gallardo laurel. En el estío, época de la florescencia, cubren con sus copiosas flores la aridez del cauce seco, y a lo lejos, en la llanura, sus rojas y torcidas líneas, que señalan la dirección de

la corriente, parecen las sangrientas arterias de aquel suelo feraz y poderoso.

Desde aquellas alturas se descubren dilatados horizontes. A la izquierda, los montes de Jaén, y sobre ellos la blanca cresta de Sierra Nevada, que centellea al sol como una diadema de brillantes; a la izquierda la Sierra Morena, que en sus senos esconde jardines de infinitas flores y perenne verdura, y en sus entrañas veneros preciosos, tesoros escondidos, uno de los más ricos elementos de la grandeza futura de España.

Desde allí miraban codiciosamente nuestros abuelos la tierra poseída por los moros, sus eternos enemigos; hasta allí llegaban en algarada, y si bajaban a veces al llano era sólo para dejar en él algunos de los suyos, muertos por las lanzas de los fronteros andaluces.

Un día, sin embargo, llegaron los castellanos a aquellas asperezas, no como aventureros y taladores, sino en hueste numerosa y ordenada; no para hacer presa de algunos rebaños y tornar con el botín a sus tierras, sino para invadir las enemigas y establecer en ellas firme y perdurable dominio.

Alfonso VIII, rey probado por la desgracia, los acaudillaba; el Sumo Pontífice Inocencio III había publicado la *Cruzada,* y a la nueva de la empresa habían acudido prelados y guerreros de Alemania, Francia y Lombardía. Allí asistían Pedro II de Aragón, con la flor de sus caballeros y feudatarios, y Sancho VII de Navarra, que debía ganar en la jornada el blasón de su reino.

De todos los ámbitos de España vinieron cuantos podían regir un caballo o manejar una espada; cuantos tenían fe en el corazón y ansia de gloria, porque allí iba a decidirse de la soberanía de España, allí iba a resolverse la dudosa cuestión de si España había de ser cristiana o sarracena.

Dios protegió a los que seguían su lábaro, y el poder de los Almohades quedó para siempre en las *Navas de Tolosa.*

Bajando hacia Andalucía, pasado Santa Elena, a la de-

recha de la carretera, está el humilde y famoso pueblecillo.

El ejército musulmán, señor de las alturas, dominaba el paso y esperaba a los cristianos. Un pastor se presentó a éstos, y guiándolos por extraños senderos, los llevó a retaguardia del enemigo. La gratitud del rey castellano erigió al misterioso guía una estatua en la catedral de Toledo, no lejos de su propio sepulcro.

A pesar de esta ventaja, llegado el momento del choque, la muchedumbre infinita de los agarenos sostenía con ventaja el ímpetu de nuestros soldados. Casi cejaban éstos, el rey lo veía y dudó de la victoria; mas no quería volver a Castilla sin ella. He aquí cómo cuenta el trance en su heroica sencillez el Arzobispo don Rodrigo, que peleaba cerca del rey:

«Oyéndolo todos los circunstantes, dijo al Arzobispo de Toledo: —Arzobispo, vos y yo moriremos aquí.—El cual le respondió: —De ninguna manera; antes bien, aquí venceréis al enemigo.—El rey entonces, con ánimo esforzado: —Apresurémonos—dijo—; vamos a socorrer a los que primero entraron en riesgo...»

«... Entonces dijo el rey de nuevo: —Muramos aquí, Arzobispo. Tal muerte en semejante ocasión nos será honrosa.— Y él: —Si place a Dios, corona de victoria, no muerte, nos aguarda. Mas si Dios de otra manera lo dispusiese, prontos estamos todos a perecer con vos.—Mientras esto pasaba, atestiguo ante Dios que el noble rey no mudó la color del rostro, ni cambió el gesto ordinario de su fisonomía, ni se alteró su acento; antes bien, con varonil denuedo y constancia, como león intrépido, permanecía firme en su propósito de vencer o morir.»

Adelantóse el Prelado siguiendo al rey, con su cruz arzobispal y el pendón de Toledo, donde iba la imagen de la gloriosa Virgen María, amparadora de España. La vista de la noble bandera, el ejemplo del generoso escuadrón que la seguía, infundieron nuevos bríos en todos los soldados. El grito de guerra «cierra España» cunde de una a otra ala del ejército, sue-

nan con renovado esfuerzo las trompas y bocinas, y en una arremetida general, irresistible, vense avanzar cruces, enseñas, lanzas y penachos arrollando y envolviendo cuanto encuentran a su paso. Ya no hay resistencia, no hay lucha, huyen espantados los moros, y sobre la tienda del emir Amumenin planta la cruz Alfonso VIII y ofrece a Dios los despojos de la victoria.

Era el 16 de julio de 1212, y por eso celebra España en semejante día el Triunfo de la Santa Cruz.

La vista del paisaje templa por algún tiempo el fuego que encienden estos recuerdos de gloria y de combates. El olivo, el árbol de Palestina, se muestra en verdes hileras a uno y otro lado del camino; las pitas o áloes cercan las heredades, enlazando sus anchas y afiladas hojas y haciendo con ellas una muralla impenetrable a las silvestres alimañas. Los olivares cubren las faldas de los cerros; en el llano ondean a la brisa anchos campos de centeno verde, en los cuales eleva su pomposa y redonda copa algún acebuche, y entre las lomas asoma una que otra chimenea de hornos de fundición. El país parece próspero y rico, la tierra no da solamente al hombre las mieses y los frutos que crecen en su superficie, sino que le abre también su seno, ofreciéndole los preciosos metales, armas necesarias de las artes y la industria.

Pero ¡cuánto se tarda en encontrar un pueblo! Por fin, allá al extremo de una larga y recta llanada de arrecife se descubren dos torrecillas; luego, al pie de estas torrecillas, largas y simétricas construcciones, a modo de cuarteles o monasterios. Largo trecho antes de llegar, la carretera se convierte en paseo orillado de dobles filas de corpulentos olmos. Las tierras están bien labradas, se ven algunas huertas, y de vez en cuando algún puentecillo de sólida cantería, una fuente monumental o un espacioso abrevadero.

Lo que parecía monasterio es un pueblo, pueblo nuevo, hecho de un golpe, donde no hay casas viejas, donde hay plazas que no han sido conventos, y calles anchas y viviendas des-

ahogadas. Es la Carolina, una de las colonias fundadas en Sierra Morena por Carlos III.

Todo lo que lleva el nombre de este rey tiene carácter de esplendidez y grandeza, y su nombre se encuentra a cada paso en nuestra tierra. Tenía altos pensamientos y sabía elegir los hombres, don precioso en un soberano. ¿Por qué no puso en la política exterior la elevación de miras y la independencia de carácter que mostró en el gobierno interior de su monarquía? ¡Quién es capaz de adivinarlo!

A su perspicacia y a su experiencia no se ocultaba el movimiento de las nuevas ideas y su próximo e inevitable influjo en la suerte de las naciones; puesto entre esa fuerza invasora y las tradiciones de raza, y las obligaciones del puesto en que le colocara la Providencia; demasiado previsor para resistir abiertamente a la primera, demasiado leal para faltar a las segundas, dejóse llevar a funestas empresas militares; él, nacido para continuar el noble ejemplo de su antecesor y hermano, fomentando y desenvolviendo la vida de un gran pueblo en una paz gloriosa y respetada.

Acaso creyó la gloria militar prestigio necesario de su nombre; tal vió en ella la afirmación de un poder y de unos principios cuyo antiguo cimiento y robustez sentía minados y conmovidos.

Aun conservan los vecinos de la Carolina el tipo flamenco de los primeros pobladores, pero el sol de España ha encendido la tibia sangre de los hijos del Escalda; la segunda vez que pasé por su pueblo al alba de San Juan, agrupados en las entradas de las calles, esperaban la llegada de los toros que habían de correrse por la tarde, con la misma impaciencia, los mismos gritos, la misma algazara que si fueran chisperos de Lavapiés o majos de la Macarena.

La hermosura de los árboles y la belleza de los plantíos que rodean a la Carolina, la hacen parecer un *sitio real.*

Seguíamos bajando. Llegamos a Guarromán, centro de la región minera de Sierra Morena: a la izquierda está Linares, a la derecha Bélmez y Espiel.

El sol llegaba al meridiano, y se dejaba sentir con fuerza a pesar de la brisa que bullía en las copas de los olivos.

Yo preguntaba con impaciencia los nombres del más insignificante casucho que mis ojos descubrían; ninguno de ellos era el que deseaba oir; por fin, enfrente de nosotros, envuelto en una atmósfera de sol y de polvo, descubrimos un grupo de tejados, y una torrecilla baja, cuadrada, con su cúpula y veleta.

—¿Qué pueblo es aquél, mayoral?

—¡Bailén!—respondió, haciendo resonar la sílaba final de la palabra. ¡Bailén! ¡Ese nombre es como una evocación! Al oirle hierve la sangre, se agolpa a la cabeza, y el corazón apresura sus violentos latidos.

¡Bailén! El solitario paisaje se anima, su paz y silencio se truecan en estruendo y agitación guerrera.

Oigo el cóncavo trueno del cañón y el prolongado rugido de la fusilería; relámpagos de fuego rasgan el humo espeso, y entre sus jirones se ven los combatientes. ¡Qué encarnizada lucha! Galopan los caballos, redoblan las cajas, suenan clarines y trompetas: «¡A la carga!» El paso de ataque retumba en las lomas y olivares. Dos huestes enemigas marchan a encontrarse; camina la una con paso firme y seguro, intrépida y serena, no se advierte en sus filas vacilación ni duda: la otra se arroja empujada por una exaltación sublime, y mueve apresurada el paso con ira juvenil y generosa cólera; guía a la primera el amor de la gloria, a la segunda el amor de la patria; sobre aquélla flotan arrogantes oriflamas de tres colores, sobre ésta un venerable pendón morado.

El sol de estío desploma su fuego sobre los que pelean, y la sed, la devoradora sed, más fuerte que el coraje, rinde sus brazos y hace caer las armas de las manos.

Un arroyo, menguado por los calores, arrastra su miserable caudal por medio del campo de batalla. Los sedientos soldados se lanzan a él, y allí arrecia la lucha, y amontona la muerte sus horrores. Se despedazan, se destrozan por llegar los secos y ennegrecidos labios a las escondidas aguas.

¡Cuántos las beben mezcladas con propia y ajena sangre!

La nueva de la fatiga y angustia de los campeones de la patria llega al pueblo. ¡Mirad! Viejos, mujeres y niños, cuantos no pueden pelear, únicos que en el hogar quedaron, corren llevando en sus brazos cántaros y alcarrazas; entre las balas y la metralla acuden al sediento, renuevan las fuerzas del desfallecido, que torna con más bríos a la batalla. Así en los tiempos bíblicos el pueblo de Israel combatía por su libertad; así los que por su edad o su sexo eran inútiles para esgrimir las armas cuidaban del sustento del guerrero y le socorrían en el lugar mismo de la pelea, sin esquivar sus riesgos... Todos acudían a la empresa, porque en todos los corazones en todas las almas, estaba vivo, enérgico, indomable, el sentimiento de la patria ofendida, el odio al ofensor y el ansia de la venganza.

Por eso vencen; por eso avanza el pendón morado sobre su trono de humo y bayonetas. Las banderas tricolores vacilan delante de él, y ondean desesperadas; ¡en vano!; al cabo son vencidas, y arrolladas y confusas se rinden y tienden a los pies del noble estandarte de la vieja España.

La diligencia se detuvo en el pueblo. Un viejo, muy viejo, envuelto en haraposa capa, se me acercó:

—¿Quiere su mercé ver el sitio de la batalla?—dijo.

—Vamos allá—y arreglando con trabajo mi anhelante paso a la penosa marcha del anciano, seguimos el camino de Andújar. En la plaza de Bailén hay una fuente sombreada de árboles: en el centro del pilón, sobre un ancho pedestal se eleva la estatua de «España armada». La noble matrona, ceñida su clámide, se apoya en la lanza, y sostiene con la izquierda el escudo que descansa en tierra. Su actitud es noble, impávida y firme. El artista anduvo acertado en representarla de esa manera allí donde tan raro ejemplo de valor y fortaleza a los pueblos valerosos, tan dura lección a los invasores fementidos, dió nuestra querida y generosa madre.

Sin altanería, sin arrogancia, no hace vano alarde de su vic-

toria; pero en su ademán muestra la resolución de repetir el ejemplo y la lección tantas veces cuantas ocasión de ello la ofrezcan.

A la salida del pueblo está el campo de batalla. Unos ribazos desiguales cubiertos de grama, un arroyo casi seco que culebrea entre ellos, algunas lomas bajas y de pendiente suave, sembradas de olivos y el camino real desplegando a través de todo su blanquecina faja: he aquí el teatro de la batalla de 19 de Julio de 1808.

Mi guía se detuvo, y con voz trémula y perezosa habló así:

—Los nuestros salían del pueblo de noche todavía, cuando se encontraron con los franceses que venían en retirada desde Andújar. Había algunos regimientos, y caballería del ejército; los demás eran paisanos, sin uniforme. *La calor* fué cosa nunca vista. Desde antes de amanecer no cesó el fuego hasta pasado mediodía. Fué un ataque *muy nombrado*. Yo era muchacho entonces, y veníamos todos los del pueblo a traer agua a los soldados que se ahogaban: en aquel altozano de los *jolivos*, estaba bebiendo el general Reding, cuando una bala le rompió el cántaro entre las manos. Reding era el que *nos* mandaba. ¡Gran militar!—esto fué el 19 de Julio; pues el 16 había dado otro ataque al francés en Mengíbar, donde murieron muchos, y el general de ellos.

Yo escuchaba con ansia las lentas palabras del anciano: hubiera querido correr con él y aprender uno por uno los sitios donde estuvo cada batallón, cada soldado. Yo le escuchaba, y recogía piadosamente cuanto me decía: no hubiera habido hazaña por fabulosa, ni relación por exagerada, que no hubiera admitido de él, con fe completa. Aquel hombre era para mí la tradición viva, la tradición que es la historia del pueblo, más leal que la historia escrita. Aquel hombre que había visto el día más glorioso de la patria desde la época remota de su asombrosa grandeza, me parecía una reliquia de esa misma gloria: lo miraba con veneración, y con respeto toqué su mano callosa y ennegrecida.

El me sacó de mi entusiasmo, y del arrobamiento en que me sentía transportado al tiempo grandioso de la épica hazaña.

—Si su mercé ha de seguir en el coche, y tiene que comer antes, es hora de volvernos.

Media hora después volvía a pasar por el campo de batalla dentro de la diligencia. Mis compañeros de viaje eran entonces una linda y joven francesa y su marido Mr. de Bastouhl. Un ofrecimiento de los más naturales entre personas bien nacidas, nos había hecho amigos.

—Sitio ominoso es éste para todo buen francés—me dijo la dama.

—Señora—respondí—en la historia de todas las naciones hay días sombríos y días claros. La Francia cuenta una serie harto larga de victorias, para poder confesar sin mengua una derrota.

—Me han dicho—continuó—que en Bailén hay una estatua de España hollando nuestra bandera, ¿es cierto? Yo no he querido mirarla, y supliqué a mi marido que hiciera lo mismo; pero él se rió y creo que no hizo caso alguno de mi súplica.

Mr. de Bastouhl se reía, y a mí me encantaba el sincero y fervoroso patriotismo de la francesa. Ella y su marido habían venido a España con las supersticiosas ideas que todas las luces y los adelantos del siglo no han conseguido extirpar entre sus compatriotas. Creían en los embozados, creían en los bandoleros, en las venganzas misteriosas, y en el odio irreconciliable de nuestras gentes a todo extranjero, y en particular al francés.

Quince días de viaje por Valencia y Granada les habían curado de tan vanos fantasmas.

Dentro de algunos años, cuando las vías férreas hayan cubierto con su red niveladora los términos de nuestra península, los extranjeros aprenderán a estimarnos en lo que somos, sin forjarse tipos de melodrama. ¿Pero seremos entonces lo que éramos hace cincuenta años, lo que somos hoy todavía?

¿Conservaremos nuestro carácter de raza, o nos habremos refundido en la gran familia que vaticinan los filósofos?

Siempre que pienso en esa cuestión de la unidad humana, de la fraternidad universal, recuerdo este pasaje de Silvio Pellico:

«Ah, bench'io ami tutte le nazioni, Dio sa quanto io prediliga l'Italia; e bench'io sia cosi invaghito dell' Italia. Dio sa quanto piú dolce d'ogni altro nome d' itálico paese mi sia il nome del Piamonte, del paese de 'miei padri.»

El que esto decía, no es sospechoso; espíritu liberal, apóstol de las ideas nuevas, al martirio que padeció por ellas debe envidiable fama.

Yo profeso igual doctrina: amo a todos los hombres, quiero a todas las naciones, pero más que a todas ellas a esta España, cuya lengua es la mía; y de todas las provincias españolas, aquella cuyo nombre suena más dulce a mi oído, aquella cuya memoria no se aparta de mí un instante, a la cual vuelvo los ojos en todas las tristezas y desalientos de la vida, es mi noble y ruda Cantabria, mi montaña querida, la venerada tierra de mis padres!

¿Qué hijo reniega de los suyos? ¿Cuál trocaría el hogar donde nació y creció al amparo de ellos, al calor de su ternura infinita, por otro siquiera más rico, más famoso, donde respirase el aire frío de la soledad y la indiferencia? Pues eso creería yo hacer si no prefiriese ser español a ser europeo, y a ser español haber nacido en la tierra generosa de los montes y las olas.

Y este afecto que yo siento, me alegra encontrarlo en los demás; por eso me alegraba el patriotismo intransigente de Mad. de Bastouhl.

Cuando llegamos a Andújar, caía ya el sol; el paisaje era completamente andaluz. Comenzaba a percibir la exactitud de una imagen muy usada por los escritores de todas partes, que la han aprendido sin duda de los meridionales; las casas esparcidas en los olivares parecían palomas blancas posadas y medio ocultas en el ramaje.

Andújar es un bando de ellas que seca al sol sus plumas después de haberse bañado en el Guadalquivir.

El blanco mate de la cal se destaca enérgicamente por todas partes; así los pueblos y los simples cortijos se descubren a distancias extraordinarias.

Sobre los vallados de tierra esparcían las pitas sus gruesas y carnudas hojas, retorcidas como reptiles poderosos; entre ellas asomaban sus anchas pencas, a trechos, las higueras chumbas, y a trechos un grupo de cañas sonoras se cernía al viento, gracioso contraste de la inmoble rigidez de aquellas monumentales plantas.

Algún abejaruco perezoso, haciendo gala de sus pintadas plumas, cruzaba el camino en busca de su albergue, y alguna paloma descarriada giraba en anchos círculos azorada e inquieta, para venir a guarecerse del mismo olivo de donde partiera.

El árbol de la paz tiene allí matices desconocidos en el centro de España.

Desde el verde sombrío de los más cercanos, hasta las tintas púrpureas y grises de los más distantes, presenta una gradación armoniosa de colores que separa suavemente los términos del paisaje, dándole vigoroso tono.

Antes del crepúsculo el cielo se vistió de extraordinaria belleza. Rojas y encendidas ráfagas en el Occidente coronaban de fuego las oscuras colinas; el lucero de la tarde centelleaba más blanco y más brillante que nunca sobre nuestras cabezas, y en el resto del firmamento se derramaba un azul de extraordinaria profundidad y trasparencia. ¡Cielo de Andalucía! Los ojos atraídos quieren sondearle, y perdidos en su azul y limpia claridad, siempre ven un ¡más allá! ¡más allá que siguen desvanecidos, y al que nunca llegan! Así el alma sondea ansiosa el misterio de la Divinidad, queriendo penetrarle; ¡afán inútil! ¡Cuando se cree cercana a la revelación encuentra un más allá, que es la eternidad, el infinito!

Yo me abandoné más tarde a la atracción mágica de aquel

cielo; yo aspiré con delicia su melancolía ardiente, la inquieta poesía que desvela el corazón dormido y resucita las muertas imágenes; yo gocé aquella hermosura inefable; me sumergí en su embriagador perfume, sin agotarle nunca; mas entonces la novedad, el vigor de la impresión primera, embarazaban y aturdían mi espíritu. Quería abrazar todos los detalles, analizarlos y comprenderlos. Quería dominar y resistir mis sensaciones; eran ellas más poderosas que mi voluntad.

A media noche entrábamos en Córdoba; yo me despedía de mis nuevos amigos, y solo con el mozo que llevaba mi maleta, atravesaba a pie las calles de la Atenas musulmana. El silencio y la sombra la envolvían; las casas enjalbegadas blanqueaban en la oscuridad; a ratos oía rumor de hojas, y la ráfaga de aire que las movía traía hasta mí un vago aroma de azahar y de flores nuevas. ¡Atmósfera de poesía! Me encontraba de lleno en mi España árabe, y contaba impaciente las horas que me separaban del alba.





III

Córdoba.—Recuerdos clásicos.—Riberas del Río.—Ojos negros.—La mezquita.—Una intervención.—Paseos.—Historia y fantasía.—La torre de la Malmuerta.—La sierra.—La Arizafa.—Un filósofo de azada.



la mañana siguiente, después de orientarme en el plano de la ciudad, fijo en el patio de la fonda, salí buscando la mezquita. En las vastas proporciones del dibujo, las calles de Córdoba me parecieron anchas con exceso; luego que me vi en medio de ellas pude apreciar mi error y los inconvenientes de las calles angostas para el forastero. Ya en otras ocasiones había experimentado la dificultad de gobernar mi rumbo en pueblos construídos según el sistema meridional. Las calles estrechas y retorcidas, sumergidas en sombra, y que dejan ver corto espacio del cielo, roban el mejor y más seguro guía, el sol.

Sin embargo, las ciudades donde hay río tienen en él un famoso meridiano, y como sabía que la mezquita no estaba lejos

del Guadalquivir, fuíme a buscar el río. Yo detesto los guías; el tiempo que economizan no vale la frescura y el sabor primero que quitan a las impresiones; es cierto que fiado de su estrella y su memoria pasa el viajero a veces cerca de interesantísimos objetos sin sospecharlo siquiera; pero en cambio ¿qué vivo placer no causa verse de improviso en presencia de ellos, y por sí propio y aunque imperfectamente reconstruir el edificio de los recuerdos o de las bellezas que les dan valor y les hacen famosos?

Saliendo de la fonda Rizzi me encontré en la calle de Ambrosio de Morales, cuyo nombre me hizo recordar la deuda que tienen en España cuantos se ocupan de historia y antigüedades, al erudito cronista de Felipe II, y ayo del célebre vencedor de Lepanto. Bajando por ella salí a la plazuela de Séneca. ¿A cuál de los dos Sénecas de que habla Marcial

Duosque Senecas, unicumque Lucanum
facunda loquitur Corduba,

está dedicada aquella memoria? Sin duda al más famoso, al sentencioso filósofo, preceptor de Nerón, más grande en la sencillez sublime de su muerte, que en toda la hinchada y oscura elocuencia de sus libros. Perdido entre mis recuerdos clásicos encuentro aquel verso de su Medea,

Levis est dolor, qui capere consilium potest.

«Ruin dolor el que escucha consejos.»—En esta ironía de la terrible maga, ¿no hay como un presentimiento de su terrible venganza y de la catástrofe que amenaza a la familia de Creonte?

Luego, pasando por las calles de nombres indiferentes, salí al río. El padre Betis venía caudaloso y revuelto: su oleaje azotaba con veleidades de mar los modernos muelles de la ribera.

Estos muelles ocupan una parte sola de la ciudad: desde ellos hasta el puente yacen arruinados los antiguos.

Grandes pedazos de muralla han caído al río, y lamidos por las aguas, parecen hoy informes escollos en que se estrella su corriente; sobre lo que aún queda en pie, crecen malezas, y entre ellas han establecido sus jardines humildes los vecinos de las pobres casas construídas a lo largo de la orilla.

Esta parte de Córdoba es la más pintoresca: luego la describiré.

Aventurado en las ruinas de los malecones, encontré cerrado el paso por la mole del puente: volvía atrás, resignado a un grande e inútil rodeo, cuando abriéndose una desvencijada puerta, salió una cordobesilla de unos trece años, que me dijo:

—Por aquí puede usted pasar, caballero.

Entré en uno como patio y huerto; las paredes estaban tapizadas de algunas trepadoras: había macetas con geranios y albahacas, y en un rincón una de esas ánforas de barro gris altas y angostas que usan todavía en Africa los descendientes de los moros cordobeses y granadíes. Subí escaleras, hechas con trozos de lápidas y columnas, atravesé corredores y patinillos, donde se columpiaban alegremente al aire las encendidas capuchinas, y me encontré por fin en la calle, a dos pasos de la mezquita.

—¿Cómo sabías tú que yo quería venir aquí?—pregunté a mi guía.

Ella se sonrió, y encogiéndose de hombros y mirando al suelo, se puso a rayar con la uña el marco de la puerta. Era fea, el sol la había curtido; una camisa rota y una saya mugrienta, que fué negra, eran su traje: el cabello lacio, no visitado por el peine en mucho tiempo, le caía sobre los ojos y le cubría la frente, de donde ella lo apartaba con un movimiento natural y gracioso: pero aquellos ojos más negros que el cabello, brillaban como dos chispas a través de sus vedijas. Fueron los primeros ojos andaluces que me asombraron por su claridad y su energía. Después, mi tarea difícil

en Andalucía, no fué encontrar ojos hermosos, sino ojos feos.

Al cabo de alguna porfía, contestó a mi reiterada pregunta:

—Todos los caballeros vienen aquí.

Y no era especulación la suya, era simple deseo de servir, porque sin esperar muestra de agradecimiento mío, se escapó y se perdió en el dédalo de puertas y pasillos, como avergonzada o asustada de su respuesta.

Tenía delante de mí la gallarda obra de Abderhamán I, con las torres que le sirven de estribos, sus puertas de herradura coronadas de escudos y ajimeces, y la graciosa guirnalda de almenas, que corre como un encaje por los cuatro costados del edificio. Las líneas conservan toda su belleza, pero el encalado, eterna manía de los andaluces, quita al monumento su aspecto venerable.

Subí una doble escalera y entré por una puerta que mira a Oriente. La primera impresión del interior me dejó frío: en nuestro sentimiento, en nuestra educación cristiana, aquello no despierta la idea de templo, parece un edificio cualquiera profano, un bazar o una galería.

Los fustes, los capiteles de las columnas han pertenecido en gran parte a otros edificios; algunos son romanos; los hay corintios, intactos unos, otros mutilados: el arquitecto no se tomó siempre el trabajo de ajustar los diámetros de capitel y fuste, a veces es aquél más ancho, y el conjunto parece pesado, y a veces sucede lo contrario, y entonces parece la columna degollada, y destruído el efecto de solidez y aplomo que debe presentar.

Pero prescindamos de los detalles: consideremos el conjunto, y veremos que la monotonía de aquella selva de columnas tiene su grandeza. Sobre todo, ¡cómo la embellecen los recuerdos! ¡Qué propio lugar para un culto sin esplendor ni ceremonias!

Allí se echan de menos las blancas ropas talares, el andar grave y mesurado de los moros, su reverencia que nada distrae, sus meditaciones que nadie turba. Repoblad las largas

naves de la multitud recogida y silenciosa de los fieles, fingíos oir en ellas la voz acompasada y sonora que sale del alto mimbar, recitando las cláusulas del Corán, que como palabras venidas del cielo se esparcen y caen sobre la frente humillada de los creyentes; resucitad el pasado y comprenderéis lo que del pasado os queda.

¿Qué son los monumentos, obra de los hombres, sin los hombres que los fundaron, inspirados por su fe o por su genio, por su virtud o acaso por sus vicios? Cuerpos sin alma, sepulcros vacíos, losas fúnebres sin inscripción, piedras mudas junto a las cuales pasa indiferente el viajero y las da con el pie si le embarazan la senda. Pero heríos el pecho con la vara mágica de la tradición y la poesía, haced que de su estéril aridez brote la vena viva de la fe que transporta montañas, de la fe que da vida al polvo, forma a las cenizas, y trae y convoca a constituir familias, tribus y naciones los restos de cien razas barridos de la tierra por el viento de los siglos, y se poblará el sepulcro, y leeréis en la losa la historia de una civilización extinguida, y las piedras responderán a vuestro afán curioso.

Dejad entonces a la imaginación que vuele, ella os curará de vuestra frialdad primera; ella os compensará el desencanto.

Abderhamán I, último vástago de la dinastía de los Omeyas de Oriente, llamado al trono por consejo de los sabios y ancianos de Córdoba, fundó esta mezquita. Quiso, según los historiadores árabes, que fuese semejante a la de Damasco, y superior en magnificencia y suntuosidad a la nueva de Bagdad. El año 786 de nuestra era, luego que hubo asegurado la paz en sus estados, dió principio a la obra. En ella trabajaba personalmente una hora cada día, y gastó cien mil doblas de oro. No quiso Dios que la viese acabada. Al año siguiente murió en Mérida. Las obras públicas y los beneficios que derramó sobre su pueblo, su ánimo noble y generoso, hicieron su memoria eterna y querida entre los árabes.

Su hijo y sucesor Hixem continuó y terminó el templo. De las 1.093 columnas que entonces tenía quedan unas 850. Des-

aparecieron las planchas de bronce de sus diez y nueve puertas y las de oro de la principal, como desapareció la techumbre de viguería de alerce pintada y esculpida de arabescos.

Para la *azala de alaxá,* u oración de la noche, se encendían 4.700 lámparas que pendían de los arcos de herradura. El efecto debía ser fantástico.

La mano de la conquista violó la pureza y homogeneidad del monumento. Desde luego se purificó el lugar y se celebraron en él los oficios divinos; pero hasta 1257, veintiún años después de la restauración de Córdoba por los ejércitos de San Fernando, no se edificó capilla cristiana. La que hoy existe es de principios del siglo XVI, excelente en su estilo plateresco; género bastardo, transición del gótico al greco-romano, no limpio en su ornamentación del gusto sarraceno.

Para construirla principió el cabildo a demoler la parte central de la construcción de Abderhamán: opúsose el municipio y recurrieron al Emperador. Este decidió en favor de la Iglesia; mas pasando algún tiempo después por Córdoba y viendo los trabajos nuevos, se arrepintió de su sentencia, y volviéndose al Obispo Fr. Juan de Toledo y dignidades que le acompañaban, les dijo: «Si yo tuviera noticia de lo que haciades, no lo hiciérades, porque lo que queréis labrar hallaráse en muchas partes; pero lo que aquí teníades no lo hay en el mundo.»

Juiciosa crítica en que mostró Carlos V su inteligencia y gusto artísticos: pero la inconsecuencia está en la naturaleza misma del espíritu humano; ¿por qué no pensó de igual manera el célebre monarca cuando permitió demoler el palacio de invierno de los reyes moros de Granada para hacer edificar el suyo?

Resto y señal de la primitiva magnificencia de la mezquita cordobesa es el Mihrab, o lugar sagrado donde se custodiaba el Corán.

Antes de llegar a él hay un vestíbulo o capilla, cuyo ingreso forman tres arcos de cinco lóbulos, con tres de herradura sobrepuestos; entre uno y otro de los primeros, apoyan otros

arcos trilóbeos. Las dovelas de las arquivoltas figuran mosaicos de admirable riqueza, y sobre mármol blanco, dorado por los años, materia de toda la obra, se esparcen y derraman una multitud de aleyas (versículos alcoránicos), inscripciones cúficas, grecas y follajes. La pompa oriental, el gusto y la variedad del trabajo, revelan su procedencia bizantina; hijos son de una madre San Marcos de Venecia y el Mihrab de Córdoba.

Arte enervado por el clima de su cuna, intérprete de sentimientos voluptuosos, su objeto es seducir, no imponer; su carácter la gracia, no la majestad. El numen sarraceno atiende siempre a complacer a los sentidos, cuyo ejercicio erige en acto religioso; recoge y encierra esas sensaciones para concentrarlas, como se recoge y guarda la llama para que alumbre mejor; busca la vida individual, y la lisonjea y halaga con todos los recursos de su genio. Es el contraste de la poesía de los orientales, opulenta y pomposa, y su discurso mesurado y frío.

El pueblo llama al santuario mahometano la capilla del Zancarrón.

Un sacristán muestra aquella preciosa joya del arte musulmán, abriendo la verja que cierra el vestíbulo. En el centro de éste se ve un túmulo sencillo, sobre cuya tapa están la banda y las bocas de dragón de los Nazaritas de Granada. El sacristán encendió una cerilla, y asegurándola en el extremo de una caña, la hacía correr a lo largo de las paredes del Mihrab, haciendo notar su prolija labor y belleza; luego la alzó a la bóveda que cierra el santuario, magnífico trozo de mármol ambarino, de una sola pieza imitando una concha.

Entre nosotros estaba un individuo, como cincuenteno, francés a juzgar por su movilidad inquieta, su viveza y la roseta roja que mostraba en el ojal: andaba de una parte a otra sin descansar, buscando mejor luz, haciendo anteojo de la mano, escribiendo en su libro de memorias, pero no le habíamos oído el habla todavía.

Cuando admirábamos la piedra de la bóveda, hizo un gesto de impaciencia y de incredulidad, y dirigiéndose al sacristán:

—Esto no moro, dijo.

—¿Cómo que no moro?, repuso el otro medio amostazado.

—No, moro no; nunca moro! Bueno sí, moro no!, repitió el francés con porfía, y movía la cabeza precipitadamente con gesto de negativa.

—Conque no es moro, dijo el sacristán con sorna.

—No, no.

—Pues será francés...

La porfía continuaba, el francés no cedía, el amor propio y nacional del chupa-cirios cordobés estaba herido, y al compás de las murmuraciones sordas de su lengua la caña iba tomando movimientos y describiendo círculos amenazadores en su mano.

Me pareció prudente intervenir para evitar un rompimiento brusco, y hablando a cada uno en su lengua, como vulgarmente se dice, procuré templar los ánimos y traerlos a razón, no dándosela a ninguno. Acaso será el único ejemplo de que una mediación haya puesto paz entre contendientes, sin que el mediador haya tenido ocasión de arrepentirse de su eficacia.

Un argumento de plata acuñada sosegó la generosa ira del sacristán; y el comandante francés (pues tal era·, regocijado de haber hallado con quien entenderse y ejercitar su natural verbosidad, desarrugó el entrecejo y olvidó el asunto de la contienda.

Recorrimos juntos la mezquita. Una vieja se nos acercó.

—¿Quieren sus mercedes ver el Santo Cristo del Cautivo?

—Sí, queremos.

Y nos condujo cerca de una de las puertas que salen al Norte, donde, encendiendo una cerilla y cogiéndola con el pliegue de la mano entre el meñique doblado y la palma, para resguardar la llama de los caprichos del aire, la acercó a una columna de mármol negro.

En el fuste se veían toscamente grabados los contornos de

un Crucifijo, que podrá tener poco más de un palmo de largo.

—Aquí, dijo la vieja, tenían los moros atado un cautivo cristiano; vean sus mercedes en la piedra misma los agujeros donde agarraban las cadenas (y así era verdad, que el mármol tiene unas muescas profundas); el cautivo era muy piadoso, y así, conforme tenía las manos atadas atrás, con su misma uña fué labrando y haciendo la imagen; cinco años le tuvieron aquí, y cinco años tardó en concluirla. Ya han visto sus mercedes las figuras que hay en la capilla del Zancarrón; pues todos son letreros, son las historias y las oraciones *de ellos*. Aquí vino el príncipe *Mulé Abad*, y los leyó todos *de corrío;* y cuando entró aquí se le *arreciaron* los ojos de lágrimas... ¡Cómo se acordaba de que esto todo había sido suyo! Y ellos creen que han de volver, que dice que tienen libros que lo declaran y que se han de ver señores de toda España, como ya se vieron.

—¿Y usted qué cree, abuelita? ¿Cree usted que será como ellos dicen?

Y ella, levantando los ojos al cielo: Lo que ha de venir, Dios solo lo sabe, y lo que El dispone, bien dispuesto está.

El paraje es oscuro; la luz temblona de la cerilla reflejaba en el sombrío mármol y alumbraba el rostro descarnado y moreno de la vieja, sobre el cual oscilaban las sombras proyectadas por su mano y la que hacía la negra mantilla caída sobre la frente. Con su voz cascada y grave, su figura enjuta y pobre y el tono solemne y convencido de sus palabras, parecia una sibila mahometana, un eco resucitado de los sepulcros, el acento del fatalismo oriental, resignado de antemano a todo, libre de la desesperación, porque no conoce la esperanza.

Saliendo por la puerta inmediata, nos hallamos en el patio de los Naranjos. Entre los añosos árboles que le dan nombre crecen algunas robustas palmas, y a la sombra de unos y otras saltan y juegan cinco fuentes de cristalinas aguas. Al eco de aquel susurro que habrá arrullado los pensamientos y las divagaciones de tantas gentes y tantas generaciones, al alegre

gorjeo de infinitos pájaros guarecidos de las espesas hojas, recordamos las grandezas pasadas de Córdoba. Las columnas miliarias puestas en los umbrales del templo, nos traían a la memoria la gran colonia romana, cuyos hijos famosos en letras y en armas, lograban en Roma misma los más encumbrados puestos y alta consideración.

Empero la época gloriosa y floreciente para la noble ciudad, fué el imperio de los califas. Fieles a su misión, extendían el nombre del Profeta por doquiera, llevando sus haces victoriosas desde el país de Afranc (Gallia Narbonense) al de Galicia; y mientras los rudos y tenaces batalladores que se decían reyes de Asturias y Sobrarbe, de León y de Navarra, apenas tenían un monje oscuro que escribiera su indomable constancia y la valerosa resistencia con que guardaban los últimos rincones de su invadida tierra, profundos y elegantes historiadores consagraban su erudición y su numen a eternizar las hazañas de la gente muslímica; y en el palacio mismo, en las asambleas de nobles y letrados, los *Hafites* relataban las crónicas encomendadas a su leal memoria.

Los míseros cristianos empleaban todas sus fuerzas y tesoros en forjar hierros para rescatar la patria cautiva; no sabían más arte que el de la guerra, ni tenían otra sociedad que la mesnada: y en tanto el reino cordobés se cubría de monumentos, sus sabios viajaban por Oriente, sus escritores se inmortalizaban, sus soberanos mismos unían a la palma de soldados el laurel de poetas, y benéficos y atentos al bien de todos, fundaban *madrisas* para los huérfanos, *zawiyes* para los pobres, organizaban sus *kagiefes* o descubridores para perseguir a los criminales, y tenían en la frontera sus *rabitos*, caballeros de austera y penitente vida, siempre en vela, siempre prontos a atajar con sus lanzas las entradas y correrías de los españoles.

Rudos eran e ignorantes nuestros padres cuando sus eternos enemigos poseían academias y bibliotecas, de las cuales la Meruania tenía un índice de cuarenta y cuatro tomos de cincuenta folios.

Entonces tenía Córdoba doscientas mil casas y seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas y novecientos baños públicos.

Entonces llegó a su apogeo de gloria y de fortuna, poniendo al frente de sus ejércitos a aquel famoso Almanzor, que recogiendo y guardando cuidadosamente el polvo que cubría sus armas y vestidos en las batallas, tuvo tierra bastante para que diesen sepultura a su cuerpo el día en que, más que las heridas, la vergüenza de la derrota le mató en Medinaceli. ¡Heroico pensamiento y magnífica tumba de soldado!

Tiene razón Zorrilla cuando, preparándose a cantar su ruina, dice:

> Antes selle mi boca una mordaza
> que llame yo en la lengua de Castilla
> a su raza oriental, bárbara raza!

Con estos y otros recuerdos y los comentarios consiguientes entretenía al comandante, cumpliendo, a mi parecer, los deberes de la hospitalidad con un extranjero, que no había tenido precaución o tiempo de prevenirse para el viaje con lecturas apropósito, o refrescando las antiguas.

—Señor, dijo, si no es indiscreción la mía, rogaré a usted me permita acompañarle en su paseo por la ciudad.

—Con mucho gusto.

—No olvidaré nunca el *cicerone* que mi buena estrella me ha deparado en Córdoba.

Y escribía apresuradamente en su cartera. Verdad que no había hecho otra cosa durante nuestra conversación. En la vivacidad de su sangre y de su raza, no le embarazaba esto para hablar.

Salimos del patio de los Naranjos por la puerta del Perdón; sus hojas están cubiertas de chapas de bronce, en cuya labor se mezclan curiosamente el arte árabe y el gótico; forma unos casetones exágonos, en los cuales alternan cruces con

las cuatro letras de la palabra «*Deus*» en los cuatro espacios de los brazos, y un mote arábigo que los orientalistas interpretan: «El imperio es de Dios, todo es suyo.»

Dimos vuelta alrededor de la mezquita admirando de nuevo sus nobles proporciones, su elegancia y solidez y su fisonomía bien ajena de su verdadero objeto, pues más parece alcázar o fortaleza que templo.

Nos enredamos en conversación de libros: el caudal del bravo comandante, que por otra parte había ganado todos sus ascensos en Africa, no era excesivo; así que se asombraba de cuanto yo le decía acerca de los califas y su historia. No quise *mistificarle,* como sus compatriotas dicen, esto es, abusar de mi casual ventaja, y le conté cómo habíamos tenido al final del último siglo y principios del presente un sabio orientalista llamado don José Antonio Conde, que, apasionado por la causa de los vencidos moros, había consagrado su vida a estudiar los escritores suyos y sacar de ellos los documentos de una historia menos parcial que las crónicas cristianas.

Sinceramente le declaré que una lectura reciente de ese bello libro era todo el secreto de mi aparente sabiduría. Gustaba principalmente el francés de aquel noble y sereno comienzo que dice: «Parece fatalidad de las cosas humanas que los más importantes acaecimientos de los pueblos, mudanzas de los imperios, revoluciones y trastornos de las más famosas dinastías, hayan de pasar a la posteridad por las sospechosas relaciones del partido vencedor.»

Y las hojas de su cartera se llenaban de tal modo, que si otro tanto hace en cuantas ciudades visita, pronto habrá reunido una copiosa biblioteca de notas de viaje.

Bajamos hacia el río, y al llegar a su ribera pasamos cerca de un extraño monumento.

Es un monte de jaspe azul, socavado imitando una gruta de la cual salen, cada uno por diferente lado, un león, un caballo, un águila y un pez fantástico esculpidos en mármol blanco; varias plantas, un sepulcro con inscripción y una pieza de ar-

tillería completan el original adorno de esta base original. Sobre ella se levanta una torre de jaspe rojo, y sobre ésta una columna de mármol de colores, encima de cuyo capitel campea la estatua dorada de San Rafael, patrono de Córdoba; sentadas alrededor de la torre hay tres estatuas de santos.

Este monumento recuerda el mal gusto del Bernino: la celebrada fuente de Piazza Navona en Roma es el tipo de esta escuela bastarda y corrompida; pero allí al menos hay cierta gallardía y grandeza en la ejecución, cualidades de que carece completamente el barroco *Triunfo* de Córdoba.

Estos monumentos votivos al santo Arcángel son comunes en la ciudad y acreditan la devoción de los cordobeses. La imagen del celeste guía de Tobías se encuentra en todas partes, encima de los campanarios, en el puente, en las plazas, sobre los edificios públicos y en los zaguanes de las casas particulares. Una tradición afirma que apareciéndose a un venerable siervo de Dios, el Arcángel le aseguró que tenía misión especial de Dios para velar por ella.

Salimos al puente por una puerta dórica: un arco adintelado, cuatro columnas estriadas, un cornisamento y un ático, componen este bello trozo de arquitectura. Si fué Juan de Herrera su autor, preciso es confesar que pocas veces anduvo tan afortunado; allí soltó la rienda a su concepción robusta, y fué *romano:* generalmente en sus obras se nota uno de estos defectos: pesadez y monotonía que denuncian poca imaginación y poca confianza en sí mismo, o cierta afeminación que bastardea el estilo y revela la imitación, la ausencia de genio propio e individual. En la puerta del Puente de Córdoba no hay nada de esto: es una obra vigorosa y noble: su majestad sencilla procede de inspiración, no de recuerdo; el artista vió en su mente el monumento acabado, y lo erigió con mano potente y segura; forma, color y hasta su estado de abandono pudieran hacerle pasar por una ruina romana. En los intercolumnios sobre la imposta hay dos relieves muy estropeados del Torrigiano, cuyo asunto es oscuro; uno de ellos represen-

ta una mujer sentada sobre un cadáver desnudo, degollado, cuya cabeza tiene asida por los cabellos, pudiera ser Judit; el otro es una mujer con un niño pequeño, desnudo también, enfrente de ella. A pesar de su destrucción, la manera grandiosa de estas esculturas sorprende y embelesa.

Llegamos al venerable puente: pocos objetos infunden en el ánimo tanto respeto y conmiseración. ¿Cómo se sostienen aquellas piedras roídas por el agua?; a dos pasos estaba el viejo muro, más moderno acaso, su contemporáneo por lo menos, y se derrumbó; y sus restos desaparecen poco a poco arrastrados por las olas o sumidos en el fango. El puente subsiste: lucha contra la decrepitud que lo mina y devora; parece uno de esos ancianos agarrados a los últimos jirones de la vida, que dejándolos entre sus manos yertas, huye de ellos y los deja caer en la huesa.

Al otro lado defendía la entrada el castillo llamado La Calahorra, de romántico aspecto. Fórmanle dos torres unidas por un cuerpo de sillería; cierra el paso del puente que torciendo a la izquierda le rodea y sale a su espalda defendida por un muro semicircular.

Desde esta fortaleza, renovada y modificada en épocas diferentes, se goza la pintoresca vista de Córdoba que antes indiqué. Enfrente la noble puerta de Herrera; más allá, por cima de algunos tejados, la almenada mezquita de Abderramán con su apéndice cristiano y airosa torre: a la izquierda los cubos y murallas del antiguo alcázar (hoy cárcel) saliendo entre los copudos árboles de la huerta del Rey, a la derecha la línea de la ciudad con sus robustos paredones y los muelles modernos y la alameda plantada encima; y delante de todo esto, entre el paisaje y el espectador, la línea inquieta del río, cuyas aguas murmuran en las presas vecinas y en los estribos del puente.

La sierra que sirve de fondo al cuadro, tenía a aquellas horas (doce de la mañana) un color azulado sombrío, que se destacaba limpiamente sobre el clarísimo del cielo. El caserío blan-

co o pajizo, recortaba vigorosamente su contorno desigual interrumpido por las espadañas y campanarios, encima de aquella tinta obscura. A esas horas de sol, el paisaje de Andalucía tiene una belleza singular, hay en él una quietud, un reposo, que arrullan y embebecen como la contemplación del mar y de la noche. En medio de esa tranquilidad ardiente, una ráfaga de aire, el rumor del agua tienen una poesía, un encanto inefables.

Allí cerca está el campo de la Verdad, donde moros y cristianos tenían sus combates singulares.

Mi compañero debía regresar el mismo día a Sevilla, de donde había venido a la madrugada, y antes necesitaba escribir. Volvimos a la fonda, y hecha aquella diligencia, que no fué breve, me leyó un trozo de su carta, que, traducido a nuestro idioma vulgar, decía poco más o menos como sigue:

«Debo todos estos datos preciosos y exactos a un joven sabio español (aquí mi nombre), que una feliz casualidad me ha hecho encontrar esta mañana en la mezquita. El mismo los ha recogido en los manuscritos árabes traducidos por los antiguos benedictinos.»

No hay que decir si yo protesté enérgicamente contra el tenor de semejante párrafo.

—Mire usted, comandante, que aquí no hay sabio, ni manuscritos, ni benedictinos que valgan, y que ese parrafillo es lo que en periodismo llaman ustedes *une tartine.*

Se figuró sin duda que era modestia mía, porque sonriéndose con malicia, y encastillado en su *¡Pardon! ¡pardon!,* plegó su carta, la cerró y no hubo más que hablar.

Entonces no pude menos de decirle: aquí de su paisano de usted, *commandant, voilá comm'on écrit l'histoire.*

Y en efecto, si el buen comandante ha cedido a una tentación igual a la que me trae a referir estas cosas, juzgue el lector de la fe que su libro merece. Quizás compensen ampliamente esa falta las bellezas de estilo; en todo caso ambas obras se completan; la mía es la relación histórica, desnuda de pompa, la suya la relación fantástica, galana y viciosa. Quien

tuviere que elegir entre ambas, tome la segunda, en ella están la amenidad y el deleite.

Al día siguiente, solo, vagué grandemente por la ciudad. Pasé por una plazuela donde sobre una fuente hay un caballejo de mediana escultura *tenante* de un escudo. De aquel *Potro* toma nombre el barrio mencionado por Cervantes. Era y es todavía posada y parador de la gente de recua y carro. Entré en varias iglesias, numerosas en Córdoba; y saliendo por unas puertas, entrando por otras, estudiando las murallas y la fisonomía, nueva para mí, de una ciudad agrícola, vine a dar en un vasto espacio llamado campo de la Merced. Inmediato está el monasterio de este nombre, convertido en Hospicio. En este monasterio tuvo hospedaje el gran Colón, mientras estando en Córdoba la corte de los Reyes Católicos, donde se aprestaban a la guerra de Granada, proseguía en ella sus pretensiones. De este convento llevó por capellán en su expedición a Fray Juan Infante, que tuvo la gloria de decir la primera misa en la tierra virgen del Nuevo Mundo.

Cerca de uno de los extremos de la espaciosa plaza se levanta una airosísima torre, de planta octógona, recortada su frente en gracioso almenado; un arco elevado y ligero la une al muro de la ciudad, y debajo del arco hay una lápida borrada, donde aparecen restos de inscripción. Más tarde aprendí en el erudito libro del señor Ramírez y de las Casas-Deza, Guía manual de Córdoba, que la bella torre se llama de la Malmuerta, porque un caballero mató a su mujer sin culpa (arrebatado de celos) y el rey, hecha la común prueba, mandó por condenación que a su costa se hiciese esta torre. El vulgo cuenta de ella varias consejas: ¿por qué no refiere alguna el libro que cito? Más que una fecha o un nombre propio, mejor que la verificación del género a que una obra de arte pertenece, aprecia el viajero una de esas relaciones donde a veces se retrata el espíritu de una época, y siempre la imaginación y el genio del pueblo. El nuestro va olvidando las suyas; digno empleo del escritor sería conservarlas.

Pregunté a los vagos que tomaban el sol, o jugaban al *chito* al pie de la torre; ni aun el nombre de ella sabían. Es verdad que entre ellos no había viejos: los viejos se quieren entre sí; el hombre que llega al ocaso de la vida, cobra afecto a cuanto le rodea, y mayor a aquellos objetos que le hablan del pasado, porque *pasado* es ya también toda su vida; siempre son viejos los que saben las fábulas y leyendas, y los que gozan en referirlas. Al joven ¿qué le importa lo que fué, si todas sus pasiones le empujan hacia adelante, y aquella luz vertiginosa que desde el horizonte le atrae, le deslumbra y ciega y no le consiente distraer los ojos ni mirar a parte alguna?

Desde aquí se descubre perfectamente la sierra.

Aquellos montes que veía cerca sembrados de árboles y blancas casas, de monasterios y santuarios medio escondidos entre pomposas bóvedas de follaje, me recordaban los montes de Toscana. Sobre la cumbre de la sierra, en el centro de ella blanquean las célebres *ermitas:* algún ciprés agudo, algún redondo pino destaca entre ellas su negra silueta sobre el azul del cielo; así está Fiesole, la patria del Beato Angélico, que en la contemplación de un cielo semejante, bebía la inspiración de sus cándidos y serenos cuadros. Andalucía recuerda a Italia a menudo: hermanos son su cielo y su suelo. Esperemos que el corazón de sus hijos se conserve más sano que el de los del mar Tirreno.

La sierra de Córdoba está al Noroeste y una media legua de la ciudad. Saliendo por la puerta de Gallegos, se atraviesa el paseo de la Victoria, y, cruzando la vía férrea, se toma un camino polvoroso entre huertas cercadas de pitas. Por él se llega a la Arizafa actual, que no es otra cosa que la antigua Rusafa o casa de campo fundada por el ilustre Abderhaman, fundador de la mezquita.

Allí, según las tradiciones árabes, erigió una torre con maravillosas vistas, y plantó una palma traída de Damasco, tierna memoria de la patria. De esa palma nacieron después cuantas dieron sombra en España a los hijos de Ismael,

cuantas dan sombra a los hijos de sus afortunados vencedores.

A esa palma, que le recordaba su triste historia, la muerte de los suyos, su propia fuga de Oriente, su vida errante y oscura en Africa, dedicó el califa poeta estos célebres y sentidos versos:

Tú también, insigne palma,
eres aquí forastera,
de Algarbe las dulces auras
tu pompa halagan y besan,
en fecundo suelo arraigas
y al cielo tu cima elevas,
tristes lágrimas lloráras
si cual yo sentir pudieras.
Tú no sientes contratiempos
como yo de suerte aviesa,
a mí de pena y dolor
contínuas lluvias me anegan.
Con mis lágrimas regué
las palmas que el Forat riega,
pero las palmas y el río
se olvidaron de mis penas,
cuando mis infaustos hados
y de Alabas la fiereza
me forzaron a dejar
del alma las dulces prendas;
a tí de mi patria amada
ningún recuerdo te queda,
pero yo triste no puedo
dejar de llorar por ella.

De la obra del califa sólo quedan partes del cercado, y acaso las acequias que riegan la huerta.

El suelo es hoy tan fecundo y generoso como en el siglo VIII y muestra robustos limoneros cargados de fruto, frescas lilas y bolas de nieve y rosas de espléndidos matices; pero las palmas desaparecieron.

Hay una hospedería moderna, cuyas habitaciones se arriendan a los particulares que quieren pasar en tan hermoso sitio temporadas de verano.

La huerta se abre a todo curioso que desea visitarla.

Rondando por sus sombrías avenidas de naranjos y rosales, encontré un hortelano, que me saludó con la cortesía natural de los andaluces.

Era el hombre de edad, cenceño y seco, y se ocupaba activamente en desembarazar de broza y hojas secas las canales por donde iba a llegar el riego. Entramos en conversación.

—¡Hermosa huerta!, le dije.

—No está mala, contestó con modestia, y puesto en el terreno de su oficio y estimulado por mis preguntas, desplegó la verbosidad fácil, el estilo pintoresco y expresivo del país. Aquella tierra era *caudalosísima de todo.* Las huertas de los ermitaños, *chispa más, chispa menos,* eran todas iguales; desde la cima de la sierra se veía el *mundo entero;* y siguiendo su discurso, decía:

—Esta parte que ve su mercé (y señalaba a la sierra) es la parte menos buena de la tierra; todo son huertas; los ermitaños de allá arriba, que llaman los ermitaños de Nuestra Señora de Belén, viven en trece ermitas y tienen su iglesia, cementerio, hospedería y demás; labran la tierra y cogen aceituna, algarroba y *tal cual* de uva. Pero donde está lo bueno es por allí (y levantando la azada señalaba con el mango un llano onduloso, yermo todo y despoblado que se extiende al otro lado del río); allí es la tierra de los cortijos; yo he servido muchos años en el del Sr. ... y dijo un apellido de los más considerables de Andalucía, y que yo he olvidado. Y ¡válgame Dios! Aquello era riqueza; no digo el aceite y el trigo que se cogían, pero las aves de corral no tenían cuenta; los pares de labranza eran veinticuatro; cuando el amo visitaba la hacienda, se presentaban delante de la casa quince caballos ensillados y enfrenados; allí venían los aperadores, los capataces, los mozos, los mayorales, todo el mundo a caballo, y todo el mundo acompañaba al amo, hasta que éste mandaba a cada uno a su obligación.

Y así de detalle en detalle, el buen hortelano apuntaba mu-

chos que no son del caso repetir, pero que trazaban para mí el interesante cuadro de la vida del campo en Andalucía.

Todo esto se modifica; los hijos de aquellos señores prefieren la vida elegante y ociosa de la ciudad, y las grandes propiedades se van sucesivamente dividiendo.

El término de la relación del hortelano fué lo más original e inesperado de ella. Ahora, dijo, siga su mercé el paseo, que esta labor no puede esperar, y cada uno debe estar a su menester.

—Tiene usted razón, amigo, y es lástima que no le oigan muchos que blasonan de discretos.

Aquel hombre ha encontrado en el aire que respira algo de la sana filosofía de los Abderramanes.

La misma tarde salí para Sevilla. En las estaciones del camino entraban y salían mancebos del país; todos se conocían y se saludaban; ninguno pecaba de melancólico, y entre sus virtudes no parecía la mayor la del silencio.

Los asuntos de conversación variaban; caballos, cosecha, cuentos de lugar, matrimonios y desavenencias; pero todos pasaban de ligero para venir a caer en uno que trataban con cierta cautela y bajando la voz.

No la bajaban tanto, sin embargo, que no se percibiesen algunas voces técnicas: *entrés, elijan, pároli,* y otras que declaraban suficientemente el tenor del diálogo.

Las imponentes ruinas del castillo de Almodóvar muestran su antigua fortaleza; encerrado en aquel nido de águilas, pudo bien un gobernador moro erigirse en rey y desafiar a los califas poderosos de Córdoba y Sevilla.

Al anochecer pasábamos por Hornachuelos. Nadie desconoce este nombre entre la actual generación literaria. Un poeta ilustre, de vena tan española como declaran estos versos suyos:

No busques sentencia ajena
que nos tase el desagravio,
que sólo es buen juez Castilla
para el honor castellano,

ha puesto allí una de las escenas más vivas y mejor iluminadas de un drama famoso: el poeta es el duque de Rivas, el drama *Don Al aro*, y la escena la de la posada.

Los pueblos que atravesamos en la oscuridad sonaron indiferentes a mi oído, sin sacarme del letargo producido por la fatiga y el golpe de imágenes, recuerdos e impresiones.

El estrépito del tren sobre las plataformas giratorias, las luces de gas, el movimiento de gentes, y mi nombre pronunciado por una voz amiga, me dijeron que había llegado al término de la jornada.





IV

Sevilla.—Primeras impresiones.—La Giralda.—Plaza Nueva.—Exteriores, Casas Consistoriales, Catedral, Consulado y Alcázar.—La puerta de Jerez.—Las cigarreras.—San Telmo.—Un recuerdo de Villaamil.—Los jardines.—Byron, Shakespeare y Don Juan Tenorio.—Las Delicias.—Horizonte.—El puerto.—Puerta de Triana.



L despertar en Sevilla, me encontré en un cuarto blanco, limpio con esa limpieza de Andalucía, limpieza de la cual se desprende una especie de aroma de frescura, de salud, de vida, que hace las horas breves, la fatiga excusada, y hasta las pesadumbres ligeras.

Un cuarto así, con un lecho blanco y blancas cortinas y blancos pabellones, una luz avivada por esa blancura mate de todos los objetos, y un libro a la cabecera, ¡cuántas tentaciones para permanecer largo tiempo en esas primeras meditaciones de la mañana, entregado a una lectura que en vez de estorbarlas las alimenta!

Pero mi cuarto miraba a Oriente y el sol entraba a más andar por los cristales tocando diana en muebles y paredes; no cabía hacerse el sordo y fué preciso obedecer las insinuaciones del astro rey.

Apenas puse el pie en la calle, al extremo de otra sobre las azoteas vi una torre airosa, atrevida, elegante, cuyo color rosado descollaba oscuro sobre el claro azul del cielo. Era la Giralda: tres cuerpos greco-romanos entrantes formando pirámide rematan la obra árabe, y maltratan su elegancia y ligereza; cubrid a una doncella de frágil cintura y leves formas con el tosco morrión de un guerrero y veréis encogerse su cuello, oprimirse su talle, y desaparecer su acostumbrada gentileza y brío. Hecha abstracción del coronamiento, la Giralda parece otra; cambian sus proporciones, se eleva su frente, y campea erguida y desembarazada sobre el campo del firmamento.

Desde la morada mía a la Plaza Nueva había pocos pasos: esa plaza inmensa, cuadrada, no tiene carácter, como decimos ahora: sus edificios uniformes y macizos recuerdan los del muelle de Santander, las triples hileras de naranjos parecían convalecientes tomando el sol: sus hojas estaban lacias y amarillas, sus troncos envueltos en *pleitas,* como niños en pañales.

Sin embargo, la plaza es espaciosa, y con sus bancos, aceras y candelabros tiene en medio de su monotonía algo de monumental.

Por la tarde alegran su recinto las carreras y juegos de los niños que allí se reunen, y en las noches ardientes de verano es el Prado de Sevilla.

Cerca están las antiguas Casas Capitulares; obra anónima, joya del gusto plateresco. La corona imperial sobre los mundos, y el blasón de Borgoña (aspa de San Andrés, con el toisón) esculpidos en su muro, señalan el tiempo de su edificación. Fué cuando reinaba aquel César valeroso, que después de vencer a todos sus enemigos, acometió la más difícil empresa de vencerse a sí mismo; y envolviendo su vanidad en el há-

bito monacal, y atando su soberbia con el cilicio penitente, se anticipó a la muerte, muriendo para el trono y para el mundo.

Las mejores obras en madera de Berruguete, no tienen mayor fantasía ni mejor estilo que las fachadas de este edificio. Cariátides, quimeras, bustos, dragones, aves-phenix, flores, frutas, todo está esculpido primorosamente: se conoce la huella del renacimiento italiano en la anatomía de los desnudos, en la bizarría de los escorzos, en el estudio de la naturaleza, en la prolijidad y gusto del trabajo; el artista español hizo en piedra común lo que hicieron en mármol Rizzo y Sansovino en Venecia.

El renacimiento fué una explosión de savia del espíritu humano, un desbordamiento de la imaginación largo tiempo comprimida. Alimentado por el sentimiento caballeresco y religioso de la Edad Media, exaltado por el clima, el genio de la Europa meridional, encerraba abundantísimo tesoro de imágenes e ideas.

Tomó buen número de ellas de la mitología resucitada con el platonismo y transformada como él y vestida a usanza del tiempo.

La filosofía del espiritualista de Sunium no dominaba, con todo, fuera del terreno puramente especulativo: en las costumbres una mezcla de rudeza antigua y cortesía moderna establecía ancha libertad, y el fondo de los sentimientos sociales participaba de la indiferencia que dominó dos siglos después bajo la hipócrita máscara de la filantropía.

Bocacio, retirándose con sus amigos a una *villa* toscana y apurando en ella los placeres, mientras la peste asolaba a Florencia, da el tipo de aquella sociedad y aquel tiempo.

Nosotros estábamos más atrasados; pero el genio de las artes, que se adelanta a las generaciones contemporáneas, seguía el impulso recibido de la madre Italia.

El arquitecto del consistorio sevillano fué uno de *los iluminados,* y dejó en su obra el sello ardiente de su inspiración. Riqueza y fantasía en el pensamiento, habilidad consumada en

la mano, eran las dos grandes cualidades de su talento. Nada austero, nada grave había que pedirle; nada pesado, nada monótono había que temer de él. Por eso en vez de un severo palacio, custodio de las inmunidades comunes, asilo de la libertad, donde los prohombres y ancianos deliberasen para la mejor administración del pueblo, guardianes de sus derechos, y depositarios de sus leyes, edificó un palacio de placer gracioso, peregrino, propia morada del deleite y de la alegría: en sus balcones, mejor que la negra loba y severa barba del regidor, dirían la rizada gorguera y caprichoso tocado de la dama, y en torno de su atrio se echan menos los frescos bosquecillos de mirtos y arrayanes, las estatuas y fuentes, los verdes pinos y laureles, cuyo sombrío color realzaría las doradas líneas del primoroso monumento.

Las Casas Consitoriales miran a la plaza de San Francisco; enfrente está la Audiencia, de fachada moderna y vulgar. La calle de Génova se abre a la derecha, y a su extremo se descubre la parda y solemne mole de la Catedral. Todavía es esta la calle de los libreros, como en el siglo XVII.

La Catedral, aunque envuelta entre el Sagrario, de bastardo greco-romano; lo que fué mezquita, semejante en su planta y exterior a la de Córdoba, y las sacristías y salas capitulares, añadidas en diversas épocas, como forma un cuerpo aislado alzado sobre un zócalo de piedra guarnecido de columnas y cadenas de hierro, ofrece un aspecto grandioso y noble.

Un Gobierno ilustrado, desembarazado de cuestiones pequeñas de administración y política, rico y fuerte, se haría glorioso consagrando sus esfuerzos a la terminación de aquel templo. Esta idea es la primera que despiertan las ménsulas vacías, los tímpanos de sus ingresos desnudos, y los sillares de las puertas laterales salientes y sin labrar para recibir las fachadas ornamentales.

Ahora no entraremos dentro, contentándonos con rodearla. ¡La Giralda!; hemos visto de lejos su gallardía, admiremos de cerca su solidez. Sus fachadas están adornadas con labor

árabe, fingiendo arquerías lobeadas, enlazadas entre sí con medias columnas, y antiguas pinturas al fresco muy maltratadas por la intemperie; de cerca como de lejos, la gallardía de la torre contrasta con la pesadez de los cuerpos superiores; aquel peso agobia y mortifica la airosa obra del moro Herver.

Inmediata a la Catedral está la Lonja o Consulado, traza de Herrera: son dos cuerpos toscanos con columnas empotradas; edificio aislado, sólido y firme, pero frío, como la mayor parte de las obras de su autor. Este, sin embargo, hizo gala de su genio en las bóvedas interiores y escaleras, de una osadía y riqueza asombrosas; los hombres del arte pueden admirar allí y estudiar el corte de piedras y dovelaje; los profanos no hacemos más que rendir el homenaje de nuestro respeto a una de las inteligencias más varoniles y potentes que han tenido las artes españolas.

¡A dos pasos está el Alcázar! bien merecida tiene Sevilla su fama de ciudad monumental. El Alcázar y la Catedral; los dos enemigos están allí fronteros, como lo estuvieron durante ocho siglos los dos pueblos que representan: el templo ha olvidado su encono, ha depuesto las armas, mira al cielo, enarbola la cruz del perdón, y abre sus puertas al arrepentido y converso; el palacio, ceñudo, amenazador con su cinto de muros, sufre la derrota sin resignación, por fatalismo; no acepta la gracia que le ofrecen, y envuelto en sus memorias espera sin temor, como sin impaciencia, el día de la muerte, del descanso.

Costeando las murallas del Alcázar, atravesándolas donde las rompe la plaza de Santo Tomás, llegamos a la puerta de Jerez: es una construcción regular, jónica, con cuatro columnas exentas sobre plintos en la fachada exterior, y un ático con dos leones. Dentro del arco, a la altura de la imposta, hay una lápida con la célebre copla que compendia historia de Sevilla hasta su restauración:

Hércules me edificó,
Julio César me cercó
de muros y torres altas,

y un rey santo me ganó
con Garci-Pérez de Vargas.

Al salir de la puerta percibimos un aire fresco de verdura y flores. Era el primer día de abril, y la primavera es precoz en Andalucía. Una ancha alameda, llena de árboles y de murmullos, se abría recta delante de nosotros; a la izquierda, jardines aún no terminados, cuya belleza profanaba el son de las cadenas de los presidiarios que trabajaban en ellos; a la derecha, el delicioso paseo de Cristina. Por éste venía una multitud de muchachas, en grupos de tres y cuatro; su traje era sencillo: un vestido de percal de color claro, y un pañuelo sobre los hombros; venían cantando, riendo o conversando; ¡la alegría de los pocos años! Al pasar cerca de las matas de flores, a hurtadillas de los guardas, cogían una rosa, y rápidamente, de un golpe seguro, se la clavaban en el pelo; la flor quedaba como si hubiera nacido allí o hubiera sido colocada con prolijo estudio tras largas horas de tocador.

Todas aquellas muchachas eran cigarreras; muchas de ellas viven en Triana; aquel es el camino para venir a la fábrica y la hora de entrar al trabajo.

Muchas veces volví al mismo lugar y a la misma hora; es difícil encontrar entre ellas una hermosura notable, pero si os dais por satisfechos con esa otra belleza moral que se llama gracia, id allí a buscarla. Tez morena, ojos de pasión, pelo negro, retorcido en unas, levantado en otras, pero bien peinado en todas, provocador e insolente cuando se yergue mostrando la limpia raíz sobre la frente; lánguido y amoroso cuando sus plegadas ondas llamadas atrás, descansan sobre la oreja; la talla, ni muy sobrada ni muy exigua; la cintura quebrada, rompiéndose al andar, y en las composturas del pañuelo; la mano y el pie pulidos y de princesa. Añadid a esto el desenfado de la mirada, la palabra pronta, el decir agudo y picante, el aseo en el traje y calzado, y tenéis la cigarrera sevillana; digo mal, tenéis la sevillana del pueblo, legítima y sin aliño alguno

de otra parte; ya arrolle hoja de Cabañas o de Virginia; ya pinte loza en las fábricas de lo mismo, ya sea ribeteadora, ya modista o costurera.

Pero ¡ah!, la cigarrera, esa planta tan lozana y alegre, tan vivaz y placentera, tiene, como tantas otras plantas, un gusano que roe sus entrañas, que chupa su savia, se nutre de lo mejor de su vida y la devora. Ese gusano, esa carcoma, ese vampiro se llama *la ditera.*

Aquella gala, aunque sencilla al parecer, agota el jornal y consume los recursos de la cigarrera; ésta no trabaja para comer, menos aún para economizar; trabaja y se afana para engalanarse y estar linda; verdadera hija de la fantasía, espíritu engendrado del sol y del aire, nunca ha pensado que hay mañana, y que ese mañana puede ser un día triste de enfermedad y de malaventura. En cuanto a alimentar su cuerpo, un pescadillo y una rosquilla de pan comprados al paso en los *freidores* de la puerta del Arenal o de la de Jerez, y una naranja, son su festín y su banquete; en días de apuro la naranja sólo basta; pero ¡cómo presentarse con el vestido sin aplanchar o roto, o con el pañuelo deslucido! ¡Cómo parecer sin un zapato primoroso y nuevo, sin zarcillos en las orejas, a riesgo de que las compañeras digan ¡pobre fulana! con un tono de compasión que mata mejor que un cuchillo de Albacete!

Y ¡quién es bastante rica para poseer todas esas cosas en cabal propiedad y pertenencia! ¡Quién no tiene madre a quien amparar, o hermanos chicos que vestir, o un *amigo* que por evitar entrevistas con los señores de la Audiencia, anda huyéndole el bulto al sol y haciendo oficio de murciélago, y al cual hay que ayudar en su escondite y desgracia!

La ditera acude a todas esas necesidades y apuros. Que mañana es la fiesta de señora Santa Ana o el Rocío, y la niña no tiene nada que poner, ni por dónde procurarlo, y que no va a poder mostrarse, y las envidiosas del barrio (Triana) murmurarán de su ausencia, sin engañarse en la causa; pues gracias a la ditera se presentará como la mejor, y nadie que la vea

imaginará sino que en su casa rueda el pan por bajo de las mesas y se sale la ropa de los arcones ahitos. Que el chato ha *hecho unos pesos* de la venta de un potro, y que vamos el domingo a la venta de Eritaña con la Angustias y la Soleá, y el Moreno y Perico el banderillero, y yo no tengo un *maldecío* abanico para echarme aire si tengo una *sufocasión;* la ditera te dará uno, que si fuera de oro fino no había de brillar más, ni dar más vislumbres al sol, cuando con aquel garbo y majeza tuyas enarques el brazo y alces el codo blandiéndole con pausa y compás.

Pero vendrá el sábado, y el precio del trabajo de la semana, en vez de ir a alegrar la casa de la cigarrera entrando en ella como una bendición de Dios, caerá en la codiciosa bolsa de la ditera; en vez del consuelo y el regocijo de una necesidad remediada, acogerán a la pobre niña en el umbral de su puerta la desesperación y el ceñudo semblante de la miseria.

Yo aprendí estos misterios mucho después, al cabo de larga estancia; en aquella impresión primera todo me parecía holgura, bienestar, contento; ¡engaño disculpable! A él contribuían la voz alegre de los cantores de la enramada, el aire cargado de olores y frescura, el ambiente luminoso y suave, la paz de la mañana, la alegre claridad del sol y los murmullos de vida que alrededor nuestro flotaban. En aquel jardín de Cristina los rosales trepan por el tronco y suben a la cima de los más gallardos chopos piramidales; los vástagos cargados de flores cuelgan de lo alto, y cuando un viento recio lo sacude, derrama a sus pies la olorosa lluvia de las flores deshojadas.

Enfrente de este vergel, a la izquierda de la grande alameda, está el palacio de San Telmo, habitación de los señores duques de Montpensier; la puerta principal cerrada y el centinela en la del costado, indicaban la ausencia de los ilustres dueños. Obra de fines del siglo XVII, se resiente de la decadencia en que entonces estaban las artes, consecuencia natural de la decadencia de la monarquía. Disimula, sin embargo, la bastardía y poca belleza de las líneas bajo la profusión de

los adornos y molduras, y en conjunto posee cierto aparato propio de su destino de morada de príncipes; la portada es un modelo de barroquismo: rica en la materia y trabajo de cincel, ofrece una reunión de columnas, estatuas, guirnaldas y trofeos que fatiga la vista obligada a estudiar separadamente cada objeto, sin que la contemplación del todo produzca esa sensación de agrado hija del arte, cuando éste posee sus dos cualidades esenciales: unidad y armonía.

Fué construído para colegio de Marina; claro lo dicen los emblemas náuticos que le adornan, las estatuas de las ciencias exactas y cosmográficas, y la efigie del santo tutelar que corona el frente. Los blasones de Borbón y de Orleans puestos sobre los ingresos y balcones marcan la segunda época de su historia.

El interior de este palacio es interesante por el gusto y elegancia de su adorno. Cuando Isabel II lo vió, es fama que dijo: «¡Mejor alojada está mi hermana que yo!» Y, en efecto, hay allí algo que ordinariamente no se encuentra en los palacios; algo que revela la vigilancia esmerada de los jefes de la casa y los dulces hábitos del hogar y la familia.

Encierra, entre otras cosas, una curiosa colección de armas, especialmente moriscas; arreos y jaeces africanos, recuerdos de la vida militar del duque, y una galería notable de pinturas. Su cuadro capital es la Virgen de la Faja, uno de los lienzos más suaves y luminosos de Murillo; cuando lo pintó había llegado al apogeo de su genio; ya había encontrado en su inspiración el rayo místico que pone en los ojos de sus Vírgenes, y en el cielo sevillano la luz prodigiosa en que envuelve y baña sus figuras.

Representan allí las escuelas antiguas españolas Morales el Divino, Velázquez, Herrera el Viejo con un vigor asombroso, Zurbarán y Valdés Leal.

Hay excelentes cuadros modernos franceses, y entre los nacionales está la «Entrada de los cruzados en Jerusalén», de Villaamil.

Este pintor, además de paisajista excelente, era un hombre de gran corazón y cariñoso maestro. En otro siglo, con otras costumbres, su estudio hubiera sido el cenáculo de todos los entusiastas. La poesía, la música, la elocuencia, le exaltaban tanto como su arte, al cual tenía amor verdadero. La naturaleza le encantaba, y absorto en su contemplación se olvidaba de sí propio y de todos los deberes mecánicos de la vida social.

Yo le vi en sus últimos años con la salud ya quebrantada, una tarde de tormenta, recibir en campo abierto, sin curarse de ello ni parecer percibirlo siquiera, una copiosa lluvia, embebido en explicar a un grupo de discípulos las líneas del paisaje, la perspectiva aérea y la iluminación del horizonte.

Otro día, bajando el cerro de San Blas, después de una de sus interesantes lecciones, le preguntaba uno de ellos por qué en rigor los fondos de los cuadros no eran tales como los presenta la naturaleza.—«Amigo mío, respondió: porque Dios tie»ne para iluminar sus obras aquello, y señalaba al sol, mien»tras el pobre artista no tiene en su paleta más que un poco »de ocre y albayalde.»

¡Pobre Villaamil! la luz que él había tomado del sol y que tan prodigiosamente derramaba en sus lienzos, acabó por ofuscar su mente y deslumbrar su razón. ¡Quién sabe las visiones de arte y poesía que bullían en su fantasía ardorosa! Había pintado con enérgica mano el suelo calcinado de Oriente, sus montes sedientos y áridos, su inflamado cielo, y en ese delirio ardiente, en esa embriaguez de luz y de fuego, se agotó su numen y se secó su vida. La muerte apagó el volcán, cuando todavía podía alumbrar el horizonte del arte con gloriosas llamaradas.

Los jardines situados a espalda del palacio, son creación del Príncipe; ocupa su mayor extensión un espeso bosque de naranjos, donde a todas horas del día y de la noche cantan los ruiseñores. El ruiseñor en Andalucía no es el misterioso amante de la luna y las estrellas, canta a todas horas, pero tan esquivo como en los climas del Norte, huye la presencia del hombre y vive siempre escondido en lo más cerrado del follaje.

Confieso que esto me arranca una de mis ilusiones, a la que renuncio con pena. ¡Cantar el ruiseñor de día! Entonces allí sería mentira aquella magnífica introducción de Byron a su «Parisina»

It is the hour when from the boughs
the nightingale 's high note is heard,

y mentira también aquella deliciosa escena de Shakespeare donde dice Julieta

Wilt thou be gone? It is not yet near day;
it was the nightingale, and not the lark,
that pierc'd the fearful hollow of thine ear;
Nightly she sings on yon pomegranate-tree:
believe me, love, it was the nightingale.

En un recinto sombrío, guarnecido de rocas, plantado de plantas grasas, espinosos cactus y carnosas enredaderas, hay tres sepulcros de mármol con estatuas yacentes. Según el guarda, son las de Don Juan Tenorio, Doña Inés y el Comendador, traídos de San Francisco, donde estuvo el panteón de los Tenorios.

Sin el asilo ducal, ¿adónde hubieran ido a parar aquellos testimonios de la tradición que mejor retratan el espíritu católico y el desenfreno caballeresco de la España de Carlos V?

Si ese espíritu no muriera, si nuestra raza no degenerase, vendrían allí un día los ancianos, y al sonoro rumor de los sauces y las cañas, contarían a los mancebos la temerosa leyenda. Ya la yedra invasora que empieza a envolver los rostros de las tendidas efigies, aumenta el misterioso pavor que inspiran: al morir la tarde, el mármol medio escondido en el sombrío verde que le cerca, adquiere siniestra y fantástica blancura.

Un momento de soledad, de silencio, de contemplación, y con las primeras sombras de la noche la piedra tomará vida y movimiento, la estatua del Comendador se alzará sobre su lu-

cillo, y «sin oirse sus pasos», como dice la tradición, irá al convite del impío, para aterrarle y confundirle.

De San Telmo al río habrá quince pasos, el ancho de un camino regular. Los torres del palacio y las palmas monumentales, que como dos centinelas velan en los dos extremos de la fachada que mira a los jardines, pintan su imagen en las aguas del Guadalquivir.

El paseo de las Delicias corre entre aquellos jardines y su ribera. Un ancho arrecife en medio para los carruajes con sus filas de olmos viejos, y varias alamedas laterales de acacias lo forman hasta llegar a los jardines que se ensanchan en arriates de flores y bosquecillos con jarrones y estatuas. Estos jardines, amenos de suyo y hermosos, lo parecerían más sin la afición del actual municipio sevillano a la alfarería: en algunos de ellos han prodigado la loza de manera, que parece una exposición de fiestos de formas diversas y menos elegantes las unas que las otras.

La cerámica tiene su belleza, y un tazón, pintado de blanco o amarillo con el *enredado* blasón de Sevilla en su redondo vientre, puede hacer papel en el más atildado huerto; yo prefiero, cuestión de gusto, la más pobre mata de alhucema o el más modesto pie de bojes.

Pero ¡qué magníficos y opulentos rosales!; ¡la rosa parece una flor indígena de Sevilla!; ¡qué hermosura tiene, qué colores, qué aroma!, dondequiera crece, dondequiera abre su cáliz y desenvuelve sus tersas y limpias hojas: no hay jardín, no hay patio, no hay muro de Sevilla ni rincón en sus barrios donde esa reina de los verjeles, símbolo de la hermosura, no encante los ojos y halague el alma.

En las Delicias corren por el suelo, trepan por los setos, se envanecen pomposas en arbusto, todo lo esmaltan, todo lo hermosean, todo lo embalsaman. Los guardas se muestran indulgentes con los incesantes hurtos de los solitarios paseantes: ¡hacen bien! ¡para quién crió Dios tanto encanto y tanta belleza! y ¡quién sabe los destinos de una flor de aquéllas,

y lo que vale y lo que significa para la mano que la roba!

El talus natural del río está cubierto de retoños de abedul: parece que antiguamente toda la orilla estuvo plantada de esos nobles y pomposos árboles, y todavía hay lugares de ella donde forman deliciosas umbrías. El río socava continuamente su ribera izquierda; la alameda que corre a lo largo de ella, melancólico y solitario paseo de la tarde, está destinada a seguir la suerte de los antiguos abedules, arrastrados por el agua.

Pero miremos un poco al horizonte. La dehesa de Tablada despliega a la vista su vasta llanura, donde negrean los grupos de toros y vacas: más allá, sobre el follaje de los naranjos, se levanta un corpulento y redondo pino, único en el paisaje, que da su nombre a la huerta que hermosea, y cierra el horizonte la larga y chata colina en cuya falda se asienta Gelves. Sobre uno de los estribos o promontorios de esa colina descuella el convento arruinado de San Juan de Aznalfarache, velando por el pueblo que reposa a sus pies en la llanura... Esa colina, cubierta de olivos, despliega subiendo al Nordeste sus lomas, entre las cuales se esconde Castilleja, y en cuyos declives últimos yace la sepultada Itálica.

Volvamos ahora, río arriba.

En los términos primeros, sobre el río, una línea de inmóviles cipreses parece indicar un cementerio; pero una palma gallardísima, un mirador campestre y las copas de naranjos que asoman sobre la tapia, desvanecen esa idea primera: ese detalle nuevo e insólito tiene, sin embargo, original fisonomía.

Aquella huerta toma su nombre «los Remedios »de una iglesia inmediata, perteneciente al arrabal de Triana.

¡Triana! Allí está el arrabal famoso, mirándose en su río: el humo denso de sus alfares, esparciéndose en el aire tranquilo, le cubre de un negro velo, y como desplegado por la mano de una celosa, le roba las caricias de la luz. Enfrente tiene la torre del Oro. Desde Roma hasta nosotros, todos los conquistadores de Andalucía han puesto su mano y dejado la señal de su paso en esa bella construcción. Fortaleza, prisión,

tesoro, estancia de deleite, todo lo ha sido, y hoy parece tan robusta y joven como en los verdes años de su gloria.

Entre la torre del Oro y Triana fondean los buques:—grandes vapores, bergantines y muchos barcos levantiscos, de vela triangular, llamada latina, forman un bosque de mástiles a través del cual se distinguen los pilares de piedra y los arcos de hierro del puente que liga la ciudad al barrio.

Sonaba a lo lejos el áspero resuello del vapor, con los acompasados golpes de la maza que sirve para clavar estacas en los terrenos fangosos. Regresaba de mi excursión matutina, y llevado por esos ruidos, me acerqué adonde sonaban.

El río tiende a ensanchar su cauce, y con el trabajo de los aluviones adelanta en su empresa. A neutralizar su acción, a dominar las aguas y hacerlas correr dentro de sus límites regulares para que su caudal mismo arrastre las arenas, en vez de amontonarlas en peligrosos bajíos; a conservar el puerto de Sevilla y mejorarle, dándole un fondo igual y suficiente, conspiran las grandes obras emprendidas en la orilla izquierda del Guadalquivir.

La empresa es vasta, difícil y propia para tentar los bríos de un carácter enérgico y una voluntad resuelta. Ambas circunstancias tiene el celoso ingeniero que la concibió y dirige. Hombres de iguales alientos y actividad le rodean, y son sus brazos dispuestos siempre a la acción: si la Providencia les da espacio y no vienen a cortar su vuelo acontecimientos que la inteligencia humana no puede prever ni dominar, Sevilla les deberá hermosura y provechosos aumentos.

Subiendo el río, queda a la derecha la Plaza de Toros, edificio suntuoso, monumental, aún no concluído: más adelante, en un ensanche o plaza, la Aduana, en cuyos portales yace tendida la estatua de Murillo, aguardando un pedestal donde la admiren sus compatricios. Inmediata la Caridad, guardadora de preciosos tesoros, que hemos de visitar luego.

En medio del camino, interrumpiendo el tránsito, encontré un *Triunfo*. Un grupo de la Santísima Trinidad sobre nubes,

descansa en lo alto de un gracioso pedestal rodeado de tres columnas corintias.

Aquel monumento sin inscripción es el paladión de Sevilla; la defiende de los desbordamientos del Guadalquivir, y ¡ay! de la mano que se atreva a tocarlo. Confirmada esta creencia por la muerte súbita de personas que quisieron desembarazar el arrecife trasladando a sitio mejor el Triunfo, no habrá quien renueve el temerario intento.

Cerca está la puerta de Triana: la gente, los carros, las caballerías hierven en el camino que va recto desde ella al puente. Ruido, voces, quimeras, gitanos, pueblo, soldados, vendedores, traficantes, cuadro animadísimo y pintoresco, que no me detengo a bosquejar, puesto que habré de repetirle más tarde.

Entré por el arco adornado de columnas y frontón que recuerda la arquitectura de la época austriaca de los Felipes, y terminé mi estudio primero de los *exteriores* de Sevilla.





V

Semana Santa.—Ceremonias y oraciones.—La Catedral por dentro.—El Monumento.—Capilla de reyes.—Procesiones y cofradías.—Roma y Sevilla.



ERA Jueves Santo, y las campanas se despedían de los fieles con su postrer tañido hasta la hora de la Resurrección. Aquel sonoro y vibrador volteo que marca el momento de la sagrada Cena, de la institución de la Eucaristía, del sacrificio supremo, de la abnegación completa del mártir divino despojándose de su esencia celeste para entregarse a los hombres y padecer como hombre dolores y muerte; voz simbólica, canto de exultación, himno de reconocimiento, caía desde la alta torre, se derramaba en las limpias ondas del viento, y esparciéndose sobre la ciudad, parecía cubrirla toda con su robusto, prolongado y elocuente acento.

Parecía una llamada expresiva a orar en común, y veíanse

las gentes de Sevilla, como obedientes al llamamiento, acudir por todas las calles que afluyen a la plaza donde se levanta el atrio suntuoso de la Catedral.

Entre esos hilos vivos de corriente humana, que se reunían todos en un centro, había muchos puntos disonantes y extraños. Los viajeros (ingleses por la mayor parte) de ambos sexos, con sus trajes de fantasía hacían ridículo contraste con el noble y severo negro de las damas españolas. Los ingleses, tan exigentes con los extranjeros en su patria y en ese punto, se dan licencia completa a sí mismos cuando recorren el continente, y esa licencia en el traje choca tanto con la natural gravedad de nuestro pueblo, que nunca se presentará a los ojos de este individuo pergeñado de extravagante modo, sin ser al momento calificado y tenido por «inglés».

Ese luto general en los aniversarios de la Pasión del Salvador, es uno de los rasgos más expresivos de la fisonomía religiosa de nuestra España, esparce en torno aire de duelo, y cualquiera extranjero llegado en tales días a una ciudad española, no advertido del santo motivo, pensaría que una reciente calamidad pesaba sobre ella. Yo no sé qué gérmenes de tristeza vagan en el ambiente, que no se disipan con el ruido de la concurrencia, ni con el murmullo de la conversación, ni con la luz y la alegría de un sol magnífico.

Esta reflexión se presentó por vez primera a mi espíritu, hallándome en París una Semana Santa. En la moderna Babilonia todo se hacía como en días ordinarios, corrían los carruajes, vendían los mercaderes, trabajaban los obreros, sonaban las músicas, y el incesante hormiguero bullía, zumbaba, entraba, salía, abigarrado, confuso, rico de sonidos y colores, con su actividad, su orden, su anhelo y sus pasiones acostumbradas; allí *no pasaba nada!* no habia luto, no había lloro, no había pesar, no había dolor, el dolor, las lágrimas y el luto se refugiaban al pie de los altares, sin transcender fuera del sacro recinto.

¡Yo no estaba a gusto en aquella atmósfera! echaba menos

la vaga melancolía que recordaba haber sentido siempre en mi patria, aquella quietud desolada que parece un lejano recuerdo de la desolada Jerusalén, aquel silencio de los grandes ruidos humanos, de los ruidos soberbios, hijos de la opulencia y de la codicia, silencio que iguala la atmósfera de una ciudad populosa a la de una pobre aldea.

Aquella sensación yacía en mi alma, sin forma, hasta que se despertó bajo la del recuerdo.

Así, las imágenes que el sol pinta en el cristal, permanecen invisibles hasta que un contraste de luz o de sombra las dibuja y hace perceptibles a la vista humana.

Siguiendo a la gente entré en la Catedral. La primera impresión de su interior absorbe y extasía. El concurso de fieles que se agrupaba bajo el crucero, parecía reducido grupo de personas perdido en su vasta grandeza.

Las santas ceremonias tenían lugar en un altar erigido a este fin entre el coro y la capilla mayor. En torno del celebrante se agrupaba un numeroso clero, y al pie de las gradas del ara todas las autoridades y corporaciones.

La voz de los chantres cantaba en un ritmo lúgubre y pausado la antífona—*«Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.»*

Esta cláusula sola que encierra toda la ley cristiana, obediencia y sacrificio, ¿no recuerda al par todas las obligaciones de la humanidad para con la víctima del Calvario?

La Iglesia ha escogido admirablemente sus oraciones. Desde los fúnebres lamentos de Jeremías, el profeta de la desolación, hasta el himno triunfal de la Cruz, *vexilla regis*, compuesto por Fortunato, obispo de Poitiers, ¡cuántos tesoros de poesía! Los evangelistas hacen la narración histórica de la sangrienta tragedia, y nos llevan siguiendo a Jesús desde la cena al huerto, del huerto al pretorio, del pretorio al suplicio.

Desde el domingo de Ramos, cada uno a su vez, los cuatro historiadores del Hombre-Dios cuentan con expresiva y candorosa sencillez los pasos del doloroso drama. En los dos

últimos días deja la Iglesia a la palabra ardiente y concisa, a la frase apasionada y enérgica de Juan la misión de referirlos por vez postrera, para que su huella sea profunda, y su memoria duradera.

El Jueves lee el diácono aquel capítulo admirable de la humildad, el lavatorio de los pies, donde pinta el amor de Jesucristo a sus discípulos en aquella bella frase: «*In finem dilexit eos*» y el Viernes la Pasión entera, donde consagra la adopción del género humano, hecha por el Salvador ya cercano a la agonía, en cabeza del mismo Evangelista: «*¡Mater, ecce filius tuus!*» porque en la hora suprema todos le habían abandonado; todos menos la madre ¡pobre madre! y el discípulo predilecto, que había reclinado la cabeza en su seno.

No describiré una por una las ceremonias del santo día; escribo para españoles ¿quién de ellos las ignora? pero esas ceremonias, augustas por sí y por el misterio que recuerdan, toman nueva majestad del hermoso templo de Sevilla.

Ya el Sacramento está en el tabernáculo; hemos seguido la procesión que entre nubes de incienso y las sublimes notas del *Pange lingua* le ha acompañado; hemos rezado al pie del monumento; dejemos a los fieles orando de hinojos en torno de él, recibiendo sobre sus frentes la luz que sale en torrentes de sus innumerables lámparas, como símbolo de la gracia que brota del cáliz escondido en su centro; alejémonos, crucemos los apartados extremos de las solitarias naves, y estudiemos la noble fábrica.

Sobre las ruinas de la mezquita árabe, purificada por San Fernando, levantó el cabildo de Sevilla en el siglo XV el templo actual. Aquella corporación, rica, poderosa, pero digna de su poder y sus riquezas por lo atrevido y levantado de sus pensamientos, quiso, y así lo hizo constar en su acuerdo, erigir tal fábrica y *tan buena que no hubiese otra su igual.* Que las generaciones futuras, decían, asombradas de su hermosura, tengan por locos a los que la emprendieron y acabaron. Las generaciones futuras no los han tenidos por locos, pero los

han estimado como vástagos de una raza enérgica y osada, como hijos de una estirpe alimentada por virgen y poderosa savia, grandes en el pensamiento, audaces y perseverantes en la ejecución, para los cuales cada idea era una creación, cada empresa una hazaña.

¡Era feliz! la voluntad de hierro de aquella generación hizo brotar de la tierra cuanto necesitaba para saciar su actividad devoradora, para derramar a lo lejos los gérmenes fecundos de vida que rebosaban en su riquísimo seno. Así tuvo sus investigadores de toda ciencia y toda verdad, sus guerreros para sostenerlas, sus navegantes para difundirlas, sus artistas para darles forma, para traducir en símbolos magníficos las misteriosas operaciones del entendimiento y las aspiraciones ardientes del corazón.

¿Quién fué el arquitecto de la catedral de Sevilla? ¿quién dió la traza y plan del admirable monumento? No esculpió su nombre al pie de su obra, no pensó al erigirle en su fama ni en su gloria: la fe le inspiró, y obedeciendo al sentimiento íntimo que le ocupaba y dirigía, trabajó para satisfacer ese sentimiento mismo. Su obra era como la aspiración de su alma al cielo, una oración sin palabras como esas que mentalmente dice el fervoroso o el desgraciado, una comunicación con Dios como las que tienen los extáticos: acciones todas alma, todas espíritu, en las cuales no tiene participación la materia y el ser perecedero... ¡cómo ocuparse de su nombre ni de su personalidad!

La fe de los siglos medios encontró el estilo ojival y lo llevó a su perfección, la fe cristiana, la fe católica, la fe que cree en la revelación, que venera el misterio, que adora la cruz. Cuando esa fe estaba en todo su vigor, cuando era el impulso que animaba a la sociedad, y la regía y gobernaba, entonces produjo aquel arte sus mejores obras, y esa filiación es tan verdadera, y esa dependencia es tan íntima, que ninguna otra arquitectura realiza como ella la idea del templo cristiano.

La concepción colosal de Miguel Angel, la maravilla de

Roma, San Pedro; obra magnífica, sin término a que poderse comparar, pero llena de soberbia, rebosando orgullo; pomposa, opulenta, pero terrenal, mundana; asombro de genio, pero de genio humano, no tiene el recogimiento, la piedad, el misticismo profundamente cristiano de nuestras catedrales españolas. Allí podrá sucederos entrar con el sombrero puesto distraído en el examen de las bellezas acumuladas: ¿os sucederá eso alguna vez en una iglesia gótica? ¡oh! ¡no! Esta es la casa del Señor, aquí se siente su presencia, y la oración brota espontáneamente del ánimo afligido, del corazón creyente. De ella dijo el Señor: «*Domus mea, domus orationis.*»

Porque el arte greco-romano, sus líneas severas, correctas, graves, se recortan en el ambiente luminoso pesando sobre el suelo: las del arte gótico, al contrario, nacen de la tierra como un árbol, como una fuente milagrosa, y tienden arriba, y suben buscando el sol de la gracia, el rocío de la divina misericordia: el primero realiza un hecho, la belleza geométrica; el segundo traduce un sentimiento ingénito, la aspiración. El genio de aquél lleva en la frente una llama ardiente, y sobre los hombros el manto de la púrpura imperial; el de éste tiene por corona una estrella luminosísima, y pliega en sus espaldas dos alas recogidas, pero prontas a abrirse y a batir en busca de la Jerusalén celeste.

La catedral de Sevilla pertenece a la segunda época del arte gótico: ya sus columnas se adelgazan, ya las aristas de sus bóvedas se enlazan y tejen como los vasos nutridores de una planta, ya sus botareles se lanzan en agujas a los aires, y las ojivas de sus puertas abren la sesgada arquivolta a las jerarquías angélicas, a los coros de bienaventurados; pero todavía el elemento de la fuerza no ha sido ahogado y envuelto por el de la gracia; todavía la crestería y los follajes no han derramado por doquiera su lozana y exuberante fantasía, cubriendo y disimulando la exagerada delgadez de los fustes, la afeminada debilidad de los macizos.

Los pilares que sostienen las cinco naves son de planta cru-

ciforme: las columnas que las envuelven semejan un haz de palmas, y la línea de sus capiteles un festón de yedra que las liga y conserva unidas; sobre esa ligera y graciosa ligadura, abren sus penachos pomposos, y esparcen sus ramas, que cruzándose con las del árbol frontero, levantan y sostienen las airosas bóvedas.

Esos treinta y seis pilares dejan entre sí anchos espacios, en que sonoramente resuenan las pisadas del viajero, y se cambian y mezclan los rayos misteriosos de la luz teñida por las pintadas vidrieras.

Unos follajes ligeros en las bóvedas del crucero y trasaltar mayor, unas galerías de calados balaustres en los muros laterales, son toda la ornamentación del interior.

En cambio el retablo, de madera de alerce, tiene, como otros de su tiempo (fines del siglo xv), prodigiosa riqueza. Dividido en cuadros por pilarcillos de crestería gótica, cuajado de ménsulas y doseletes, contiene los misterios y escenas del Nuevo Testamento en figuras de tamaño casi natural. Según el orden jerárquico admitido por los artistas católicos, ocupan la parte inferior los principios de la vida de Jesucristo, para venir a coronar el remate un Calvario con las tres cruces.

A aquel Crucifijo, que desde la altísima bóveda derrama su mirada piadosa sobre los fieles arrodillados abajo, llaman en Sevilla el Cristo del Millón. Cualquiera súplica hecha con fe durante ocho días seguidos a los pies del divino Señor, es infaliblemente oída; por eso sin duda suele verse, cuando el templo está solitario y silencioso, alguna mujer, que con la frente pegada a los hierros que cierran el presbiterio, reza fervorosamente, y a intervalos alza los ojos al Crucificado.

El presbiterio está elevado sobre el pavimento de la iglesia, y desde el presbiterio al altar se suben diez gradas de bruñidos mármoles. Así desde los más apartados ámbitos presencia el pueblo la celebración de los sagrados misterios.

Ocupa el coro dos intercolumnios de la nave central; su sillería es gótica, pero la armonía exterior está destruída por

dos ingresos laterales de ricos mármoles y gusto barroco, sobre los que descansan los dos órganos, con revestimiento de madera, de igual gusto, pero de labor prodigiosa.

En el trascoro, sobre la losa que cubre los huesos de don Fernando Colón, hijo del descubridor del Nuevo Mundo, se erige el monumento. Es una grandiosa fábrica de madera pintada de blanco, con filetes negros y dorados. Consta de cuatro cuerpos, elevados sobre un zócalo con gradería, y correspondientes a los cuatro órdenes griegos; ocupando cada uno de ellos sucesivamente una área más reducida que el inferior, el todo forma una pirámide coronada por el Calvario. Está enriquecido con profusión de textos bíblicos, estatuas de patriarcas, sacerdotes y virtudes.

Dentro del primer cuerpo hay otro cerrado con media naranja, debajo de la cual se coloca la célebre custodia de Juan de Arfe. Dentro de uno de los superiores se ve un grupo de la flagelación, y dentro de otro una bella imagen del Salvador.

Está todo alumbrado con tal número de cirios y lámparas, que parece un inmenso foco luminoso, cuya forma no pueden apreciar los ojos deslumbrados.

Esa luz cae sobre el pueblo arrodillado en torno e ilumina todas aquellas frentes acuitadas por pensamientos distintos, pero unánimes todas en la devoción. La oración esparce sobre todas ellas su reflejo de consoladora confianza, y bajo de él callan y se ocultan las pasiones que agitan y mueven cada una de aquellas existencias.

La capilla de Reyes, que guarda el cuerpo del Rey Santo, está en la cabecera de la iglesia y forma su ábside. Es una construcción plateresca, con detalles de buena ejecución. Sostienen la bóveda hemisférica pilastras abalaustradas, y por el arquitrabe corre una línea de geniecillos armados, recuerdo sin duda de las huestes restauradoras de Sevilla.

Sobre un altar más bajo que el mayor, y separado de él por una gradería que ciñe sus costados, dentro de una urna de oro, plata, cristal y bronce, se veneran los restos de San Fernando.

Desde la barandilla que lo circunda se distinguen su áurea corona y la regia púrpura que los envuelve.

En días señalados una guardia de soldados custodia la venerable reliquia; la bandera está a la derecha del altar, inmediata a la urna; santificada de esa manera esa enseña, símbolo de la patria, ¿no ha de guiar a cuantos la sigan por los caminos del honor y de la gloria? Hay en tales días un momento solemne. Antes de retirarse, la guardia se forma a uno y otro lado de la capilla, un oficial levanta la bandera, suena la voz de mando, los soldados presentan las armas, y las bandas de tambores, cornetas y música baten marcha real. El genio de la gloria antigua se despierta dentro del alma, resucitan las hazañosas sombras de aquellos sepulcros, late el pecho y se juzga capaz del más alto heroísmo.

A uno y otro lado del ingreso yacen en suntuosos sepulcros la reina doña Beatriz de Suabia, primera mujer de San Fernando, y su hijo don Alfonso X, y bajo el pavimento Garci-Pérez de Vargas, cuyo busto adorna la clave del arco que sostiene una de las tribunas laterales, con los demás capitanes que asistieron a la conquista de la ciudad. ¡Digno cortejo y noble compañía del valeroso y santo monarca!

Después de la catedral anduve las estaciones; advertí que la mayor parte de las iglesias de Sevilla no tienen bóveda, sino techumbre de madera, que en algunas es un rico artesonado, en otras un alfarje o armadura de viguetería pintada y esculpida. La concurrencia era numerosa, y se amontonaba alrededor de los *pasos* dispuestos para salir en las procesiones de la tarde.

Cuando ésta llegó, me dirigieron a la plaza de San Francisco; hervía de gente, lo mismo que las calles de las Sierpes y de Génova, que por lados opuestos salen a ella.

A uno y otro lado del camino que ha de andar la procesión dispone la Beneficencia largas hileras de sillas que por módico precio ocupa el público; el sitio preferente es la ancha acera o atrio al pie de las Casas Consistoriales. Allí se reune lo

más escogido de la sociedad sevillana, las autoridades y los extranjeros de distinción; para conseguir lugar en las primeras filas, es preciso solicitarlo anticipadamente.

Tras larga espera aparecieron por la calle de las Sierpes cruces y banderas; arreció el rumor de la multitud; sosegóse luego, se oyó lejos la música militar y principió la procesión a desembocar en la plaza.

Dije mal la procesión, debí decir una de las procesiones, porque después de la primera vinieron otras; cada hermandad hace la suya, y las hermandades son numerosas; por eso desde el Domingo de Ramos hay procesiones todos los días y a todas horas hasta la Pascua, y unas salen de noche, otras al alba; éstas son las más devotas; la hora aleja a los curiosos, y el momento es más recogido y solemne.

Las más nombradas son las del Santo Entierro y Quinta Angustia; aquélla no sale todos los años; ésta salió el Viernes Santo.

Al llegar los pasos enfrente del Municipio, se detienen y le dan la cara. Parece impropia esta cortesía de las imágenes sagradas hacia una Corporación de hombres.

Los encargados de su vestido y cuidado atienden al esplendor y al aparato más que a la propiedad. En la *Oración del Huerto* el apóstol Santiago duerme envuelto en el blanco manto de los caballeros de su Orden, con la cruz roja sobre el pecho.

Las cofradías y hermandades rivalizan en lujo y ostentación. Se distinguen sus individuos en los colores del traje, cuya forma es en todos la misma: túnica talar con mangas, ceñida con cordón a la cintura, y una altísima caperuza cuya falda baja hasta los hombros, cubriendo la faz, y formando una especie de muceta. Los hay blancos, morados, negros y azules: otros llevan dos colores; los más elegantes tienen la caperuza y muceta moradas y la túnica blanca; de su significación primera les queda el nombre de *nazarenos;* de su humildad y devoción antiguas, si conservan algo en el alma,

nada lo manifiesta exteriormente. La seda y el cachemir, que han reemplazado al áspero sayal y a la pobre percalina que le sucedió; la estirada media y el lujoso zapato de hebilla, que suplen la tosca sandalia o tal vez la desnudez primitiva del pie, no dan indicios de esas virtudes.

Otros organizados en centuria, con su centurión, su águila y su música a la cabeza, escoltan los pasos. Su rico traje es anacrónico; llevan clámide y gorguera, y sobre sus limpios capacetes de visera, ondean al viento blancos y pomposos penachos.

Grandes bocinas de plata, banderas de seda y oro, canastillos y azafates de toda riqueza preceden a cada una de estas corporaciones. Sus pasos, esculturas de Montañés o de Roldán, obras realistas, pero admirables de movimiento y vida, van sobre pesadas andas de plata, cubiertas de adornos, ramilletes y candelabros del mismo metal; pudiera decirse que la procesión es un río de él, que corre desde la iglesia de donde sale a aquella adonde se dirige; varas de palio, mazas de muñidores, bastones de pertigueros, campanillas, escapularios y divisas, todo es allí de plata, y sobre este aparato deslumbrador y ostentoso descuellan las imágenes de la Virgen vestidas de magníficos trajes bordados de oro y pedrería, guarnecidos de encajes y cubiertas de joyas, collares, zarcillos, diademas, agujas y brazaletes.

Estas alhajas pertenecen en parte a señoras particulares, cuya devoción las presta para el mayor lucimiento de la ceremonia.

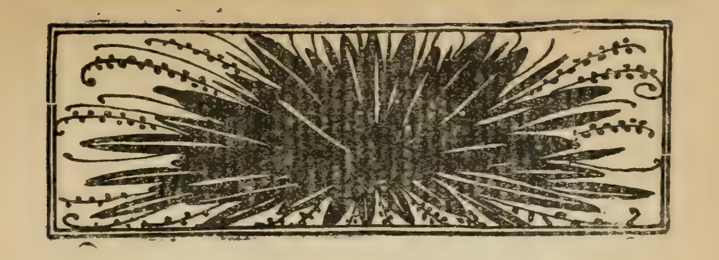
Si en medio de las seducciones del mundo, sirve de talismán salvador un objeto santificado con aquel empleo, nadie habrá que juzgue ese género de devoción censurable; pero poner en el seno de la Dolorosa aquellas joyas, juguetes de la vanidad, ocasión de vanas complacencias, estímulos del amor propio, afeite y pompa de la carnal hermosura, y recobrarlos de la frente, de las manos puras de María, para llevarlos de nuevo a la atmósfera de disipación, pasiones y deleite, que es la suya

natural, pudiera parecer culpable soberbia o indiferencia impía.

Las celebradas procesiones de Sevilla son en resumen un espectáculo de vanidad y pompa mundanas. Esas ceremonias, que tuvieron su razón de ser en algún tiempo, carecen de ella en el nuestro. Cuando eran un voto expiatorio, cuando eran una solemne súplica para ablandar la severa justicia de Dios o el medio de exponer una imagen devota, una santa reliquia a la adoración del pueblo, o de enseñar al pueblo en simulacros y figuras la historia dolorosa y sublime de nuestra redención, entonces no era una costumbre, sino un acto de fe, de reverencia, al cual asistían con igual respeto, con la misma convicción entera de su santidad, los que lo ejecutaban y dirigían que los que se agolpaban a presenciarlo.

¿Dónde están ahora la devoción y el recogimiento? Aquellos que por irrisión, sin duda, se llaman *penitentes*, marchan luciendo la gentileza de sus personas, y al compás de los cánticos sagrados, cánticos de duelo y amargura, se llegan a los lados de la calle donde se amontonan los curiosos, y saludan familiarmente al amigo o requiebran a la dama que se sonríe o se ruboriza.

Y no es mayor la compostura de las otras gentes que se atropellan y deshacen por ver la procesión, gentes de sombrero gacho y mantilla de tira; si les hablaseis de suprimir aquella escena, se llenarían de indignación, invocarían los tiempos de sus padres, maldiciendo la impiedad y profanaciones de los modernos; pero en esa indignación, en esas santas iras, no tendría la piedad parte alguna; sería todo soberbia, vanidad local, el amor propio que no sufre ser despojado de nada de cuanto le lisonjea y envanece. La Semana Santa en Sevilla es la más famosa después de la de Roma; ¿quién renunciaría de buen grado a esa aproximación de los dos nombres, a esa comparación, a ese paralelismo, a esa hermandad de la capital del mundo cristiano y la capital del universo andaluz?



VI

La feria.—Tiendas y barracas.—Una maja.—Las buñoleras.—Los gitanos.—Chalanes y corredores.—Compra y venta de una mula.—A la luz de las estrellas.



A feria! soberbio cuadro, magnífico panorama de vida y movimiento; pero, ¡qué fuerza de pensamiento, qué vigor de ingenio son necesarios para *cogerlo* y dominarlo, qué primor y destreza de pincel para copiarlo!

Sin vida ni color extiendo sobre el lienzo sus detalles. ¿Quién me daría una vara mágica que los animase y moviese?

La puerta de San Fernando, engalanada con grimpolas y banderas parece señuelo que llama y convida a la fiesta. Por la larga calle del mismo nombre va y viene multitud considerable de gentes a pie: aquel tránsito está sabiamente vedado a carruajes y caballerías. Allí se cruzan los que vuelven de la feria con los que a ella se dirigen; aquéllos con las manos llenas

y la bolsa vacía, éstos pulsando el bolsillo y contando los instantes que faltan para sacarle el ánima, y quedar libres de los cuidados que engendra el oro, pero todos alegres, todos decidores y jacarandosos. Los que van tienen la lengua más expedita y desembarazada que los que vuelven; en cambio éstos parecen más expansivos y decidores: los unos están ayunos, los otros no; y más de un pichel vacío, o tonel sonando a hueco, podrían contar de dónde han sacado el exceso de sociabilidad y humor que les rebosa por todos los poros.

Allí no hay tristes ni avaros: el triste andará paseando su tristeza por las puertas de San Juan y la Barqueta, o el muro de la Macarena, parajes solitarios ahora y donde puede a sabor comerse el alma de tedio y de negrura: el avaro no se atreve a separarse del arcón donde yacen sus amores, pues suelen tales días ser ocasión aprovechada por las gentes de *toma* y *sacomano*, y es preciso redoblar por ende la vigilancia: así da vueltas alrededor de su tesoro, lo besa y acaricia con la mirada, y de tanto en tanto pasa el raído faldón de la levita por encima, y con blandura barre los vestigios de polvo que sobre él se aparecen.

¿Qué tienen que hacer los avaros y los egoístas, allí donde todo anuncia rumbo y despilfarro, convite y agasajo, generosidad y largueza?

A lo largo de la calle están los puestos de dátiles de Bertería, fajas y babuchas, gorros y perfumería, mercancía de moros y judíos: en el primer portal muestra su patriarcal figura Sislam-Barada, el comerciante de la calle de los Dados, conocido de toda Sevilla.

Pasamos bajo el arco greco-romano de la puerta: los dos viejos torreones en que se apoya, gloriosos veteranos que vieron acaso el triunfo del rey Santo y resistieron las embestidas de su hueste, parecen mirar de reojo al arco advenecido y bastardo que a tales confianzas se atreve; sin duda se creen ofendidos de servir de complemento a una arquitectura frívola y mezquina, ellos erigidos para escudo y amparo de una ciudad

famosa; mas hoy es día de indulgencia y el ceño de los ancianos centinelas desaparece bajo los desplegados estandartes que los envuelven y acarician.

Enfrente se extiende el prado de San Sebastián, real de la feria.

A la izquierda se alza un templete dórico, erigido por el municipio; bajo su pórtico, arrellanados en anchos divanes de terciopelo carmesí, presiden los concejales la fiesta. A la derecha el pabellón de la Beneficencia, donde piadosas damas asisten presidiendo una rifa en favor de los establecimientos de caridad: cerca de este pabellón se alza un tablado para músicas, y detrás, a lo largo de la Ronda que ciñe la muralla, una larga fila de tiendas, tentación continua, imán poderoso de los chicos. En esta parte, las tapias recién derribadas de la huerta del Retiro por donación generosa de la reina, dan al paisaje el fondo delicioso de sus verdes naranjos, sobre los cuales levantan y se asoman la vieja muralla y los edificios de la ciudad.

En el ancho camino de la Enramadilla, que parte de la puerta y atraviesa el vasto campo, corren los carruajes y galopan los jinetes; en las alamedas laterales se pasea la gente de a pie, y al borde de estas alamedas corren las largas hileras de tiendas de campaña, donde durante tres días se aposentan y viven las familias de Sevilla; allí almuerzan, reciben sus visitas, duermen la siesta, comen, y tienen tertulia de noche, donde se baila, se canta y se conversa: únicamente para dormir vuelven a su casa de la ciudad.

Allí está todavía España en su prístina pureza; allí está la garbosa Andalucía, cortés y hospitalaria, en el hogar abierto al amigo y al forastero, en la mesa cubierta de flores y manjares, a la cual puede acercarse el mendigo, y recibir un pedazo de pan de mano de la más hermosa niña, sin que una voz dura y desabrida como la del rico avariento, le arroje hambriento del festín donde otros satisfacen su gula. ¡Noble y hermosa España, patria de la caridad y de los corazones benéficos!

Pero esas tiendas no tienen la forma de tales, salvo algunas

excepciones. De éstas lo más notable es una, trofeo de guerra. Estaba en el campamento marroquí de Tetuán, y fué presa de los soldados españoles en la batalla del 4 de Febrero de 1860: los que pasan a su lado, y llevan en su pecho la medalla de plata y la cinta roja, deben mirarla con cariño y con orgullo. Soldado de probado valor, y tostado por el sol africano, era el que se cobijaba con su familia debajo de ella, el capitán general de Sevilla don Genaro de Quesada.

Las restantes, con pocas excepciones, son un armazón de madera cubierto de tela y unidas unas a otras a semejanza de las barracas del nuevo estilo de campamentos militares.

Por el arrecife central circula una dole hilera de coches, y entre ellas los caballos. Tílburis, landós, carretelas, clarences, todas las formas modernas de carruajes; todos los trenes desde el más humilde al más arrogante, desde la *media fortuna* (hablando gringo), hasta la Daumont a cuatro caballos se ven allí. Allí están tirando a los ojos del forastero la riqueza, el lujo, el aparato, el rumbo de la tierra; pero al mismo tiempo su degeneración, su mudanza, su progresivo olvido de la antigua manera y prosapia, su entrada y advenimiento a lo nuevo, lo moderno, lo intruso y europeo.

Los jinetes han desechado del todo el traje nacional; no se ve entre ellos más que algún cortijero que viste chaqueta de estezado con mangas sueltas unidas por cordonería verde, y bota de campo engalanada de pespuntes y labores, o algún mayoral que pasa al galope con sus anchos *sajones* y terciada la pica a manera de adalid o frontero que entra en escaramuza.

Las amazonas llevan casaquilla francesa, desgarbada falda y sombrero de copa alta. El instinto de la coquetería, dicen que es una inspiración que no yerra nunca. Dicen ¡lisonjeros! que la mujer domina el arte del propio vestido y adorno de tal manera, que siempre elige lo que mejor le está, lo que más favorece o realza sus gracias naturales.

Si así fuera, no desdeñarían las amazonas su traje nacional.

¡Hay nada más gracioso, más bonito, y que mejor cuadre a los aires del palafrén y al garbo de la que lo rige!

Una sola ¡bien haya ella! una sola, niña en la flor de su primavera, de rostro fino y descolorido, ojos de infierno y boca de cielo, se presentó con toda la gala y donaire de la tierra.

Vestía chaqueta de terciopelo guinda con golpes y hombreras de pasamanería negra, dos lienzos randados de finísima batista le caían bajo los brazos semejando alas de amorcillo con que pudiera volar y desaparecerse, faja escarolada ceñía su talle, y pañolillo de igual color le rodeaba el cuello cayendo sobre la chorrera de encaje. El sombrero era recogido, chato, con franja de velludo y presilla de azabaches, y la falda negra plegada arriba como en un puño, se derramaba y esparcia por bajo, dando lugar al viento que la sacudiera y ondease para mareo y perdición de cuantos miraban.

Y no iba poco ufana con semejante carga la tordilla jerezana que montaba. Ojo limpio, cuenca espaciosa, cabeza estrecha, las orejas

altas, sin derramarlas y parejas,

pisando a desempedrar, y tocando la cincha con los clavos al levantar la mano. ¡Y qué braceo, y qué resuello, y qué cerner de cola, y qué sacudir de crines! Cierto que el arreo de la jaca era para que el animal hiciera vanidad y ostentación de su gala: alto albardón jerezano, pretal de flecos y sedas, y freno de plata con chapas y hebillaje de lo mismo, donde se miraban y veían cuantos pasaban cerca. ¡Y quién sabe si no era la propia mano tan pulida como valiente en regir las riendas, la que había aderezado y compuesto aquel bordón de colores que bailaba sobre el frontal al compás de los movimientos de la cabeza!

Suyas eran la palma de la apostura y gentileza, suyo el donaire y el brío. Al pasar se llevaba tras sí los ojos, y no había detalle de su traje y su persona que no tuviese perspicaces apreciadores y un coro de entusiastas encarecimientos.

El bombo y los timbales retumban desapaciblemente, los *clowns* y payasos a la puerta de sus barracas gesticulan y peroran, haciendo gala de sutileza, con grandes risas del concurso, los vendedores gritan, el *ferrocarril circular,* tío vivo férreo, testimonio de los últimos adelantos de la locomoción, silba con voz aguda, señalando la llegada o la partida.

Las serranas del Condado, con sombrero masculino encima de la toca, con el zagalejo corto, y la media azul bordada, proclaman su mercancía: *alajú* y otras dulcedumbres de morisco nombre y renegado aspecto.

Jugadores de manos en una parte, circo ecuestre en otra, amigos que vocean, gentes que disputan, chiquillos que lloran, mujeres que chillan, municipales que acuden, estrépito, clamores, música, barullo ¡qué sé yo lo que hay en aquella alegre Babilonia!

Huyo de la confusión, y busco lo más interesante del concurso, lo genuíno y local.

Allá detrás de las tiendas particulares, tienen las suyas limpias como una mañana de abril, las buñoleras. La buñolera es uno de los tipos de la gitana, el más noble, el más digno, el más jerárquico por decirlo así. Sentada en su silla campea con más altiva dignidad que cualquiera reina en su trono; a un lado tiene el lebrillo con la masa blanca como la nieve, en la cual se abren unos ojos grandones, grandones, que aguzan el apetito de quien los mira; al otro el anafe u hornillo con su perol donde salta y fríe riéndose un aceite amarillo como el oro. Enfrente está la mesilla con las pilas de buñuelos recien fritos tan hinchados y huecos, que parece que el aire se los va a llevar, y se los llevaría, si al ver las manos que los pusieron en el aparador no se llegase pisando pulido un mozo de ceñidor bordado y chaquetilla de caireles, y llamando con gracia el sombrero sobre las cejas, y quebrando la cintura no dijera después de arrojar una bocanada de humo que anubla el cielo: —Echosté media libra, zeñora.

El gitano está allí también, vestido de fiesta, pero a un lado,

en segundo término, acurrucado junto al fuego, sin chistar palabra, ni terciar jamás en los diágolos que se enredan entre el comprador y la vendedora: su oficio es aventar el hornillo, y poner leña, o arrullar y mecer al gitanillo mamón, envuelto en blancos y rizados pañales; ser inferior, oscurecido, anulado por la mujer en aquel campo donde sólo tienen valor la belleza y el donaire.

La buñolera o freidora jamás interpela al transeunte, ni con voz ni gesto le promueve a emplearse en su mercancía. Este menester es desempeñado por gitanas más viejas, que, llegándose al que pasa, le toman por la mano, y saludándole con un «salao, cara de rosa», «vengasté a gaztar media librita», procuran atraerlo bajo su respectivo toldo. Al ver su gesto expresivo, su ademán zalamero e insinuante, al oir su palabra provocadora y viva, nadie pensará que todo aquel aparato de seducción tiene por fin y objeto un par de reales y media libra de buñuelos. Imágenes mitológicas cruzan por el espíritu, y no sé qué reminiscencias de la antigua Paphos y de la moderna Venecia vienen a zumbar en los oídos.

Entre aquellas gitanas había una admirable: sin ser blanca, no tenía ese color aceitunado de la raza, ni sus facciones aguileñas; pero su frente espaciosa, sus mejillas y barba pronunciadas, la inmovilidad del gesto, la noble expresión, la mirada luminosa y fija, recordaban esas misteriosas figuras egipcias que terminan un cuerpo de monstruo en una hermosísima cabeza de mujer; su cabello, luciente y retorcido, caía como dos manojos de culebras sobre las menudas orejas, cuya pequeñez hacían resaltar dos largos zarcillos de relumbronas piedras; un collar de lo mismo rodeaba su marmóreo cuello, iluminando con sus vislumbres el nacimiento del seno, turgente y terso como el de las transtiberinas; un pañuelo negro de crespón de la India, bordado de colores, le cruzaba los hombros, y recogía en la cintura para defenderla de las incongruencias del aceite una falda de muselina rosada: por tocado, un rodete de canastillo y dos rosas caídas detrás de la ore-

ja, que alargaban las hojas para besar siempre que podían su redondo cuello.

Por la noche, a la luz de la hoguera y los candiles, parecía aquella hermosa criatura una sacerdotisa de Isis, practicando sus tenebrosas ceremonias. Su belleza realzaba la humildad del oficio; su pobre silla se convertía en trono, y el sencillo ajuar de la buñolera parecía ara erigida a una divinidad ignota bajo la ancha bóveda de las estrellas.

Allí estabas tú también, Aurora, celebrada Aurora, de proverbial donaire y afamada belleza entre cuantos han visitado a Sevilla; pero ¡ay! que mejor que tu nombre se te debía el de *crepúsculo de la tarde*. Flor macilenta y triste, adelfa descolorida por los ardientes fuegos del estío, ¿por qué el cielo, tan pródigo de sus dones en las hijas de tu raza, abrevia así los días de su primavera? Aun te quedan la luz peligrosa de tus ojos y el desenfado de tu lengua; todavía se pliega tu gentil cintura como la caña al viento, y muestras los afilados dedos de tu finísima mano en testimonio de la pureza y privilegio de tu sangre; mas para ocultar la huella de los días, para suplir la galana frescura de la tez en sus abriles, tienes que acudir a esos afeites y arreboles, propios de señoras cortesanas, indignos de la gitana aventurera y libre como los pajaritos del aire.

La vida de las gitanas no es más corta ni más larga que la de otras mujeres, pero precoces en su pubertad, a los veinte años han perdido toda la lozanía de la juventud.

En la puerta de la Carne, yendo con otros amigos, encontramos un día una cesterilla, acompañada de su madre. Con pretexto de ajustar unas canastillas, la detuvimos para examinarla y conversar un rato; pero la maliciosa niña, a pocas frases conoció nuestro designio y cortó palabras. Tenía quince años, y por lo acabado de su persona y sensato de su lenguaje la hubiéramos dado veinte.

Nuestros pintores van a la campiña de Roma o los montes de Albano a buscar tipos de raza y sangre morena; la cestera

era uno magnífico. El arranque del cuello, la garganta del pie, el engarce de la mano, la forma correcta y fina de las extremidades, el aplomo lánguido del cuerpo, los quiebros de la cabeza, ya caída blandamente sobre el hombro, ya erguida y gallarda, según la intención del diálogo; el arco de los brazos haciendo alarde de su mercancía, eran de un modelo perfecto.

En cuanto al espíritu que animaba aquel cuerpo soberano, su energía, su fuego, su pasión indómita, estallaban en una mirada húmeda y velada, en un timbre de voz metálico, sonoro, lleno de caricias y amenazas: nos había tomado por extranjeros y poco expertos en su idioma, y entre frase y frase de las que nos dirigía, murmuraba a media voz yo no sé qué maldiciones o conjuros.

Poned aquella figura reposando sobre los levantados lomos de una esfinge a la sombra de una palmera, ceñid su frente con la diadema hierática, haced que a sus pies florezca el lotus y entre sus anchas hojas asomen la escabrosa cabeza del cocodrilo y el cuello inmóvil del ibis, y tendréis el genio de la antigua y muerta civilización del Nilo.

¿Vinieron los gitanos de las orillas de este río o de las del Ganges? ¿Son una raza sacerdotal proscrita por no haber apostatado? De su origen aristocrático da señal su lealtad a las antiguas tradiciones, el rigor con que observan y practican sus leyes, y de ellas especialmente la de no consentir mezcla de su sangre con la de otra raza. De su primera jerarquía, la costumbre de la buenaventura y el ejercicio de la medicina. Uno y otro privilegio pertenecían a los sacerdotes.

La buenaventura es la predicción, la revelación del porvenir, el oráculo y el horóscopo. Las mujeres eran en Oriente las depositarias de la inspiración, las que leían en lo futuro y lo declaraban al pueblo en frases ambiguas y misteriosas, y la mujer practica este arte entre los gitanos. La faltan, es verdad, el trípode augusto, el bosque sombrío o la caverna; su ara, su trípode y su templo son el umbral de una puerta o la

orilla de un camino; pero su vehemencia, sus ojos inflamados, su voz convulsa y turbada, manifiestan la posesión del espíritu. En cuanto a la fe en los propios vaticinios, hay paridad completa entro la antigua pitonisa y la gitana moderna.

La ciencia ruda y balbuciente todavía era otro de los prestigios de las familias consagradas al culto y que vivían del templo y en el templo; el empirismo de los curanderos y curanderas gitanos, ¿no pudiera ser muy bien reliquia de aquel provechoso monopolio?

En las vastas telas que se extienden a uno y otro lado de la grande avenida central están los rebaños de ovejas, las piaras de cerdos, las manadas de toros, de mulos y de potros. La concurrencia aquí no es tan numerosa, pero la animación mayor, el conjunto vivo, los cuadros pintorescos. Entre los animales acampan los vaqueros y pastores, vestidos de pieles, alrededor de la caldera donde hierve el cochifrito, los perros de cabaña duermen cerca de la hoguera, y el asno pacífico rumia filosóficamente su pienso y su suerte acostado sobre los cuatro remos.

Los soldados de la remonta, con su nacional y airoso traje de campo, pardomonte con vueltas grana, discurren por una parte siguiendo a sus oficiales; llevan al cinto unas trabas de soga de esparto, y apenas un jefe ha señalado y elegido un potro, el mariscal lo mide y el soldado lo enlaza las manos con singular destreza y en menos tiempo que yo tardo en escribirlo.

En otro lado los picadores hacen alarde de sus monturas en carreras y escarceos. En gracia y gentileza el jinete andaluz es el primero del mundo; erguido en la silla sin afectación ni esfuerzo, caídas las piernas y ceñidas naturalmente al vientre del caballo, los estribos, ni tan cortos como en la jineta pura lo modo berberisco, ni tan largos como en la brida; plegados los brazos, metidos los codos, alta la cabeza y desembarazada la vista, aplomada la figura entera con tal extremo de seguridad y firmeza que el hombre parece uno con el bruto; la des-

treza de aquél y la inteligencia de éste yendo conformes hacen maravillas; la mano de la rienda va quieta y fija delante del pecho; las rodillas no se mueven; parece que la voluntad sola del hombre domina y rige al animal. Este trota, galopa, cambia de mano si hay que hacer muestra de él a los ojos de un aficionado; marcha de costado o piafa cuando hay moros en la costa, es decir, algún par de ojos negros o un palmito, esquivos todavía y a los que es preciso arrullar y requerir para que vengan a blandura y mandamiento; y, en fin, sale de carrera y pára en firme, si el obsequio se dirige a un amigo de chapa y erigido en autoridad.

A otra parte andan en grupos infinitos sujetos de todas layas y edades, que por los juncos o varas que llevan en la mano, pudieran parecer cosa de justicia; son los corredores de ganado, que apenas atisban señales de ajuste entre quien vende y quien compra, acuden a terciar y favorecer el trato. Aquí se manifiesta la sutileza y despejo natural de las gentes del país, las cábalas e intrigas urdidas para favorecer al amigo, la elocuencia y ardides empleados para decidir al reacio y envolver al poco avisado.

Cada chalán tiene su cuadrilla de éstos que le asiste y ayuda; a veces en medio de un negocio surgen diferencias; riñen satélites y caudillo, se separan y buscan respectivamente otro arrimo y amparo. Son de ver los conciliábulos secretos, las llamadas aparte, los guiños y gestos, las súbitas iras, los fingidos desdenes, el menosprecio y desestima de la mercancía o su ponderación y encarecimiento. En aquella escuela de diplomacia pueden estudiarse todos los estilos, desde el familiar y epigramático al retórico y sentimental, desde el romántico al clásico, desde el tribunicio al senatorial.

Para el chiste, agudeza, precisión de los epítetos y oportunidad de las palabras, hay diálogos allí que se pudieran escribir y tomar de modelo.

Una mañana seguía yo con el mayor interés las peripecias de uno de estos negocios. Cierto señor Antonio con su tropa

de avizoradores y sabuesos, andaba a la pista de un ganadero, hombre provecto, callado, panzudo, cuyo grave aspecto realzaba una soberana capa azul de paño fino con broches de plata. Les había parecido sin duda fácil y buena presa; le cercaron, le envolvieron, trataron de marearle, acudieron a todo linaje de argucias, desde la adulación al improperio, hirieron su vanidad, atizaron su codicia; todo en vano. El ganadero parecía un peñón incontrastable, al cual baten los huracanes enfurecidos, sin que toda su fuerza y todo su coraje causen más efecto que acariciar y mover blandamente los musgos y hierbecillas que le coronan.

Como en todos los bandos y parcialidades, a la derrota, al mal éxito sucedió la discordia intestina, la división, y el señor Antonio se vió abandonado de sus parciales, que le dejaron solo.

Entonces podía examinarse su persona, digna de interés; era alto y seco, de ojos vivos, metida la cara entre dos anchas patillas cenicientas, a las que daba tono el desmesurado cuello de la camisa que acariciaba las orejas; vestía chaqueta de paño oscuro con ribetes de pana y botonadura de metal, faja y pantalón tan ceñido de pernil y rodilla que mostraba su anatomía y la poca enjundia del sujeto, mientras que dilatándose abajo en redondo, caía sobre el pie a manera de campana, cubriendo casi por entero el zapato vaquerizo; daba sombra a esta individualidad un castoñero agachado y cónico, con los bordes del ala vueltos arriba y dos borlas de seda más huecas y pomposas que las de los señores del claustro de la Universidad.

Así que se vió solo y reducido, digámoslo así, a sus propios recursos, tomó el extremo de la *chivata* con la mano izquierda, y apoyando sobre ésta el codo derecho, quebró el cuerpo y acaricióse con la diestra las mejillas y la barba, en actitud del que piensa y madura su reflexión antes de ponerla por obra.

A este tiempo pasó cerca un grupo de corredores; el señor Antonio derramó por ellos la mirada, deletreó en un instante

sus fisonomías, y le eran desconocidas; pero sin duda necesitaba a todo trance asistencia, y enderezando el cuerpo y alargando la vara, llamó con ella y gritó:

—Ven acá tú... Botones.

Este nombre sólo era un retrato, pero tan exacto y preciso, que el aludido no se equivocó un momento, paróse, y separándose de sus compañeros, acudió a la llamada. La parte más visual y aparente de él, mancebo todavía y de miserable perjeño, eran efectivamente unas grandes bolas de luciente acero que en dos hileras ornaban su chaleco, haciendo resaltar lo usado y mugriento de la tela, así como el deterioro y pobreza de toda su vestimenta.

Botones se acercó con el respeto que manda la diferencia de años, diciendo:

—¿Qué manda usted?

El señor Antonio le habló al oído, y Botones, mordiendo su vara, respondía con un movimiento negativo de cabeza. Parecía que todos los argumentos eran débiles, puesto que repetidas veces tuvieron la misma respuesta.

No entendiéndose, pues, Botones se iba hacia su gente, que le aguardaba; y el señor Antonio, llamándole de nuevo, dijo con gravedad y aplomo:

—Ven acá, Botones; tú sueles tener buenas ideas. A mí me han gustado siempre los hombres con muchos botones y... poco sombrero.

La antítesis era perfecta: si las bolas de acero eran lo más ostensible y magnífico de aquel mozo, su sombrero lacio, rugoso, cercenado de falda y descolorido, era, a no dudar, su parte más laceriosa y triste.

Esta vez obró la seducción, no sé si por el elogio o por la mejor calidad de las razones: Botones y los suyos siguieron al señor Antonio, y juntos partieron en busca del ganadero.

Yo los abandoné para seguir otros contratos y ver otras escenas, hasta encontrarme ya a la tarde con esta que voy a referir:

Un amigo mío deseaba comprar una mula: la mirada práctica y perspicaz de los corredores no se engañó luego que nos hubo visto parados cerca de algunas bestias de aquéllas. Nos rodearon como zánganos a colmena, y escudriñaban nuestro gusto y se arrimaban a oir nuestro diálogo, pasando algunos la mano por el lomo y bajándola a lo largo de la cola de cada animal que examinábamos.

Por fin se fijó mi amigo y pensó haber encontrado su avío: era una mula alta, lucida, fina de extremos, erguida de cerviz, y en cuanto al moral, a juzgar por apariencias, tan mansa y noble cuanto puede esperarse de hembras de su raza. Vino sobre nosotros el enjambre de los oficiosos; uno tomó del ramal a la mula y la hizo ir y venir y girar sobre los cascos traseros como estafermo en cañas; otros principiaron su discurso, quién por el elogio de la mercancía, quién por el lamento de los pocos negocios, quién por lo modesto, quién por lo altisonante; otros corrieron y buscaron al dueño. Apareció éste, sobre sesenteno, pelicano, talla de granadero, abdomen prominente, cuello corto con apéndice de papada sobre la nuez, cabeza chica, facciones grandes, ojos afligidos y rubicundos, así como la próvida nariz, indicios de sediento; boca desmesurada y cavernosa, mal provista de herramientas, y de la cual salían las palabras a borbollón entre disparos húmedos; manos grandes y pies proporcionados.

La persona, como se ve, era acabada, pero el traje nada ofrecía de particular: chaqueta y pantalón de algodón, más traídos de lo que el aseo permite; faja negra y una manchada cachucha caída hacia el cogote.

Llegó, ponderó la hermosura y propiedades de la mula, y la puso precio.

A nosotros se había agregado un caballero de la tierra, gran conocedor y zahorí de aquellos negocios y dos veces útil, una por su natural despejo, otra por la práctica de chalaneos y ferias, el cual, oída la suma y estimación, de un golpe cercenó un buen tercio de ella, ofreciendo el resto.

—Señor don Benito, dijo el chalán con gran arqueo de cejas, echando el paso atrás y las manos a la cabeza, ¿usté quiere que el tío Antón el de Utrera pase por ladrón y nadie le reciba en su casa? Yo soy amigo de usted y usted es amigo mío; si se empeña, se llevará la bestia, pero yo no entro en Sevilla. *De barde*, llévesela usted *de barde; náa* quiero por *eya*, *náa*. Ea, *cabayeros*, esto se acabó; de aquí me voy al tren, y andando a casa, y se cogía la frente con las manos, y ponía el gesto de quien ha sufrido una calamidad grande.

No intentaré repetir los discursos que en diversos tonos, aunque siempre por lo rumboso y desprendido, dijo; yo no sabría trasladar sus palabras, y aun si lo consiguiera, me sería imposible darles el inimitable color y estilo con que de él salían.

La escena pasaba enmedio de un numeroso concurso de curiosos. Entre los corredores que querían *hacer el trato* sobresalía, no por su estatura, que era exigua, sino por su bullir y gritar, un hombrecillo magro y enjuto, ágil de pies, suelto de manos, limpio de traje, maduro de años, y cuyo rasgo eminente y distintivo eran unas antiparras verdes que le cubrían y disfrazaban los ojos: ignoro si era necesidad o astucia.

Este iba del tío Antón a don Benito, y volvía de don Benito al tío Antón, hablándolos, seduciéndolos, lisonjeando el interés de cada cual y procurando con sutiles razonamientos convencerlos de que cedieran en su empeño respectivo. Trabajaba ahincadamente y porfiaba más con el tío Antón; le hablaba al oído, le ponía la mano en el hombro, le traía hacia nosotros, le ceñía y rodeaba, sin desfallecer, sin cejar, sin desalentarse por repulsas. Su figura escueta y móvil, cerca de la otra corpulenta y maciza, recordaba esos pececillos, a que los naturalistas llaman *pilotos*, que nadan alrededor de los grandes cetáceos, sin abandonarlos nunca, ya sea su oficio advertirles los peligros, ya señalarles la presa.

La lógica y los argumentos empleados por el hombrecillo formarían un tratado más voluminoso y de más enseñanza

práctica que el Guevara, y valían con creces el corretaje, que era su *fin supremo*, y que premió por último tanta perseverancia y habilidad.

La prosa qne allí se gastó no tiene cifra; lo que se habló de una parte y otra, excede toda cuenta; es el uso del país: llegaba a más andar la noche, y en apariencia nada se había concluído, por más que los expertos asegurasen que el negocio estaba hecho.

Por fin, don Benito, pidiendo una moneda, un duro, al comprador, arremetió al tío Antón, y cogiéndole con brío la diestra, metióle el duro en la palma, cerrándole los dedos, y huyendo después; con lo que, y ayudado del chiquitín, que se dió a mantener en alto el brazo de la misma mano, obligó al chalán a quedarse con la moneda.

Esta es la sanción, firma y escritura de toda venta en feria andaluza: una vez aceptado aquel gaje o prenda o arras por el vendedor, queda cerrado el trato, y el mercado hecho; así se agotan los expedientes y sutilezas de toda especie para obligarle a guardarlo.

Las veces que esta moneda pasa del uno al otro de ambos contratantes no tiene número; la dan, la toman, la devuelven, la vuelven a tomar, y cuando esta maniobra se enfría, allí está un tercero a punto para encender de nuevo los ánimos, provocar el deseo, excitar el amor propio, y tornar al vaivén de las proposiciones y de la moneda. La de mi amigo habría andado un centenar de veces el camino de su bolsillo a la mano del tío Antón, cuando el último y decisivo arranque de don Benito la dejó en este segundo lugar.

A mayor abundancia, la tropa de jayanes que miraba la escena, rodeó al tío Antón, y llevándoselo en vilo, lo alejaron del sitio para que la restitución del gaje fuera imposible, y el negocio caminase adelante. El tío Antón gritaba y alargaba por encima de las cabezas el duro, pero los otros gritaban más recio, y ahogaban su voz; a decir verdad, la resistencia era blanda, que de otro modo, si el coloso de Utrera hubiera

resuelto defenderse, de cuatro puñadas pudiera haber deshecho algunas mandíbulas y templado el entusiasmo de sus raptores.

Quedó, pues, la mula por mi amigo; la examinaron todos y dieron su voto por centésima vez; enteróse el mozo que la guardaba de dónde había que entregarla y a qué hora; gastóse en esto un buen rato, y apareció de nuevo el tío Antón, jadeando, limpiándose el sudor y no sé si las lágrimas.

Tomó del ronzal a la bestia, la miró con ternura, y, tomando resuello, dijo: «Esto que usted se lleva, no es una bestia, que es una alhaja; una hermana suya está sirviendo a su ilustrísima, y no se quedaron con ésta porque no quise yo darla por ningún dinero. Si usted la engancha, enganchela a la izquierda, y si la toca con la fusta tóquela por la derecha, que a la otra parte es muy sensible y se lastimaría; pero mejor que todo es mandarla con la voz, que el animal está más hecho a la palabra que al castigo. Del alimento nada digo, y de la asistencia tampoco, que yo sé que va a casa donde saben lo que es *ganao* fino y cómo se le trata. En cuanto al trabajo, el tiempo dirá más que yo pudiera; dele usted leguas al animal, que cuantas más le dan, más quiere.»

Más larga fué la plática, que remató en un sentido apóstrofe al nuevo dueño, con repetidos y corteses ofrecimientos de amistad y servicios, y con pedir como gracia y favor extremo la restitución del collar con dobles campanillas que adornaba el cuello de la mula.

No sé si lo solicitaría como tierna reliquia o como ventaja accidental imprevista y fácil del trato; pero Don Benito se opuso enérgicamente, rehusó sin ablandarse por ruegos ni instancias y el collar acompañó al animal.

Dos días después, de retorno de un paseo al campo,el cochero que la cuidaba, advirtió que la piel de la cuartilla de uno de los brazos, caía sobre el casco: el roce de las trabas u otro accidente cualquiera la había desprendido, pero el día de la venta estaba tan bien aplicada en su sitio y adherida, que nadie co-

noció la trampa. Sin embargo, el daño era de seguro remedio, y a pesar de la habilidad y elocuencia empleadas, no será la venta de esta mula el negocio de que más puedan envanecerse la sutileza y gitanería del tío Antón el de Utrera.

Por la noche la feria toda se iluminaba, las tiendas con gas, las barracas con aceite: en los puestos de buñuelos y tortas de Morón lucen el candil y la vela de sebo, en otras partes la lámpara Carcer y la diáfana bujía. Redoblan las músicas y arrecia el baile: se baila en todas partes, debajo de la lona y al aire libre: algunas tertulias más numerosas de lo que la estancia consiente se desahogan y esparcen fuera de ella; las parejas pasan del tapiz al césped, y tornan del césped al tapiz sin advertirlo, a menos que algún pie poco diestro, entrando bajo la alfombra donde ésta empieza, en vez de resbalar por cima, se vea detenido, detenga a su vez al cuerpo de quien depende, y éste, careciendo de resistencia suficiente para vencer la velocidad adquirida, pase, por una ley física, a tomar sobre el mismo tapiz una posición paralela al suelo.

Las tiendas del Casino sevillano, del Círculo mercantil y del Círculo de labradores que se llevan la palma de lujo y la belleza, se llevan también la de la concurrencia y gala.

En la primera, sobre todo, que más que tienda parece un edificio, pues tiene dos altos y *restaurant,* y cuadra para los caballos de los socios y otro sinnúmero de dependencias; en la primera, digo, pabellón fastuoso coronado por una inmensa bandera española, se reúne y brilla la elegancia andaluza.

¡Ah Pedro Fernández, mi buen amigo y compañero! Allí de tu pluma delicada y primorosa, maestra en el arte de pintar trajes y delinear hermosuras; tú sabrías decir la gracia desdeñosa y los ojos engañadores de las sevillanas; tú nos retratarías la hermosura espléndida de las hijas de Jerez, que recuerda las célebres milanesas; y la expresiva languidez y mórbido talle de las de Cádiz; y el aire decidido y *retrechero* de las malagueñas; y el terso cutis y copiosa cabellera de las granadinas.

Y en el cuadro delicioso, variado, magnífico, de vida, de be-

lleza, de juventud, de ilusiones, de encantos, de gala y de elegancia que trazarías, dejarías un buen lugar para aquellas de tus amigas, que en tales días vienen a sostener con honra el pabellón de la corte en este centro privilegiado del donaire y la hermosura.

Yo, vencido en la empresa de pintar la feria, cierro mi cuadro, descontento, sí, pero con la satisfacción que dan las empresas altas, aunque no vencidas.





VII

MURILLO



SI queréis sentir una de las impresiones más vivas y agradables que puedan encantar vuestra vida de artista o de viajero, penetrad una mañana en la catedral de Sevilla por una de las puertas del ábside, y sin deteneros a *sentir* la armonía magnífica de sus cruceros y naves, sin dejaros absorber por la contemplación de su majestad sublime, daos a registrar las capillas y buscar las obras de arte escondidas en ellas.

Llegaréis a una, allá, a los pies de la iglesia, volviendo hacia el Sagrario, y sobre su altar veréis a San Antonio postrado en adoración delante del Niño Dios, que se le aparece bajando en medio de una gloria de luz y de querubines. No necesitaréis que nadie os diga que aquel lienzo es de Murillo, y que es una obra maestra. Sentiréis la atracción de lo divino, el mágico

poder de lo sobrehumano, la fascinación de lo misterioso; clavaréis la frente en los hierros que cierran la capilla, y quedaréis allí sin sentir el dolor físico ni el paso del tiempo.

Aquel cuadro es un prodigio de luz. Su radiación poderosa alumbra la capilla más bien que la ventana abierta en el muro. ¿Dónde encontró Murillo aquellas tintas de oro, aquel flúido lumínico que arrebola e inflama las nubes sobre que posan los ángeles, las sostiene en el aire y las separa del cuadro, haciendo pasar entre ellas otras masas de luz como torrentes desbordados?

Por la puerta de la celda del santo se ve el claustro, claustro meridional, andaluz, sevillano, iluminado por el sol más vivo, lleno de ese ambiente diáfano y sutil, que forma la atmósfera de Andalucía; pues esa luz se entibia y palidece comparada a la luz de gloria que llena el fondo del lienzo. No temió el valiente artista presentar ese contraste de luces, no temió copiar la poderosa y espléndida de la naturaleza en que vivía, porque sabía que aquel fulgor divino que concebía su mente, que *el cielo,* que su inspiración le abría y su genio le consentía imitar, era superior al más hermoso y claro que podemos ver los demás hombres.

Si los venecianos pintaron el color, Murillo pintó la luz; no por sus efectos, sino la luz misma, directa, reverberando fúlgida y deslumbradora de su centro divino, empapando los vapores del aire, derramándose en el cielo, hiriendo la pupila y deslumbrando los ojos humanos.

Por el lugar donde está, es ese cuadro generalmente el primero que del gran pintor ve el viajero en Sevilla. Otros podrán causarle mayor placer, ninguno mayor asombro. Ya conoce su estilo, su estilo imposible de ser olvidado ni confundido con otro; la indecisión de los contornos anegados en el éter, la transparencia y suavidad de las medias tintas, el empaste jugoso, la franqueza del toque, la verdad de las actitudes, la expresión, no limitada al rostro, sino esparcida por todos los miembros, en lo que es tan excelente, que de cualquiera

de sus figuras puestas en el más violento escorzo, vuelta casi al espectador, se adivina al semblante.

El San Antonio es buen ejemplo de esta última cualidad; el fervor del franciscano, su gozoso agradecimiento al supremo favor se sienten, no sólo en la cabeza, admirablemente puesta, sino en el cuerpo entero, en la rodilla derecha hincada en tierra, en los brazos tendidos como para recibir la celeste visita.

Para algunos esta es su obra maestra; para él lo era el Santo Tomás de Villanueva, que se ve en el Museo.

Ocupa el Museo un antiguo convento de la Merced, y en él hay un salón destinado exclusivamente a Murillo, cuyo nombre lleva. Es un tesoro, cuyas alhajas son los veinte o veinticinco lienzos que cuelgan de las paredes.

¡Oh! ¡Cuántas horas se pasan allí, perdida el alma en la contemplación, desvanecidos los ojos en la luz gloriosa de los bienaventurados, y sintiendo retoñar en el corazón la combatida y marchitada planta de la fe primera y los sentimientos religiosos de la primera edad!

Como a la lectura de los libros santos os sentís regenerado y con nueva fuerza para practicar sus máximas y seguir sus ejemplos, así a la vista de la pintura religiosa de Murillo brotan de nuevo en el árido pecho los dos sentimientos que pide Dios a sus hijos: el amor y la gratitud.

Bien conocieron el genio de Murillo los cenobitas que le emplearon en el adorno de sus monasterios, los capuchinos y los franciscanos. Bien comprendían que sabría representar las visiones seráficas, los éxtasis y el fervor ascético, y que muy extraviado y duro había de andar el pecador a quien la vista de la Madre de Dios pintada por él no ganase el alma, llamándole a la contrición y al arrepentimiento!

Enfrente de la puerta, bien maltratado por los años, lleno de grietas y caído en parte el color, está el histórico cuadro llamado de la Servilleta.

Varias son las leyendas que pretenden explicar el origen de este cuadro. Yo no puedo admitir la que dice haberlo pintado

Murillo para satisfacer el precio de su estancia en una hostería. Cuando Murillo pintaba de aquella manera, ya habían pasado las amargas tribulaciones de la juventud; ya el valiente artista, a fuerza de constancia y de estudio había vencido a la fortuna, y el trabajo de sus manos alcanzaba a cubrir desahogadamente las necesidades de su vida modesta y laboriosa.

He aquí la leyenda que prefiero:

—Trabajaba Murillo para los Padres Capuchinos y habitaba en su convento. Habían destinado para que le sirviera un lego, hombre ingenuo y de santas costumbres, pobre de espíritu y de corto valor entre los hombres, pero rico de virtud y muy acepto a los ojos de Dios.

El carácter apacible y bondadoso del pintor se avenía maravillosamente con la humilde sencillez del monje.

De pronto advirtieron en este una inquietud no acostumbrada, y que la serenidad de su semblante andaba turbada por alguna causa interior.

Aprovechando Murillo la ocasión de estar solos, cuando le servía la comida, preguntóle con su acostumbrada dulzura:

—¿Qué tenéis, hermano, que no me habláis? Si son penas que pueda yo saber, decídmelas. Soy bastante amigo vuestro para participar de ellas. Si es que os falté en algo, decídmelo también, porque pueda reconocer mi falta y solicitar vuestro perdón.

—¡Ah, señor Esteban!, contestó el lego todo azorado y mirando inquieto alrededor de sí: ¿Qué habláis de faltas, ni qué de perdón? ¡Si soy yo, yo, miserable pecador, que no he sabido vencer la tentación! La virgen, Nuestra Señora, me ha abandonado como indigno, y el enemigo se apoderó de mi alma.

—Pero, ¿qué os sucede? ¿Qué habéis hecho?, repuso el artista sin alterarse, conociendo la inocencia del que se acusaba.

—¡Ah, señor! un deseo vano se ha apoderado de mí, y no supe resistirle; un mal pensamiento que no me deja un ins-

tante; os lo diré y desahogaré mi corazón. Sabed, pues, que me mortifica el deseo de poseer una de esas vírgenes tan bellas y devotas que vos pintais todos los días. ¡Si yo tuviera en mi celda una imagen de ésas, con qué fervor la rezaría!

Trató Murillo de consolarle, y el lego en su turhación, al recoger el servicio de la mesa, no advirtió que faltaba la servilleta.

Algunos días después, el pintor, dándole un lienzo, decía: Hermano, cuide mejor el ajuar que le está encomendado, que si los huéspedes se llevan la ropa, mal paso ha de tomar la hacienda de los padres.

El lienzo era la servilleta; pero consagrada con una de las más hermosas creaciones de aquel genio propiamente celeste.

Otras varias vírgenes hay en la sala; entre ellas, dos Concepciones admirables. Cuadros que no se describen, obras que se sienten; que hacen nacer en el alma más árida hondos afectos de ternura y devoción.

Esa predilección del artista por la figura más ideal y poética del cristianismo, la preferencia que da entre todas las épocas de la vida de María, al momento augusto y misterioso de la Encarnación, piedra angular de nuestra fe, ofrecen un interés profundo.

Grande debía ser la piedad de su alma, infinito su amor a la Santa Madre de Dios, para que así haya podido hacérnosla amar y venerar en sus imágenes. Su genio, esencialmente cristiano, empleó el arte que dominaba en satisfacer las aspiraciones de aquel sentimiento ardiente, y la inspiración coronó y puso el sello a la obra hábil y acabada del artista.

El tipo de mujer consagrado por Murillo, se encuentra todavía en Sevilla, en esa clase media entre el artesano y el mercader que acumula ambas industrias, clase laboriosa, económica, sencilla en sus costumbres y moderada en sus gustos.

Este tipo tiene suma belleza en los dos tercios superiores del rostro, frente casta, ojos grandes y negros bajo un arco de finísimas cejas, nariz infantil y boca pequeña, rosada y

carnosa: la mandíbula inferior, redonda, altera la curva del óvalo e impide la perfección del modelo. Pero esos ojos rasgadísimos, de un color tan sombrío y profundo, carecen generalmente de expresión y energía. Los ojos más elocuentes en Andalucía no son del todo negros, tienen un iris garzo o castaño.

En cambio, ¡los ojos de las vírgenes de Murillo!... ¿Quién ha dicho que Murillo no era más que pintor naturalista? ¿En qué rostro humano se ve aquella mirada? ¿Qué pasión terrena enciende en el alma aquella llama espiritual y mística?

Es verdad que cuando pinta escenas de la vida de María, se reduce a copiar los cuadros de familia que le rodean. Los padres trabajan en las labores propias de su sexo y de su estado humilde, y el niño juega con un pájaro o un cordero. Para retratar a María madre, bastábale el estudio y la imitación, el amor materno es de tan sublime esencia, que casi diviniza el ser humano y reviste el rostro de la mujer de sobrenatural belleza.

Pero ¡cómo pintar la Virgen inmaculada, vaso de pureza, rosa míst ca, iniciada ya en su beato y augusto destino de madre del Verbo!

Rafael, el divino Rafael, el pintor maravilloso de la angélica Señora, no se había atrevido a tanto. Su genio era quizás sobrado gentílico, era preciso el sentimiento cristiano, profundo, absorbente, dominador del alma española de Murillo para concebir esa imagen y ser capaz de trazarla.

Tenía que expresar un afecto divino, extraño a nuestra naturaleza mortal, tenía que dar a su modelo una vida celeste que lo transfigurase, la vida infundida por la gracia, tenía que representar un misterio inefable, y representarlo de una manera clara y comprensible a las gentes, era preciso que entre su obra y el pueblo que iba a contemplarla, se estableciera espontáneamente, sin otro intermediario que el corazón, un sentimiento de adoración y de cariño.

Tenía, pues, que crear un ideal, ese ideal podrá no confor-

marse a otro de convención, ya admitido, pero ¿quién sujeta el ideal a reglas? ¿Quién le dicta principios, o le impone leyes?

La cuestión es si ese ideal existe o no, si realiza un sentimiento ingénito, si da forma a una aspiración de la conciencia universal, aspiración presentida, pero no analizada ni comprendida por la conciencia misma, si compendia y traduce en un objeto lo que es a la vez creencia, dogma y afición, el ideal existe.

Hay en el Museo un San José pintado también para los Capuchinos. El patriarca de pie, llevando su florecida vara envuelve con el brazo derecho al niño que puesto sobre una roca se apoya blandamente en él. La cabeza de Jesús es sublime, hay en sus divinos ojos, en la inclinación de su frente, una tristeza, una melancolía infinitas, el presentimiento de su pasión cruel y de su muerte le aflige, y el dolor del hombre asoma a través de la candidez del niño. ¡Pobre ángel! su padre le envía a redimir a los hombres, a padecer por ellos, y en aquella edad de inocencia, que para todos los hombres lo es de paz y de alegre ignorancia, él sufre ya la conciencia del martirio que le espera, quizás con el de la indiferencia y la ingratitud que han de pagarlo. Sobre aquella frente, bajo aquellos rubios rizos que con tanto afán acariciara su madre, pesan los destinos de la humanidad, y adelantándose a la agonía del huerto, parece que a los labios del inocente va a asomar aquel gemido: «Padre mío, alejad de mí éste caliz.»

Yo no sé decir lo que aquella cabeza expresa, pero si viérais cómo conmueve! su doliente semblante, la actitud lánguida del cuerpo, la túnica misma de color violado que le viste, son un poema de dolor más vasto de lo que alcanza el corazón humano.

No voy a detallar y describir todos los cuadros del salón. Quien desee ver cómo dibujaba el gran colorista, vaya y examine el lienzo que representa a Cristo en la Cruz desclavando un brazo para apoyarle sobre los hombros de San Francisco de Asís. Quien quiera estudiar su manera de entonar un cuadro

y repartir las luces, medite en el Santo Tomás de Villanneva

En el terreno exclusivo de las reglas, quizás la obra más acabada de Murillo sea el «Moisés.»

Como es preciso que cuanto hace relación a este hombre despierte ideas de piedad y de nobleza, el santuario donde está aquella obra se llama «La Caridad.»

Desde sus umbrales se percibe el sordo rumor del río y alegran la vista los árboles de sus orillas y las banderas y gallardetes de los buques fondeados en él.

Antes de entrar, oiréis el nombre que allí os lleva. Sobre la fachada de la iglesia, están representados en azulejos algunos santos y las virtudes teologales. Es opinión de los artistas, que los azulejos fueron hechos por dibujos de Murillo, en mi pobre juicio la figura de la Caridad y los niños que la rodean son su firma.

Una hermandad de santo origen: una sociedad cuyo fin principal era practicar dos obras sublimes de misericordia, consolar al triste, y enterrar los muertos; que entre sus oficios tenía el nobilísimo y cristiano de acercarse a los reos condenados por la justicia humana, y acompañar su soledad y fortalecer su espíritu y oir sus quejas, y animar su contrición desde el tribunal al cadalso, y encomendar su alma y conducir su cuerpo desde el cadalso a la huesa, la hermandad de la Caridad fundó en remoto tiempo aquel asilo.

En ella se hizo famoso don Miguel de Mañara, libertino y desarreglado cuando mancebo, siervo de Dios en la edad madura.

De noble linaje y hábito de Calatrava, se propuso en sus mocedades realizar el tipo legendario de su compatriota don Juan Tenorio; como éste pudo decir:

Por donde quiera que fuí,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí...
... y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.

Se ignora si fué un sueño, o la predicación de un fervoroso asceta el medio de que Dios se valió para traer a sí aquella alma descarriada; pero es lo cierto que apartándose súbitamente del camino de la iniquidad, dió a la Caridad sus bienes, se consagró al servicio de los pobres con la misma vehemencia ardorosa que había llevado su juventud al mal. Su retrato revela una organización rica y ardiente; las pasiones han surcado el rostro, pero sobre esas huellas del pecado, esparce su luz la llama del amor divino que brilla en sus ojos apagados ya para todo fuego de mundana concupiscencia.

La iglesia de la Caridad está siempre cerrada, salvo en las primeras horas de la mañana: es preciso entrar por el hospital.

Un anciano locuaz y comunicativo, pero aseado y cortés, abre la puerta, que da a un patio inundado de sol, plantado de acacias y regocijado por el son tranquilo del agua: más adentro hay otro plantado de naranjos donde vive una numerosa familia de pájaros saltarines y cantadores: por esos patios se pasean los convalecientes. ¿Habrá enfermedades que resistan a aquel ambiente de salud, de paz y serenidad que allí se respira, a aquel aire cargado de frescos aromas, de vivaces y alegres ruidos que penetra por las rejas en las espaciosas salas de los enfermos? Parece que allí hasta las llagas del alma deben curarse.

Una hermana de la Caridad conduce al viajero a la iglesia: ésta es de buenas proporciones, gusto plateresco, obra del siglo XVII.

Enfrente de la puertecilla por donde se entra, situada en el presbiterio, está el cuadro de «Moisés» o «las Aguas».

El gran legislador que ha visto brotar de la árida roca un manantial caudaloso al golpe de su vara, da gracias a Dios por tamaño beneficio. Aarón el sacerdote, detrás de él, acompaña su oración, y en tanto el pueblo se precipita ansioso al arroyo que corre de la peña milagrosa.

Lo primero que en este cuadro sorprende es la unidad admi-

rable de pensamiento, en la cual puede servir de clásico modelo: los episodios son varios, la acción una: sobre aquella muchedumbre movida de tan diversas maneras, agrupada en actitudes tan diferentes, reina una idea sola, un solo sentimiento. Un anhelo, anhelo inquieto, anhelo vehemente y ciego, anhelo egoísta que se traduce en la madre que apura ansiosa su vasija, sin atender a los clamores del hijo que tiene en brazos; una necesidad material, bárbara, que ahoga la voz misma de la naturaleza, y todo lo rompe y todo lo atropella para satisfacerse; la sed, la horrenda sed, verdugo implacable, tormento sin semejante, con todas sus ansias, su agonía, su desesperación, y la lúgubre perspectiva de la más horrorosa de las muertes.

Un instante más y el pueblo entero sucumbía, un instante más y las tribus acampadas al pie de Horeb, no eran sino hacinas de cadáveres. Todo eso se ve en el lienzo, mejor que puede explicarlo la pluma, y la energía y el calor de la composición son tales, que el sentimiento de ella se transmite al espectador y le domina.

Se siente la angustia de los hebreos, espanta la idea de la catástrofe que les amenazaba, y se comprende la gratitud profunda de su jefe y guía.

El pueblo, gran poeta, crítico de sentimiento, cuya intuición profunda no yerra jamás, ha llamado a este cuadro «la Sed», nombre que es a la vez un juicio y una apología.

Enfrente del Moisés está otro lienzo de iguales dimensiones que representa el milagro de los panes y los peces. Al vigoroso pincel de Murillo nada se resistía, dominaba todos los géneros, y en todos sobresalía. Las figuras de este cuadro son vulgares, falta en él la inspiración, se ve la habilidad: los apóstoles son los rudos pescadores del Tiberiades, y el Salvador, en medio de su nobleza, carece de aquella plácida majestad que nos representamos en Jesucristo, peregrino sobre la tierra; pero ¡qué paisaje! ¡qué términos admirablemente limitados por grupos de gentes y algunas rocas desnudas! ¡qué transparencia

en el aire! ¡qué lejanía en el horizonte! La vista se pierde en los tendidos páramos del desierto; y aquella soledad y aquel espacio inmenso justifican la pregunta del divino Maestro a Felipe: «¿Dónde encontraremos pan para tánta gente?» ¿Qué hubiera sido de ellos sin el benéfico milagro?

¿Queréis apreciar adónde llegaba en los efectos del claro-oscuro? Pues buscad más abajo, cerca del coro de la iglesia, el cuadro que representa a San Juan de Dios llevando sobre sus hombros un mendigo enfermo. La caridad del santo no alcanza a suplir las fuerzas materiales, y desfallece bajo el peso piadoso que le abruma; un ángel se le aparece y le conforta y guía.

Caravaggio y su discípulo Ribera no tienen más vigor ni más energía; el nombre del primero asalta la memoria a primera vista, pero el examen de la manera fija la paternidad del lienzo. Si el ángel excede en apostura varonil y brío a los que acostumbraba retratar Murillo, nunca la mano violenta y áspera del Caravaggio pintó un rostro de tan suave y beatífica expresión como el del santo.

Después de haber admirado tanta belleza, después de haber sentido el entusiasmo trocarse en recogimiento, cuando de la admiración del artista se pasa insensiblemente a la consideración y recuerdo del hombre, cuando se repasa su vida modesta y pura, su existencia consagrada a la piedad y al trabajo, es natural deseo el de visitar el sitio donde la posteridad agradecida honra sus gloriosos restos.

Preguntad por el sepulcro de Murillo, nadie sabe de él; pero acaso en uno de esos paseos tan gratos al viajero, en que sin rumbo ni objeto determinado vaga al capricho del azar o de su fantasía, llegaréis a una solitaria plazuela, plantada de acacias, que lleva por nombre Santa Cruz, cerca del viejo muro, entre el Alcázar y la puerta de la Carne, y en un lienzo de pared una inscripción reciente os dirá que allí, siendo el solar parroquia del nombre que la plaza lleva, fué enterrado el príncipe de la pintura sevillana.

En su sepulcro pusieron esta inscripción elocuente:

VIVE MORITURUS

Inscripción, losa y restos fueron envueltos y deshechos en la ruina general, al ser demolida la iglesia durante la ocupación francesa.

Hace algunos años, era todavía aqúello, según un escritor inglés (1), *Weed-covered mound of rubbish,* «montón de escombros, cubierto de malezas». Hoy, con más decoro, a la sombra de los árboles y al susurro triste de su ramaje, pueden el artista y el peregrino entregarse allí a las melancólicas ideas que la inscripción despierta.

---

(1) Stirling.





VIII

Bellas artes.—*De las artes a las letras,* camino de ociosos.—El Duque y las Sierpes.—Gradas.—La biblioteca colombina.—Una espada.—Los libros de Colón.—Interior del alcázar.—Sombras y recuerdos.—El rey justiciero.—La tradición y la historia.—Leyendas.



cualquiera iglesia de Sevilla, y son innumerables, se encuentra un lienzo o una escultura que fija la atención del menos inteligente; y en estas obras, a través de una manera general y como de escuela, se descubren numerosas y potentes personalidades. Poco a poco el ánimo se interesa por desentrañar y distinguir lo que en la obra general pertenece a cada artista, los estudia, los compara y procura formar su juicio, hacer la crítica, como se dice ahora.

Para que este trabajo sea un verdadero placer, debe hacerse con absoluta libertad e independencia, olvidando a los preceptistas, dejando obrar al propio sentimiento y la propia concien-

cia. Lo cual no debe ser obstáculo para que, ya formada la opinión, ceda el paso a la de juez más autorizado.

Cada uno debe *ver* por sí, *sentir* por sí, no por ojos y sentidos ajenos: este sistema conduce a pensar, y sin la vida del pensamiento, sin la generación de la idea, sin la actividad mental que crea y produce, ¿qué significa nuestra miserable existencia material? La mayor parte del tiempo, lo que nosotros creemos *pensar* es únicamente *recordar.*

La luz espléndida, la limpia transparencia del cielo, son los accidentes principales del paisaje de Andalucía. Así el color, la imagen son el elemento primero del genio de sus hijos. Imagen en la poesía, color en la pintura: ahí están, por ejemplo, Herrera y Góngora y todo el largo y glorioso catálogo de la escuela sevillana.

Pero aquel sol magnífico no se limita a iluminar generosamente el espacio, fecunda también la tierra, y a su energía luminosa corresponde su energía vivífica y creadora. A sus ardientes caricias el suelo se cubre instantáneamente de flores, en breve término de días lanza al áloe su gigantesco tallo a los aires, abriendo sus brazos como si ofreciera al cielo la primicia de sus flores; y el cardo escultural, el acanto de los artistas góticos, levanta sus rizadas hojas, tejiendo enramadas donde se oculta y esconde el más corpulento toro de Utrera.

Ese fuego, esa energía tienen el numen y la mano de sus artistas. Por esas cualidades sobresale entre ellos Herrera el viejo; los escorzos de sus figuras llegan casi a la violencia, los tipos de sus obispos y mártires pertenecen a una raza más varonil que la nuestra; y hasta el movimiento de sus cabellos y barbas, y el plegado de las ropas, denuncian la robustez del numen y el vigor extraordinario de la mano. Pintor que podrá no ser simpático, pero que a nadie será indiferente. Nadie pasará delante de sus obras sin detenerse, sin hacer aprecio de ellas, sea favorable o contrario el juicio que de su examen resulte. Los franceses dirían de su estilo que es *saisissant,* y yo no encuentro ahora una palabra castellana que satisfaga como

esta extranjera mi idea. Según los inteligentes su obra mejor es el *Juicio final* en San Bernardo: en la galería de San Telmo hay valentísimas cabezas de su mano.

Con no menores cualidades, aunque templadas por un ánimo más sereno, por un instinto más recto, por una obediencia y sujeción más hulmildes a los principios y al estudio, pintaba Zurbarán. Parece a veces que en sus cuadros luchan la fantasía desbocada y el sano criterio, y que no siempre triunfa el segundo. Sus nueve lienzos del retablo de la capilla de San Pedro en la Catedral son excelentes: pocas veces iluminó con tanta viveza sus figuras, y huyendo del camino trillado, dando intención hierática a la pintura, representó al Pontífice, cabeza de la Iglesia, en vez del rudo pescador galileo.

Más célebre por su humor incisivo y rencoroso que por sus trabajos, Herrera el mozo no tuvo la energía y la transparencia de color del viejo. En la apoteosis de San Francisco, en la Catedral, campea su estilo. Brío y desembarazo en la composición, tintas pálidas, dibujo incorrecto y atrevido.

Roelas es el más frío de todos, pero acaso también el más cuidadoso y prolijo en el trabajo. Sus composiciones parecen bien estudiadas: deslumbra menos, pero tal vez satisface más, y resiste mejor el análisis de una crítica desapasionada y recta.

Valdés Leal acertó con su inspiración en los dos célebres cuadros de la Caridad. Carácter tétrico, misántropo por la violencia de sus pasiones, un siglo después hubiera caído en el escepticismo; su época y su nacionalidad le salvaron, pero no vió en la muerte más que el castigo de la humanidad, el término de su ambición y vanagloria, y desahogó su odio a esa humanidad pintando la muerte con verdad pavorosa y lúgubre energía.

Un esqueleto se adelanta hacia el espectador derribando y pisando mantos y coronas, cetros y armaduras; bajo el brazo izquierdo lleva un ataúd, y posando la palma derecha sobre una vela encendida, sofoca su luz y la apaga. Este es el asun-

to de una de las obras. Aquellos huesos crujen; y la impasibilidad de aquella calavera desnuda estremece. Todo está pintado con desembarazo, y al mismo tiempo con esmero, con cariño. El pintor se complacía en el asunto, y en lo prolijamente tocado de los detalles parece adivinarse que le dolía separarse de él y lo detuvo y trabajó el mayor tiempo posible.

Pero la alegoría no satisfizo a aquella alma herida donde la hiel rebosaba, o temió que por ignorantes o poco sensibles escapasen muchas gentes de la honda y dolorosa impresión con que deseaba afectarlas, y pintó en un segundo cuadro la terrible realidad de la muerte, pero la muerte hedionda, repugnante, la descomposición del cuerpo humano, la transformación de la materia con su apariencia espantosa de corrupción y podredumbre. Es imposible describir esta obra y su horror.

Un panteón subterráneo, alumbrado por una luz misteriosa de lo alto; esparcida por el suelo multitud de ataúdes descubiertos, cuyas tablas se desquician, cuyos forros se deshacen roídos por la humedad y el tiempo; en los dos más cercanos, yacen los cadáveres de un obispo con mitra y báculo, y un caballero envuelto en el hábito militar de Calatrava. Los cuerpos llegan a su último período de descomposición, gusanos e insectos inmundos se ceban en ellos, o pasean dejando su asquerosa huella sobre los informes despojos; ¡espantosa realidad! el cuerpo del prelado, lo que tuvo vida, poder y dominio, y fué acatado y venerado por sus semejantes, allí se disuelve y mezcla con los restos de sus ropas, de sus alhajas, de sus insignias, y la materia inerte y la materia animada se funden y juntan en una tierra homogénea; ¡quién en ella podría separar lo que fué carne humana y lo que fué lienzo que la sirvió de mortaja! ¡Y ese mismo barro fétido donde bullen las larvas de nuevas generaciones de otros seres, desaparecerá también para que del hombre dominador y orgulloso quede la nada el infinito de lo que no existe! Lección dura, ejemplo tremendo, venganza que pudo saciar las iras concentradas y

el tedio del artista, puesto que castiga los desengaños que pudo darle la generación en que vivía, en todas las generaciones que la suceden.

Valdés Leal, tan enérgico, tan sombrío, tan individual en estas obras, pierde su personalidad cuando trata otros asuntos. Unas veces recuerda a Pablo Veronés, otras a Herrera el Viejo; ya es italiano, ya español.

Pero todos son coloristas; es el genio local, es la tendencia nacional, y cuando quieren violentarse, y ser precisos y severos en el dibujo, como el rígido Zurbarán o el preceptista Pacheco, dan en secos y desapacibles, pierden la armonia y jugosidad de las tintas, sin alcanzar la suavidad y blandura del contorno, perfección acabada del arte.

El mismo fuego, idéntico brío, la misma pasión se encuentra en los escultores, en los célebres pasos de Montañés, en las esculturas de Roldán y de su hija, y de Jerónimo Hernández.

En las grandes escenas del Descendimiento y Entierro de Jesucristo, que ocupan los retablos del Sagrario y la Caridad con figuras mayores que el natural, no busquéis el modelo, no busquéis las proporciones típicas anatómicas, la belleza ideal que no existe en la raza y los artistas han creado en sus obras; pero buscad hombres y los encontraréis; buscad la vida tal como pasa alrededor vuestro, la pasión en el rostro, la sangre circulando y los músculos latiendo bajo la piel, el juego de las articulaciones y la tensión de los miembros, la acción franca, natural, expresiva, no sujeta a convencional disposición, y todo eso lo encontraréis.

Aquellos artistas sorprendían el movimiento del hombre, y lo copiaban rigorosamente; así en la penumbra del crepúsculo, cuando la luz no da vislumbre, ni forma reflejos brillantes sobre la pintura; cuando un color opaco y mate envuelve todo el grupo, las figuras se animan, cobran vida, respiran y se mueven, un terror misterioso invade el espíritu, y de esa impresión se engendra la admiración hacia la obra y hacia el artista.

Arte que no habla a las almas estéticas y frías, pero que apasiona profundamente las imaginaciones ardientes, fogosas, cuyos primeros impulsos no ha entibiado la costumbre de meditar, ni los refrena la ciencia adquirida. Pero como su objeto era hablar a estas almas y moverlas, como lo cumplía de tan admirable manera, por eso tuvo vida, y tiene gloria, y puede envanecerse de los nombres que lo ilustran.

Era tan eficaz y poderosa su influencia o la de los accidentes sociales que le produjeron, que el mismo Torriggiano cedió a ella.

El genio de Torriggiano era más clásico, conservaba los instintos de raza debidos a su patria toscana; los relieves de la puerta del Puente en Córdoba y la célebre Caridad de Granada, tienen rasgos que pertenecen a la grande escultura, al arte hierático, solemne, que existió una vez y no ha tenido ni puede tener renacimiento. Su célebre San Jerónimo del Museo de Sevilla, magnífico de verdad y de expresión, es una obra completamente naturalista, es el cuerpo de un anciano, consumido por los años, macerado por la penitencia; una voluntad enérgica le pliega y afinoja, pero debajo de esa voluntad se ve la resistencia de los miembros entorpecidos por los años; el espíritu vence, pero los ojos penetran lo trabajoso y difícil de la victoria.

En el mismo edificio del Museo está la Academia sevillana de Bellas Artes. En la galería alta tenía lugar la exposición de obras de sus alumnos; en todas ellas se notaba la tendencia a seguir la tradición colorista de la escuela; tendencia sana, siempre que no degenera en rutina; tendencia plausible, puesto que es la del genio nacional. Su peligro está en seguirla imitando a los maestros, descuidando el mejor de ellos, la naturaleza. Los pintores sevillanos que hayan nacido con alma, no correrán ese riesgo; es imposible que no sientan en ella la atracción del cielo de su patria; imposible que al tender la mirada por sus iluminados horizontes, en las horas melancólicas del recogimiento, no reciban las lecciones del sol, el gran colorista.

Dirige la clase de colorido en la Academia, Cano, el pintor de *Don Alvaro degollado*. La enseñanza absorbe todas sus horas, y el celo del arte ocupa todas las facultades de su espíritu.

¿Es o no ventajoso este sacrificio de un artista, que hace la patria? ¿El provecho de los alumnos y sus adelantos, compensan las obras que pudiera producir el maestro? Yo creo firmemente que no; y aunque lo admiro, no apruebo el sacrificio de la propia gloria a la noble tarea de allanar a otros sus caminos.

No desenvolveré un tema que me llevaría a tocar una cuestión enojosa y muy debatida: la de la enseñanza académica; pero si el brillante artista que da origen a estos renglones pasa acaso la vista por ellos, comprenderá que la sinceridad que siempre dicta mis palabras, guía también mi pluma.

De las artes a las letras, el paso es natural y fácil: son dos amores sin celos ni contradicción, antes por el contrario, rara vez dejan de andar juntos y sin que al menos afortunado ofenda el favor del preferido. Para ese paso hay en Sevilla un camino entretenido y agadable: por él he ido yo del Museo a la Biblioteca.

Saliendo del Museo, cruzando su plaza desierta, donde se alza aquel ciprés solitario, que parece pedir a tanto poeta como a sus pies pasa una historia o una leyenda, puede el viajero tomar la calle de las Armas; siguiéndola hasta su extremo llega a la plaza del Duque, teatro de galantería, de fiestas y amorosas intrigas en tiempos no lejanos. Si estas memorias le recrean, puede saborearlas bajo la sombra de los árboles, y si logra con su imaginación llenar las hondas arrugas del anciano que allí pasea y volver a sus canas el negro brillante de la juventud, se hallará en medio de la generación que vivió en aquel lugar sus horas mejores: las de la ilusión y la esperanza.

Si no padece el yugo de los respetos humanos, y pocas veces le padece el forastero, antes bien se complace sabiamente en atropellarlos y hacer mofa de ellos, si tiene, pues,

esa noble libertad y el calor le aqueja, se acerca a uno de los *aguaduchos* vecinos, y satisface su sed y templa sus ardores. Este incidente le da ocasión de aprender un detalle de costumbres, de sorprender un rasgo del carácter local.

Los aguaduchos son los *cafés* al aire libre, y donde no se vende café. Todos son refrescos. Una historiada anaquelería de pino pintado con flores y figuras, un mostrador tan limpio como que se lava a cada instante, batería de botellas con líquidos de distintos colores, vasos de variadas tallas y formas, y en lugar céntrico y preferente cuatro o seis botijos panzudos y graves, esto es un aguaducho; detrás del mostrador, un montañés arremangado, que a través del postizo ceceo deja asomar el acento solariego de Cabuérniga o Toranzo; uno o dos parroquianos que matan el tiempo sentados en un trozo de banco que el montañés les ofrece y ellos aceptan en uso y derecho de legítima autoridad; algunos soldados, tal cual artista de aguja o terne de la Feria, forman la parte viviente y animada del aguaducho.

Dos farolillos le iluminan de noche, y en el centro del frontón campean las armas de Sevilla o el nombre del establecimiento; los hay también anónimos, pero generalmente llevan un apellido significativo y sonoro: el Dichoso, el Florido, el Mejor, el Delicioso, el Entretenido, etc., etc.

Los hay más pretenciosos: Iberia, Europa, Africa. ¡Donoso nombre éste para un puesto de refrigerantes! ¡Será malicia del autor! yo imagino que su intento ha sido despertar con ese nombre ideas y sensaciones que fomenten su comercio; a poco que el sol y la fatiga os hayan molestado, es preciso que al encontraros con ese nombre «Africa» pintado en grandes letras, sintáis la sequedad del simoun, la angustia del desierto, y craméis por agua, allí están a la mano para satisfaceros la limpia y fulgurante cristalería, el banco a la sombra y los botijos frescos y porosos, cuya vista sola alivia la sed, pedid y os servirán, además del agua helada y cristalina de Tomares, la de cebada, la de guindas o de zarzaparrilla.

Junto a la plaza del Duque está la Campana, crucero fácil de reconocer en los mozos de faena que allí sestean y la gente de redondel y dehesa que lo frecuenta. Allí andan los mozos de potente brazo y vigorosa anatomía, que postran con la vara larga al berrendo más pujante, y los otros menudos y pulidos de cuerpo y ligeros de pies que con un trapo de seda desafían las piernas del más boyante retinto.

En la Campana desembocan «Las Sierpes», la calle famosa cuyo nombre vuela por el mundo, rodeada de émulos, sin rival que se le aventaje. La calle de las Sierpes es una calle árabe, angosta y no muy derecha; allí están las tiendas, los almacenes, las modas, los dijes, el adorno y la elegancia de personas y salones. A todas horas hay gente: si es la del mediodía, no hay que decir si allí se encuentran ojos con todas las tentaciones de San Antonio, y sonrisas de cielo, y talles de palma, y pies de mentira, y flores puestas en el pelo como si fueran los pensamientos que se escapasen de un cerebro ardiente, y mantillas caídas sobre los hombros, y levantadas con una mano sobre el pecho, y faldas sacudidas con aire y abanicos cernidos con fuego.

El camino que llevamos no es el más derecho; pero aquí es donde aguardo yo al quejoso y le desafío a que se lamente del rodeo. ¡Dichosos aquellos abuelos nuestros que alcanzaron la chupa y capa de seda y se daban el gusto de tender cortésmente el embozo al paso de una hermosa para que lo honrase con su piso y huella! ¡Cuántas veces en la calle de Sierpes se echan de menos aquellos usos y aquellos tiempos!

No pasan por ella carruajes, y un toldo corrido sobre los últimos pisos de las casas la guarece del sol: cuando el astro rey desploma sus rayos sobre Sevilla, y en todo el ámbito de la ciudad aplana y disuelve al mortal que cae bajo su jurisdicción, en las Sierpes hay sombra y se respira un hálito fresco aunque apagado: así es la entraña de la ciudad, el centro donde afluye su vida; id cuatro veces allí y conoceréis a toda Sevilla, sedentaria y ambulante, al morador fijo de ella, al de

temporada y al de pasaje, al nacional y al extranjero, al rico y al pobre, al vago y al ocupado, al hombre de negocios y al pisaverde, al chalán y al prócer.

La plaza de San Francisco y la calle de Génova que vienen luego, son harto conocidas del viajero. En Gradas encuentra todavía bajo los pórticos algunos amanuenses y pendolistas, reliquias de los antiguos procuradores que allí establecían su escritorio. Los litigantes venían allí a consulta, o a apresurar la gestión de un asunto, o a hacer extender memoriales y documentos de toda especie, era, por lo tanto, lugar de frecuentes pendencias y alborotos, y aun no había paz en él cuando la noche alejaba a los pretendientes y tabeliones y éstos alzaban sus reales, pues entonces lo tomaban los caballeros para sus duelos por lo apartado y solitario.

Todo esto pasó; desde que el hombre no lleva espada al costado, han cesado las tentaciones de poner mano a ella; con el poco ejercicio el corazón y el brazo se han enmohecido acaso un tanto, mas ¡qué importa, si la vida es más tranquila y el cobarde está a cubierto del valiente! Es cierto que el nuevo régimen no ha provisto igualmente a la seguridad del leal y sencillo contra el astuto y enredador, pero ¡qué obra del hombre es perfecta!

Enfrente de estos pórticos están las verdaderas gradas que dan su nombre al sitio, y sobre ellas se alza una fábrica, que imita exactamente el exterior de la mezquita cordobesa. También hay dentro de ella patio de los naranjos, copia menos hermosa que su original. Atravesando este patio, en el claustro que mira a Poniente, hay una escalera que sube a la Biblioteca Colombina.

Henos aquí en medio de las letras.

Tomó su nombre esta biblioteca del de su fundador don Fernando Colón, hijo del inmortal navegante. Es un legado hecho por aquél al cabildo de la Catedral, con las rentas suficientes para su conservación y aumento; veinte mil volúmenes donde se contenían todas las obras impresas o manuscritas que en

tiempo de don Fernando tenían alguna fama, formaron la manda; las adquisiciones sucesivas los han llevado hasta más de treinta mil.

Era el poseedor primero celoso bibliófilo; aparte del trabajo y las sumas empleadas en allegar su tesoro literario, lo prueba este curioso detalle: al fin de cada libro hay una nota de su mano, donde consta el lugar y fecha de la compra, su precio y el nombre del vendedor. Además, él mismo había formado los índices y extractos de su librería, a fin de comunicarlos a todos los establecimientos del reino, de donde pudieran éstos aprovechar, conociéndolo, el caudal de saber allí contenido.

El local es espacioso y tiene una estantería magnífica, pero no suficiente. Donaciones generosas van llenando la falta, y en cada uno de los nuevos armarios se ve el escudo de la corporación o persona que lo ha costeado. Allí se ven las armas de varios prelados, de los príncipes de Montpensier, del Ayuntamiento y Diputación de Sevilla, de la Real maestranza de caballería y otros varios.

Sobre la estantería hay una serie de retratos de hijos ilustres de Sevilla, interesante como historia y biografía, pero de poco valor como arte.

En medio de otra colección de retratos de los prelados hispalenses hay un hermoso lienzo de mano de Murillo que representa en busto a San Fernando.

Aquí se custodia la espada de Fernán-González. Los castellanos que vinieron al cerco de Sevilla la dieron, en memoria suya y homenaje a su valor, al caudillo Garci-Pérez de Vargas. Es una ancha hoja de fino acero, con esta inscripción repartida en ambos lados del primer tercio:

SOI DEL CONDE FERNAN-GONZALEZ. INRI.

Y un capacete toscamente grabado. La empuñadura es recia y de hierro; una barrilla groseramente forjada, forma en retorcidos lazos las guardas y los gavilanes.

Una espada jamás se mira con indiferencia; yo no sé qué tiene su forma de noble, de atrevido es una forma expresiva que significa muchas cosas, la fuerza, la defensa, reducidas al puño, el valor, el ataque en la hoja; una espada desnuda es el símbolo más heroico y bello de la intrepidez, de la arrogancia varoniles; el primer impulso de la mano es esgrimirla, el primer sentimiento del corazón al blandirla el orgullo y la conciencia de sus propios bríos; en la manera de tomar una espada podría conocerse el temple de alma de un hombre. La espada ha sido un medio de civilización para la humanidad, como lo han sido la pluma y la palabra; por eso no está fuera de su lugar en una Biblioteca, pero cuando su destino ha sido el más noble de todos, la redención de la patria, como sucede a la de Fernán-González, cualquiera sitio será honrado por la presencia del glorioso trofeo.

Hay en la biblioteca manuscritos bellísimos, horarios magníficos miniados, un rico misal del gran Cardenal de España don Pedro de Mendoza, y otras curiosidades.

Pero las joyas inestimables, el tesoro sin precio, reliquias venerandas que el universo debía reverenciar, son dos volúmenes que pertenecieron al descubridor del Nuevo Mundo. Uno de ellos es una colección de opúsculos de cosmografía y matemáticas; hay allí figuras geométricas trazadas por el gran Colón, las del texto parecen iluminadas también por su mano para más rápida comprensión sin duda, y en las acotaciones de su letra es curioso advertir de qué manera original e incorrecta hablaba el gran genovés esa lengua de Castilla que iba a llevar a la mitad del universo.

El otro volumen es la Historia general, escrita por el cardenal Eneas Silvio Piccolomini, después Pontífice Pío II; los puntos geográficos están en su mayor parte corregidos o rectificados, y es curioso ver apuntados en los blancos de las hojas pasajes de los clásicos latinos, que hacen alguna referencia, siquiera sea remotísima, a la existencia de un gran continente entonces desconocido. Era, pues, el grande hombre humanista

o frecuentaba mucho el trato y conversación de los humanistas de su tiempo. Su idea le acosaba, le absorbía, nada veía que le importase fuera de ella, y por el contrario, cuanto la era relativo, cuanto tendía a confirmarla o sostenerla, aun cuando fuese el sueño de un poeta, una alegoría, una divagación fantástica suya, todo lo recogía y guardaba ávidamente.

¡Oh cuánto de meditación, de estudio, de duda, de esperanza, de desaliento, de porfía con el destino, representan aquellos libros!; las huellas de los dedos están estampadas en los ángulos de las hojas; las hojas están lacias y flojas; ¡quién sabe si algunas de aquellas manchas amarillas que a trechos se encuentran, no es una lágrima suya! Yo pensaba al hojearlo: «aquí se posaron sus manos, aquí se detuvieron sus ojos, sobre esta página acaso iluminó su mente un rayo de Dios, asegurándole la verdad de su gigante idea; meditando sobre esta otra, nació el germen de aquella idea oscura y confusa todavía; leyendo este pasaje asaltó su alma la desconfianza, viéndose combatido por la ciencia y despreciado por la ignorancia; repasando estotro, se resolvió a aventurarlo todo, y a precio de la vida, y de tantas otras cosas más difíciles de sacrificar, el sosiego, el amor propio, la dignidad, acometer la empresa y mendigar los medios de llevarla a cabo».

«Wáshington Irving nos decía el bibliotecario, enternecido al ver estos libros se inclinó y los besó;» yo tenía vivísimo deseo de hacer lo mismo; un temor miserable me detuvo, el de que las gentes que lo veían no creyesen en la verdad de mi homenaje.

¡Egoísmo humano!; ahora que yo las he visto, que las he tenido en mis manos y bebido a sabor el raudal de sensaciones y de pensamientos que de sus hojas brotan, pienso que no se custodian con la solemnidad y el respeto que tales reliquias merecen, y quisiera para ellas alguna cosa que las rodease del misterio que engendra la veneración.

Saliendo de la Biblioteca y del patio por la puerta que mira a Oriente, costeando la Giralda y la capilla de los Reyes, an-

dando siempre por el atrio de la Catedral, se llega a la plaza del Triunfo; los rudos torreones del Alcázar están enfrente.

¿Quién no conoce el hermoso romance del duque de Rivas?

> Magnífico es el Alcázar
> con que se ilustra Sevilla,
> deliciosos sus jardines,
> su excelsa portada rica...

El poeta, evocando las sombras trágicas que habitan aquel recinto, le ha descrito con tan vigoroso colorido, le ha dado tal interés y vida, que la mejor guía del viajero en aquellos lugares es su romance.

Las restauraciones dan un aire de novedad y juventud al palacio, que no responde a la predisposición del espíritu que llega a visitarlo. La primera cualidad de las restauraciones es el respeto religioso a lo existente; si esto desaparece, o pierde su fisonomía propia, la restauración hace una obra nueva, y en mi entender no llena su objeto; por eso las restauraciones piden tanto y son tan difíciles; hay quien las cree imposibles.

¿Por qué no sentí yo en el Alcázar de Sevilla lo que luego sentí en el de los reyes Nazaritas? ¿Por qué aquel monumento no despertó en mi memoria el pueblo extraño y nuevo, la civilización, el culto, las costumbres que dieron ser al arte que le edificó? ¿Es porque su arquitectura no tiene fisonomía suficientemente marcada, o porque las renovaciones la desnaturalizan, o porque dice en la portada que lo edificó un rey cristiano? Quizás por todas estas circunstancias juntas.

Allí no soñé con alquiceles, ni oí los galantes diálogos de las cortes sarracenas, ni los pomposos discursos de sus magnates, ni la altiva presunción de sus guerreros. Es verdad que la figura dramática del rey don Pedro eclipsa y hace olvidar cualquiera otra. El ruido de las espuelas castellanas ha ahuyentado los plácidos y melancólicos recuerdos que pudieron haber dejado allí Abdul-Azis y sus sucesores.

Don Pedro es el rey popular; la tradición defiende su me-

moria contra la historia, tan apasionadas la una como la otra.

Azote de los nobles soberbios, amparo del plebeyo oprimido, reñidor, valiente, aventurero, galán, león en el coraje, tigre en la venganza; violento, irresistible en el amor, y a par veleidoso e ingrato, velando siempre por la dignidad de rey, no consintiendo mengua en su prestigio, ni ataque a su poder; reducido a defender su corona daga en mano en combate singular, solo y cercado de traidores, y perdiéndola en la demanda, se alza su sombra imponente y majestuosa, justificada de sus crímenes por su fin desastroso y triste.

El pueblo hizo propia su causa, lamentó su muerte, celebró su bizarría, y le consagró sentidos lamentos en sus cantares:

Valiente llaman a Enrique
y a Pedro tirano y ciego,
porque amistad y justicia
siempre mueren con el muerto.

En la primera estancia del Alcázar, adornada de rico artesón, tribunas en los costados y una galería de retratos de los monarcas españoles, ornamentación suntuosa, deslumbradora, pero bastarda, hay una losa de mármol blanco, veteado de rojo. ¡Aquellas manchas son sangre!

cuántos
sin saber lo que es la pisan!

Los hombres de armas de don Pedro hirieron allí a don Fadrique, maestre de Santiago, y lo derribaron con sus mazas. La causa de ese fratricidio fueron celos. ¡Celos! Suponed esa pasión rabiosa en un alma iracunda y violenta, omnipotente y libre de todo freno, y pensad si hay consideraciones de sangre, de estado o de humanidad que puedan detener la mano resuelta a la venganza.

Debajo del piso, en una bóveda ojiva, de ruda arquitectura, perteneciente sin duda a las primeras construcciones del alcázar, están los baños de la Padilla.

¡La Padilla! ¡Será cierto que sus ruegos conservaron la vida de muchas víctimas, que salvó muchas cabezas nobles destinadas ya al verdugo! Si así fué, ¡cuánto debió amarla don Pedro! En medio de la vergüenza de su estado, esa mujer interesa por su constante fidelidad al monarca desgraciado. Su cariño era lo único que le quedaba, cuando sin cetro y sin soldados, odiado y perseguido, disputaba en Montiel su vida a la fortuna! ¡Raro ejemplo de constancia!

En los jardines del alcázar hay un ruiseñor que lanza a menudo plañideras notas escondido entre las hojas de un viejísimo naranjo. El árbol fué plantado por don Pedro; el pájaro de triste voz que a su sombra se abriga y vuela a veces silencioso por las ramas, es para el pueblo el espíritu amoroso y desolado de doña María de Padilla. Esta poesía, esta leyenda, me traen a la memoria la elocuente y apasionada divisa que leí en una joya romana:

UBI AMOR, IBI ANIMA.

El célebre laberinto de arrayanes ha desaparecido; de la alberca que hay antes de llegar a él, cuenta Fernán Caballero en su descripción del alcázar la tradición siguiente:

«El rey don Pedro andaba preocupado con cierto asunto de gobierno, al cual no encontraba resolución fácil; persuadido de que necesitaba asistencia ajena para determinarse, quiso aquilatar la prudencia y sagacidad de los cortesanos que le rodeaban y tomar consejo del mejor. Partió una naranja y arrojó una mitad en la alberca, haciendo de manera que flotase con la parte convexa arriba; llamó luego al primer cortesano que le ocurrió, y preguntóle:

—¿Qué es aquello?

—Señor, una naranja, contestó el cortesano: siguieron a éste otros, y todos dieron igual respuesta; llegó, en fin, uno, que más advertido, en vez de contestar a la pregunta real, tomando un bastón llamó hacia sí la media naranja, y volcándola, descubrió lo cierto. Volviéndose luego al rey, dijo:

—Señor, media naranja.

—Tú me aconsejarás—repuso el rey, y el caballero fué consultado y gozó del real favor; no dice la tradición cuánto tiempo.

Y ya que andamos en compañía de la tradición, de la poesía de la verdad, como dice un sabio prelado francés (1), visitemos el lugar de una de las más populares y conocidas.

En el centro de Sevilla, en lo más cerrado y confuso del laberinto de sus calles, está la del Candilejo. Una casa de dos pisos, estrecha y pobre, casi siempre misteriosamente cerrada con puerta en el piso bajo y dos ventanas miserables en el alto, es la designada por el pueblo como mansión de la vieja; a una de aquellas dos ventanas la puso su curiosidad imprudente; desde ella vió doblar la próxima esquina al rey homicida, reconociéndole por el ruido de sus choquezuelas, y azorada y trémula, queriendo esconderse, dejó caer el candil, cabo del hilo por donde la mano experta de los alcaldes de corte sacó el ovillo del delito y del reo. En el crucero que forman esta calle y las de Don Pedro y Bodegones está el busto del delincuente; a sus pies cayó el herido, pero fué en buena lid, y la justicia real anduvo harto severa con un hecho de cuyos semejantes pocas manos de caballero estaban en aquel entonces limpias.

---

(1) Monseñor Berteaud, obispo de Tulle.



IX

Patios y cancelas.—En la calle de Cantarranas.—Hora de siesta.—A la puerta de un convento.—Una divisa.—Las Delicias por la tarde.— Crepúsculo.—Palmas y cipreses.—A media noche.—Un epigrama de Marcial.—Amores y rejas.



PENAS os veis en una calle de Sevilla todo os parece nuevo y extraño; todo os dice que estáis en una ciudad original, castiza y al mismo tiempo civilizada y próspera, donde la vida es fácil, las costumbres hidalgas, el corazón generoso y el entendimiento vivo.

¿Sabéis lo que es un zaguán? ¿Lo que es una cancela? ¿Sabéis lo que es un patio? No os pregunto la significación material de esas palabras, que si la ignoraseis, el Diccionario os la diría; os pregunto si sabéis lo que son esas cosas en la tierra del sol, en el país querido del cielo y envidiado del mundo. Si lo sabéis, es decir, si habéis estado en Andalucía, tirad mi libro, no paséis adelante.

Comparada a vuestros recuerdos, a la imagen que conserváis en la memoria y quizás en el alma, la descripción que voy a hacer, os parecerá una sombra tibia y descolorida;—dejad mi libro antes que os dé enojos lo atrevido de la pluma, o lástima lo desgraciado del desempeño.

En el fondo de un portal o ingreso, vestido todo de mármoles bruñidos, de cuyo techo pende una graciosa lámpara, se abre dentro de un elegante medio punto o una airosa ojiva, una reja labrada, cuyos espaciosos ramajes dejan franco y desahogado paso a la luz y a la mirada.

Estos hierros son la cancela: más allá está el patio. ¡Cómo describir el patio! Figuraos unas ligeras columnas de mármol blanco que corren por los cuatro lados, sosteniendo sobre arcos de herradura, reminiscencia árabe, otra galería semejante; figuraos, si es de día, una luz tibia, amortiguada por el toldo de lona tendido arriba, y entre macetas verdes, rosales y laureolas, entre las anchas hojas del plátano tropical, un hilo de agua viva que salta en su redonda pila, centelleando entre el follaje y meciendo con su rumor las flores; figuraos aromas, murmullos, colores, languidez, amor, poesía, y en ese ambiente mágico, en esa atmósfera suave, templada, enervadora, la blanca muselina de una falda con sus crujidos palpitantes si se mueve, con sus anchos pliegues fascinadores si reposa.

Todo cuanto habéis soñado de apariciones en los bosques, bajo el oscuro dosel de la selva en las sedientas horas del día, a la margen de un arroyo, entre juncos y espadañas; todo cuanto habéis imaginado de auras cariñosas y quejidos melancólicos de agua, y arrullos de tórtolas, y vuelos sordos de pájaros, y juegos de luz, y armonías de la campiña, no iguala al mágico encanto de los patios vistos a través de la hospitalaria cancela.

¡Os choca ese epíteto aplicado a unos hierros que cierran una puerta! Es que aquellos hierros no tienen en sí nada de cuanto indica la separación y aislamiento, los recelos, la desconfianza, sino todo lo contrario; parecen estar puestos allí

por adorno, por belleza; para dar al pasajero curiosidad y deseo de entrar. Porque sabido es que, si una puerta abierta nada dice, una puerta cerrada tienta la curiosidad, y si la puerta está entreabierta, como mostrando a la vez y escondiendo lo que guarda, entonces la tentación de entrar por ella es irresistible.

Luego, esos hierros están labrados de manera que a través de ellos pasan con desahogo la vista y el oído; muchas veces, en la media luz de la siesta, no se sabe que exísten, hasta que llega la mano a estrellarse en ellos.

Y si llamáis a ella con el bastón del peregrino, con los ojos investigadores del viajero, luego gira sobre sus goznes y os deja franco paso.

Un día, bien me acuerdo, era en la calle de Cantarranas, pasábamos y nos detuvimos a examinar desde fuera un hermoso patio; en el fondo se abría una galería misteriosa, y al extremo de ella, sobre el verde oscuro de los arrayanes y laureles, blanqueaban las silenciosas estatuas del jardín; la luz aromosa y templada del patio, la sombra tranquila de la galería, y allá en lo último la ardiente claridad del día, pródigamente derramada, formaban una decoración llena de hermosura y fantasía.

Por las rejas bajas que daban a la calle salía rumor alegre de conversación; luego se asomaron dos lindas niñas; vieron nuestra curiosidad, que les causó risa; miraron adentro, salió un joven, y hablaron los tres en voz baja. A poco rato las niñas cruzaron el patio ligeras como dos apariciones, nos miraron de nuevo y tornaron a reirse. Nosotros, ya dentro del zaguán, admirábamos los detalles de la casa, aunque ya nuestros ojos, ojos de hombre antes que de viajero, andaban distraídos y seguían con el pensamiento las vagas apariciones allá por los jardines y galerías, cuando salió el joven, y abriendo la cancela, con razones corteses nos convidó a entrar si queríamos con más espacio y comodidad visitar la casa.

¡Oh, Sevilla hospitalaria! ¡Oh, España, tierra de la cortesía

y la franqueza! ¿En qué país del mundo sucede esto? ¿Dónde se abren así las puertas al viajero y se le ofrece de tan gentil manera descanso y hospitalidad?

¿Y cómo el vagabundo peregrino, cuyo espíritu quizás abruman las tristezas de la vida, no ha de sentirse consolado y amar a una ciudad que al siguiente día de su llegada se le muestra tan afable y cariñosa?

Sobre la puerta Camullia de Siena, lee el viajero esta inscripción halagüeña y sentida:

COR TIBI, SENA PANDIT

Siena te abre su corazón. Esta inscripción debía estar en todas las puertas de Sevilla.

Yo estaba entusiasmado con Sevilla, y no me daba treguas en referir aquel suceso, en encarecer tan bello detalle de costumbres. Un ingeniero inglés, de larga estancia en Andalucía, me oyó, y entre irónico y sorprendido dijo que a pesar de sus años de residencia en varios lugares de España, nunca le había sucedido cosa semejante.

—Precisamente por eso, porque ha tomado usted aire de vecindad y no han visto en usted trazas de forastero, nadie se ha creído autorizado a hacerle tales ofrecimientos, le contestó no sé quién de la reunión.

Ignoro lo que el inglés dispuso o cómo se manejó, pero dos días después vino a buscarnos, y rebosándole el gozo por todos los poros, trémulo de contento y de entusiasmo, nos decía en su sintaxis híbrida:

—Mira, mira, ya me ha pasado lo que a usted.

Las graciosas niñas de la calle de Cantarranas habrán olvidado el suceso; ¡tantos serán los que se detengan a contemplar las rejas y su patio; y tantos los que con fortuna igual a la mía, hayan olvidado la morada por las moradoras! Aun cuando estas hojas llegasen a sus manos, imposible ha de ser-

les adivinar quién las escribe; sabrán, sin embargo, que no es un desagradecido.

Entonces era todavía primavera, los patios tenían sus flores, el incesante murmullo de su fuente, la espléndida limpieza, el brillo sus mármoles y columnas; pero aún estaban deshabitados, no eran más que un tránsito del portal a la escalera.

En viniendo la estación calorosa, son la vivienda de la familia: y ¿os figuráis lo que es aquella decoración animada por la presencia de la mujer, por la alegría de la doncella, por los luegos y alboroto de los niños? ¡Y de noche! cuando antes de las horas del reposo, cesan las faenas del día, y renace la conversación, y a los trabajos útiles suceden los de placer, y en aquella tibia atmósfera empapada de aromas, pues libres del calor del día las flores respiran y exhalan más penetrantes y enérgicos aromas, oís una voz femenina, que parece un gorjeo en el sonido, y es acaso un arrullo en las palabras.

Esa música, el canto, el baile, la conversación llena de sales y de intención del genio sevillano ocupan las tertulias; pasáis por la calle, y los rayos de luz que salen por las cancelas se cruzan de una acera a otra; y envueltas en esa luz salen las notas del piano, y las risas, y la algazara, y las palabras, y el vívido rumor de la fiesta y la alegría.

Esa vida nocturna, al aire libre, a vista de todo el mundo, vida franca, espontánea y culta, elegante, civilizada al mismo tiempo, ¡qué hechizo para el extranjero!

La hora, entonces, de verdadero reposo, de verdadero silencio en Sevilla es el mediodía, mas a esta hora tiene la ciudad otra fisonomía poética también. Tienen razón los escritores extranjeros que comparan las calles de una ciudad del Mediodía de España en la hora de la siesta al claustro de un monasterio. La misma paz, el mismo reposo, igual rumor apacible de hojas y soñoliento quejido de aguas. Son las únicas voces que animan la soledad; ni acento humano, ni pío de pájaro, ni zumbido de insecto, ni estrépito de taller, ni ruido doméstico alguno se oyen, todo duerme o descansa.

Esos cuadros de ardiente fondo, de poéticos detalles, graban hondamente en el alma el carácter local de los pueblos, pero es preciso no buscarlos, el acaso los muestra cuando se vaga sin objeto y con el pensamiento distraído.

Hay centros populosos en las ciudades que son su corazón: donde no cesa el movimiento de la vida, mientras hay vida.

Lejos de ese centro, allá en la parte baja de Sevilla, cerca de la muralla, está la Alameda de Hércules; tuvo su fama y fué lugar de fiestas y bullicio en el siglo XVII. De entonces conserva las veladas de San Juan y San Pedro, que se celebran en ella: fuera de estas ocasiones es sitio abandonado y solo; las viejas columnas que el tiempo roe y desmorona, los caducos troncos de macilentos olmos, los bancos ruinosos, todo allí respira decrepitud y abandono.

Yo iba a menudo, porque tengo afición extremada a la compañía y conversación de los viejos, y si un árbol centenario no es elocuente, no hay en la naturaleza objeto que lo sea.

Desde allí subía en una ocasión hacia San Juan de la Palma, en cuyo muro hay la curiosidad de una inscripción árabe que recuerda la consagración de un templo cristiano. Aquellos barrios son solitarios; la hierba crece entre las piedras, y a la sombra los musgos festonean las junturas de las losas; la hora los hacía desiertos, era día de ardiente calor, *llovía fuego* del cielo, y la reverberación de las paredes encaladas lo esparcía en el aire, e inflamaba el ambiente. Nada alentaba, nada se movía, los pájaros mismos no volaban y yacían escondidos en los árboles o bajo los aleros.

Entre las tapias de dos conventos, cuajadas de dobles y espesas rejas, se abre una calle: había sombra en ella y la seguí. Mi pensamiento entonces, abandonado del entusiasmo, rastreaba triste y perezoso la tierra, tropezaba al paso en guijas y abrojos; no sé si eran heridas nuevas, o que se abrían las antiguas, pero mi alma sentía un dolor agudo. Yo he leído en

alguna parte este consejo de un anciano a los que están aún le jos de serlo: «Cuidad mucho del primer tercio de la vida, porque de él han de vivir los otros». Es cierto, en aquellos años se engendra el sentimiento que ha de dominar los sucesivos: remordimiento, pesar, desengaño o paz, ternura, caridad; así en la edad madura de los hombres virtuosos, distinguís cuál lo ha sido siempre, y cuál es sólo arrepentido; de dos tristes, quién debe su tristeza a las propias pasiones, quién al infortunio.

Cuando en esos primeros años no se han tenido energía y valor suficientes para regir las inclinaciones naturales, dar un objeto a la vida, abrirse paso, y proporcionarse un lugar entre sus semejantes, entonces llena el corazón hez de amargura y hastío; un sentimiento injusto ofusca la razón, y echando sobre los demás hombres la culpa propia, se los odia por ella. ¡Oh qué lúgubre tristeza abruma entonces el alma! ¡qué lenta y perezosa parece la vida sin estímulo ni encanto! ¡Adónde volverá los ojos, el triste, cuyo único remedio sería el imposible de huirse a sí mismo!

¡Qué dolores tan grandes tiene la existencia!

Pasé frente a la puerta del convento de Dueñas; estaba cerrada, pero se oía la voz de las religiosas que cantaban vísperas: el coro llegaba fuera confuso, no se distinguían las palabras, pero su armonía lejana vibraba melodiosa y pura: esos cantos nacidos en la tierra, hablan del cielo. ¿Por quién oraban las consagradas vírgenes? no por ellas, que viven vida de penitencia y de sacrificio. Oraban por tantos hombres que no tienen tiempo de orar; por tantos hombres empeñados en la lucha del mundo, solos en ella con sus pasiones y sus intereses y que buscando su bien entre las criaturas, no se acuerdan de levantar a Dios los ojos. El día que la muerte haya extinguido una por una las voces del piadoso coro, ¡quién rezará por ellos!

La ardiente fatiga del calor doblaba mi frente, pero los cánticos sagrados consolaban mi corazón: tendí mis ojos más

serenos por la solitaria calle: enfrente, sobre la puerta de un antiguo palacio resplandecía al sol este lema:

TU IN EA ET EGO PRO EA

Me pareció que una mano misteriosa lo había escrito en el aire, que una voz sobrenatural lo murmuraba a mi oído: «*Tú estás en la falange de los que pelean, y yo protejo y amparo a esa falange.*» «*Tu in ea, et ego pro ea.*»

Parecía que una brisa suave corría en torno mío y mitigaba los ardientes rigores del árido verano. ¡Bendita Providencia, esa que ha dado al hombre en su imaginación el remedio contra la llaga!

En Sevilla, donde la vida es tan española, el paseo ha de ser muy concurrido: ese hábito sociable nuestro de reunirse todos en un mismo lugar, tiene en las orillas del Guadalquivir hermosísimo teatro.

Ya describí el paseo de las Delicias: dije su disposición y perspectiva, el número de sus árboles y flores, que el pintar su lozanía, su frescura en la mañana, su plácida melancolía por la tarde, es tarea para más hábiles pintores.

¡Oh! ¡haber estado en Andalucía, y no haber aprendido a copiar la luz, el color y la vida!

Dejemos la bulliciosa alameda donde ruedan los carruajes, donde trotan copiando la usanza inglesa algunos jinetes olvidados de su natural prosapia y bizarría, donde arrastran por el polvo las crujientes colas, donde los pollos calaverean, y se cruzan señas y se cambian ojeadas, y anda una telegrafía por alto que arrastra a los mancebos y rejuvenece a los ancianos.

Apartémonos de la alegría y del ruido, busquemos la soledad. A lo largo del río corre una alameda de moreras: la brisa vespertina que viene jugando sobre la haz de las aguas, sube hasta sus hojas y las hace suspirar y estremecerse. El sol cae; allá por los altos de Castilleja, sobre los montes que van a Extremadura reposan amontonadas masas de nubes: la luz

las rasga y divide, y sobre el rojo y encendido horizonte se destacan sus fantásticos contornos: ya semejan populosas ciudades, ya vastas arboledas; tan pronto montañas escabrosas, tan pronto gigantescos monumentos. Su forma cambia con variedad prodigiosa. Un grupo parece ahora un paisaje, un valle, un río, un árbol y una ruina; y un momento después se transforma en un monstruo fabuloso; sus alas inmóviles se abren en el espacio y alza la corpulenta cabeza como si amenazara al cielo, mientras las rocas de su cola arrastran sobre la cumbre de la colina. Una ráfaga de luz se desliza bajo el monstruo y lo separa de la tierra; su mole rígida se va elevando lentamente en los aires: vacila, se estremece, despréndensele las alas, la cabeza cambia de aspecto, sus restos van disolviéndose poco a poco, el último parece apenas una ave de largo vuelo que va alejándose y desaparece en el horizonte.

Las aguas del río reflejan los colores del cielo; el ópalo y el nácar, el dorado topacio y el rubí encendido esparcen sobre ellas sus tintas y cambiantes que van fundiéndose en el limpio azul de la primera noche. Triana y sus edificios se destacan en masas oscuras: el último rayo de luz atravesando los arcos del campanario de Santa Ana, le hace semejar un faro encendido.

Más cerca los cipreses de los Remedios alzan su línea de agujas inmóviles y negras, y la gallarda palma ondea como si suscitando más placenteras ideas, quisiera templar la tristeza del árbol funeral. El ciprés es la muerte implacable, solemne, o la aspiración ascética, rigorosa; la palma cariñosa llama al fatigado, y le ofrece su sombra y su frescura, es un símbolo más humano, y sobre la tumba fría e inexorable se levanta como la gloria que sobrevive.

¡Aquella palma de los Remedios hace soñar, despierta ideas de consuelo y de esperanza! Yo no sé qué resignación se desprende de sus hojas que parece decir al triste: «anda tu árido y penoso camino sin detenerte, al fin del desierto tiendo yo mis brazos pródigos de sosiego y de ternura: en el arenal

más abrasado, en el páramo más yermo, crezco yo siempre y vivo para refugio y alivio del caminante: mi frondoso pabellón le abriga, mis frutos sacian su hambre, mi savia calma su sed: alienta y camina, son largos tus días, amargas y sin sueño tus noches, pero sufre y confía; no hay senda, por desolada y miserable que parezca, a cuya orilla, más cerca o más lejos, no haya hecho brotar la Providencia el generoso tronco de una palma.»

¡Oh, poesía, poesía! ¡por qué eres tan esquiva y avara de tus dones! Aquel que te ha visto pasar en los sueños de la fantasía, y creyó sentir en su frente la impresión suave de tu labio cariñoso, desmaya y queda humillado, cuando al buscar voz y acento para decir lo que su mente brota, ni acento ni voz encuentra.

Sevilla es una capital de reino. Tiene su paseo diario, no dominguero; tiene su hermoso teatro de San Fernando, concurrido siempre de damas *muy vestidas;* y una sociedad filarmónica, donde lucen su talento notables aficionados, y se reune la colección más numerosa de lindas muchachas que puede verse. Desgraciadamente, el local tiene mala disposición; el forastero, falto de la audacia y relaciones suficientes para avanzar entre las líneas paralelas de sillas hollando trajes y ajando tules, tiene que permanecer al extremo del salón, desde donde tiene que adivinar las bellezas por el primor del tocado, la pompa del moño y la gracia de los movimientos. Pero hay observadores para todo; un amigo mío, saliendo del concierto una noche, hacía el cuadro más acabado y la descripción más minuciosa de los cuellos y espaldas de las bellas sevillanas.

Después de media noche es la hora de las citas; el enamorado, si no es tibio, llega al pie de la reja, antes de que se abran los postigos de ella; lleva flores que entrega a su amada, esas flores lucirán todo el siguiente día en sus cabellos; con ella irán a paseo, al teatro o a la tertulia, oirán todas sus palabras, verán todas sus acciones; ¡quién sabe si no penetrarán hasta

sus pensamientos! y a la noche siguiente volverán llenas de recuerdos, aunque ya marchitas, a manos del galán, que en cambio traerá otras nuevas. ¡Hay nada más poético que este papel de las flores en las relaciones amorosas!

¿De dónde viene esa costumbre? ¿Quién fué el primero que la usó? ¡Oh, sin duda el primero que amó en esa tierra bendita de las flores y la poesía!

Entre los epigramas del español Marcial, hay uno que dice:

Intactas, quare mittis mihi, Polla, coronas?
A te vexatas malo tenere rosas.

«¿Por qué me envías guirnaldas incólumes y frescas? Yo prefiero recibir de tu mano rosas por ti marchitas.» ¿No parece aludir a una costumbre semejante? Hablad a un amante de una rosa marchitada sobre el seno o en la cabeza de su amada: ¿qué tesoro vale para él esa flor querida?

Las rejas de Sevilla no oyen a deshora el ruido de cuchilladas; ni al rayar la aurora llega la justicia a descubrir al pie de ellas una espada rota o un ferreruelo ensangrentado; ya no hay embozados que guarden la calle, ni calaveras que *cobren el piso*, pero aunque despojado por los nuevos usos de tales accidentes, el drama que los causaba subsiste todavía. ¡El amor es eterno! Si las piedras y los hierros hablasen, tantas cosas pudieran contar ahora como en los siglos más celebrados de la galantería.

Una vez sabida esta costumbre, las rejas toman un interés extraño y nuevo, y al pasar cerca de ellas se piensa involuntariamente en lo que habrán visto y oído.

¡Para cuántos habrán sido manantial de esperanzas, origen de vida y de ventura, y para cuántos abismo de desesperación y de desgracia; cuántos habrán maldecido el sol importuno que abreviaba las horas de su felicidad, alejándose de aquellos hierros; cuántos habrán caído al pie de ellos heridos, muertos por un desdén, por una palabra de rigor, que destruye todo lo

que en el mundo les sostenía, y les cierra el porvenir o se lo cambia en uno de perpetua amargura!

Del pie de una reja han partido muchos para la gloria, para la fortuna; otros para el claustro, para la oscuridad, para el sepulcro.

Y dentro de ellas, ¡cuántas penas también y cuántas lágrimas, qué de combates entre la voluntad de un padre y la del corazón, entre la duda y la confianza! Y ¡qué largas horas de esperar en vano, y qué breves momentos de cariño mútuo, igual, sereno y sin tormentos!

En el rincón de una plaza, hay una reja alta; los labios del galán alcanzarían apenas a besar el pie de una dama puesta en ella. La luz de los reverberos, amortiguada por las hojas de los árboles que los envuelven, llega apenas a ella con sus vislumbres fugaces; sombra y silencio, las armonías de la noche envuelven el misterioso lugar, y entre los hierros verdes aparece un vestido blanco; ¿es sombra o vapor, aparición o criatura humana?

¡O el hielo de los años entumece vuestro corazón, o no habéis sentido nunca en la sangre el sol de la patria de Macías y Marcilla, si esa visión no hace latir vuestro pecho y os torna por un instante a las ilusiones, a los dulces anhelos de los veinte años!





X

Extramuros.—Triana y San Bernardo.—La casa del Cúchares. Paisaje, *efecto de tempestad.* Castilleja de la Cuesta.—Hernán-Cortés.—San Isidoro del Campo.—Guzmán el Bueno.—Santiponce.— ¡Itálica! — Un guarda humanista.— Restauraciones.



NA mañana después del alba salimos en coche por la puerta de Triana; nuestro objeto eran las ruinas de Itálica.

Atravesamos el puente y el barrio de aquel nombre. La fisonomía de estos lugares, que ofrecí describir, no tendría novedad para el lector que me haya seguido a la Feria. Los mismos tipos, la misma animación, en menor escala, y sin los incidentes propios de aquel suceso.

Triana y San Bernardo son los dos barrios característicos de Sevilla. En el primero viven los gitanos, en el segundo los toreros.

No son aquéllos, sin embargo, tan numerosos que impriman su sello especial a la población; ellos y sus industrias están esparcidos, diseminados en la masa del pueblo.

Triana se parece a todos los barrios populares españoles; es lo que la calle de Toledo en Madrid, lo que el Potro en Córdoba, posadas y mesones, paradero de ordinarios y mensajerías, tiendas y artefactos, que más directamente se refieren a las profesiones del trajinante y carromatero.

No son, sin embargo, allí las bellas artes desconocidas; calles enteras hay de escultores en barro. Allí se confeccionan esas imágenes de santos de macizo basamento y corona de plomo que adornan las rinconeras de las casas humildes, y que puestas en anchas mesas a la puerta de las iglesias, se ofrecen a la devoción del pueblo en las fiestas de los santos titulares. De allí vienen a la plaza de Santa Cruz, al acercarse Navidad, los pavos y ovejas con piernas de alambre, y los reyes magos de larga y pomposa pluma clavada en el cráneo.

San Bernardo está al mediodía de la ciudad, cerca del campo de la Feria. Su quietud y silencio contrastan con el ruido y movimiento de Triana. Allí, y en la calle del Santo Rey, si recuerdo bien, tiene su casa el célebre Cúchares.

Yo estuve en ella; tras de la cancela, cuyos hierros tienen la cifra del famoso espada, sesteaba un vaquero de sajones y polainas de cuero; en ambos testeros del patio, dos enormes cabezas de toros, que fueron retinto el uno y canelo el otro, enarbolan dos formidables pares de *velas*. El interior de la casa puede describirse con dos palabras que resumen todo interior andaluz: *limpieza* y *flores*.

El maestro se disponía a tomar el tren para venir a la corte. Con esto la visita no pudo ser larga, ni la conversación nutrida.

Cercana está la fundición de cañones, y un poco más apartada la fábrica de cápsulas y artificios de pirotecnia, dos establecimientos de primer orden que honran a la artillería española; el noble cuerpo añade hoy a su antigua fama militar una reputación científica brillante.

Pero sigamos nuestra jornada.

Seguimos un rato la carretera de Extremadura, llegando al pie de la larga loma, en cuyos dos extremos están Santi-Ponce y Aznalfarache, dejamos el camino a la derecha y tomamos el de Huelva, que en torcido lazo trepa a la altura. Desde la cumbre se descubre el vasto panorama de la llanura donde está Sevilla.

Los vapores de la mañana empañaban la atmósfera, y allá por los alcores de Carmona avanzaba un recio nublado. A trechos asomaba el sol por los desgarrones de las nubes, y los claros vigorosos de su luz ardiente hacían más lóbrega la sombra que daba siniestro color a algunos trozos del paisaje.

El caserío de Sevilla desaparecía en la niebla; airosa y solitaria levantaba su gallardo cuerpo la Giralda, como una señal, un guía en el revuelto mar de vapores que envolvía su base. A nuestra izquierda veíamos la Algaba envuelta en vaporosa oscuridad, símbolo de su triste suerte sujeta siempre al terrible azar de las inundaciones, lúgubre presagio de un porvenir funesto, y en la orilla del Guadalquivir el monasterio de San Jerónimo, acogido como temeroso a la sombra de su pomposo bosque de abedules. Más cerca el pueblecillo de Camas esparce sus casitas blancas sobre el verde vigoroso de sus huertas y prados, y la fábrica famosa de la Cartuja muestra sus altas chimeneas cónicas, que recuerdan el sepulcro etrusco de los Horacios o la tumba de Porsena.

A la derecha serpentea el río; los árboles de las Delicias se distinguían confusamente en la ribera, y la inmensa llanura de Tablada, cortada en fajas de luz y de sombra, ofrecía el aspecto fantástico de un paisaje cuyos árboles y edificios flotaban suspendidos en el aire.

El nublado avanzaba cambiando formas a cada instante; precedíanle algunas nubecillas sueltas que, corriendo de Este a Oeste, pasaban sobre nuestras cabezas dejando caer gruesas gotas de agua.

Pero el nublado fué cortés. Como esos jinetes del desierto,

que en son de guerra se adelantan solos, y escaramuceando sobre sus ágiles corceles, los vuelven y revuelven, lucen su gentileza y gallardía, y cuando parece que van a embestir tuercen la rienda y desaparecen en la llanura a un galope desesperado, rápidos como una exhalación; así él después de hacernos admirar su riqueza de colores y figuras, sus gigantescas proporciones, y de hacernos oir la ronca voz de la tempestad escondida en su lóbrego seno, torció el camino y, empujado por una recia corriente de aire, fué a descargar hacia el Noroeste. Allá sobre los montes que van a Mérida veíamos poco después las irisadas columnas de agua que parecían sostener, apoyadas en las cumbres, la ponderosa masa de sus tenebrosos vapores.

Ibamos a Castilleja de la Cuesta, así llamada por la que acabamos de subir: en un recodo del camino hay un antiguo marabout, convertido en ermita; dentro del rectángulo de la planta se alza la bóveda hemisférica cuya blancura mate se destaca sobre el verde oscuro de los nopales y áloes que la cercan y las higueras que la sombrean; es un trozo de paisaje oriental; se llama Nuestra Señora de Guía.

A Castilleja nos llevaba una peregrinación piadosa.

Hubo en la primera mitad del siglo XVI un español, un extremeño, hijo de Medellín, de tan gigante corazón, que a la cabeza de seiscientos soldados, invadió, conquistó y redujo a vasallaje y obediencia un imperio vasto, poderoso, organizado, y cuya existencia venía de tiempos adonde no alcanzaba la tradición ni la memoria de los hombres.

La hazaña era tal, que en aquella época de hazañas asombró a todos menos a los que la emprendieron y acabaron.

El intrépido caudillo había visto un día vacilar a algunos de sus compañeros; los multiplicados combates, las privaciones y enfermedades, el número prodigioso y renaciente de enemigos, los peligros y asechanzas que crecían y los estrechaban cada día, la distancia y los recuerdos de la patria, llegaron a minar algunos de aquellos férreos corazones; para templarlos de nue-

vo, para hacerles recobrar su entereza y resolución era preciso asombrarlos, herirlos con un rasgo de osadía y de firmeza, con una muestra de confianza en el propio valor y de voluntad decidida de no retroceder, con un hecho inesperado, nuevo, más grande que cuanto pudiesen imaginar hombres a quienes era familiar todo lo grande y prodigioso de la guerra.

Llamólos, pues; los convocó en la playa, y recordándoles su nombre de españoles y mostrándoles su bandera, les propuso, para que el pensamiento de la patria y el deseo de tornar a ella no les aguijasen más y entibiasen su ardor antes de acabar la empresa, romper todo vínculo que con ella les ligase, destruir todo cuanto podía entretener y alimentar en sus ánimos aquella esperanza y aquella idea, ¡quemar las naves!, su postrer recurso, su amparo único en un día de derrota.

Eran aquella voz y aquel pensamiento bronce que hería sobre sonoro bronce, y el metal herido respondía acorde, unánime y vigoroso al golpe. La voz de los héroes respondió heroica, entera, a la del capitán magnánimo, y siguiendo su ejemplo, asiendo de teas encendidas, pusieron fuego a los bajeles.

Aquel incendio, dice un historiador, arderá por siglos, siendo eterna pira que alumbre la gloria de los incendiarios.

¡Oh, cómo latiría de orgullo el corazón de la vieja España al relato del inaudito, sin ejemplar suceso!

¡Raza generosa! ¿Dónde quedaron tus semillas? ¿Barridas por el viento fueron como las de muchas plantas a extinguirse infecundas en áridos peñascos, o aniquiladas, consumidas por el aire y el sol de extraños climas, perdieron lentamente su esencia vigorosa y exquisita?

El episodio fué digno del poema.

Pues cuando ese caudillo, vasallo leal, tan leal como esforzado, vino a ofrecer a su soberano aquel imperio ganado por su inteligencia y su bravura, el soberano no pensó que quien así sabía conquistar sabría conservar de igual manera. Fió, a mejor juicio sin duda, el gobierno de sus nuevos Estados, y la conquista de Hernán-Cortés fué trofeo de ajenas manos.

Este desaire y otros que le sucedieron, suscitados por la envídia y los celos, emponzoñaron el alma del soldado. Huyó de la corte, se alejó de los hombres. Quiso morir tranquilo; buscó el hogar de un amigo y lo encontró en Castilleja.

Sobre la carretera misma, a la izquierda de ella, está la casa donde vivió sus últimos días.

Adquirida por el señor duque de Motpensier, este ilustrado príncipe ordenó restaurarla al gusto morisco, conservando la parte existente, que fué habitada por el héroe. El busto de éste y una inscripción sobre la fachada y puerta principal, cuentan al pasajero la historia y recuerdos del edificio.

Nosotros entramos en los jardines que están a la espalda, previo permiso de la mujer del guarda o celador del sitio. Fuimos a la casa; carpinteros y albañiles estaban en su faena; hubiéramos querido saber cuál era la vivienda auténtica de Cortés, saludar, si aún existe, el cuarto modesto donde rindió a Dios su alma valerosa; pero no hallamos quien pudiera satisfacer nuestra curiosidad.

Advertimos unas columnas de mármol rosa, maltratadas por el tiempo, erigidas sobre un plinto de viejísimos ladrillos; un rosal silvestre trepa por sus fustes, y corriendo por modernas barras de hierro tendidas desde los capiteles al muro de la casa forma un lindo cenador o pórtico rústico.

Aquellas columnas vieron quizás al conquistador de Méjico; tal vez descansó a su sombra y apoyó en su fuste la frente cansada; acaso allí, después de haber tendido los ojos por el torcido curso del Guadalquivir, que le había llevado a la fama y a la inmortalidad, recordando los días esplendorosos de su vida y comparándolos con su oscuridad y olvido presentes, sintió la vanidad de las cosas humanas y pensó amargamente con el italiano Bussi: *Gloria, che se'tu mai?... flagel della superbia umana.*

Volvimos a bajar la cuesta de Castilleja y a tomar el camino de Extremadura: la tormenta había pasado, pero el cielo con-

tinuaba nebuloso y triste: ¿quería lisonjear las dolientes memorias que nuestro pensamiento revolvía?

¡Qué vano es el hombre! Atomo de la creación, imagina siempre que la creación le atiende y obedece, que con él se entristece y se regocija, como si su dolor y su alegría, y su existencia misma significasen algo en el gran movimiento universal. En un día de batalla que trae consigo tanto duelo, tantas lágrimas y ruina, el sol brilla magnífico en toda la pompa de su majestad soberana: en esos campos de matanza, calientes todavía con la sangre recién derramada, se ve retoñar alegre la hierba y los tronchados árboles, se oyen enjambres de insectos zumbar entre el heno florido, y los pájaros gorjean construyendo nidos en el ramaje.

Pero el hombre es un niño; para que no desmayase en los umbrales de la vida, para hacerle llegar animoso hasta el término de su peregrinación difícil le dió la Providencia el fantasma de la gloria y aliento generoso para seguirle y alcanzarle; ¿de qué serviría el germen de las grandes acciones si no tuviese el alma la confianza de que por sí propia puede hacerle fecundo? Los hombres que han creído en sí mismos son los que han dominado a sus semejantes en todos los tiempos y todos los países. ¿De qué han servido jamás los escépticos?

No hago la apología del orgullo. El orgullo es a la vez látigo que impulsa y venda que cubre los ojos: el término adonde lleva no es dudoso. Todos mis lectores penetran el sentido de mis palabras y el alcance que mi voluntad quiere darlas.

En el alma del viajero se suceden, como los aspectos del paisaje, los sentimientos y las ideas. Si ha de ser leal debe referirlos todos, pero su condición le veda explicarlos; ni tiene tiempo ni espacio; las impresiones sobrevienen, y cada una de ellas enmaraña y borra la precedente.

Los libros tienen por objeto desenvolver teorías o sistemas, las relaciones de viaje narrar. Sigo, pues, la mía.

Enfrente de nosotros se levantaban las torres de San Isidoro del Campo y su almenado puro. Fundó este monasterio don

Alonso Pérez de Guzmán el Bueno; ¡otro nombre gigantesco de los anales castellanos!

Los que califican su acción de feroz y bárbara, atribuyéndola a dureza e insensibilidad, olvidan o ignoran que antes de llevarla a cabo había merecido aquel varón egregio de sus contemporáneos el nombre de *Bueno.* Sancho el Bravo, en la carta llena de corazón, que le escribió después del heroico sacrificio, le confirma tan glorioso apellido para sí y sus descendientes: éstos fueron los señores de Sanlúcar de Barrameda y casa de Medinasidonia. El rey dió a su fundador toda la costa andaluza comprendida entre las embocaduras del Guadalquivir y del Guadalete. ¡Nobilísimo y envidiable origen!

En ese convento, fundado para enterramiento suyo y de su esposa, con aquella largueza y generosidad que le hicieron famoso, yace el ínclito defensor de Tarifa. Doña María Coronel, la fiel y virtuosa, la «digna corona de los Coroneles», cantada por Juan de Mena, aquella cuya castidad celebra la tradición del pueblo, tan alta en esta virtud como lo fué en heroísmo su esposo, yace cerca de él.

¡Pero no se habrán estremecido sus heroicas cenizas, no habrán temblado de indignación sus efigies sobre las marmóreas tumbas, cuando hayan visto el cenobio erigido por su piedad y sus virtudes, reducido a cárcel del vicio y de la infamia! ¡El convento de Santiponce es reclusión de mujeres perdidas! ¡Profanación impía! ¿Habéis querido ultrajar las memorias que allí dormían, habéis querido insultar a la noble y casta matrona y escupir en el rostro al Abraham español? ¡Ah, cobardes! No lo hicierais si bajo su cota latiera el corazón vivo, si aquellas manos que oran a Dios pudieran buscar el pomo de la espada y esgrimirla vengadora y justiciera!

Santi Ponce y el convento están a la derecha, Itálica a la izquierda, el camino serpentea entre ambos.

¡Itálica! ¡Vasto campo de sepulcros! ¡Cementerio de hombres y de monumentos! Las tumbas que encierran los restos humanos yacen dentro de otra tumba inmensa sin inscripción

ni forma, tumba de tierra traída por los vientos y las aguas, amasadas por el tiempo.

Hay un collado desnudo que parece formado de escombros y restos de alfarería como el monte Testacio de Roma; subimos a él; la primera ruina que encontramos es un fuste de columna de hermosísimo mármol gris-azul, medio enterrado y caído en el suelo: en la cumbre excavaciones recientes han descubierto cimientos de construcciones importantes: ¿son termas, un templo o el acrópolis?

Más allá se extienden grandes olivares. Encontramos a trechos en ellos altos conos de tierra, como sepulturas salvajes; en aquel lugar de muertos, todo despierta fúnebres imágenes; aquello, sin embargo, tenía por objeto la vida, la germinación, al revés de lo que su apariencia prometía. Los labradores cubren así de tierra los vástagos recién injertos del olivo para protegerlos sin duda de las violencias de la intemperie; mas para que al mismo tiempo el renuevo tenga aire, luz y pueda respirar, abren a la altura de la yema y en dirección norte un agujero que va del interior del cono a la superficie. Para el forastero el aspecto de aquellos montones de tierra esparcidos unas veces, puestos otras en hileras ordenadas, es original y extraño.

El olivar está sembrado de colosales trozos de argamasa y mampostería romanas, más compactos y duros que si fueran una roca homogénea. Al salir de él se encuentran los vestigios del recinto de la antigua colonia.

Al pie del portillo abierto por los transeuntes mana una agua cristalína, recogida en un pilón de forma antigua; encima hay restos de un arco, parece una *nymphœa,* una de aquellas fuentes como hay en las cercanías de Roma rodeadas de mirtos y laureles, consagradas a alguna divinidad campestre, lugares un tiempo de devoción y culto, después de disolución y deleite.

A pocos pasos de esta fuente, mirando al Norte, se ve una loma que tanto tiene de ruina como de monte; aquello *fué* el anfiteatro.

Rioja ha derramado el encanto de su poesía suave y melancólica sobre aquellos parajes; pero aún tienen ellos mayor melancolía que la canción del poeta. En cambio los describió y retrató con verdad y colorido admirables. Todavía florece allí el amarillo jaramago y el lagarto asoma su cabeza verde por las grietas de los desmoronados muros.

El sol asomaba a intervalos su roja cabellera entre los pabellones de nubes, y una ráfaga de fuego pasaba sobre el suelo haciendo centellear el cuarzo de las piedras rotas: todo callaba, y el monumento dormía en soledad y silencio.

El ladrar de un perro rompió la misteriosa calma que nos rodeaba, a la voz del can acudió un chico, y tras de éste, saliendo de una cabaña edificada en las entrañas de la ruina, el guarda de ésta.

Era un viejo alto y seco, de cuya desguarnecida boca salían las palabras en pedazos. Nosotros queríamos subir desde luego por fuera a la parte más alta para dominar de una vez el sitio y saciar la vista. Su autoridad no lo consintió; y murmurando recias invectivas contra la petulancia y presunción de los viajeros, *que creen saberlo todo, por lo que han oído o leído ahí en un libro cualquiera,* nos guió e hizo entrar por un boquerón abierto en las ruinas.

Salimos a la *arena* misma, al piso del anfiteatro donde lucharon realmente los gladiadores, descubierto en la última excavación; una zanja bastante ancha permite verla, así como una parte del podio, antes sepultado. Sobre la arena, y llenando su cerco entero, se levanta una mole de tierra arcillosa de quince o veinte pies de altura. Bajo esa mole yacía enterrada una tercera parte del monumento: el *podio*, como si dijéramos en nuestros circos modernos la barrera, y la *ima cávea*, el primer tendido.

Los arqueólogos me perdonarán estas equivalencias profanas; yo escribo para gentes que ignoran generalmente las denominaciones técnicas y es obligación mía procurar que todos me comprendan.

Otros dos tendidos se elevaban sobre el primero, y de su lugar tomaban los nombres de *media cavea* y *summa cavea*. Entre unos y otros corrían alrededor anchas galerías o plataformas de comunicación, que era lo llamado por los artistas *præcinctiones,* y coronaba el tercero una espaciosa azotea, sobre la cual se tendía el *velum,* recia lona que en Roma fué de púrpura, la cual, bajando como tienda hasta los pilares erigidos sobre el podio, guarecía a los espectadores del sol y de la lluvia.

El guarda nos condujo por una galería interior *(ambulacrum)* a una espaciosa cámara, situada en la parte meridional de la elipse. En el testero hay una hornacina.

—Ahí, nos dijo, estaba la estatua de César, *el emperador,* aquí venían los *gladiadores,* antes de salir a matarse, y decían *¡Cesar, morituri te salutant!*

¡El guarda sabía latín! El trasladaba a Itálica escenas de la Roma imperial; mas ¿quién sabe si no acierta? Cuando los emperadores se hacían adorar como dioses en la metrópoli, bien podían en las colonias hacer que se tributasen a sus simulacros iguales honores y que en los juegos públicos una estatua tuviese el lugar y reverencia debidos a su persona.

En todo caso, la cita es un rasgo de crítica histórica.

Después, sacando una llave roñosa, abrió dos puertas de madera que ocultan un fresco descubierto en la galería. Representa una figura de mujer con cuatro brazos, vestida de una túnica verde sin mangas; no es creíble que toda la galería estuviese exornada de igual manera, y que el anfiteatro de Itálica excediera en lujo y suntuosidad al de Roma; aquel resto curioso pertenece sin duda a alguno de los innumerables oficios, tiendas y establecimientos de todos géneros que existían en semejantes lugares.

Eran lugares de placer, y los romanos encontraban allí reunido cuanto podía lisonjear y satisfacer su ansia desmedida de deleites, lugares de abominación, donde el vicio hacía gala de procacidad y desenfreno.

La época de los anfiteatros era una época de decadencia moral. No era ya el pueblo romano aquella plebe turbulenta y enérgica que atenta a las cosas del Estado, se congregaba en la plaza pública para oir la voz de los tribunos y deliberar acerca de los negocios públicos: ocioso e indolente, dejaba al cuidado del ejército la elección de emperador, toleraba el señor que los soldados le imponían, y no se cuidaba de que la ambición de un general se abriese camino al trono por el soborno y el asesinato. Sus aspiraciones, sus deseos, su amor a la patria, su ambición de gloria, se compendiaban en la célebre frase de Juvenal: *Panem et circenses.*

Así el cuidado de los emperadores era satisfacer sus gustos, y como pedazos de pan al can hambriento, le arrojaba los tesoros de Roma, devorados por gladiadores, histriones y atletas. De ahí las sumas inmensas empleadas en la construcción de los teatros, circos y anfiteatros. De ahí su magnificencia y hermosura.

El Coliseo enseña mejor la historia de Roma que los libros de Tácito.

De la exornación exterior del de Itálica nada se conoce hoy; la parte descubierta está completamente destruída, y de la disposición del terreno puede conceptuarse que estará lo mismo en todo su circuito.

Subimos a la parte más elevada del informe promontorio. Desde ella se domina el monumento, y se puede apreciar la graciosa elipse de su planta. La gradería del Norte, rota y despedazada como está, tiene una nobleza y hermosura perfectas. No parece edificio, no parece construcción; parece una excavación inmensa hecha en la roca: las gradas, las puertas, el muro del podio parecen tallados en la peña viva. El hormigón, los sillares, los ladrillos, todo ha tomado un color ceniciento uniforme; no se ven junturas ni diferencia de materiales: es una mole compacta de la cual parecen pedazos arrancados los enormes trozos de muro que yacen a distancia derribados en torno de ella.

Desde allí deben mirarlo los poetas y las almas contemplativas. Desde allí debió verlo Rioja, cuando el numen de los pasados tiempos se despertó en su alma y le dictó su noble y armonioso lamento.

Todas las imágenes del *melancólico* vate surgieron en mi memoria, y de la devastada ruina se levantaban las sombras evocadas por su potente genio.

El guarda debió adivinarlo: o sabe por costumbre los sentimientos que agitan el alma de todo el que allí llega; porque su voz cascada y torpe comenzó en solemne tono a recitar la segunda estancia del hermoso poema:

> Este despedazado anfiteatro
> impío honor de los dioses, cuya afrenta
> publica el amarillo jaramago,
> ya reducido a trágico teatro,
> ¡Oh fábula del tiempo! representa
> cuanta fué su grandeza y es su estrago.
> ¿Cómo en el cerco vago
> de su desierta arena
> el gran pueblo no suena?
> ¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
> luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?

Y esta vez, fuese disposición de ánimo, fuese que aquel acento *ruinoso* celebrando ruinas tuviese mayor propiedad y analogía y aumentase su tristeza la tristeza del sitio y la tristeza de los recuerdos, su erudición no nos hizo reir.

Abajo, sobre la masa arcillosa que llena el circo y en su centro, se levanta un fuste de columna de mármol rosáceo, y sobre él están esculpidos los seis primeros versos de la precedente estrofa; monumento e inscripción fúnebres de aquel cadáver de piedra.

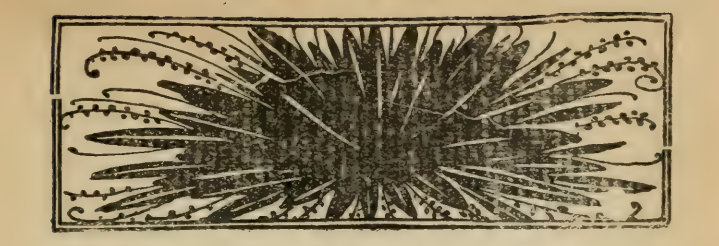
Allí cerca hay un capitel corintio de mármol blanco; si aquella tierra que cubre el piso del anfiteatro se removiese, quizá aparecerían restos importantes. El podio, lugar preferente del anfiteatro, donde tenían asiento los magistrados y caballeros,

y en Roma las vestales, los senadores y la familia imperial, era la parte mejor y más espléndidamente adornada; enriquecíanla estatuas, jarrones, candelabros, balaustres y otros objetos preciosos de arte; ¿muchos de esos despojos, caídos y abandonados en la devastación del monumento, no estarán allí enterrados?

La Academia de la Historia ha publicado una memoria descriptiva del anfiteatro de Itálica, escrita por el arquitecto don Demetrio de los Ríos. Este ilustrado arqueólogo ha medido, estudiado y visto prolija y detalladamente la ruina, cuya restauración acompaña a su memoria.

Director de las excavaciones, a él se debe el descubrimiento de la *arena* y el *podio*. Las aserciones aventuradas, los juicios errados de los anticuarios que antes de él han escrito acerca del mismo asunto, caen y se desvanecen ante el análisis lógico y severo, que de ellos hace fundándose en datos nuevos, escrupulosamente compulsados; y hoy, el curíoso puede de tener una idea clara y exacta, a mi entender, de la forma, proporciones y disposición de aquel célebre monumento.

El celo del señor Ríos y su amor a las artes no se han limitado al estudio del anfiteatro; ha registrado las cercanías, ha inquirido, investigado, y recogido cuanto de la antigua colonia romana existe: y fruto de una perseverancia y laboriosidad poco frecuentes será la importante obra que dicho señor prepara, donde aparecerán la antigua Itálica con sus murallas, plazas, foro, termas, mosaicos y palacios; y la Itálica moderna, pálida sombra de ésa, escombro doloroso, lamentable ruina más de mano de los hombres que de mano del tiempo.



XI

Ultimos recuerdos. La procesión del Corpus y los seises.—Adiós a Sevilla.—Teorías de caminante.—Nocturnos.—Jerez.—Tinieblas y luces.—Auras marinas.



L último pretexto que me detenía en las riberas del Betis eran la fiesta del Corpus y los seises de la Catedral.

La fiesta de la Eucaristía es la fiesta española por excelencia; es un día histórico que hace época en la nación y en la familia; en otro tiempo regía las costumbres así en el Estado como en los individuos. Día de gala, de lujo, de esplendidez, de sol, de flores, verdadera fiesta del corazón y de los ojos. En nuestras instituciones consta la parte que el Estado tomaba para contribuir al mayor esplendor del día: en los recuerdos de nuestros padres la solemnidad y el respeto con que se les festejaba.

¡El día del Corpus! ¿Quién no ha oído contar en su casa los preparativos que le anunciaban? Sacábanse los viejos uniformes, las armas, inútiles ya en tan débiles manos, los encajes, las joyas y veneras; la señora preparaba su rica mantilla blanca, sus brincos y collares de pedrería y algún vestido nuevo, que estrenado en tan alta ocasión, iba luego en ofrenda piadosa a vestir la imagen de la Virgen en el altar preferido de la parroquia, o en la pobre iglesia de la aldea solariega.

Cumplidos los deberes de cristiano, para lo cual se madrugaba más de lo acostumbrado, el tocado y vestido eran la ocupación primera; luego, si la casa estaba en la carrera, se tendían los damascos en los balcones y se preparaba el refresco para los amigos que habían de venir; si no, trocando los empleos, se iba a tomar lugar en el estrado de otra casa conocida, mientras llegaba la procesión. Pasaba ésta y se ponderaba, según tradicional costumbre, su lujo y magnificencia; alguna diferencia de etiqueta sobre si llevó el pendón el corregidor, correspondiéndole al general, y sobre si el presidente de la Chancillería debía o no preceder al consejero de S. M., amenizaban la conversación de los señores; luego en el paseo se lucían las galas y se establecía la competencia de lujo y hermosura.

Sevilla conserva todavía la pompa exterior y bizarra de otros tiempos; los jóvenes aseguran que la ha aumentado, los viejos que la ha empobrecido.

Las Corporaciones, el Municipio, la Diputación, el Gobierno civil, levantan arcos triunfales en varios puntos de la carrera; los particulares compiten en elegancia y visualidad de colgaduras; los mercaderes de calle de Francos subrepujan y eclipsan a todos los demás. Sedas rojas y amarillas con gruesa cordonería y borlas, grandes cortinajes blancos, arañas y candelabros decoran la fachada del célebre comercio de Camino con una ostentación magnífica.

Esas decoraciones se iluminan de noche la víspera, y al paseo nocturno de la carrera afluye la población de Sevilla y de toda su comarca.

La procesión se parece a la de Semana Santa, más suntuosa quizás, más imponente.

Antes de salir, en el trascoro, delante de la Custodia, en medio del clero y las autoridades reunidas, ejecutan los seises su danza. Estos bailes, contra lo que la imaginación supone, no tienen nada de irreverentes; son unas mudanzas lentas y graves hechas con cabal precisión al compás de una música hermosa y de un coro cantado por los mismos seises.

Su traje, a usanza del siglo XVII, consiste en trusa con mangotes sueltos, y gregüesco largo de raso listado blanco y carmesí, media y zapato blancos, gorguera de cañones, sombrero con plumas y ala recogida de un lado y una banda de los coores de la ropa cruzada de izquierda a derecha,

Durante la octava repiten sus mudanzas a vísperas en el presbiterio.

Estas últimas impresiones de Sevilla me bullían en la mente, a tiempo que tomaba el tren para Cádiz, a las seis de la tarde de un domingo.

Mi único compañero era un señor mayor, soltero, indiano. No extrañe el lector la facilidad y el aplomo con que le califico. En todo el camino no hablamos una palabra, y, sin embargo, estoy seguro, sin que dadie me lo haya dicho, que el señor era soltero e indiano.

El matrimonio modifica de tal manera, imprime tal sello al carácter, que el hombre casado, el padre de familia sobre todo, se revelan en cuanto hacen y dicen. Asimismo se revela el célibe, pero las revelaciones son distintas y de distintos efectos.

El célibe tiene ciertos movimientos bruscos y duros, no está acostumbrado a tomar niños en brazos, a tener reclinada en el seno la frente pura de una esposa querida, se precipita a coger el mejor lugar o el mejor bocado, no está acostumbrado a desear lo mejor para otro; se alarma en los riesgos, se enfurece y habla siempre con el *yo* por delante, no está acostumbrado a pensar en los suyos antes que en sí propio. Y si abre el saco de noche o desembanasta la merienda, entonces la última duda

desaparece, y queda el estado del individuo llana y explícitamente declarado. ¿Qué ojos, no siendo ciegos, confunden los paquetes y fiambreras dispuestos con tanto esmero por una esposa o unas hijas, con los envoltorios hechos de prisa por un ayuda de cámara o una patrona?

Ninguno de estos indicios mostró mi compañero, Sin embargo, yo quedé persuadido de su celibato: ¿en qué consisten estas súbitas inspiraciones y la tenacidad con que subsisten? Díganlo los moralistas y fisiólogos, si lo tienen averiguado, que sí lo tendrán. Yo soy un caminante que piensa en alta voz, y cuenta al paso cuánto le inspiran los objetos que ve y las personas que encuentra.

En cuanto a lo de indiano, sin el pisar entre pulido y difícil y el tinte subido de la tez, en el chupar del tabaco se lo hubiera cualquiera conocido.

Fuese efecto de genio o de melancolía, era tan poco locuaz como he indicado. Así me dejaba libertad completa de abandonarme a mis meditaciones, y yo usaba ampliamente de ella.

A ratos me asomaba a las ventanas y veía la Giralda que se levantaba como un brazo colosal para saludarnos y despedirnos.

Es lo primero que se ve de la ciudad al llegar y lo último que deja de verse al partir; por eso la memoria guarda cariñosamente su imagen. Fué primero faro que nos halagó con alegría y esperanzas, después será piedra miliaria, que señale un lugar de predilección en el horizonte querido de nuestro pasado.

En Roma y en Florencia os cuentan siempre historias de viajeros que habiendo venido a pasar una temporada de curiosos, han fijado sus hogares y vivido allí hasta el fin de sus días...

Yo recordé todas esas historias en Sevilla. Historias que si oídas de lejos hacen encoger los hombros, oídas en los lugares mismos parecen tan naturales que ni por casualidad se duda de ellas. Dad a un hijo del norte, triste como su cielo, el cielo

siempre claro y sereno de la Andalucía; poned un espíritu fatigado en esa tierra de la tranquilidad y del reposo; traed un alma hastiada y recelosa a esa vida de concordia, de alegría, de generosidad y de largueza; y ese cielo será su cielo, y esa tierra será su patria, y esa vida será bálsamo de sus dolores, y olvido de sus tristezas, y océano donde se aneguen las sombras negras de su espíritu, para dejarle un ambiente puro en que respirar y un centro pacífico y bueno en que vivir.

Hay hombres que tienen dos patrias; ¿pueden amar a entrambas? Lo ignoro; pero así sucede. Hay hombres que además de la patria natural, la patria de la cuna, tienen la patria del corazón. Unos porque alejados de la primera en hora temprana, permanecieron extraños a ella y dieron ese dulce nombre al rincón del mundo donde los ató el amor o la fortuna; otros porque aquélla fué madrastra para ellos, que también la patria suele serlo, y les negó amparo y les negó cariño, y les obligó a peregrinar en busca de aquellos tesoros tan necesarios al corazón como el aire y la luz al cuerpo; estos desheredados llamaron patria al lugar donde vieron lucir un rayo de luz propicio y coriñoso, donde la fortuna cesó de maltratarlos y dió treguas a su afán.

Yo juzgo desgraciados a semejantes hombres, porque ninguno de ellos puede sentir el placer intenso del cariño reconcentrado en un objeto solo. El amor, para que sea amor, ha de ser único; ese es el amor ardiente que en la ausencia se nutre de memorias, que se alimenta en la contemplación, que vive de sí mismo. La energía de ese amor consume y mata; pero a esta muerte se la ve llegar sin pena; esa muerte es una transformación de la materia y de la materia había prescindido tiempo había el alma, ¡qué le importa su muerte o su vida! Lo primero que se hace indiferente al que abriga esa pasión, esa nostalgia del cielo o de la tierra, es el mecanismo social que le rodea; por eso se aparta de él instintivamente, busca la soledad y el silencio.

Los indiferentes dicen que es melancolía o misticismo; la ciencia con más acierto lo llama *pasión de ánimo*.

¡Dichosos los que sienten la nostalgia del cielo! De ellos está escrito: «Bienaventurados los que lloran»; yo he visto su emblema en un cementerio de Italia; era una ave ciega encadenada sobre una roca, alzada la frente al cielo, abiertas las inútiles alas, con este lema:

DUM SPERO LUCEM

Mi espíritu abusaba de la libertad que su silencioso compañero le otorgaba. Procuré traerle a razón, y así puedo ahora decir algo de esta parte de mi camino y de los lugares por donde pasaba.

Abandoné a Sevilla, la buena, la hospitalaria, títulos que para muchos valen y significan más que los de noble, leal y heroica, de que se envanece con justicia. El tren corría rápidamente; atravesamos el Guadaira de tranquilas aguas. Sobre ellas flotan las anchas ojas de los nenúfares o azucenas de agua; hermosa y poética planta que me trajo a la memoria los arroyos de los montes de Reinosa; allí también florece y al paso de los convoyes, al áspero rugido del vapor y el hierro, se ven los anchos cálices temblar y estremecerse columpiándose sobre las hondas.

Pasamos Dos Hermanas, pueblo de dulce nombre, escondido entre higueras y pinos; sus nopales adquieren una corpulencia tal, que los troncos rugosos parecen gruesas patas de robustos paquidermos.

Luego está Utrera, la de los famosos toros y célebres caballos.

Cabezas de San Juan es célebre en la historia contemporánea. El día 1.º de enero de 1820, un comandante, don Rafael del Riego, con algunas tropas de las que debían formar parte de la expedición a América, proclamó la Constitución, y poco tiempo después el código liberal regía la nación. Las Cortes

de 1821 dieron por esto a la villa título de ciudad; la reacción destruyó aquella obra y quiso ahogarla en sangre; pero el cortado vástago retoñó y aseguró su vida. La villa, sin embargo, no es aun más que villa.

Era de noche, y noche oscurísima; el campo y el cielo se confundían, y en el cenit relumbraban las estrellas infinitas cuando el tren paró y los conductores gritaron: «¡Jerez!»

¡Jerez! ¡mágico nombre! ¡cuántas sensaciones despierta! Hay momentos en que esa palabra sola embriaga; es un conjuro que evoca visiones terribles, ardientes, luminosas, desordenadas; el ruído de la orgía atruena los oídos, el vapor del festín aturde, mezclanse los gritos desacordes y el estridor sonoro de los vídrios rotos; la canción, el gemido, el baile, la blasfemia, voces inarticuladas, sonidos bárbaros rugen y se confunden en el aire, ¡es un capricho fantástico de Goya!

Entonces no podían mis ojos penetrar las tinieblas, la imaginación hacía el gasto, y esa pródiga amontonaba recuerdos sobre recuerdos. Hay muchas memorias de la juventud, que inoportunamente renovadas, parecen los ramilletes marchitos y los despojos ajados y descoloridos de un baile, vistos a la terrible e imparcial luz de la aurora.

Ahuyentémoslas, y evitemos su funesto influjo.

Yo volví después y visité a Jerez de día, a la luz del sol que sazona sus mieses, y hace madurar los racimos de ámbar en sus collados. Nunca he visto un pueblo que se parezca más a una ciudad, ni una ciudad que tenga mayores trazas de pueblo. No pienso con esto herir el amor propio de los jerezanos, puesto que de boca de ellos mismos he oído la confirmación de mi juicio.

Ciudad y ciudad fastuosa y opulenta parece al que penetra en el interior de sus casas, a quien visita los escritorios de sus nombrados comerciantes más ingleses que españoles en hábitos y aspecto, sus casinos en fin y lugares de reunión que exceden en lujo a los de la capital española.

Pueblo, y pueblo agrícola será para el que considere lo

desierto de sus calles, el polvo que se arremolima en unas, la hierba que crece en otras, y el traje y maneras de los escasos transeuntes.

Mozos de granja guiando yuntas, gentes de campo y de labor son casi todos ellos.

Las bodegas de Jerez son monumentales y magníficas; su arquitectura uniforme consiste en altos pilares con arquería de piedra, y sobre ellos una techumbre a dos vertientes: el número de naves varía según la extensión; ordinariamente tienen cinco: a la entrada de la ciudad, yendo de la estación, se levanta una con suntuosa fachada dórica; la puerta se abre encima de una espaciosa gradería; sobre el frontón triangular la estatua del dios Lieo, sentada sobre un tonel, rodeada de pámpanos y racimos y frutos, parece dominar como soberana las bodegas que la rodean, y proteger aquellos lugares consagrados a su gloria y a su culto.

El incienso ofrecido a la poderosa divinidad es el aroma del famoso néctar que trasciende fuera de las paredes y embalsama el aire, aroma rico, aristocrático, distinguido.

Así sucede, según cuentan los viajeros, en Ceylán; al llegar a sus costas, el aire trae el olor ardiente de la canela, y anuncia la cercanía de la isla afortunada, patria del benéfico arbusto.

La exportación de vinos de Jerez es una de las venas más copiosas de la riqueza de Andalucía. Una casa sola, la de González y Dubosc, exporta anualmente seis mil botas, que representan un valor de dos millones de duros.

La visita de las bodegas es tan interesante como peligrosa para quien no tenga la cabeza firme y aguerrida en las lides de la copa y el festín. Acompaña al visitante un escanciador o Ganimedes, que nada tiene de infantil ni de olímpico, pero sí mucho de hábil y diestro: el instrumento de su profesión, la insignia de su oficio; el cetro, que le da aires de soberano y señor en aquellas vastas galerías, donde se pierde la vista en avenidas de toneles encaramados unos encimas de otros, es la *ve-*

nencia. La venencia es un cilindro de plata, de las dimensiones de un vaso de los llamados *cañas,* puesto al cabo de una ballena. Destapado el tonel, Ganimedes sumerge la venencia, y sacándola vierte en una copa su contenido, con un primor y soltura especiales. Las primeras gotas de vino limpian la copa y caen al suelo, las segundas lavan interior y exteriormente los bordes que han de tocar los labios, y el resto queda y se le ofrece al obsequiado con un movimiento de mano y un quiebro de cuerpo, imposibles de explicar.

El manejo de manos en esa operación es digno de estudio; la derecha tiene la copa que voltea con una ligereza extraordinaria para que el licor, derramado sin intervalo por la izquierda, desempeñe las funciones que quedan dichas.

De esta suerte se camina de galería en galería y de tonel en tonel, uno porque es de la cosecha del año 10, otro porque fué y vino a la India, aquél porque es de una viña especial y regalada, éste porque de él bebieron José Bonaparte y Welington, Fox o Nelson, y nótese que casi todos los gloriosos nombres que dan gloria y nombre especial a toneles distinguidos, pertenecen a la Gran Bretaña, cuál porque es un *amontillado* fuera de precio, cuál porque es un moscatel viejo que ya no se vende y se guarda en casa como un antiguo servidor que ya no sirve o un perro viejo que ya no muerde, pero que por cariño pasan sus últimos días ociosos y recogidos bajo el techo de familia; resulta que al cabo de una hora de paseo y probaduras sentís zumbar las palabras y reblandecerse el suelo, y las telarañas de las paredes se os antojan pabellones y las rendijas de los techos estrellas, y sube la temperatura fresca de la bodega, y necesitáis salir y respirar al aire libre, aunque fuera esté más calurosa la atmósfera.

Puerto de Santa María, Puerto Real, pasaron invisibles; yo sondeaba la oscuridad en vano, no podía ver el país que atravesaba; la imaginación, pintor fácil, espontáneo y caprichoso, aunque rara vez leal, se le dibujaba a su manera.

Habían ido entrado otros viajeros en las diferentes estacio-

nes: parecían gentes que habían salido a pasar el día en el campo; la ciudad no debía estar ya lejos.

Mas a pesar de la concurrencia y de venir lleno nuestro coche, la conversación no se animaba. Todos los viajeros teníamos aspecto letárgico y huraño. Los recién llegados debían ser gente ordenada y apacible, laboriosa, de esa que forma la masa útil de los ciudadanos que aprovechan el día feriado para esparcimiento y reposo del trabajo de la semana. Habían madrugado, el ejercicio inusitado del día, la emcción del pequeño viaje, los encuentros con los amigos, todo había contribuído a cansarlos; eran matrimonios o parejas de íntimos amigos, nada tenían que decirse; nosotros no éramos objeto suficiente para estimular su curiosidad, hasta el extremo de entablar un diálogo; nos dejaban, pues, dormitar en nuestros rincones, y se acomodaban lo mejor que podían para imitarnos.

Sabida nuestra poca sociabilidad, creo inútil decir que el indiano y yo tampoco rompíamos el silencio. Sospecho que mi compañero dormia realmente, porque ya no fumaba; en cuanto a mí, confieso que a la sombra de la visera de mi gorra encasquetada hasta las narices, observaba lo que pasaba alrededor.

Y si la hora, la fatiga, el calor hubieran extendido hasta mí su letárgica influencia, pronto la hubiera sacudido.

Ya el aire traía un talismán siempre eficaz y poderoso sobre mi corazón, ya venía sobre sus ondas serenas el olor penetrante del mar. Dicen que el olor de la pólvora inflama la sangre de los soldados viejos; que el olor del heno recién segado enternece hasta el llanto a los hijos de las montañas; el aire de la mar acre, viril, enérgico, salobre, aviva y enardece los sentidos; pecho acostumbrado a respirarle se enerva y hastía en otra átmósfera; por eso los marinos no pueden vivir sino donde las auras marinas llegan.

En ese aire flotan para mí los mejores y más santos recuerdos de la vida. No temáis que con su enumeración os fatigue Había escrito aquí lo que el aire del mar dice a mi alma; el por

qué la estremece y conmueve siempre; pero rasgo la hoja y la reemplazo con estas líneas.

Yo sé cuán fácilmente el alma dolorida se deja llevar a las confidencias, y sé también el dolor que las confidencias traen. El dolor como el cariño pɔsee una esencia íntima y santa, cuyas aras son la reserva y el misterio.

Llegamos a Cádiz a media noche; a dos pasos de la estación las olas bañan las carcomidas piedras del muelle; yo echaba menos la voz lejana, solemne y pavorosa del océano.

Oíanse los ruidos del puerto; voces de marineros, golpear de remos, rechinar de cadenas y crugir de jarcias; en la mar se vela siempre. Aquellos rumores, aquel movimiento, las altas murallas, me recordaban a Génova. Cádiz es, en efecto, en parte Génova menos los palacios, y Génova es Cádiz menos la limpieza.

Los oficiales de maıina que se retiraban de la ciudad iban a embarcarse precedidos de marineros con faroles; entramos por la puerta del mar; los pabellones y colgaduras del Corpus duraban todavía en las calles.





XII

¡Fair Cádiz!—En bahía.—Los Puertos.—Ventorrillos y cantares.—Sobre las murallas, *circumdivagación*.—San Fernando y la Carraca.—Descanso.



I la mitología viviera, nunca mejor que en Cádiz tendría aplicación su encantadora fábula de Venus Aphrodita. La blanca ciudad surge del seno de las olas, resplandeciente de juventud y de hermosura. ¡Juventud perenne que por un privilegio del cielo no pasa ni se marchita!

Ciudad sin ruinas, pueblo sin menesterosos, risueño, afable, nada en él entristece la vista, nada oprime el corazón. El peregrino al verle, como el árabe del desierto en el oasis, siente el deseo de plantar su tienda y esperar allí el ocaso de sus días.

Pródigo de alegría, de vida, de salud, de colores y de rayos, remontaba su curso el sol de la mañana; una barca se mecía sobre las ondas al pie del muelle; salté en ella, el marinero izó la vela y corrimos *a un largo*, saltando sobre la marejada. La bahía estaba magnífica! El sol, el agua, los barcos que cruzaban, los vapores que venían, un mundo flotante de cascos de todas formas y tamaños, movimiento, trabajo, gritos, banderas!... ¡Era un espectáculo sublime!

Hay ocasiones en que la vida parece verdaderamente hermosa, y por duro que sea el corazón y desviado que ande de los caminos de la justicia, no puede menos de levantarse a Dios y bendecirle.

Tal era esa mañana. Por la proa veía el puerto de Santa Mata María, y más al Este, Puerto Real, pueblos gemelos, que a la sombra de sus huertas parecen dos niñas caprichosas que tocan con el pie las olas sin resolverse a sumergirse en ellas; entre los dos se despliega la llanura manchada de pinos, por donde arrastra el Guadalete, de funesta memoria. A la hora del mediodía la reverberacion del sol causa *espejismo* en ese llano; una faja de agua parece cubrir los campos, y en ella se reflejan como en un lago los árbolos y los collados vecinos; en el fondo se alzan los azules montes de Medina-Sidonia, al oeste las verdes colinas de Jerez, la costa desnuda hasta Rota escondida tras un pintoresco promontorio, y más allá la extensión sin limites del océano. Al Oriente, como una gigantesca empalizada, aparecían los buques surtos al amparo de Puntales y el Trocadero. El peñón de Matagorda, cedudo y sombrío, se erguía en medio; más lejos, alboreaban entre bruma los edificios de la Carraca, San Fernando entre nopoles y viñas, y en último término, recostadas sobre una colina oscura, las casas de Chiclana parecían las tiendas de un vasto y desordenado campamento.

El rumor lejano del puerto, las ráfagas inquietas de la brisa, las espumas hervidoras del agua, daban voz a aquel paisaje; las aviotas cruzaban volando sobre nosotros y venían casi al

alcance de la mano a coger los despojos que arrastraba la marea.

Desde el extremo opuesto de la ancha bahía, Cádiz parece un gigantesco monumento de mármol. El blanco mate de sus edificios resalta sobre el azul oscuro de la mar y el cielo; la cúpula y los cupulinos de la catedral recuerdan el Oriente: tales concibe la imaginación las ciudades célebres del Bósforo y el mar Eusino.

Byron la ha pintado en un verso:

¡Fair Cádiz, rising o' er the dark blue sea!

No anduvo tan acertado al reproducir su fisonomía moral. El gran poeta del hastío, inspirado por la naturaleza, era sublime; cuando retrataba el corazón humano, sentía hervir la hiel amontonada en el suyo y ponía en su obra el color sombrío y escéptico a través del cual veía la humanidad. Suelto el freno a sus pasiones indómitas, no buscó en su tránsito aventurero sino lo que las halagaba y satisfacía; vió el vicio risueño y fácil, y dió su imagen como retrato de la sociedad.

Puesta la proa al SO. a medida que nos alejábamos los contornos se fundían en el ambiente luminoso: lejos, más lejos, el blanco monumento parecía un grumo de espuma, y, en fin, leve vapor flotando sobre las aguas.

Sobre aquel fondo magnífico, inmensurable, de mar y cielo es una apariencia vaga, misteriosa, fantástica. La voz de la poesía puede sola describirla, el genio de la Grecia interpretarla. Largo tiempo queda la imagen en el alma, y aparece continuamente en la soledad de la memoria, como aparece dentro de los cerrados párpados la imagen del astro, largo tiempo contemplado.

Si amáis el mar, si le amáis con ese amor profundo, intenso con que ama el montañés sus montes y el árabe su desierto; si su rumor fué el arrullo de vuestros ensueños; si su horizonte es el horizonte sobre el cual vagan las sombras de vuestros

recuerdos juveniles, de vuestros amores perdidos; si en la ausencia le retrata vuestro deseo, y al tornar a sus orillas le saluda y acaricia vuestro corazón, entonces sabéis que sus ondas atraen como los brazos abiertos de una persona querida, que su voz llama, y es tan suave esa voz y al par tan poderosa que no se la resiste.

Aun sin tener en el alma esa pasión, ese cariño; si queréis ver a Cádiz, la perla del océano, y apreciar cuán hermosa es, seguid mi ejemplo: entrad en una de las barcas que flotan amarradas al muelle y abandonaos al viento y a la serena destreza del hombre que rige el timón.

Luego podréis penetrar en el interior de la ciudad y recorrer sus cercanías.

Los puertos recuerdan las ciudades de los lagos de Italia, Intra, Pallanza, etc.; calles reguleres y limpias, caserío sencillo, alegre, aseado; población cortés, desahogada, libre de cavilaciones y cuidados; la vida del sosiego, del descanso, de la tranquilidad; la vida que sólo puede hacerse pocos días en el año; pero el viajero no sigue a los individuos cuando de ella pasan a la ordinaria laboriosa y activa; no ve que esa población ociosa y libre cambia todos los días y que la sedentaria y fija tiene sus cargas y sus ocupaciones allí como en todas partes.

Excelentes lugares de veraneo y distracción: famosos en las crónicas locales y en cantares y trovas, tan populares, que si preguntáis su nombre en el muelle de Cádiz, el interrogado os mira con desconfianza, recela una burla y contesta con otra..., por si acaso.

Sin ser Cádiz el centro de placer y disolución que Childe Harold cuenta, ha debido haber siempre en ella mucha gente de jácara y bureo. Pruébanlo los ventorrillos de Puerta de Tierra. Esos ventorrillos son un pueblo, y pueblo considerable, extendido a lo largo de la lengua de arena que une la ciudad a la isla. Manos perseverantes e industriosas han fertilizado aquella arena; entre los tarajales y las higueras chumbas blan-

quean casitas de campo rodeadas de amenos vergeles; la parroquia de San José domina con sus torres gemelas aquella desbandada muchedumbre.

Cada ventorrillo es tienda, figón, taberna y otra porción de cosas. A la sombra de un seto vivo o debajo de una parra enana tienden su campo los parroquianos: pescado frito es la base de la merienda, y la mayor parte de las veces su todo; pululan alrededor los vendedores de *bocas de la isla, de camarones,* y otros aguzadores del apetito e incentivos de la sed. En algún grupo se oye rasgar una vihuela, y a poco rato un largo y plañidero alarido anuncia la *playera* o *malagueña;* suelta el cantor el torrente de su garganta y entona uno de esos cantares tan lánguidos, llenos de melancolía y dulzura. Sobre la letra vuelve el ¡ay! y el estribillo, toman el compás los circunstantes y jalean las coplas con las palmas de las manos. Este acompañamiento ya no cesa. Cada aficionado de la rueda se arrima al del *instrumental* y echa su copla. Mientras ésta dura se apaga el ruido de manos; pero sin cesar del todo, y al llegar al estribillo aprieta de firme y con él el rasgado de las cuerdas.

Esta música ejerce singular prestigio. Al principio parece monótona; luego se advierte en ella un sentimiento profundo, una tristeza nostálgica y contagiosa; vibra en medio de la alegría y la broma, y no es alegre ni arrebatada; pero se hace oir. ¡Oh! ¡Se hace oir!..., y va poco a poco penetrando el alma y la envuelve en su melodía llorosa; yo ignoro la nacionalidad originaria de ese canto; pero no tendría dificultad en creer que procede de los primeros árabes invasores. Hay en ella algo que recuerda las penas de la ausencia; quizás aquellos soldados, cómo los hebreos cautivos en las orillas del Eufrates, desde las costas andaluzas tendían la vista por el mar inmenso y lloraban la patria y el hogar, abandonados allá en la cuna de la aurora, o en las plácidas llanuras del Yemen. Su vaguedad melancólica se aviene mal con el ruido y la estrechez de poblado; su escena propia y natural es el desierto o la

playa; un horizonte vasto que despierte ideas de inmensidad.

¿Qué misterio encierra el mar para que no canse su uniforme monotonía? Ni su color fatiga los ojos, ni su voz el oído. ¡Su voz! hay en ella lamentos y amenazas, clamores y sollozos, ayes de un mundo desconocido y misterioso, lleno de secretos insondables. Una vez oída no se olvida jamás, ni se confunde con otra de las grandes voces de la naturaleza.

Tomad por la muralla de Cádiz, desde la *Puerta del mar*, si así os place, seguidla y rodeareis todo su recinto oyendo siempre aquella voz sublime, admirando aquel horizonte magnífico.

Los cañones yacen en el suelo apeados de su cureña, y no asoman la pavorosa boca por las vacías troneras, como el soldado después de la batalla, descansan inermes. ¡Dure largo tiempo su actitud pacífica! Pero también como el soldado celoso del honor de su bandera, ocupan su puesto de combate prontos a la primera señal de guerra.

¡Hartas veces han estremecido el aire con su terrible rugido! la muralla que los sostiene ha temblado largo tiempo con el estruendo de la pólvora, firme y valerosa defendía el tesoro encerrado en su seno, y no hubo enemigo bastante poderoso para arrancárselo, porque este tesoro era el corazón de la patria. La patria española latía entera y animosa en aquel rincón estrecho, único que no ocupaban en la Península las huestes de Napoleón. Libre y sano ese corazón conservó la vida, y la derramó por todo el ámbito de la nación exhausta y desangrada.

¡Hermoso día aquel en que los fatigados sitiadores abandonaron las líneas ocupadas durante más de dos años! Desde Chiclana hasta Rota extendían sus trincheras; seiscientas bocas de fuego erizaban sus baterías, y para domar el glorioso baluarte habían empleado cuantos medios conocía entonces la ciencia militar y el arte del asedio.

Sobre la misma muralla está la iglesia del Carmen, donde acudieron los sitiados a dar gracias a Dios, después del su-

ceso. Enfrente de ella hay una florida alameda con palmas, jardines y estatuas; el paseo se extiende buen trecho, en calles de *zapotes*, árbol que resiste al aire salobre del mar; un cuento local dió al sitio el burlesco nombre de «El Perejil».

Se llega después a un ángulo que forma una gran esplanada; dos castillos le defienden flanqueando una cortina y formando un abrigo, con el nombre de la Caleta: inmediato está el teatro del Balón, construído durante el sitio de 1810 por los alegres gaditanos fuera del alcance de las bombas francesas. Forman la línea de la ciudad nobles edificios, cuarteles, oficinas militares, establecimientos benéficos: enfrente del Hospicio, sobre una columna salomónica se levanta la imagen de la Madre de Dios: parece interponerse entre la ciudad y las iras del mar vecino; encima de la puerta hay esta bella inscripción:

PORTA CŒLI
CHARITAS.
SPIRITUS IN AURAS ALTIUS VOLAT.

Nada dice mejor la cultura de un pueblo que las estatuas e inscripciones en los lugares públicos.

Cádiz tiene sobre el pórtico de su cárcel esta sentencia:

ODIAD EL DELITO, Y COMPADECED AL DELINCUENTE.

Y en la puerta del mar este versículo de un salmo:

DOMINUS CUSTODIAT INTROITUM TUUM ET EXITUM TUUM.

De la puerta de la Caleta parte un arrecife que, saltando de peñasco en peñasco llega al castillo de San Sebastián, edificado sobre un vasto escollo; en su centro se alza el faro. Las olas le baten con furia, y desde las riberas lejanas aparece rodeado de una aureola nebulosa que levantan sus espumas. Las antiguas fortificaciones dejan el sitio a las nuevas. Una batería acasamatada, de tres pisos, forma el recinto abierto

únicamente por la gola; cuando esté terminada, la fortaleza parecerá una gigantesca torre, tan poderosa contra el hombre como contra el rabioso elemento que estrella sus golpes sobre el firme granito de los muros.

El panorama de Cádiz desde la linterna del faro es hermosísimo.

Reina de las aguas, domadora de sus iras, alza la sién ceñida de su diadema de torres. El sol centellea en las perlas de su corona, y el mar vencido la arrulla con lisonjero murmullo; ese mar que a nuestros pies ruge y se revuelca soberbio, besa los suyos cariñoso y humilde.

Cuentan que un día, sintiendo crecer su cólera, envidioso de la noble ciudad, cansado de su yugo, recogió sus bríos, llamó al huracán en su ayuda, y unidos, empujados por los celos y la saña, cayeron sobre ella con espantoso esfuerzo y alaridos. Una vez y otra repitieron la embestida hasta agotar sus fuerzas, sin lograr su empresa; retiráronse vencidos, pero dejando la señal de sus golpes. Como blanquean las cicatrices en la curtida piel del veterano, así sobre el tostado color de sus murallas blanquea el renovado lienzo que destruyeron las tormentas.

El blanco caserío se despliega desde el castillo de Santa Catalina a la Puerta de Tierra; algunas palmeras asoman entre las tapias su curiosa cabeza, y los gallardos miradores se destacan sobre el azul del cielo, dominados por el vigía de Tavira; cada una de aquellas torrecillas tiene su asta bandera. En día de gala, el movimiento de tantos gallardetes y flámulas, ondeando al viento, debe parecer la alegre sonrisa que pasa por el rostro de una hermosa.

Más allá de la puerta citada, siguiendo siempre la explanada, está el antiguo convento de capuchinos; hoy es hospicio de dementes, y se llama de Santa Catalina. Una ermita de esta santa dió nombre al sitio antes de que los monjes lo ocupasen.

Pintando el retablo de la iglesia, cayó Bartolomé Esteban Murillo del andamio, cuyo golpe le trajo la muerte. La última

obra del grande artista, muerto de tan noble manera, al pie de un altar, con la paleta en la mano, bien merece una visita. Yo la hice una mañana, hora en que es más fácil hacerse abrir las puertas, cerradas durante el día.

Entré en un patio con arcos de ladrillo y postes de madera; pobre, pero limpío e inundado de luz; no se oía más ruido que el zumbar de los insectos que se bañaban en un rayo de sol, y se posaban a veces y cebaban sus aguijones en las hierbecillas que cubrían algunas partes del suelo. En el fondo del patio está la iglesia; la puerta estaba cerrada, y no parecía por allí quien pudiese abrirla; hice sonar el pestillo en vano; aguardé buen rato, y por fin abrió la puerta una mujer. La iglesia corresponde al patio; es tan sencilla y pobre como el hábito de sus fundadores; el presbiterio se levanta sobre un escalón de piedra de todo el ancho de la única nave; en el centro del retablo está la última obra de Murillo. Aseguran los críticos que el grupo principal formado por la santa y el niño Dios, que desde los brazos de su madre la pone el anillo, símbolo del místico desposorio, es de mano del gran artista; es posible; los ángeles mancebos y el fondo de gloria fueron concluídos por su discípulo Meneses Osorio.

Reinan en el lienzo la suavidad y transparencia murillescas, pero faltan el vigor, la entonación general; la mano del anciano no llevaba impunemente el peso de los años; diríase que cuando lo pintó, si conservaba todavía el fervor y las aspiraciones devotas de su alma, había perdido el fuego y la virilidad del pincel.

No pueden mirarse sin emoción aquellas piedras, sobre las cuales cayó el glorioso anciano, y donde le recogieron afligidos los monjes. Vino a expirar en Sevilla, pero la muerte le había herido en el presbiterio de los Capuchinos de Cádiz.

Su lenta agonía fué acaso una prueba a que puso la Providencia su espíritu piadoso y resignado. Morir al pie del ara, a los ojos de la Madre de Dios, cuya imagen, cuya adoración estaban tan hondamente impresas en su corazón; poder fijar la

postrera mirada en ella retratada por su mano, y entregar su alma a tan eficaz intercesora, hubiera sido una felicidad mayor de las que puede tener la criatura; hubiera sido gozar el cielo antes del trance amargo de la muerte.

Cerca de Capuchinos está la Catedral; su ábside mira al océano, y los buques sacudidos por el temporal, o salvados de sus riesgos, pueden desde muy lejos saludar la cruz que corona su cúpula hemisférica.

Este templo simboliza uno de los triunfos mayores de la caridad y la perseverancia; templo erigido en época en que no se erigen templos, edificado por las limosnas de los fieles en azarosos tiempos de guerra y de escasez, ejemplo de fe, pues los que dieron sus caudales para la santa obra atendieron antes al servicio de Dios que a la estrecha previsión de la prudencia humana.

Su juntaron dos hombres de carácter entero y porfiado, acostumbrados a hacerse oir y obedecer por su autoridad el uno, por su virtud el otro. El general Manso tuvo la iniciativa, concibió la idea de tan atrevida empresa, y buscando quien le secundara, quien la llevase a ejecución inmediata y próspero fin, se halló con un hombre, el obispo Silos Moreno, único para tal objeto. Piedad sincera, caridad ardiente, humildad absoluta, constancia inquebrantable, todo lo tenía el prelado a quien la memoria agradecida de los gaditanos venera como a siervo favorecido de Dios. Llevando a la obra el dinero del rico, los brazos del pobre, la voluntad de todos, y su propia dirección activa, incesante, nunca arredrada por los contratiempos, jamás vencida por el cansancio, logró ver el término de sus afanes y la Catedral erigida.

Mas el celo y la diligencia que allegan oro y materiales, no crean artistas. El prelado se sirvió de los que había, y éstos le hicieron un monumento espléndido, vasto, de excelente construcción, con detalles atrevidos y felices, pero sin alma.

Espero, lectores, míos, que comprendéis lo que puede ser el alma de un edificio, y no exigís que os lo explique.

No son el alma los ricos mármoles, ni los foliados capiteles, ni las columnas estriadas, ni las bóvedas audaces, ni el pavimento suntuoso, ni la abundancia de estatuas y pinturas. No lo son tampoco la magnitud de las dimensiones, ni el lujo de los materiales, ni la proligidad de los adornos, ni la magnificencia de las alhajas.

Todo esto lo tiene el templo de Cádiz, y sin embargo, le falta *lo otro*. Si algún terco insistiera en que le definieseis lo que es *lo otro,* tomadle de la mano, llevadle al templo de Sevilla, y entrando en él, él mismo os dirá: ¡esto es el alma!

Una alta torre cuadrada con cubos en los ángulos, y el parapeto sobre un cinto de modillones a la antigua, señala la *Puerta de tierra*. Aquella fortísima entrada, única que tiene Cádiz desde tierra firme, parece inexpugnable. El arte militar ha amontonado en ella las defensas, fosos, glacis, baluartes, camino cubierto; aquello es un laberinto, dentro del cual se estremece el ánimo meditando en los estragos de la guerra y el horror del asalto.

Al pie de la muralla de tierra, sobre un terreno robado a las aguas, está la estación del ferrocarril.

La campana y el silbo llamaban a los viajeros; bajé por el terraplén de Santa Elena y la batería de los Negros, salí al muelle y corrí al tren.

Ibamos a San Fernando. A media legua, una fortificación moderna, llamada con gráfico nombre *La Cortadura*, cierra la lengua de tierra que une la ciudad al continente. Allí ese istmo es angostísimo; algunas retamas y musgos marinos crecen entre las piedras sueltas y la arena, y los cañones de la fortaleza barren los contornos, amenazando al enemigo, ya se acerque por tierra, ya por mar.

En este punto, el ferrocarril, separándose de la costa, dobla siguiendo el seno de la bahía y pasando sobre un terreno aguanoso, cubierto de salinas. El agua del mar detenida en balsas cuadradas, deposita por evaporación la sal. Los salineros, desde el angosto parapeto de tierra que divide las balsas,

la recogen y amontonan en pirámides, sirviéndose de una especie de rastrillo sin dientes, puesto al cabo de una larga pértiga.

Las salinas, que ocupan un terreno inmenso, son la verdadera defensa de Cádiz. Imposible al ejército más valeroso y mejor dirigido aventurarse en aquel tremedal inmenso, en aquel pantano sin salida, cuyos senderos enredados sólo saben los hombres que en ellos pasan toda su vida.

San Fernando es igual a todos los pueblos de esta parte de Andalucía. Una calle principal, ancha y larguísima, y otras menores que se unen a ella, como los costillares y la espina dorsal de un gigantesco fósil.

Sobre la valla de la estación asomaban las cabezas de infinitos caleseros. Sus carruajes, puestos en semicírculo a la sombra de unos chopos viejos, esperaban alquiladores. Entre aquellas cabezas se alzaban brazos llamando a los pasajeros del tren. La mirada de uno de ellos se encontró con la mía; el brazo correspondiente alzó la vara, y el calesero se dirigió a su calesa; estaba hecho el trato, y el compromiso establecido y aceptado por ambas partes. De igual manera muda y breve se hicieron otros muchos en torno mío.

—¿Adónde vamos, señorito?

—A la Carraca.

—Volando. ¡Iaá!, ¡saleroso! ¡saleroso! y el caballejo negro enderezó las orejas y tomó un trote salteado, a cuyo empuje la calesa comenzó a saltar y crujir, con poco gusto y grandes apresiones del viajero.

El camino es ancho, tan ancho, que hay parajes donde no tiene límite su anchura; en cambio está superiormente *desempedrado*, y las ondulaciones del piso causan en el carruaje otras, que son vivo remedo de las que causa a bordo un *brisote* de proa. Pero los lomos de Tetis tienen otra flexibilidad y blandura que los de la madre Cibeles.

¿Quién sabe si tal camino no está dispuesto así de intento, a fin de que los guardias marinas que van y vienen a su cole-

gio adquieran desde luego una idea práctica de los balances y vaivenes que han de mecerlos en su futura y flotante morada?

En medio de un huracán de polvo llegamos al *caño* o canal de la Carraca. El célebre arsenal está aislado; una pesada barca, que llaman *bombo*, y un andaribel, mantienen la comunicación; el bombo es empujado por dos hombres. Un francés ha dicho que el hombre toma la fisonomía del oficio que ejerce. En la Carraca hay un caso que prueba esa aventurada proposición. El bombo y sus dos tripulantes forman un todo armónico y completo; no se comprenden uno sin otro. La faena no es grande, pero poco variada; se reduce a pasear la longitud de la barca, afirmando sobre la maroma; es oficio semejante al de los canes que daban vueltas al asador, o el de las ardillas encerradas en las jaulas giratorias.

Al desembarcar, el centinela detiene a todo el que se presenta y no trae un permiso especial o contraseña; avisa al cabo, que sale al reconocimiento; pero todo este ceremonial de las plazas de guerra se hace de una manera harto prosaica.

—¿Dónde va usted? ¿A quién busca? Fulano: acompañe usted a este caballero y un guardia de arsenales con un traje que recuerda los *bersaglieri* piamonteses, os acompaña; ni más ni menos que el granadero austriaco al lego de *Los Magyares.*

Yo tenía un amigo en la Carraca e iba a ganar otro nuevo. El ingeniero naval don José Pirla y Sassot tuvo la bondad de guiarme, enseñándome todos los pormenores y dependencias del establecimiento.

La ruina y el abandono asoman todavía su frente desolada y triste en aquellos lugares, que fueron suyos tan largo y lamentable tiempo. Sin embargo, una acción reparadora y benéfica que alcanza a todos los numerosos extremos, va poco a poco borrando sus dolorosas huellas.

Toda obra de regeneración es lenta; lo importante en ella es no desmayar ni detenerse.

En los diques estaban la fragata *Villa de Madrid*, terminándose para bajar al agua y recibir su artillería, y la corbeta de

la antigua escuadra *Villa de Bilbao*, para repararse. ¡Qué contraste entre los dos buques! El nuevo, desarmado todavía, pero ancho, robusto, fornido, como uno de esos mozos hijos del pueblo, para los cuales se adivina que han de ser ruin peso el casco y la coraza; el viejo, carcomido, endeble, cansado, asomaba por las portas sus cañones desequilibrados y mal puestos, como los inofensivos dientes de un carnicero maltratado por los años!

¡La España de nuestros padres y la nuestra!

¡Saludemos con respeto los restos venerables, aunque pobres, de la una! ¡Marchemos con la otra!

¡En la mar, en las tormentas, en la adversidad, en la fortuna, Dios sea con ella! ¡Dios sea con los leales y los buenos!

En gradas había otra fragata de iguales proporciones, *Navas de Tolosa*, y una goleta cuyo nombre indiferente no recuerdo.

Recorrimos todos los almacenes y talleres, las *fosas* de maderas, las fraguas, los cuarteles; el de *Guardias de arsenales* y su hospital, son dos modelos de desahogo, orden y policía.

En la sala de armas están depositadas las que han de servir a los buques en construcción: carabinas, pistolas, chuzos, hachas y sables.

A su filo recomendaba yo mentalmente la hermosa nave de poderoso casco y gallarda arboladura que acababa de visitar; aquellas armas han de darla respeto en la paz y fuerza en la guerra; han de ser su custodia siempre, y su defensa, y la del pabellón izado en el pico de mesana en el trance supremo del abordaje; ¡ponga en ella su fortaleza y su justicia el que es sol de justicia y de fortaleza!

Cerca de la armería está el vasto depósito donde los buques se proveen de su moviliario marítimo y social, digámoslo así. Desde la hamaca del marinero hasta la vajilla del capitán, desde la clavazón menuda hasta las enormes cadenas; brújulas, faroles, muebles, lonas, jarcias, cuanto guarnece, viste, decora, asegura y gobierna un barco se encuentra allí. Y allí, como en todas partes, esmero, orden, subordinación, urbanidad.

Un arsenal es siempre interesante, ¡cuánto más debe serlo para nosotros, que de la resurrección y el porvenir de nuestra marina, esperamos el engrandecimiento y prosperidad de la patria!

Pasé un día entero en la Carraca, tan absorbido por lo que veía, interesándome tan profundamente por cuanto me rodeaba, que olvidé el tiempo.

Quisiera tenerlo ahora, para describir minuciosamente aquel pueblo militar, aquella gente marinera, aquellos artesanos, y hasta aquellos pobres galeotes, trabajadores durante el día, encerrados a la noche dentro de su aislada ciudadela.

Cerca del presidio y aislado como él está el cementerio; algunas cruces, algunos obeliscos de tosca piedra se levantan sobre su césped abrasado por el aire salino del mar. ¡Melancólico sitio! ¡plácido lugar de descanso para los que vivieron solitarios, apartados de las gentes por el dolor de sus heridas y la esquivez de su amargura!

Sonó la campana del reposo; era hora de abandonar el trabajo. La muchedumbre salía de los talleres; los obreros entraban unos en su hogar cuya chimenea humeaba alegremente; otros iban a buscar la cena más lejos, fuera del arsenal. Con éstos salí yo, despidiéndome de mi amable guía, y recordando que estaba en ayunas.

Sentía una alegría particular, por haber dado tan buena lección de doma al egoísta y miserable cuerpo.

Torné al paso del bombo y al *duro* ejercicio de la calesa.

Y tomando en San Fernando el tren que venía de Jerez, volví a caer de nuevo en las incesantes divagaciones y eternas fantasías del viajero.

Poco después, de regreso en Cádiz y a la luz de la iluminación, oía la música militar en la antigua plaza de San Juan de Dios. *La velada* estaba concurridísima, pero no hay nada más penoso y cansado que una inmensa concurrencia para el que anda solo y desconocido en ella.

Dejé, pues, su hervidora confusión, y fuí a descansar en el

elegante Casino de la plaza de San Antonio, leyendo los periódicos, ¡viciosa costumbre!

Saliendo de allí, supe que a las tres del siguiente día el vapor *Madrid* de la Compañía de López hacía rumbo a Málaga. Mañana, me dije, dormiré arrullado y mecido por las olas en un camarote del *Madrid*: entretanto, y con el pensamiento en el mar, antiguo amigo, siempre propicio, a pesar de sus veleidades iracundas, vamos a descansar en el lecho menos poético pero más tranquilo de la Fonda de París, calle de San Francisco.





XIII

A BORDO



las cuatro y media levamos anclas; azotó vigorosamente el hélice las aguas, como la cola de un poderoso monstruo marino, y el vapor se puso en movimiento. Es triste salir de un puerto donde se deja un hogar querido y las más hondas afecciones de la naturaleza; pero es triste también dejar una ciudad, desde cuyos miradores no os siguen unos ojos afanosos, en cuyas murallas no se agita un solo pañuelo para despediros.

Yo sentía aquella indiferencia de Cádiz, como se siente la de una mujer hermosa, que en una concurrencia ni por acaso fija sus ojos en nosotros. ¿A quién no le ha sucedido eso en su vida? Cádiz ejerce en el ánimo del viajero esa atracción de la belleza, Cádiz engendra ese cariño que se paga de la más

sencilla muestra de afecto, que no busca otra correspondencia que ser notado y admitido por el objeto que le inspira.

El *Madrid* resbalaba alzando espumas entre los buques surtos en la bahía, que se balanceaban a impulsos de una fuerte brisa de NO.; esa misma brisa destrenzaba y deshacía el largo penacho de humo que flotaba sobre nuestras cabezas, y sacudía y azotaba las banderas izadas al tope de los palos.

Desfilaban a nuestro costado los blancos edificios de la ciudad; más lejos quedaban las altas murallas de *Puerta de Tierra* y la estación del ferrocarril guarecida al pie de ellas; pasamos delante del noble edificio de la Aduana, doblamos las baterías de San Carlos y San Felipe y torcimos el rumbo al sur. Por la otra banda, banda de estribor, quedaban Puerto Real y el de Santa María bañándose en las olas; los montes de Medina-Sidonia perdidos entre bruma y la verde costa terminando en las blancas casas de Rota. Cádiz se alejaba; las macilentas copas de las palmeras de la Alameda se movían lánguida y perezosamente; el aire de la mar es nocivo para el árbol del desierto, aquellas palpas parecen enfermas y tristes; ¡qué diferencia entre ellas y las que había visto en Córdoba y Sevilla! Al mecerse parece que se quejan, y parece también que no tienen fuerza para levantar su lacio y descolorido penacho de hojas; me recordaban la vigorosa lozanía de la palma de los Remedios. ¡Con qué pompa esparce aquélla su dosel magnífico, derramando su sombra sobre el suelo! ¡Con qué soberbia majestad ondea cuando el viento de la tarde juega en sus agudas y plegadas hojas!

El castillo de San Sebastián y la robusta torre de su faro, ceñida de ciclópeas casamatas, aparecían por babor. Un vapor de ruedas venía por la proa, y pronto nos cruzamos a la altura de la fortaleza; el buque que llegaba izó todas sus banderas, el nuestro arrió las suyas; el uno se engalanaba para entrar en el puerto, el otro se despojaba de inútiles adornos para el grave trance que le esperaba: su lucha con el océano.

Ese momento de la salida a alta mar tiene algo de solemne

y grave que impone temeroso respeto; se cubren y aseguran los botes sobre cubierta, y en los pescantes se forran los bronces, se cierran las escotillas, se pliegan y guardan los gallardetes y banderas, la fisonomía del barco cambia en un momento; desaparece de ella todo lo que indica lujo, alegría, frivolidad, elegancia, y toma un aspecto rudo de severidad y fuerza; el capitán viste su traje de mar; los marineros corren sobre el puente o trepan al aparejo descalzos y dando al aire sus velludos y curtidos pechos. Todo indica un riesgo próximo, una empresa difícil, un combate peligroso, del cual parecen anuncios primeros los golpes de mar que se estrellan en los costados y suben a mojar la cubierta.

¡La mar! ¡Terrible enemigo! ¿Quién sabe las perfidias que ocultan sus inexplorados senos? ¿Quién fía de su serenidad aparente? ¿Quién prevée su cólera y sus iras? Este sentimiento está en todas las almas; por eso nadie ve con indiferencia partir un buque; por eso le sigue la vista con interés y el corazón le envía un saludo lleno de voluntad y buenos deseos!

¡A la mar! ya nos alejábamos de la costa, que desaparecía entre los vapores de la tarde; para aprovechar la recia brisa largaron las dos cangrejas de trinquete y mayor y el ancho foque: el *Madrid* principió a volar sobre les olas; echaron la corredera y señaló doce millas. ¡Buen andar!

Cádiz quedaba por la popa, y a los rayos del sol poniente que la teñía de reflejos opalinos, parecía un curioso y elegante dije de nácar. Más al sur, aparecía una costa baja, y con ella a modo de arenales unas fajas blanquecinas. Aquello es la embocadura del Guadalquivir.

¡Un adiós al río de hospitalarias riberas! ¡Luzca siempre sobre ellas el sol claro y fecundo, y jamás las entristezcan pardas nubes, lúgubre presagio de tempestad y duelo! Mis ojos no se apartaron de aquella *barra* mientras pudieron distinguirla; mi pensamiento remontaba el curso del majestuoso río, y tornaba a buscar los árboles, bajo cuya sombra ha visto pasar tantas horas hermosas y serenas. En la lucha de la vida son

las treguas raras y breves. ¡Qué extraño que al pisar de nuevo la agitada arena se vuelva con placer la mirada al lugar donde se hallaron paz y reposo!

El sol declinaba rápidamente, y yo seguía distraído los juegos de la luz en las inquietas y bulliciosas aguas. Las olas se alzaban unas sobre otras como disputándose las últimas caricias del astro soberano, a veces los ardientes rayos atravesaban el seno de una de ellas iluminando su interior azul y diáfano, y las sueltas espumas empapadas en el flúido luminoso parecían las doradas cabelleras de las oceánides, esparcidas y descompuestas por la brisa.

Una niebla ligera señalaba la costa, pero las tierras no se veían.

¡Augusta soledad la del océano!

Nunca la contemplo sin sentirme sobrecogido, sin recordar al navegante que primero se atrevió a penetrar en ellas, sin procurar retratarme el tropel de sensaciones que agitarían su alma al encontrarse solo, perdido en la inmensidad, sin más amparo que Dios y su corazón valeroso! ¡Qué aliento de hombre! Su audacia nos espanta a nosotros, hijos de un siglo escéptico, que no comprendemos lo que es la fe, la fe que a él le movia, la fe que le guiaba, la fe, suprema y divina fuerza de cuantos descuellan sobre la muchedumbre humana; la fe los levanta a esa sublime altura, donde a través de los siglos los veneran las generaciones largo tiempo después que desaparecieron la memoria y el último vestigio de la que fué su contemporánea.

Casi todos las pasajeros habían bajado a la cámara, donde se oia ruído de platos; era la hora de comer.

Yo iba solo en la popa recostado sobre un banco, cerca del timonel, membrudo y tosco marinero, de ruda apariencia y pocas palabras. Mis tentativas de diálogo fueron excusadas, estrellándose en su impasibilidad y ásperos monosílabos. Al principio, su fisonomía me pareció vulgar, después de algún tiempo y del examen natural que hacía de ella al hablarle, me

interesó y la estudié. Su impasibilidad no nacía de indiferencia, sino de reposo, aquel hombre no era insensible, sino experto. Parecía que por él habían pasado todas las emociones humanas, cada una de ellas había dejado una señal en su rostro, y esas señales juntas le daban aquella fisonomía, que se puede llamar de «práctica de la vida».

Hay dos prácticas de la vida, como hay dos prácticas de la guerra, una es la del general que dirige las masas y prepara los movimientos, otra la del soldado, que ve de cerca al enemigo, que le toca, le hiere, llega a la boca de sus cañones, escala sus parapetos, y recibe en la bayoneta el empuje de sus caballos. Esta es la del marinero, práctica difícil, individual, pocas veces gloriosa, pero en vez de marchitar el alma como suele la otra hacerlo (hablo de la vida) la purifica y sublima. Ved si no la piedad y devoción de las gentes de mar, y su generosidad y desprendimiento.

De vez en cuando apoyaba el marinero con brío sobre la rueda que sus nervudas manos apretaban, rechinaban entonces las cadenas del timón, alzaba su proa el barco y torcía el rumbo.

—¡Trafalgar!...

Yo no sé quién pronunció ese nombre; no sé quién lo dijo. ¿Fué el timonel, o alguno de los marineros que iban y venían en la maniobra o de los oficiales que la mandaban?...

Yo no recuerdo sino que oí aquella palabra y me estremecí, y empujado por un movimiento espontáneo y nervioso, me levanté del banco. Llegué a la obra muerta, así de un obenque para resistir los balances, y tendí los ojos a lo lejos; nada se veía, nada, más que la mar y el cielo.

El cielo estaba sereno y diáfano, el mar rebosaba alegres murmullos; las olas que se agitaban, batían el barco más en son de caricia que de enojo. ¡Así estarían acaso mar y cielo el día siguiente a la tremenda rota! Calmada la tempestad, apaciguadas las últimas iras del combate, sumergidos los despojos, borrada la sangre, ¡quién reconocería el lugar de la brava y dolorosa lucha!

Yo miraba al agua sondeando su cristalino seno; esperaba ver aparecer un cadáver lívido, una astilla sangrienta, una bandera destrozada; o surgir el tope de un palo o la alta popa de un navío echado a pique; yo creía que las señales de aquel gran duelo de la patria, de aquella sangrienta hecatombe ofrecida al implacable y cruento dios honor, debían vivir eternas en paraje de tanta desventura.

Vosotros, los que vestís el glorioso uniforme, decid: ¿qué pensamientos os agitan cuando navegais aquellas aguas memorables?

¿No es cierto que sentís crecer vuestro valor, engrandecerse vuestro ánimo con la idea generosa del sacrificio?

¡Qué ejemplo el de vuestros predecesores!

Les propusieron salir a la mar, cuando el enemigo estaba cerca, y el interés y la honra de la bandera exigían evitar el combate. A ese interés, a esa honra atentos, antes que al propio impulso, contradijeron la loca proposición.

Entonces un extranjero les preguntó si tenían miedo.

¡Miedo!

Como héroes y cristianos que eran, en vez de responder a la injuria poniendo la mano en el rostro del ofensor, resolvieron mostrarle lo ligero de su lengua, lo desatentado e injusto de la insolencia.

Sonó la bocina a bordo de la capitana, hizo el almirante la señal de leva, y poco después la escuadra salía del puerto de Cádiz.

Navegaban los navíos españoles conservando su formación de convoy, henchidas las velas, izados gallardetes y banderas, majestuosos y serenos.

Una muchedumbre inmensa los seguía desde las orillas con los ojos y con el alma.

—¿Adónde iban?

—¡A morir!

Pocos volvieron de la batalla. La marina quedaba destruída, pero había mostrado al provocador y al mundo entero

que el oficial español no guarda su vida más que para dársela a su bandera. Habían enseñado a sus sucesores ¡difícil enseñanza! cómo se muere cuando la honra de la patria lo pide.

De aquellos navíos orgullosos que desaparecían entre las olas y el incendio sin arriar su pabellón, de aquel abismo en que se hundían tantas existencias preciosas, tanta juventud y tanto esfuerzo se alzó un clamor funeral y altivo, repitiendo a las generaciones venideras:

—¡Aprended a morir!

Perdióse la voz entre el fragor de la tormenta, pero su eco vive en todos los corazones.

¿No le sentís en los vuestros, los que surcáis aquellas gloriosas olas?

Yo he conocido tres veteranos de Trafalgar: un soldado, un carpintero y un guardia marina. El primero recordaba confusamente la batalla; fijo en su puesto, había hecho durante toda ella uso de sus armas obedeciendo la voz de su jefe; había visto mermada su compañía por el fuego, y él había pasado ileso a través de la batalla; ya se ha reunido a los camaradas suyos que cayeron sobre el puente del navío *(Real Santa Ana,* me parece); se llamaba Pantaleón Carral.

El segundo, salvo también de la catástrofe, venido a holgada posición en el comercio con su trabajo y su constancia, pasea todavía su ancianidad robusta y tranquila bajo los árboles de la Alameda de Santander, y habla con frecuencia de aquel día terrible de su primera juventud.

El guardia marina fué después el general de la Armada don Joaquín Ibáñez de Corvera. Hijo de los montes de Toranzo, fué llevado a la marina militar por sus hidalgas aspiraciones y tradiciones de familia. Su noble carácter, templado al fuego de aquella ocasión tremenda, conservaba una serenidad asombrosa, una firmeza indomable en los peligros. El mar de las Antillas vió pasar sus años mejores empleados en el servicio de la patria, y los cruceros enemigos probaron más de una vez su valerosa audacia.

Era uno de esos hombres a quienes una vida pura y digna cerca de una aureola de prestigio y de respeto. Yo veneraba en él, además del valiente soldado y el anciano caballero, al cristiano que me había presentado a las sagradas puertas de nuestra religión bendita.

Al pie de los montes de su cuna, sobre una fúnebre colina a orillas del mar, descansa bajo un mármol que recuerda sus combates. El viento de la mar gime rasgado en la piedra de su sepulcro, y el rumor lejano de las olas que arrullaron su juventud gloriosa, arrulla también su eterno sueño.

La voz de un pájaro vino a distraerme de estas memorias. Era el pío querelloso y triste de la golondrina.

¡Una golondrina en el mar! ¿Qué quería? ¿adónde iba? ¿de donde venía?

Volando con sus infatigables alas cruzaba revolviéndose y girando en todas direcciones. Ya siguiendo el buque, le aventajaba con un vuelo y pasaba rápida por la proa, como desafiando su velocidad, humillándole vencido; ya subía a la jarcia y parecía querer posarse en ella.

Otras veces se hundía en el hueco de las olas, y salía luego como si fuese lanzada al cielo por las férvidas espumas; después se alejaba sobre las aguas y cesábamos de verla y oirla; la creíamos perdida y volvía a aparecer más canora y más inquieta.

A bordo nadie la hostigaba; todos la miraban con cariño; los marineros hablaban de ella y procuraban imitar su canto.

He oído decir que su presencia es de feliz agüero entre ellos.

Varias veces vino como si intentara posar cerca de nosotros, y otras tantas la asustó el rechinar del timón.

La importancia de aquel pajarillo era extraordinaria. Nos hacía compañía, nos alegraba, nos entretenía, no como un juguete o un espectáculo, sino como algo de más precio que interesa el alma.

¿Qué misterios son estos de nuestra naturaleza?

Estoy persuadido de que cada uno de los que estábamos

sobre cubierta veía en la golondrina otra cosa más que un pájaro peregrino.

¡Quién sabe lo que sus dulces gemidos dirían al corazón de algunos de los que allí iban!

Por fin, levantándose con vigoroso golpe de ala perpendicular sobre el vapor, a gran altura, lanzando un pio agudísimo y prolongado, se precipitó en el mar, y rozando la cresta de las olas, tendió hacia la costa de España su largo y poderoso vuelo.

Un momento después desapareció en la bruma.

¡Cuántos pensamientos la seguían!

Un momento de pesadumbre sucedió a su partida. Nos miramos como se miran los hombres unidos por un pesar común.

En tanto, anochecía. Habían relevado al timonel; el que le sucedió no ofrecía nada de extraordinario. Sin embargo, cuando la luz de la bitácora daba en su rostro y en sus brazos desnudos, hacía pensar en siniestras historias de corsarios y dramas marítimos.

Todo era sombra; las olas fosforescían. Habían encendido un farol en el trinquete y acortado la marcha del vapor. Crecían la inquietud y el rugir del mar: llegábamos al Estrecho.

En medio de las tinieblas, más sombrío, más oscuro que ellas, avanzaba en el mar por la banda de babor un peñón gigantesco.

—¡Punta de Europa! me dijo un marinero, a quien pregunté lo que era aquello.

¡Punta de Europa! Detrás de esa roca siniestra está Gibraltar; ¡la vergüenza nuestra! ¡una tierra española que no es España!

Volví los ojos para no verlo.

En Cádiz me propusieron tomar un vapor de los que hacen escala en la fortaleza inglesa para visitarla; yo rehusé.

No hubiera podido poner el pie en ella sin encendérseme la sangre, sin llorar... de ira.

La bandera hincada en sus muros, me hubiera parecido una

daga clavada en el corazón de la patria, y creería ver a esta madre querida estremecerse convulsa, apretando con ambas manos la sangrienta herida, escondiendo el rostro enrojecido por las lágrimas del dolor y de la vergüenza.

Cuando Gibraltar sea nuestra, ya porque nuestro engrandecimiento se la arranque al inglés en un tratado, ya porque el pie vengador de nuestros soldados pise su aportillado muro, entonces visitaré a Gibraltar.

Adelantaba la noche; en sus tinieblas buscaba yo inútilmente las costas africanas.

Ese rincón de tierra comprendido entre Abyla y el río de Tetuán, esa sierra montaraz e inhospitalaria, llamará ya siempre los ojos españoles que atraviesen el Estrecho.

¡Sepulcro de valientes, cuna de hazañas, en tus arenas inhospitalarias reverdece el laurel militar de España! ¡A ti vuela mi pensamiento; inclinándose ante la desgracia, saluda con amor las sombras insepultas que, vagando en tus orillas, tienden los yertos brazos a la perdida patria...

Al rayar el día llegábamos a Málaga, que parece caída al mar desde los altos montes que la rodean: amanecía en sus cumbres, cuando todavía la ribera del agua estaba envuelta en los vapores confusos de la noche. Lentamente fueron éstos disipándose, y cuando fondeamos, el rojo sol de la aurora arrebolaba los muros de Gibralfaro, tendía su luz por las enhiestas lomas, y mandaba uno de sus rayos encendido y diligente a herir el muelle de la ciudad y despertarla a la vida y al trabajo.

El ingeniero señor Villa, compañero mío de viaje, tuvo la fineza de ofrecerme un lugar en su canoa, y en ella desembarcamos.



XIV

Málaga, *al vuelo*.—La catedral.—Plaza y teatro, sistema fisiológico y estadístico.—El pueblo.—Galería de sombreros.—Los pescaderos.—Al salir de misa.—A la sombra.—En camino.



ME dí a correr las calles de Málaga. La ciudad activa y laboriosa se despertaba: principiaba el hormiguero a animarse, y se oía el rumor de la vida, que arreciando por instantes, invadía todos los ángulos, brotaba de todas las esquinas, y formaba esa atmósfera de ruidos diversos que flota encima de las poblaciones, como el zumbido de una colmena en torno del árbol que guarda los panales.

Sonaban puertas, abríanse tiendas; los dependientes quitaban el polvo a los escaparates, los oficiales iban a sus talleres, y los criados a la compra. Sonó una campana, y me recordó

la obligación primera de todo español rancio y cristiano viejo.

Por calles estrechas y retorcidas me guió el tañido continuado del bronce, hasta desembocar en una plazuela desigual e inclinada. Enfrente había un palacio con adornos de mármol; a la derecha, una espacioza escalinata con verjas de hierro. Sobre esa escalinata, ideada por el arquitecto para remediar el desnivel del piso, se eleva con fastuosa apariencia la Catedral. Una sola de las dos torres que abarcan la fachada está concluída, la otra no pasa de la bóveda del templo. Estilo del renacimiento, que no carece de majestad y de nobleza; grandes líneas, con poco gusto interrumpidas por curvas y resaltos, adornadas con columnas estriadas y capiteles y molduras corintios. En el interior el mismo estilo: altas bóvedas, naves espaciosas, severidad, grandeza, pero todo frío, todo muerto, nada de ese conjunto que prenda y enamora a primera vista, que os hace involuntariamente descender al estudio de los detalles, y os lleva desde ellos a la recomposición del todo armonioso, y a la explicación de su armonía.

Yo tenía en mi pensamlento todavía la visión de la basílica sevillana. Su mística armonía vibraba en mi corazón como vibra en el oído una voz querida, largo tiempo después que cesó de sonar. La idea de aquel arte y la idea religiosa estaban para mí tan íntima y estrechamente unidas, que no podía separarlas ni concebir la una sin la otra. Al pensar en Dios, le veía bajo el dosel de aquellas bóvedas sublimes, donde había *sentido* tan hondamente su divinidad y grandeza, y el instinto de la oración me retrataba aquellas naves magnificas, en cuyo ambiente luminoso y soberano, flotan espíritus misteriosos, los ruegos del que todo lo necesita, y las gracias del que todo lo puede.

Tal me había sucedido en Cádiz; otro tanto debía sucederme en Granada.

Saliendo de la Catedral, busqué el mercado. Yo tengo dos polos para formar juicio de la población y cultura de aquellas

ciudades donde mi residencia pasajera no da término para tomar noticias ni datos detallados: la plaza y el teatro.

El primer uso que el hombre hace, triste es decirlo, pero es la verdad, de sus adelantos y conquistas, es mejorar el regalo y deleite de su cuerpo, dígalo nuestro siglo. Y hoy, aunque los otros no le van en zaga, parece que el vicio de la gula rige y domina la época. Es el único, al cual hipócritamente hemos suprimido el nombre para hablar de él sin embarazo, y es asunto de conversación al que ni la galantería ni el respeto ponen freno. Antes al contrario, hablar complaciéndose en ello, del regalo y esmero de la mesa, se toma por indicio de buen nacimiento y de buena educación.

La plaza, pues, la calidad de lo que se vende, y el modo como se vende, más que el movimiento y afluencia de compradores, bastarían en mi opinión a un buen observador para conocer y pintar las costumbres de un pueblo.

Complemento de las observaciones de la mañana, sería la observación nocturna del teatro. Concurrencia, trajes y espectáculos son los tres capítulos de este estudio. En pueblos mercantiles, aplicados y laboriosos, el público es dominguero, donde acude poca gente; los que van se *visten* poco, y aquí muestra la mujer su mejor instinto y su mayor delicadeza. Siempre notareis en ella que ha hecho algo en gracia de la función; en su tocado, en su vestido encontraréis algo que no es de la vida ordinaria, de las ocupaciones diarias. En cambio, el hombre, más egoísta, con menos sentimiento del arte y de la conveniencia, y aun de mútuo respeto, se presentará allí en su hábito de todo el día... limpio, si sus ocupaciones lo consienten, y si no... no, como decía el célebre senado de Caspe.

Cuidado que no aludo a Málaga; antes de anochecer salí de ella, y no vi su teatro. Estas observaciones mías datan de antiguo, y de otros días y otros lugares; aquí las recordé, y pareciéndome momento oportuno las escribí de seguida.

En cuanto a la calidad del espectáculo, lectores míos, ¿quién de vosotros, al leer ciertos anuncios, no ha dicho con

un mohín muy expresivo: función de tarde? pues en esa diferencia que todos admitís, admitís aquella a que yo aludo: inútil es, por tanto, que la explique.

Siguiendo a criados y esportilleros, no tardé en dar con la plaza. Allí junto estaba el cauce de un río, Guadalmedina, con sus puentes y malecones; pero el agua no parecía; lo que por él corría eran anchas olas de polvo y arena arrastradas por el viento; y este río *de verano*, a imitación de su homónimo de invierno que a menudo salta sobre sus orillas y las anega y destroza, inundaba también las cercanías, y nos envolvía y cegaba a los curiosos que andábamos sondeando sus secretos.

Los vendedores gritaban, los compradores regateaban, las mujeres reñían, los chicos alborotaban; los municipales, cansados sin duda de inútiles diligencias, presidían tranquilos el vocerío y tumulto general; todos los mercados son iguales.

Pero estudiemos los tipos: jayanes membrudos, de rostro atezado y patillas borrascosas, tendían la mano ofreciendo en ella un puño de brevas o de tomates; había un contraste perfecto entre la mercancía y el mercader; la una toda frescura, ligereza, gracia, pureza; el otro rudo, feroz, pecaminoso, todo aspereza y furia. Las mujeres terminaban su tocador matutino entre un cesto de hortaliza y una canastilla de flores. El viento se permitía toda clase de libertades con el pañuelo de los hombros, y la natural sencillez de las verduleras no se curaba de repararlas. Un escultor podía estudiar sobre el modelo vivo con todo espacio las líneas y proporciones de su busto.

Hay otra porción de concurrencia, que ni compra, ni vende, sino huelga, fuma o bebe; a cuya necesidad asisten los talludos Ganimedes que circulan clamando: «¡Agua y aguardiente!»

¿Qué son aquéllos? ¿Corredores, jornaleros sin trabajo, propietarios o vagos? ¡Oh Cervantes! ¡Y cómo despiertan en el ánimo la memoria de tus traineles, diestros, cañutos, bajamaneros, y toda aquella nomenclatura tuya de purísima germanía!

¡Qué fisonomías! ¡Qué arreo! ¡Qué ademán! ¡Qué idioma! ¡Qué traza y qué sombreros! Los sombreros, sobre todo, como la parte más conspicua y eminente, parece que resume, compendia, simboliza el moral y remata el conjunto de la persona.

Los había echados atrás, probablemente como el alma del sujeto; caídos adelante, que rebosaban amenazas y juramentos; unos habían perdido la forma, y semejaban espíritus de castor o sombras de velludo; otros la tenían tan desalmada y aviesa, que debajo de ellos podía suponerse todo cuanto no fuera bueno; los había altos y bajos, anchos y estrechos, de ala recogida y pegada a la copa, de ala tendida y recia como de ave de rapiña, y aun de ala caída y ondulante como de pájaro recién muerto; pero ninguno tan entero, tan sano y nuevo, que pudieran los otros extrañar su compañía, ni él avergonzarse de la de ellos.

Alguno parecía sonreírse maliciosamente por un jirón, capaz de los cinco dedos de la mano; a otro le rebosaban las historias y aventuras por tantas bocas abiertas, que así eran ventiladores por donde entraba el aire a refrescar el cráneo de su poseedor y dueño, como respiraderos por donde llegado el caso pudiera desahogar el excesivo y remanente de sus levantadas y floridas imaginaciones.

De alguno pudiera imaginarse que soles de Africa le habían comido su color y prístina frescura; de otros, que habían visto más de una noche al raso entre los riscos de la sierra en épocas agitadas y hazañosas.

Su postura más común era la de medio mogate; así lo llevaba un individuo enredado en *palabras* con un municipal. Un rizo más negro que sus pecados le caía sobre la frente, haciéndole cosquillas en los ojos; la lengua torpe y las manos más torpes aún, que no conseguían arrollar la desceñida faja por más esfuerzos que hacían, las rodillas dobladas, y el vaivén de péndolas que sobre ellas tenía el resto del cuerpo, manifestaban que su estado moral no era aquel que permite a la razón guiar el rumbo de la persona por caminos derechos y le-

gítimos, sino, por el contrario, un estado anómalo y peligroso de esos que la traen escapada por rodeos y zigzags a dar en aquellos lugares denominados por la gente de manta y guadijeño *trena, gurapas*, o de otro modo tan altisonante y musical.

El celador del orden público, cansado de réplicas y discursos, inició una nueva manera de persuasiva con un empellón mayúsculo, que hizo dar cuatro traspiés al interpelado. Aquel sacudimiento pareció volverle cierta claridad al entendimiento; la mirada que clavó en la autoridad, encogido como un gato y el movimiento con que corrió las manos alrededor de la cintura como buscando *algo*, no tienen descripción posible. En los ojos le relucían hojas de puñales, y en el gesto y en el movimiento convulso de los dedos palpitaban todas las iras humanas.

Estaba *desguarnecido*, y esto sin duda evitó un desenlace trágico a la escena. *La autoridad*, que tenía genio resuelto y entero, y unos puños excelentes para avispar perezosos, le guió entre turbas de indiferentes a paraje donde se le desvaneciesen los vapores de *la mañana*.

Aquel *madrugador* valía un viaje.

De los vendedores malagueños es original el pescadero, no en la persona, sino en la manera incómoda y extraña de portear su hacienda; va ésta en dos como seras parecidas a las que sirven para higos pasos, colgando a flor de tierra de dos guitas de esparto asidas a la sangría de uno y otro brazo; éstos en jarras, los puños en las caderas y allá van los playeros trotando y lanzando alaridos ininteligibles que al oído práctico significan esta o aquella especie de pescado.

Desde la plaza tomé por una calle ancha; su forma indica el antiguo recinto de la muralla; como en Jerez, lo que antes estaba fuera de ella, es hoy casi el centro de la ciudad; aquella calle es la nombrada Carretería. Pasé por una «calle de Granada» y luego delante de una iglesia de Santiago; salían gentes de misa, me detuve a mirarlas y ví que no es usurpada la fama de gracia y de belleza, timbre de las malagueñas; me parecieron sobre todo garbosas y bizarras en el andar.

¿Cómo hay españolas que truecan su mantilla por el sombrero francés? O no tienen espejo, o tienen *otro* consejero menos leal que el cristal azogado.

Tres hermanas iban por la calle de Santiago; las dos eran solteras, la tercera casada. ¿Sabéis quién me lo dijo?, las mantillas; y las mantillas me dijeron también que de las dos niñas una era perezosa y otra diligente, y cuál de las dos andaba enamorada. Y si mi discreción no hubiera salido en mal hora al paso vedándome seguirla, Dios sabe lo que las locuaces y bachilleras mantillas me hubieran contado.

¡Dulce libertad la del viajero! ¡qué cosas él hace, que por todo el oro del mundo no haría donde le conocen! más si tal no hiciera, ¡cuántas observaciones perdería, cuántas impresiones agradables, y qué imperfecto y pobre conocimiento tendría de los lugares que visita!

Todavía encontré en la Alameda y en las calles y plazas de Málaga vasos de colores, arcos, banderas y decoraciones arquitectónicas, restos de las fiestas que en toda Andalucía siguen al Corpus.

Llegué al puerto; había en él poco movimiento; no era entonces la época de la gran exportación de frutas secas, riqueza famosa y principal de aquella provincia. El Mediterráneo parecía un inmenso lago de azogue sobre el cual reverberaba el sol con energía deslumbradora; ni un vuelo de brisa, ni un gemido de ola; allá a lo lejos se descubrían algunas velas inmóviles, como objetos sin vida clavados en el metal líquido.

El cielo no tenía transparencia; parecía una masa espesa de vapores grises, casi negros hacia la parte del horizonte africano; el calor era intensísimo; el polvo aumentaba el cansancio y la fatiga se hacía sentir.

Busqué la sombra; siguiendo a lo largo del muelle que se interna en la mar para abrigo de los buques menores, llegué a la batería en cuyo centro se alza el faro; al amparo de sus merlones me puse a estudiar el paisaje.

La ciudad aparecía delante de mí; situada en llano, seme-

jante en esto a Sevilla, todos sus tejados aparecen a un nivel, dominados por la masa orgullosa y maciza de la Catedral. El caserío uniforme y modesto se ampara humildemente de la fría majestad del templo; a la izquierda veía las faenas de la carga y descarga y el movimiento de hombres y carretas bajo los vastos almacenes de la ríbera; a la derecha Gibralfaro, con sus cintos de nopales y su castillo en la cima renovaba a mi imaginación la idea de los paisajes africanos. Las manos que sucesivamente se han ensayado en ella no han quitado a la vieja fortaleza su primitivo carácter moruno; todavía conserva sus agudas almenas y alguna de sus poderosas torres; allí está como atalaya, encaramada sobre un calvo peñasco, avizorando el mar y espiando con ojo inquieto su azul llanura. ¡Quién sabe si espera todavía ver aparecer en ella la bandera verde de los Almoravides!

En la falda del monte serpentean lárgas fajas de higueras chumbas, que esparcen sus espinosas pencas, como empalizadas naturales que completan la fortaleza del lugar, defendiendo sus aproches. Sus colores verdes, esmaltados aquí y allí de flores amarillas, cortan la aridez y monotonía de las rocas tostadas y polvorosas.

Los montes envuelven este cuadro, tendiéndose en anfiteatro por el fondo y avanzando por uno y otro lado hasta morir en el agua. Al pie de ellos, a regular distancia de la ciudad, se ven altas chimeneas, obeliscos del siglo, que, así como sus antecesores señalaban en el desierto la hora, señalan ellos el adelanto y prosperidad industriales de los pueblos. Aquellas son las fábricas de fundición de hierro, los molinos de azúcar, que llevan a lejanas costas el nombre de la industria malagueña; al pie de sus embarcaderos se balancean siempre mástiles de buques, indicio de la potente vida y movimiento de aquellas industrias.

Los montes de Málaga desde el mar parecen áridos y pelados; sin embargo, en sus lomas crecen la viña de opulentos racimos y granos de ámbar; la higuera, cuyo fruto destila

miel sabrosa, y a la par templa la sed y calma el hambre.

Por cima de los tejados se ve medio escondido entre las desigualdades y senos de aquellas feraces alturas, un nido de verde y gayo follaje: es el cementerio. ¡Extraño detalle! Lo que aparece con más vida y más alegría en aquellos contornos, es el recinto de la muerte. La vista fatigada de la luz, abrasada por la reverberación del agua y de las piedras calcinadas, descansa con placer en el fresco verde de los sauces y los cipreses. ¡Cuántas vidas van así por el mundo, sin hallar reposo ni consuelo hasta yacer a la sombra del árbol funeral!

En el centro del día quise continuar mi vuelo por Málaga; vana empresa: ¡quién caminaba en aquel aire abrasado, bajo el peso de aquel sol canicular! Los mismos trabajadores del muelle dormían a la sombra.

A las seis salimos en la diligencia de Granada; pasé por el sitio del Mercado, todo había desaparecido; como los despojos después de la batalla, algunos restos vegetales señalaban el lugar tan lleno de animación y vida por la mañana.

Caminábamos envueltos en una nube de polvo, que nos abandonó cuando íbamos ya subiendo la montaña. Entonces veíamos de cerca los viñedos y huertas que de lejos no aparecían.

El camino describe interminables zigzags, desde cuyas vueltas se ve Málaga a vista de pájaro, y se descubre una extensión vastísima del Mediterráneo. Al anochecer llegábamos a la cumbre; las luces se esparcían por la ciudad, que desde aquella distancia, perdida en la sombra, semejaba un papel abrasado donde vagan sutiles y caprichosas infinitas pavesas antes de extinguirse por completo.

Desapareció el mar; entramos en angostos desfiladeros y gargantas, país propio de bandoleros y aventuras. Los recuerdos del mercado de la mañana fomentaban semejantes ideas, y en los sueños interrumpidos por los tumbos del carruaje me aparecían sombras de faja desceñida y sombrero a medio mogate.



XV

Loja.—Vega de Granada.—Santa Fe.—Sierra Elvira.—¡Granada!—Fatiga.—Bajo los árboles.—Puerta Judiciaria.—La llave y la mano.—Un erudito y un poeta.—El palacio de Carlos V.—Torres y muros.—*Nelly and Mina.*—Nueva leyenda.



CLAREABA el día cuando pasábamos por Loja. Este pueblo está apostado en el seno de dos recias lomas, a la sombra de un escueto peñón; desde él se baja hacia la vega de Granada.

¡Loja! ¡Mal curada llaga abierta en el flanco de la patria, y de cuya cancerosa boca la amenazan dolorosos y mortales padecimientos.

¡Loja! ¡Tristes memorias y recientes duelos despierta tu nombre, para ahuyentarlos, para impedir que una nube dolorosa oscurezca mi fantasía y vierta sobre mi pobre y descolorida relación su sombra opoca, acudamos a la poesía. ¡Oh, cuántas veces la poesía con sus mentiras halagüeñas enjuga la sangre y calma el dolor de las heridas de la historia! ¡Cuántas veces

como un rayo de alegría ahuyenta y disipa los agoreros nublados del porvenir!

En Loja pone Zorrilla la cuna de su creación angélica, de Moraima la esposa de Boabdil.

Moraima, la flor de Loja,
la azucena de Ali-athar,
la gacela de ojos garzos
cuyas niñas de azul cielo
eran fuentes de consuelo
para el viejo militar.

Cuando el tiempo haya desplegado sus nieblas entre el poeta español y los lectores de su poema; cuando la leyenda haya confundido la existencia del héroe con la del bardo que le celebra, y las almas apasionadas busquen la pasión y los sentimientos del cantor en los sentimientos y la pasión de sus personajes, nadie pasará aquellos lugares sin dar un recuerdo a la amorosa y desgraciada reina, a la blanca paloma,

al lirio blanco del peñón de Loja.

En Loja vivió también el Gran Capitán, separado de la corte por el ánimo mezquino del rey Católico. De allí fueron a sacarle el voto de la nación y el clamor del ejército vencido en Rávena para los aprestos de una expedición que restaurase el empañado brillo de las armas españolas en Italia; pero la celosa suspicacia de Fernando V no permitió esa ocasión de nueva gloria al ilustre guerrero, y tan pronto como pudo hallar un pretexto en la disolución de la liga del Papa y Venecia y sus paces con Francia, ordenó suspender los preparativos y licenciar las tropas. El viejo corcel de guerra se había rejuvenecido; había sentido renacer el antiguo brío con la esperanza de nuevas lides; un desengaño más fué lo que recogió en vez de laureles.

Tan duro fué y tan amargo que envenenó sus días y acercó el término de ellos.

Rindiendo a Loja comenzaron los Reyes Católicos la postrera campaña contra los moros. Boabdil acudió a defenderla y peleó con denuedo, pero en vano; había nacido con mala estrella, era destino suyo asistir a la ruina de su gente; un hado adverso le acompañaba y todas sus empresas tenían término funesto: por eso le llamaba su pueblo el Zogoibi, *«el desventurado»*.

Allí empieza la sangre; el llano que se extiende a los ojos sería un lago rojo si toda la que allí se ha vertido sucesivamente se juntase en una misma hora.

No hay en aquel valle un tronco viejo ni una peña que no hayan visto una agonía o una hazaña. Campo de batalla, arena de torneo, tela de combates singulares, al acercaros a él con la mente fija en la historia, esperáis oir el clamor de las trompetas, el ruido de los aceros, o el salvaje lelí sarraceno, tremendo grito de guerra lanzado por los escuadrones árabes al entrar en liza.

Nada de eso oís; pero la luz de la mañana, disipando las creaciones de la fantasía, os muestra el espectáculo real de una hermosa naruraleza.

El camino desciende, el terreno es desigual y onduloso, desgájanse arroyos de las escuetas pendientes, y en el fondo de los barrancos bullen las hojas de los olmos y los chopos.

En llegando al llano, los torbellinos de polvo envuelven el carruaje, cegando los ojos y oscureciendo el paisaje. Sólo a intérvalos puede apreciarse su amenidad y frescura.

En fin, penetramos por una calle de casas regulares y bien construídas.

¡Santa Fe! ¡El pueblo prodigioso! Fe tenían en la grandeza de su misión, fe en el cielo que los amparaba, fe incontrastable y ciega, la fe que no vacila ni retrocede. Por eso dieron aquel nombre al campamento reedificado no de lona, sino de piedra. Así decían a sus soldados: no daremos tregua al hierro hasta haber vencido, así a los hijos de Agar, sus enemigos: no os alucinéis con esperanzas engañosas, hemos llegado a las puertas

de Granada, y no retrocederemos sin que Granada sea nuestra, aquí clavamos nuestra bandera, y para que el tiempo no la abata le damos un pedestal de mármol, duro como nuestros pechos, firme como nuestra constancia.

Cuando estas nuevas llegaron a la ciudad de Alhamar, el miedo penetró en los corazones y brotó en lágrimas por los ojos. Entonces se oyó por todos los ángulos aquella voz profética y siniestra: «¡Ay de Granada!», que helando los corazones más valientes aflojó los brazos para la lucha y quebró las armas para la defensa.

Santa Fe tiene un aspecto triste. Era domingo, y el pueblo entero estaba en la carretera. Pero los temblores de tierra agitan a veces aquel suelo volcánico; los rajados dinteles, los arcos hendidos de robustas casas son huellas de su estrago; el terror aleja algunos habitantes, y esa ruina prematura, causada antes por el desamparo que por el tiempo, imprime a las poblaciones honda tristeza.

Ya debíamos ver a Granada: estábamos muy cerca, habíamos visto olas del Genil, que minutos antes habían pasado a los pies de la sultana, saludándola con su murmullo en los albores del día.

Pero el sol asomaba fúlgido y ardoroso por encima de Sierra Nevada, y las nieblas de la llanura, huyendo sus rayos que les traían la muerte, se atropellaban buscando la sombra de los montes. Subía el astro poderoso, dominando la cumbre, y su luz se derramaba, cercenando la sombra. Las nieblas, reducidas al último apuro, próximas a ser absorbidas en un rayo, se apretaban y reunían al pie de la misma sierra dominada por el sol, y entre sus enredados velos escondían la ciudad tendida en el llano, y el cerro coronado por su alcázar.

Era hermosa esa lucha disigual entre la luz y la niebla.

Vencedora aquélla, se esparcía ufana por la vega, inundándola de alegría: bosques, casas, pueblecillos, campos de cáñamo que hacía ondear la brisa, cubren el suelo; la voz de las aguas suena dentro de la espesura; a cada paso se ve saltar

la vena vigorosa de un manantial, y brillar al sol los cristales de una fuente. Un arroyo bullicioso y precipitado corre a lo largo del camino.

A nuestra izquierda se alzaba un monte de siniestra fisonomía, cárdeno, tostado, desnudo, calvo como la roca y árido como el desierto; le llaman Sierra Elvira. ¡Qué constraste ofrece en aquel paisaje lleno de verdor y de frescura! ¡Tierra abrasada por el rayo, parece la urna donde se oculta el fuego subterráneo que a intérvalos conmueve y sacude la comarca! Tal debió ser la tierra recién salida de la nada, masa ingente, deforme, carbonizada a trechos y a trechos roja como el ascua, triste, ceñuda, antes que la mano de Dios desplegara sobre ella su alfombra de vegetación, cubriendo su áspera desnudez con rico manto de hojas y de flores.

En fin, descubrimos a Granada. Su línea de tejados ondeaba en el polvoroso ambiente, y sobre ella se levantaba serena y grave la oscura mole de la catedral.

Dos cerros la abrigaban. En uno de ellos flotaban los vapores de la mañana, entre los cuales, y sobre copas y ramas de árboles, asomaban torres, almenas y un cinto de murallas tostadas por los soles de cinco siglos. Así, envuelta en nieblas ha llegado a nosotros la historia del pueblo que las edificó; así las veíamos todos cuando jóvenes, y vió nuestra imaginación pasar a través de la bruma las heroicas figuras de sus habitadores.

Porque aquel cerro es la Alhambra, y aquella torre cuadrada, robusta, avanzada sobre el precipicio y en cuyo terrado cuelga una campana, es la torre de la Vela.

La voz de Granada, el pregonero de sus leyes, el clarín de de sus peleas, el alarido de sus rebatos, el clamor de sus victorias, el ¡ay! de sus desastres, ¡la campana de la Vela! ¡Quién no se ha figurado su tañido solemne, sonando siempre en los días señalados de la ciudad!

Pertenece al número de esos objetos dibujados con tanta precisión por lo profética fantasía, que en viéndolos, son reconocidos desde luego sin necesidad de ajeno aviso.

Paró la diligencia en una ancha calle, Carrera del Darro, desde donde se veía la toca blanca de Sierra Nevada, magníficamente iluminada por el sol. El cauce del río estaba casi seco, su escaso raudal desaparecía sumido entre las piedras.

—¡A la Alhambra!—dije al primer individuo que se llegó a ofrecerme sus servicios, y tomamos con paso resuelto el camino.

Las fondas principales están en la Carrera del Darro; pero yo sabía que también en la Alhambra hay lugar donde hospedarse, y deseoso de vivir con mis recuerdos árabes y cerca de sus memorias el breve tiempo que podía permanecer en Granada, prefería este hospedaje a cualquiera otro, cualesquiera que fuesen sus ventajas.

Las calles de Granada estaban pobladas por ociosos del domingo; conversaban al sol, y yo, que sentía dolorosamente el rudo peso de sus rayos, miraba con envidia la resistencia de aquellos hijos de árabes, que no le temían ni esquivaban.

Morenos son los hijos de Granada, morenos de un moreno muy subido. Sus ojos parecen dos chispas encendidas en un carbón frío, y bajo la piel tostada se ve correr una sangre cálida e impetuosa. Vigorosa raza, cuya apostura marcial revela su descendencia de progenitores soldados.

Los labradores de la vega tienen ese tipo más marcado aún que los moradores de la ciudad: altos, enjutos, recios, la lanza y el escudo convendrían mejor a sus manos que la esteva y azada.

Atravesamos la Plaza Nueva, bajo la cual pasa el Darro. A la izquierda dejamos un noble edificio; mi guía dijo que era la Chancillería; a la derecha arranca una agria cuesta, cuya subida emprendimos; su nombre es calle de los Gomeles. Guerreros africanos de Vélez de la Gomera, que habitaron en ella, la dieron nombre; ya estábamos en la morisca Granada.

Sobre el cansancio del camino y la molestia del polvo, la fatigosa ascension hecha al *paso ligero* me abrumaba; el sol caía perpendicularmente, cubriendo de luz todo el ancho de la calle

y nos abrasaba; a pesar de todo, yo corría; creo que era una excitación nerviosa más que mi voluntad la que me llevaba.

Eso sucede con frecuencia al caminante; las alturas ejercen idéntica atracción que el abismo, al pie de los montes un afán vago se apodera del alma y un deseo impetuoso de trepar por su falda y dominar su cima, y comenzada la subida, cuanto más cercano está su término, mayores son el afán y el deseo. Es la atracción de los grandes horizontes el perpetuo imán del infinito, testimonio del origen celeste del alma humana y prenda de su futura suerte.

Entonces, además de esa causa, el término de la subida era el de dilatadas esperanzas, la realidad de viejas y largo tiempo acariciadas ilusiones; no cabe extrañar mi impaciencia, mi agitación, mi apresuramiento.

Un arco toscano, almohadillado, de piedra gastada y cenicienta apareció delante de nosotros, destacándose sobre esa sombra transparente y oscura de los bosques; por encima del frontón subían altísimas y espesas bóvedas de follaje; de la profunda masa de verdura salía un ambiente delicioso y fresco.

Le aspiré con ansia, y me precipité en sus ondas suaves y halagadoras; pasé la Puerta de las Granadas, y me hallé en los bosques de la Alhambra.

Adiós fatiga, adiós cansancio, adiós tensión ardorosa del espíritu y febril agitación del cuerpo; todo se calmó. Como las aguas del océano, aquellas ondas de aire puro, generoso y vivo, encierran la misteriosa medicina de la salud y del sosiego.

No son viejos los árboles; sus troncos sanos y potentes se lanzan rectos, firmes y altivos a soberana altura, y esparciendo en ella sus ramas hojosas tejen la bóveda trémula y pomposa, desde la cual como lejanas armonías del cielo, caen sobre el caminante el son de las brisas y el canto de los pájaros.

¡Oh paz serena de los bosques!

El ancho camino, como el álveo de un río seco, pasa entre dos ásperos declives; el agua que baja del cerro del Sol y de las alturas vecinas suena entre guijas, y se despeña en jugue-

tones arroyos; una tosca taza de granito, en medio del camino, otra más arriba, la reciben y detienen para ofrecerla al sediento, llamándole con la limpia voz de su vena saltadora.

¡Cuántas cosas hay en el agua que corre, en el ramaje que murmura y en el aura que vuela! ¡Cuántas cosas hay, manantiales de placer íntimo, tesoros de poesía dulcísima, que la indiferencia humana desdeña o menosprecia! Tiene, sin embargo, toda existencia un día en el cual, hecha más sensible por el dolor o la pasión, comprende esas cosas, y las busca. Y escucha embebecida esas eternas voces de la naturaleza; no entiende su acento, pero ellas despiertan ecos dormidos, que son para el alma nueva luz y nueva vida.

Los rojos muros de la Alhambra se descubren a trechos entre las hojas. Así vislumbré la Puerta Judiciaria, y la torre de las Cabezas; llegamos a la de los Siete suelos, donde la ancha avenida toca al recinto de la fortaleza. Al pie de ella, con el nombre de la torre hay una hospedería y en ella me alojé.

Un cuarto modesto y un comedor, tienda de campaña al aire libre, cenadores donde leer o escribir durante las horas de calor, la Alhambra a un paso, los bosques en torno, ¿qué más podía desear?

Sin tomar treguas fuí a mi objeto, a la Alhambra; siguiendo la alameda que costea el muro, dejando a la derecha una áspera subida que por él penetra, y en la que gallardean los más hermosos chopos de Lombardía que he visto, llegué a la Puerta Judiciaria. Es una bella torre en la cual se abre un arco de herradura, dentro de un cuadro de ladrillo, con dos ventanas en lo alto; en la clave del arco hay un brazo grabado con la mano extendida hacia arriba. ¿Qué símbolo es aquel? No menos misteriosa parece la llave esculpida sobre otro arco interior que forma la verdadera puerta.

El padre Juan de Echevarría, en sus *Paseos por Granada*, obra de erudición copiosa, de indigesto estilo y penosa lectura, dice acerca de aquellos emblemas lo siguiente:

«Este símbolo (la llave) sirve también entre los moros de

significar lo que entre nosotros las llaves de San Pedro. Esto es, la potestad de abrir el Cielo a los Justos, y la de perdonar los pecados, atribuída principalmente a Dios, y como en segundo lugar con potestad plena a su Legado. Esto se funda también en otra sentencia de la Sura *Homines* contenida en esta cláusula: *Por ventura no es Dios Misericordioso y Poderoso para los creyentes a él, y aun para los escripturales, y no le dió a su Legado, el poder del Cielo encima, y del fuego debaxo, y la llave con potestad de Portero, para que le dé despues de él a los que eligiere?*»

«Pero estas significaciones son universales para todos los árabes, y tal vez no sería el ánimo de Juseph Abulhaggehg quando mandó esculpir ahí esa Llave el que tuviese esta significación tan universal. Tiene otra más particular, y muy del intento. Es la Llave blasón particularísimo de los Moros Andaluces, y luego que se señorearon de España, tomaron por insignia la Llave, y a Gibraltar llamaron *Giblaltath*, esto es, *Monte de la entrada*, ya porque creen que es la Llave de aquella puerta por donde el océano entra en el Mediterráneo, y ya porque fué para ellos como llave que les abrió la puerta para la posesión de este Reino.»

Y de la mano:

«Tiene la mano entre los árabes tres significaciones misteriosas. La primera, la Providencia de Dios, que con larga mano derramó sobre ellos sus beneficios, y mayormente las más grandes victorias y progresos de sus armas.

»La segunda significación de la mano es la ley, porque es un compendio hieroglífico de ella. La mano está compuesta de cinco dedos, y cada dedo de tres junturas, excepto el pulgar, primer dedo, que está compuesto de solas dos, y todos estos dedos están reducidos a la unidad de la mano de quien salen, como de origen y fundamento... La ley de los mahometanos tiene cinco preceptos fundamentales: el principal, *creer en Dios y en su Legado;* el segundo, *orar;* el tercero, *dar limosna;* el cuarto, *ayunar el mes Rahmadan*, y el quinto, *visitar el templo*

de Meca y el de Medina. Cada uno de estos cinco preceptos tiene tres inteligencias.... excepto el primero que no tiene más de dos, que son obra y corazón, porque palabras no valen en la ley de Mahoma. Ahora todos estos preceptos e inteligencias salen como de principio y origen del primer principio, y origen del primer fundamento, y basa de la religión, que es la unidad de Dios, confesión que siempre traen en la boca. *La Ela Alah. No hay Dios sino Dios.* Esta unidad de Dios, que dicen es el poder mismo, y aunque con estas solas palabras han obrado todas las maravillas del mundo, es la mano, los cinco dedos, los cinco preceptos, y las catorce junturas, los catorce modos o inteligencias de éstos.

»La tercera significación es supersticiosa: creían los árabes y creen que la mano, que por su estructura tiene la significación que acabo de decir, si se le daba ciertas y ciertas figuras, y esto obrándolas bajo de ciertas constelaciones y ascendentes de los planetas, era un poderoso defensivo para mil adversidades; mayormente figurada de llano, como está la de nuestra conversación, dicen tiene virtud de enflaquecer las fuerzas de los enemigos; por eso la pondrían así sobre esta puerta de la Alhambra, para que sirviese así también de defensa.»

Según las tradiciones árabes, aquel talismán guarda la existencia del alcázar; subsistirán su poder y sus muros en tanto que la mano no llegue a tocar la llave.

¿Habéis leído *El Astrólogo árabe* de Washington Irving? Pues en él encontraréis el origen y el misterio de aquellos emblemas. No lo buscó en los recónditos arcanos de la teología muslímica, sino en los de su propia imaginación poética, y a fe que más halaga y satisface su cuento al viajero, que el grave discurso de los doctores e intérpretes del Corán.

Washington Irving, que vivió muchos meses en la Alhambra; ¡ah dichoso!, que recorrió sus torres y galerías a todas horas del día y de la noche; que pudo ver las sombras que las habitan y conversar con los espíritus que las pueblan, es un excelente compañero para visitar aquellos lugares.

Id con él, veréis qué vida toman las piedras y los ladrillos, y qué interés os inspiran los rotos muros y los quebrantados ajimeces.

Entré por la puerta Judiciaria; dentro de ella hay un retablo de la época de la conquista. Los antiguos dominadores de aquella tierra, eran tan verdaderos señores de ella, la ocupaban tan de veras y con autoridad tan arraigada y firme, que sus vencedores no creían poseerla y heberlos arrojado de allí, sino poniendo en cada rincón, en cada pared un testimonio de la nueva soberanía y del nuevo culto. Una imagen, una cruz en las torres, en las columnas, hasta en los sepulcros, son tanto la consagración de lo infiel, como el sello de los nuevos señores.

Atravesé la plaza de los Algibes; alrededor de sus brocales aguardaba el turno para llenar sus cántaros y garrafas buen número de aguadores; los algibes de la Alhambra templan la sed de media Granada. Yo pensaba: ¿era esta costumbre hija de un cuidado paternal o de la tiranía? ¿Los reyes moros acudían a aquella necesidad de su pueblo por instinto generoso, o la explotaban guardando en su mano el medio de satisfacerla o excitarla, como medio de represión y castigo en casos determinados?

Pero el agua, si no tan limpia y regalada como la que custodian los muros de la Alhambra, brota y corre en la ciudad por todas partes, y sin los dos ríos, turbios a menudo y cenagosos que la bañan, tiene en sus cercanías copiosos y cristalinos veneros. Deseché, pues, la idea ruin y mala, para aceptar la buena y generosa. ¡Ojalá pudiera hacerse siempre lo mismo, y pensar el bien con tan seguro convencimiento!

El noble palacio de Carlos V mostraba enfrente su bella arquitectura y el soberbio color de sus paredes. ¡Qué admírable pintor es el tiempo! Los mármoles de Carrara y Macael, los jaspes oscuros, la serpentina y la piedra gris de Sierra Elvira han fundido sus tintas en una entonación general maravillosa. ¿Es aquello oro o fuego?

Es un color encendido, caliente, rojo, vigorosísimo, que sobre el vigoroso azul del cielo se destaca con energía asombrosa.

El orden jónico domina en la construcción con perfecta hermosura de líneas. Pedro Machuca fué su arquitecto; hombre de gusto exquisito, eligió el más elegante de los órdenes grecorromanos. Sin duda había estudiado en Roma y en los restos del anfiteatro de Marcelo. No concluyó su obra, pero dejó la traza y planos de ella. La unidad de sus proporciones y ornamentación parece revelar que todos los artistas que trabajaron en ella siguieron un pensamiento único y primitivo.

El ornato de las dos fachadas de poniente (que es la principal) y mediodía, simboliza las victorias del emperador por mar y tierra. Bellas estatuas, delicados medallones, genios y victorias, guirnaldas y trofeos contribuyen poderosamente a su regia majestad y belleza.

Pero ved la suerte de las cosas.

Aquel edificio, que en otra parte sería objeto de admiración y aplauso, concita allí en contra suya las iras y la indignación de los viajeros. Es que para hacerle lugar mandó el César demoler el palacio de invierno de los reyes árabes. Apasionadas por los vencidos, no toleran las generaciones modernas, que el vencedor abusase hasta semejante extremo de la victoria, borrando la huella interesante de sus enemigos bajo la suya orgullosa y ufana.

El emperador pudiera haber tenido presente lo que dijo al cabildo cordobés, cuando éste maltrataba la mezquita de Abderahman, para construir una iglesia.

El anatema de los hombres confirma el rigor del destino. La obra cristiana no llegó a verse terminada, y antes de ser edificio, fué ruina. Ese castigo de su soberbia, si soberbia hubo, debiera bastar a nuestro enojo.

Otra circunstancia hubo en su fundación, más dolorosa que el derribo de la obra árabe. Amenazados los moriscos de confiscación de bienes y de dura persecución, acudieron a Carlos V

ofreciéndole 80.000 ducados para que moderase el riguroso decreto. Compraron, pues, la conservación de su propia fortuna y el uso de su traje nacional, y parte de la venta se empleó en a construcción del palacio. ¡Cuántas lágrimas, cu ánto sudor, cuántos afanes para contribuir al estipendio! Todo está enterrado en aquellos cimientos... Pero si al estudiar los grandes monumentos erigidos por príncipes examináramos lo que costaron al pueblo, ¡qué pocas veces haría la admiración callar la compasiva y doliente voz del alma!

No me distraje entonces como me distraigo ahora, no me detuve a examinar la obra de Machuca, ni medité sobre su suerte e historia. No eran los cristianos los que yo buscaba allí, no eran los afortunados vencedores; eran los musulmanes, sus recuerdos, los vestigios de su larga morada, los recuerdos de su historia, sus quebrantos, sus reveses y, para decirlo de una vez, su desgracia.

Hay en el corazón humano una fibra que late siempre por la desgracia. El egoísmo, el interés personal la sujeta y obliga a enmudecer; en la vida práctica sigue el hombre a la fortuna, y en pos de sus resplandores corre ciego y humilde; pero en la vida del pensamiento, en la esfera del espíritu, donde no tienen acción aquellos instintos miserables, su simpatía, su interés, acompañan siempre a la desventura. Se enardece quizás y se exalta con la victoria; pero busca al vencido, compadece su desdicha y siente sus miserias.

Así los poetas, ecos leales, acaso a pesar suyo, del sentimiento, cuando cantan la lucha de dos pueblos, aun cuando pertenezcan al vencedor, aun cuando se esfuercen en pintarle con lisonjeros y brillantes colores, siempre dejan al vencido la palma del interés y de la simpatía.

La gloria deslumbra, pero el infortunio enternece.

¿Quién sabe si la compasión no procede también de egoísmo? Admiramos la gloria como cosa suprema, difícil, excepcional, a la que es vano pretender sin el genio que la crea o la conquista; pero la adversidad es tan común y tan fácil, la ve-

mos tan próxima! Anda entre nosotros, frecuenta nuestros umbrales, llama a nuestra puerta, quizás pronto se sentará en nuestro hogar. Las ajenas lástimas serán propias mañana, y al llorarlas en el prójimo pretendemos el derecho de que luego las llore él en nosotros.

Una rampa que baja a lo largo de la fachada septentrional del monumento cristiano guía a la puerta del monumento sarraceno. Estaba cerrada, llamé, abrió el portero. Distinguí a través de los cristales de una puerta setos de arrayanes en el patio, alicatados y ajimeces en las paredes.

Estaba a la puerta del paraíso de mis deseos, un paso más y los realizaba.

El hombre de las llaves me detuvo: era día festivo, y el palacio árabe no estaba visible. ¿Comprendéis mi desilusión y mi asombro primero, mi indignación en seguida y mi conformidad después? Tenía que esperar al día siguiente para entrar.

¿Qué había de hacer? Lo que el amante desorientado y confuso que viene en alas de febril impaciencia a ver a su amada, y viene revolviendo en su memoria la felicidad y el contento que le esperan, y lo que *la* dirá y lo que *ella* le responderá, y mil cosas placenteras, risueñas, embriagadoras, y que llegando a su puerta le dicen que no puede *verla*.

¿Qué hace entonces? Resignarse después del enojo y la desesperación del primer momento, alzar los ojos al cielo y rondar melancólicamente las sordas y mudas paredes que le ocultan y roban su amada.

Eso hice yo; salí del recinto desalentado y triste; pero ¡providencia de Dios! ¡qué compensación encontré luego!

Subí hacia la Peña-partida; entre los muros de la Alhambra y el cerro de Generalife se abre un camino estrecho, torcido, pedregoso; Zorrilla lo ha descrito:

Parece el lecho de un río
que dividió en otro tiempo
el palacio y el jardín.

A su entrada pasáis bajo un arco alto, gallardo; musgos y zarzas le cubren, y entre sus desnudos sillares gotean hilos de un agua helada y diamantina: son del raudal que por cima del arco baja de los montes a alimentar las fuentes del Alcázar.

Aquel camino solitario siempre, inundado de sol, cuyas dos paredes son el murado recinto de la Alhambra, y las higueras, los laureles, las madreselvas y gayombas que erizan la colina de Generalife, es un manantial de poesía.

Cada paso en él resucita una sombra, cada ruido una tradición. Aquella hendidura profunda de la muralla es la señal de la espada de un Ponce de León; irritado porque los guerreros granadinos no respondían a su reto, llegó hasta el muro y descargó su cólera sobre la insensible piedra; más abajo está la torre de las Infantas; desde sus ajimeces tendían la vista y el oído las princesas moras buscando con el alma la presencia y la voz de sus enamorados paladines; Irving os contará esa dulce historia; luego la torre de la Cautiva, su nombre sólo os detiene al pie de ella, ¡quién sería la triste prisionera! ¡por qué dió nombre a su calabozo!; ¡la torre del Candil! miradla con respeto, y no os aventuréis en sus cercanías cuando la noche es oscura; sangrientos fantasmas, espectros vengadores la habitan, y mientras el mundo duerme, lanzan su lúgubre alarido, y desde su terrado alzan al cielo los impalpables brazos!; llegáis a la torre de los Picos, doncella coronada, radiosa figura cuya delicadeza y hermosura han respetado los huracanes y terremotos. Descansad a sus pies; la salvaje maleza del cerro frontero os dará sombra para que podáis contemplar a sabor el gracioso y peregrino edificio. Se levanta sobre el abismo, dominando el recinto de la fortaleza; el almenaje de su frente se recorta en la azul atmósfera, tiene un airoso ajimez sobre el seno como escudo de su linaje, y a sus pies ondean acariciándola los atrevidos chopos, cuya erguida cima apenas alcanza al cimiento de la torre.

Aquellos muros, aquel cielo, aquellos árboles, el sol, el silencio, la soledad, y allá abajo la ciudad tendida, y a vuestros

pies el Darro que solloza y se revuelve dentro del cauce como un prisionero indómito, mal resignado a la cadena; ¡qué inexplicable vista!, ¡qué espléndida hermosura! ¡qué magnífico y sin igual paisaje!

Id allí los que sentís la poesía, los que comprendéis esos misterios infinitos de la luz y del aire, de la piedra y de la hoja, del recuerdo y de la ruina. Id al áspero y desigual camino, pasead por él vuestro espíritu codicioso de armonías, y veréis, veréis qué ambiente os rodea, qué aire mágico de nueva vida resucita lo pasado y lo despliega a vuestros ojos en inmenso y luminoso panorama!

Volví de mi paseo con la cabeza llena de poéticas imágenes, de cautivas cristianas, de princesas fugitivas, encantos y sortilegios. Cuando llegaba a la fonda de los Siete Suelos, todas esas creaciones de la fantasía tenían para mí existencia histórica, y sin perder nada de su esencia maravillosa, habían ganado aquel interés que para el hombre tiene cuanto pasó y vivió sobre la tierra misma que él pisa.

Los cenadores de celosía de caña dominan la avenida desde su terrado, que sostiene un muro de ladrillo con postes coronados de macetas, y un barandal de madera que sirve de pretil.

Sentada junto a una mesa ocupada con libros y recado de escribir, una joven inglesa leía; digo desde luego inglesa, como lo hubiera dicho cualquiera de mis lectores; la nacionalidad británica es una de las más acentuadas en la sangre. Sobre la mesa tenía un sombrero de paja de anchas alas, como si acabase de llegar de un paseo, y en el pecho un ramillo de flores silvestres, botín probable de aquella campaña. Yo no veía su rostro, pero admiraba la elegancia y soltura de su talle.

La voz de otra joven, vestida de igual manera, que salió de la casa y vino al cenador, la distrajo de su lectura. Comparando los rostros como los trajes, adiviné que eran hermanas. La primera era la mayor, tipo inteligente y vivo, de esos en que, bajo una ligera expresión de alegría, aparece la llama

oculta de los grandes sentimientos. La segunda era una niña todavía; la savia de su juventud, la energía de su vitalidad se revelaban en una espesa mata de pelo, oro mate, difícilmente recogida sobre la nuca; sus ondas poderosas rebosaban de la red que las envolvía, y con sus rizadas puntas acariciaban el cuello y las mejillas.

Mas adelante vi la fascinadora belleza de sus ojos, color de mar, profundos como él y claros, donde brillaban con fúlgidos destellos la nobleza y la candidez.

Al pie del terrado, sobre el camino, jugaban unos andrajosos pilluelos. Era mártir de sus juegos un pobre mirlo negro que los sufría callando, batiendo a ratos las alas, y mirando al cielo con sus grandes ojos finos y negros.

Los tormentos del pájaro arrancaron a la niña una exclamación de pena, y llamando a los muchachos, se lo cambió por algunas monedas: era librarlo de la muerte.

¡Qué mudanza de suerte! De las manos callosas, negras y mal intencionadas de sus verdugos primeros, pasó el mirlo a otras blancas y suaves que le acariciaban, y le subían hasta un tierno regazo que le abrigaba y defendía, hasta unos dulces y rojos labios que le cubrían de besos!

En aquel lugar, ante semejante escena, no era difícil a la imaginación más pobre forjar una historia, añadir una leyenda a las que brotan del recinto de la Alhambra.

He aquí la leyenda:

«Érase un príncipe valeroso y desgraciado; infames y poderosos encantadores le perseguían, y una hada benéfica le amparaba. Pero comúnmente sucede que los malos tienen mayor astucia y sabiduría que los buenos: a éstos les basta su rectitud para obrar; los otros, como van siempre por caminos torcidos y malvados fines, necesitan valerse de toda especie de armas, y, procurándoselas, aguzan el ingenio y cobran práctica y destreza.

»El mundo de los encantadores se parece en esto al de los encantados.

»La hada, después de luchar con los perseguidores del príncipe y de oponer encantos a encantos, no había conseguido otra ventaja que la de impedir por un eficacísimo conjuro que pudiesen nunca darle muerte.

»¿Para él era esto una gracia o un castigo? Porque ¡ay! el noble príncipe, prisionero de sus enemigos, gemía en la cárcel lóbrega, donde no le escaseaban amarguras y padecimientos. Atormentaban su cuerpo con golpes y trabajos, su espíritu con ultrajes e improperios; no veía término posible a su cautividad, fuera de la muerte, y la muerte en tal caso le hubiera parecido el mayor de los beneficios.

»Pero es tan triste ver morir a un joven, renunciar a todas las promesas que hay en su mirada, en su valor, en su confianza, que la maga había cedido a todo, con tal de conservarle la vida.

»El príncipe tenía melodiosa voz, y cuando cantaba, los que pasaban se detenian al pie de la torre a escucharle. Hízose popular el canto del prisionero, y agudizó la curiosidad de las gentes; acudían a la prisión con el único fin de oirle; principiaron las comadres a referir historias, y poco a poco se fué levantando un sordo rumor de queja contra los que tenían en cautiverio tan maravillosa garganta.

»En vano los encantadores trataron de contradecir la fama pública, dando a entender que el preso era un gran malvado, cubierto de crímenes; en vano le llevaron de mazmorra en mazmorra a un calabozo escondido en los cimientos de la prisión. La verdad de su suerte trascendía fuera, sin saber cómo, y asi mismo trascendía su canto prodigioso saliendo de las entrañas de la tierra.

»Al cabo los más resueltos del pueblo, irritados del suplicio de un inocente, azuzados por las mujeres que sabían, ignórase cómo, que el prisionero era un hermosísimo príncipe, dieron en moverse y agitarse hasta tal punto que los encantadores temieron, y reunidos en consejo determinaron deshacerse del preso, ya que no podían matarle.

»Poseían un sortilegio para mudar los hombres en pájaros, cuyo sortilegio no podía ser vencido ni deshecho sino por la mano inocente de una doncella que hubiera visto, aquí entra lo maravilloso, nacer el sol en Occidente.

»Resolvieron usarlo, y para alejar las probabilidades de que el encanto fuera algún día roto, buscaron de los pájaros canoros el más esquivo y zahareño, el mirlo negro; y trocando en su forma la del príncipe, le abrieron la reja y le dejaron volar.

»Decían para sí los menguados: ¿cuándo tendrá una doncella ocasión de poner la mano sobre esa ave salvaje, a la que sólo llegan la garra del milano o el tiro del cazador?

»El mirlo vivió en los bosques, solitario y triste; era el único de su especie que no tenía amores; era también el único que sobrevivía a la desastrosa estación del otoño.

»En esa época del año los mirlos enamorados, buscando sombra más tranquila y espesa para sus amores, se acogen bajo las anchas hojas de la vid. La rama ingrata del bosque no les ofrece sino pobres orugas o duras bayas, en tanto que con los maduros racimos del sarmiento cubren regaladamente el festín nupcial. Y mientras convidan a la amada al ópimo banquete y distraídos entre el amor y la gula se columpian suspendidos del vacilante pámpano, el cazador los acecha y la muerte viene a buscarlos en el seno de los placeres.

»Y por cierto que ni estos ejemplos dolorosos, ni la predicación de los ancianos impiden a los jóvenes ceder a la pasión, en cuanto la selva toma colores rojos, y comienza a sonar en la sombra el ruido triste de las hojas secas.

»Nuestro príncipe no necesitaba lecciones ni consejos; su genio melancólico le apartaba de los peligros.

»Era lugar predilecto donde acudía, una fuente escondida en la maleza; el sauco y la zarzamora crecían en sus márgenes tan espesos y vigorosos, que sin cierto murmullo sordo semejante a los sollozos que arranca un pena oculta, nadie conocería la existencia del raudal.

»Pero así como en la vida urbana no hay secreto para la curiosidad de las mujeres, tampoco lo hay en el campo para la de los muchachos.

»Soltad media docena de rapaces de diez a quince años en lo más oscuro de una selva, en lo más fragoso de un monte, y a poco sabreis los menores detalles del lugar con prolija exactitud; ellos os dirán qué bichos moran entre las piedras y qué pájaros anidan en los árboles.

»Trás las moras de la zarza y los troncos del sauce, para comerse las unas y hacer tacos o truenos con los otros, llegaron a descubrir la fuente los muchachos, de donde huyó el mirlo sorprendido.

»Volvieron una y otra vez, y siempre hallaban al pájaro solitario que azorado batía las alas, y sin remontarse al aire escapaba pasando entre las espinas y las ramas.

»Resolvieron prenderle; compraron a una vieja morisca o renegada sin duda y preparadora de filtros, cierto gluten que esparcieron sobre las ramas y la piedras, que huellas infalibles señalaban por sitio preferido para posar el desgraciado príncipe.

»Vino y quedó preso; ¡qué algazara entre los jovencillos piratas! El mayor propuso venderle, otros querían guardarle: tomaron una resolución que conciliaba entrambos pareceres: «Juguemos con él, dijeron, hasta cansarnos, y luego le venderemos.»

»El segundo extremo parecía no deber estar muy lejano; según el arreo de los merodeadores, más al caso les hacían unos maravedises para emplearlos en pan, que aves de regalo para solazarse

»Próximo estaba un lugar donde la curiosidad de antiguallas y recuerdos reunía constantemente considerable número de viajeros. Allí venían de las más remotas regiones del universo, y cuentan que luengos años más tarde, ya de retorno en su patria respectiva, veía cada uno de todos los extranjeros la imagen de aquellos sitios en su memoria, como una de esas

estrellas pequeñísimas que lucen lejos, muy lejos en el cielo, sin ser jamás ofuscadas por nube ni tormenta.

»Entonces había entre esas gentes una niña cuya patria era la tierra de Occidente; una tierra más allá de los mares, donde se crían diamantes en la arena y perlas en las aguas: transparente y firme como el diamante era su corazón; suave y hermosa como la perla era su figura.

»Allí vinieron los muchachos con el pájaro; vió la niña que lo maltratraban, y les ofreció tanto oro por él, que desde luego se lo dieron.»

¡Iba a deshacerse el sortilegio! El príncipe iba a recobrar su forma y su ser primeros.

Yo esperaba con ansia la transformación; esperaba ver al galán afortunado en toda su prístina belleza arrojarse agradecido a los pies de su libertadora. ¡Hermoso cuadro! ¡Peregrina escena!

Pero el tiempo pasaba, y el mirlo no salía de mirlo; empecé a dudar de mi leyenda; principié a creer que soñaba. Después de acariciarlo buen rato la niña quiso darle libertad, y tendió al cielo su mano abierta, donde yacía el mirlo; el mirlo sacudió las alas. se levantó sobre los pies, miró a un lado y otro, y agachándose, partió con raudo vuelo y desapareció entre las hojas.

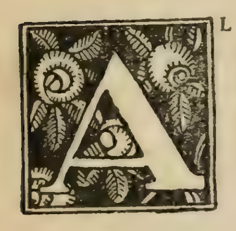
Entonces me persuadí de que la leyenda era cierta; no había llegado el momento de su desenlace todavía; pero dentro del pájaro había un alma de hombre.

Un mirlo hubiera sido menos ingrato... y menos tonto. No hubiera huído.



XVI

La Alhambra.—El guarda de la torre de la Cautiva.—Al pie del cerro.—Por la tarde.—Torres Bermejas.—Ocaso.—Despedida.

L siguiente día, bien temprano, llamé de nuevo a la puerta del alcázar de Boabdil. El mismo portero que la víspera, me abrió, pero esta vez su consigna era otra y me dejó entrar.

Me encontré en el patio de la Alberca. Un estanque, donde brillan al sol las escamas de los peces encarnados, ocupa la mayor parte de su anchura; dos setos de espesos arrayanes le bordan a lo largo, y su perenne verdura templa la ardiente monotonía de la cal y el mármol.

El mármol y la cal son dos materiales que la vista encuentra en el interior de la Alhambra. La piedra, empapada de sol, ha tomado un color de ámbar, la cal tiene suavísimo color de rosa. Estas tintas varían de intensidad, según la hora; a la del mediodía se funden en un tono general opalino.

Aquel estanque era el de las abluciones, tan usadas en la ley mahometana, en sus dos extremos, dos tazas con saltador le alimentan. En el costado sur del patio, dos galerías sobrepuestas con arcos y columnas, son el único resto del palacio de invierno; en la superior, el rompimiento del arco central representa líneas que recuerdan las de la arquitectura indostánica. En el costado septentrional, otra galería baja, semejante a la opuesta, abre paso a la torre de Comarech, según los sabios, Comares según el pueblo.

A dos causas se atribuye esta denominación: a haber trabajado en su adorno artífices naturales de la villa de igual nombre, y a que el estilo de su adorno pertenece al llamado por los orientales *Comarragía.*

Las galerías anteriores están prolijamente labradas al gusto árabe. Inscripciones cúficas fáciles de reconocer por la forma rectangular de sus caracteres, otras africanas, de contornos indecisos y curvos, enlazadas con nudos y flores, formando medallones y cenefas, recordaban al creyente los principios fundamentales de su fé: — *La gloria a Dios: la omnipotencia a Dios, la eternidad a Dios: sólo Dios es vencedor.*

La torre de Comares está ocupada por el *salón de Embajadores,* estancía magnífica, soberbia, donde, a pesar del tiempo, brillan el oro y los colores: su aspecto de riqueza y esplendidez no puede describirse, ni caeré yo en la tentación de detallar su adorno. En ella, como destinada a cortesanas y pomposas ceremonias, a deslumbrar los ojos de los enviados extranjeros, o persuadirlos de la gloria y grandeza de los soberanos granadinos, al lado de los motes religiosos aparecen inscripciones encomiásticas del rey fundador.

¿Quién no conoce el estilo poético y grandilocuente de esas inscripciones?:

«¡Oh, hijo de rey, y descendiente de reyes, y a quien las estrellas en alteza no igualan si a tí se comparan!...»

En esto convienen todos los arabistas, no así en la interpretación literal de las palabras, lo cual a mi modo de ver se

explica por lo alterado de los caracteres con remates, adornos y enlaces para la simetría y visualidad de la inscripción.

Pero la pompa y altisonancia del estilo literario árabe, lejos de parecer ridículas, armonizan maravillosamente con la solemne gravedad de sus actos, con la audacia intrépida de sus empresas, con la bizarría caballeresca de sus costumbres. Así lo comprendemos nosotros, y cualquiera otro retrato, nos parecería infiel y defectuoso.

La idea de Dios es la primera que figura en sus composiciones murales; luego, el elogio del príncipe o del héroe, con la hiperbólica enumeración de sus virtudes, y en fin, las bellezas de la naturaleza y del arte celebradas en imágenes y comparaciones; pero refiriéndolo siempre a todo Dios, calidades del corazón, producciones de la inteligencia, bellezas de la creación, como a único principio y origen de todo bien y de toda hermosura.

Los árabes son los coloristas del estilo. Lo que su ley les vedaba trazar con el pincel, lo escribían con la pluma.

De la sala de Comares pasad al patio de los Leones, del palacio a la casa. Ignoro el destino que el célebre patio tendría, pero al compararle con la anterior estancia, parece que debió ser el de morada y habitación de los monarcas.

Rica y espléndida su arquitectura, es más cariñosa, más familiar, digámoslo así; no impone, pero ¡ay! enamora. Aquellas ligerísimas columnas, que a trechos se aparean, como si una sola no bastase a sostener el peso de las bóvedas; estas bóvedas mismas de menudas pechinas, de afiligranados arcos que cuelgan del aire, como sostenidas por ocultos imanes, aquel matiz tornasolado de las paredes, aquel color ambarino del mármol forman un conjunto tan ligero, tan frágil, tan delicado, que no hay alma indiferente a su encanto, no hay pecho sordo a su halagüeña armonía.

Se ocurre al ver aquello, que los que lo hicieron, recordando su origen primitivo, conservaban algo de sus instintos y hábitos primeros: lo frágil, deleznable y transitorio de la construc-

ción árabe, parece un recuerdo de la tienda, su habitación primera.

Dos templetes, iguales y fronteros, avanzan en los dos cortados del patio. El grabado y la litografía los han popularizado; pero su vista sola da idea cabal de su gracia y su gallardía. Sus columnas, agrupadas de diversos modos, brotan de la tierra como otras tantas venas de un manantial copioso; sus festoneadas arquivoltas, sus bovedillas de arcos pendientes y abores estalactitas parecen los penachos del agua helada al caer y suspendida en el espacio por el conjuro de una maga.

La famosa fuente se compone de dos tazas sobrepuestas: la mayor descansa sobre las grupas de los toscos leones que dan nombre al patio. En ella, una inscripción hospitalaria, acogiendo al viajero, le dice:

«Bendito sea quien concedió al Iman Mohamad este palacio, el más hermoso de todos los palacios... Mira cómo estas madejas de perlas centellean por todas partes, y agitadas por la brisa se derraman cual menudo aljófar... Al contemplar esta pila, parece que es un artificio de hielo por donde destila el agua, sin saber cuál de los dos es el líquido... Y en verdad, ¿qué es esta fuente sin una nube levísima, que vierte sus raudales benéficos sobre estos leones, así como las manos del califa, que al nacer el día se prepara para distribuir abundantes dádivas entre sus campeones, leones de la milicia. ¡Oh, tú que contemplas estos leones! no abrigues recelo; la falta de vida les impide ejercer su furia...» (1).

El sol baña el patio, y acaricia amorosamente los encajes y filigranas de sus muros, los aleros se adelantan sobre esculpidos canecillos de alerce, y proyectan sobre la pared una sombra transparente en la cual juegan los vigorosos reflejos de la parte iluminada.

Aquella luz y aquel reposo explican muchos misterios del arte y de la vida de Oriente; es una atmósfera que adormece

---

(1) Lafuente Alcántara: Libro del viajero en España.

suavemente los sentidos, aletarga el cuerpo, y aguza la mente, y da nueva perspicacia y claridad al espíritu.

Eso que los franceses llaman *reverie,* no ha venido del norte; es un estado moral engendrado por el ardiente sosiego del mediodía. Para entregarse a él, para acrecerlo y saborearlo con mayor deleite, edificaron los árabes esta parte de su Alhambra.

Esto no se comprende en la visita apresurada que hacen la mayoría de los viajeros al paso y con las explicaciones mecánicas de un conserje. Pero yendo allí unas cuantas veces solo, abandonándose al plácido reposo que el lugar ofrece, meditando un poco a la sombra de los artesones, dejando vagar la mirada por los gastados mármoles del piso, y en el ambiente dormido y sereno que envuelve la construcción entera, se hace evidente.

¡Si viérais el efecto que allí produce el ruido lejano de pisadas, la voz humana, y sobre todo, el crujir de las ropas talares!

Los ecos de las estancias que dan a estas galerías, la sala de los Abencerrajes, la del Tribunal y la de las Dos Hermanas, tienen una sonoridad y dulzura singulares.

¡Qué paraje de reposo para el monarca fatigado del Consejo, para el guerrero cansado de la batalla! Su recuerdo solo y la esperanza de tornar a verle, ¡qué bríos darían al brazo, qué aliento al corazón!

El borbollar del agua, amoroso y sordo como el arrullo de las palomas, sonaba incesante en las mágicas estancias, y el aromoso vapor de las esencias enardecía el ambiente. Y el follaje de los mirtos y limoneros del jardín de Lindaraja, penetraba por el delicioso *mirador* para aspirar ansioso aquella atmósfera encantada.

Al perder aquello, era poco derramar sangre, su valor era más grande, su precio debía ser mayor. Lágrimas, lágrimas de hombre, que escaldan el rostro, y queman el alma, y dejan una señal deshonrosa en la historia; lágrimas por las que su madre

misma le avergonzase, debía costar su pérdida al último rey de Granada.

¡Sangre y lágrimas! ¡constantes compañeros del hombre! ¡huella siniestra de su paso por la vida!

Allí, en la Alhambra, en aquel lugar de delicias, en aquel asilo del placer y la molicie; en el alcázar de los sueños, en la alcatifa de flores, en el mágico recinto de las hadas y los amores, en el santuario de la pasión árabe, misteriosa, púdica, recogida y velada, allí encontráis esa huella fatal, terrible que sella la frente de la humanidad, como selló la de Caín la sangre del fratricidio.

¡La sala de los Abencerrajes! En la seca pila del centro, como un manto de púrpura caído sobre el brocal, una mancha roja, extensa, oscurece el mármol.

La historia y la tradición se disputan los pormenores del suceso; pero lo cierto es que hubo sangre derramada, y sangre inocente, y sangre vertida de alevosa manera.

¡Fué Boabdil o Abul-Hacen quien hizo matar a los Abencerrajes? ¿lo hizo por celos o por venganza? ¿murieron por valientes o por conspiradores?

El pueblo, que los lloró, conservó su memoria, y la transmitió a sus descendientes; y éstos, encareciendo la inocencia de las víctimas y la maldad del asesinato, creen que aquellos infortunados caballeros invocaban al morir el nombre de Jesucristo. ¡Buscaban en otra creencia el consuelo y la resignación de la hora suprema, que no podían encontrar en la suya!

En la inmediata sala del Tribunal están las curiosísimas pinturas, invasión del genio y civilización cristianos en el genio y civilización sarracenos.

Los críticos disputan si son obra de artistas moros o cristianos, la ley mahometana veda representar figuras animadas; pero en una de ellas, en la que representa los diez reyes moros; hay un carácter que sólo pudo ser impreso por quien seguia los preceptos del Corán.

Los graves rostros, las luengas barbas, las actitudes solem-

nes, el gesto mesurado dan una expresión augusta a aquel senado de monarcas, que deliberan de la paz o de la guerra, consultan el porvenir o la felicidad de su pueblo; la sangre juvenil se revela en los que llevan la mano al puño del alfange, la madurez y experiencia en los que la ponen sobre el corazón, como si atestiguasen la sinceridad de sus palabras.

Las otras pinturas pudieran muy bien ser cristianas. Representan cacerías, duelos, raptos, todos los episodios de un poema caballeresco.

Yo no podría referir minuciosamente mi primera visita y las consecutivas al alcázar árabe, sin caer en insoportable monotonía y molestas repeticiones. No podría aventurarme a describir sus aposentos sin mudar completamente la índole de mi relación.

Textos tiene el viajero que le ilustren y acompañen; yo *no estudio,* y paso como las ráfagas de aire que sólo cogen al pasar una hoja muerta o un átomo liviano de polvo.

Además de las fortificaciones, además del palacio, encierra el recinto de la Alhambra un pueblecillo, un convento, una parroquia; huertas y jardines. Yo vagaba al azar en torno del palacio de Carlos V: un pilluelo desarrapado se llegó a mí y dijo:

—¿Busca usted la torre de la Cautiva, o la de la Vela?—yo le enseñaré donde quiera.

—Enséñame a la torre de la Cautiva.

¡La Cautiva! ¿no hay en ese adjetivo solo toda una historia de dolor y desventura, de amor tal vez y de venganza?

Atravesamos varias callejuelas y entramos en un huertecillo donde algunos hortelanos cuidaban las plantas. ¿Necesitaré decir que había flores? ¿dónde no las hay en Andalucía? El sendero estaba guarnecido de rosas, alhelíes y precoces dalias. Andando por él me condujo mi guía a la puerta de la torre, y empujándola gritó:

—Tio Miguel, aquí hay un caballero.

Entré en una especie de zaguan: el tío Miguel se levantaba

de la siesta. Vi un ser animado rebujado entre andrajos en un ricón de la estancia que se movía y murmuraba no sé qué sonidos guturales; en medio de la oscuridad no se percibían bien los objetos, pero aquello que bullía y se desperezaba en el suelo parecía todo menos criatura humana.

—Deja abierta la puerta, aulló una voz ronca y quebrada.

Y con la luz del medio día pude ver claro y analizar aquel extraño sujeto.

Washington Irving no debió conocerlo; en otro caso, imposible que su imaginación no hubiera forjado una leyenda donde dar lugar al guarda de la torre de la Cautiva.

Es un hombrecillo pequeño, amojamado, sin carnes. Su cráneo y su rostro parecen esculpidos en granito por un artista ascético de nuestro siglo XVII: barba y cabellos escasos y amarillos los cubren como la macilenta vegetación de las rocas primitivas; sus ojos son dos ascuas escondidas tras el espeso pabellón de las cejas, su garganta un manojo de cuerdas, sus brazos un haz de sarmientos, su voz trémula y hueca, su paso vacilante, sus movimientos inseguros y vagos como de un cuerpo invadido y minado por la perlesía. ¡Figura siniestra, sepulcral, de espectro!

Me condujo a una estancia interior, cuyos ajimeces dan al camino salvaje y pintoresco, ya descrito, que pasa entre la Alhambra y Generalife.

La estancia, maltratada por la incuria y el humo, ofrece vestigios de una ornamentación rica en el estilo general de los interiores árabes. Aquellas torres de la Alhambra, tan rudas y macizas por fuera, eran por dentro fantásticos aposentos de mujeres, mansiones espléndidas de lujo y delicias.

El viejo se asomó a una de las ventanas, y señalando al fondo del barranco, dijo:

—Por aquí se tiró la Cautiva.

—¿Y por qué se tiró?

—Verá usté. Era una cristiana que *trujeron* presa los moros, y la tenían aquí encerrada, que por eso se llama esta torre, de

la Cautiva. Su amante cristiano venía por ese camino de abajo a verla, y ella se asomaba a este mismo lugar donde estamos. Un moro se había enamorado de la cristiana...

—Ese moro sería el rey, interrumpí yo.

—No, señor; pero era un moro muy principal; sería muy poderoso cuando entraba aquí, pero *no dicen* que fuera el rey.

—Siga usted la historia.

—Pues entró el moro muy resuelto para llevarse a la cautiva, y ella no pudiendo escapar, *saltó* por la ventana, y cayó abajo.

—¿Se mató?

—Por supuesto; pero subió acá el cristiano, y mató al moro, y entraron otros moros y mataron al cristiano.

—¿No dice la historia los nombres de esa gente?

—Sí dirá; pero yo no los supe nunca.

Y en verdad que sin los nombres, aunque menos verídica y precisa, parece más vaga y fantástica la sangrienta leyenda.

Nuestro diálogo continuó de esta manera:

—¿Hace mucho tiempo que vive usted en la torre?

—Desde que marcharon los franceses, *los primeros* franceses. Al día siguiente de marcharse ellos vine yo aquí. La torre estaba vacía; me dieron una estera por puerta y un clavo por llave; la estera Dios sabe lo que fué de ella; el clavo aquí está, y lo mostró.

El mismo día que vine planté un nogal, que es el que usted habrá visto a la puerta, y un rosal que está también cerca de él.

—¿Y para qué los plantó usted?

—Porque no había aquí *chispa* de sombra y el sol incomodaba. Y luego el que planta un árbol, señor, si no trabaja para sí, trabaja para los demás; nunca falta quien lo aproveche.

—¿Y usted qué era antes de venir aquí?

—Yo, nada.

—¿No ha sido usted soldado?

—No, señor; lo fué mi padre; yo *guardo* esto; aquí vienen

hasta rusos a dibujar; porque esta torre tiene mucho mérito; es más antigua que los moros; es de otros que llaman... los *benicios.*

—¡Hola!

—Sí, señor; porque primero son los *benicios*, después los *dogos*, luego los moros, y después los cristianos, que somos nosotros.

Después de esta explicación histórica y de subir a la azotea de la torre y saciar mi vista con el hermoso paisaje del Generalife, la garganta del Darro y el Albaicin, me despedí del tío Miguel.

Al salir cogió una rosa de *su rosal,* y me la ofreció diciendo:

—Ea, tome usted esa flor; eso huele bien y siempre *acompaña.*

¿Qué piensan mis lectores de la última palabra? En aquel hombre hay una mezcla de rudeza y sensibilidad que le hacen interesante. Sin el penoso trabajo que le cuesta ordenar sus recuerdos, y la fatiga visible que el hablar le causa, yo hubiera vuelto a entretenerme con él algunos ratos. ¡Qué crónica tan rica de cuentos y misteriosos relatos, un hombre que de sus *noventa y ocho* años ha vivido cincuenta en aquella torre y a la sombra de aquel nogal!

Atravesé el bosque y bajé a Granada; iba a buscar el contraste de las impresiones que en la Alhambra había sentido; del mundo árabe, finado ya, concluído, sombra de la poesía, recuerdo de los anales, quería trasladarme al mundo cristiano, vivaz todavía, aunque decaído; al mundo de los conquistadores, de los victoriosos, de los exterminadores ¡ay! del pueblo cuya memoria tiene todavía tanta luz y tanta magia.

Bajé, pues, y me encaminé a la catedral. En una estrecha y humilde plaza levanta su robusta arquitectura el templo de Felipe II. Uno de los artistas de más nombradía de España, uno de los fundadores del renacimiento greco-romano en nuestra tierra, el burgalés Diego de Siloe, fué encargado de la obra. Era hombre de ciencia, de buena concepción, atrevido cons-

tructor y arquitecto eminente, y de todas estas cualidades dejó muestra evidente en la catedral de Granada.

La fachada es un noble cuerpo. En su centro, sobre la puerta hay un hermoso medallón que representa la Encarnación del Verbo, trabajo de José Risueño.

Este nombre sonará desconocido a los oidos del viajero. Después de examinada esta obra suya, dejará de serlo. Esto sucede frecuentemente en Andalucía. Lo que aquel país ha producido de genio y de talento artísticos ¿quién lo sabe? A menudo os encontráis un lienzo, una escultura que os sorprenden; preguntáis quién lo hizo, y si hay quien os responda, oís un nombre nuevo y oscuro, que a vista de lo que vale, os avergonzáis de ignorar, y le ofendéis involuntariamente con la duda. Risueño, escultor valiente, es conocido en Granada; pero ¿y fuera de allí?

Entré en el interior de la catedral.

La obra de Diego de Siloe es grandiosa y vasta. Cinco naves se elevan sobre grupos de columnas corintias a extraordinaria altura. El señor Lafuente Alcántara, cuyo *Libro del viajero* me acompañaba siempre en Granada, da por causa a la excesiva altura de las bóvedas la frecuencia de los terremotos, y la mayor solidez que exigen las construcciones sobre suelo tan inseguro.

Es lo cierto que esta desproporción daña a la perspectiva general.

Yo quería experimentar allí el sentimiento místico, ver desaparecer la idea de examen, la de arte ante la idea de devoción, de culto, pero en vano. Y por tercera vez en el curso de mi viaje me persuadía de que hay sensaciones tan hondas e indelebles que prevalecen sobre todas las sucesivas, o que han absorbido tan grande caudal de vida, que no queda bastante para animar a las que vienen después.

Allí estudié obras de Alonso Cano y de Atanasio Bocanegra. Al primero le conocemos en Madrid, al segundo no. Sus lienzos de la catedral parecen ennegrecidos. El color es duro, y en

algunos seco; la composición es muy desigual; diríase que esparcía las figuras sobre la tela una después de otra, sin haber meditado de antemano el conjunto; se ve que tenía más imaginación que estudio, más obras que tiempo para ejecutarlas.

Sus lienzos mejores están en iglesias que no tuve ocasión de visitar.

Pegada a la Catedral está la capilla de los Reyes Católicos, lugar de su entierro.

Una mano de cal profanó el venerable monumento; nada más indigno; nada más irreverente que aquella alegre y fresca blancura de las paredes. Respetaron los escudos y divisas y la inscripción que corre alrededor de la nave; ¿para qué? Aquellos pardos y añosos jirones no hacen más que realzar la torpe ignorancia de los enjalbegadores; dejaron libre la faz del anciano para que sintiera mejor el ultraje hecho a su dignidad y a sus años, y le pareciera en ella el rubor de la vergüenza.

El sepulcro de doña Isabel y don Fernando es una joya de arte. Rico alabastro es la materia, labrada, cortada, rizada y pulida por habilísimo cincel. El de sus hijos doña Juana y don Felipe está a su lado; más aparente, pero menos bello. Uno y otro tienen estatuas yacentes.

Debajo en una bóveda, sobre poyos de piedra hay cuatro enormes ataudes de plomo, y uno más pequeño. En aquellos yacen los cuatro reyes, y en el quinto el príncipe don Miguel. Una inicial gótica, de bronce, en un costado de la tapa, indica cuál es cada uno de los cuerpos. El guardián pone irrespetuosamente la mano sobre el plomo y deja gotear encima la cera con que alumbra; nadie se queja, nadie se irrita: ¡el polvo allí encerrado es igual al del último vasallo! ¡terrible nivel de la muerte!

Cerca de la Capilla Real está la de los Pulgares; allí yace Hernán Pérez, el de las Hazañas, el valiente servidor inmediato a sus reyes aun en el sepulcro.

En el mismo lugar estuvo la puerta de la mezquita, donde penetrando una noche con inaudita audacia por las calles de

Granada, clavó su puñal un listón con el mote «*AVE MARIA*». A la mañana siguiente el moro Tarfe paseó a vista del campamento cristiano el lienzo atado a la cola de su caballo en reto y desafío, y saliendo el joven Garcilaso hizo campo con él y le mató, ganando el sagrado mote para blasón de su familia.

Saliendo de la Catedral quise dar la vuelta alrededor de ella, y pasé por la calle de la Cárcel baja.

Mi pie se detuvo involuntariamente; ¡mis ojos dudaron de lo que veían!

Junto a la puerta del Perdón un moro, sentado en el suelo, ¡pedía limosna! Los padecimientos habían alterado las nobles facciones de su rostro, cuyos ojos enfermos abrigaban unas antiparras verdes. Tenía un turbante blanco, de blancura hollada y marchita por la miseria, arrollado a la cabeza y envuelto en un jaique listado, gris y negro, extendía una mano nerviosa y fina para recibir la limosna.

¡Un moro mendigando a las puertas de la Catedral de Granada! ¡Qué lección histórica! ¡Qué ejemplo de fortuna y de rigor implacable del destino!

Aquel hombre para mí representaba un pueblo entero, un pueblo proscripto, humillado, reducido a padecer hambre y miseria allí donde fué rico y soberano, a mirar en manos ajenas el bien que fué suyo, a mendigar un sitio a la sombra del olmo o del laurel que plantaron sus abuelos!

Un niño acostado a su lado, reclinada la cabeza sobre las rodillas del hombre, dormía apaciblemente. ¡Pobre niño! ¿Significaba acaso que aún las iras de la suerte no están satisfechas, y que su peso amenaza a las generaciones venideras de aquel pueblo desventurado?

Las plantas, lejos de la patria, en suelo ingrato y extraño, languidecen y expiran sin dejar semilla que engendre nuevos seres; su desgracia acaba cuando ellas mueren. ¿Por qué no sucede lo mismo al hombre? ¿Por qué esa ley dolorosa y cruel que le hace transmitir su desventura y su infortunio a aquello que más quiere: a sus hijos?

¡Cuánto me hizo pensar aquel grupo miserable! Quise hablar al moro, pero me detuvo el temor de que su respuesta disipase mis ilusiones; quise darle limosna y me detuvo el respeto de su infortunio; quise, en fin, decirle: «no te quedes en el umbral, ve más adentro, más adentro está el que sana las enfermedades del cuerpo y las heridas del alma; arroja lejos de ti ese turbante, entra en el templo cristiano, abrázate a la cruz y ella te consolará y te dará remedio»...

¡Cuántas vacilaciones e incertidumbres como ésas tiene el alma! ¿Cómo no las vence, sabiendo que en pos de ella viene infaliblemente el pesar de no haber puesto por obra la idea primera?

Volví otras veces a buscarle y no le volví a encontrar, pero su aire de resignación y nobleza, su profunda miseria y la del niño que dormía en su regazo, quedaron tan profundamente grabadas en mi memoria, que, a ser pintor, sabría retratarlos.

Cuando subí de nuevo a los Siete-suelos, la mesa nos aguardaba. Me tocó en ella un lugar inmediato a Mr. M., jefe de la familia a que pertenecían las dos jóvenes inglesas que había visto la víspera. Las niñas se agrupaban a ambos lados de su digna madre cerca de nosotros.

Hicimos conversación de la belleza del lugar y de los recuerdos árabes de Granada. Mr. M. se mostró persona de entendimiento y gusto artístico. Su ameno y urbano trato era de estos que inspiran pronta y respetuosa confianza. Le conté mis impresiones de la víspera y de la mañana; me habló, en cambio, de la suyas; me ponderó la belleza del paisaje visto en la tarde desde las torres de la Alhambra y me dijo que ellas eran su paseo de todos los días, al cual me invitó con la mayor cortesía a acompañarles.

Terminada, pues, la comida, nos dirigimos a Torres Bermejas. Son dos torres unidas por un muro bajo, más alta la una que la otra; están fundadas sobre una de las dos cumbres que forma el cerro de la Alhambra, en su parte occidental; en la otra está la torre de la Vela, y por la garganta que entre am-

bas lomas se hace, serpentea la cuesta de los Gomeles, y asoman las pomposas copas de los primeros árboles de la Puerta de las Granadas.

En los cimientos de Torres Bermejas hay mazmorras, que sirvieron de prisión a cristianos. El pueblo conserva la memoria de sangrientos martirios acaecidos en ellas.

Subimos a la torre más alta; sobre su azotea se eleva un mirador ocho o diez escalones. Allá subí y tendí la mirada en torno mío.

—¿Dónde están la pluma y los colores que puedan bosquejar siquiera aquel magnífico y espléndido paisaje? ¿Dónde el arpa que cante, la voz que refiera los inmortales recuerdos que le animan?

La vega, la inmensa vega se extendía en el fondo, verde tapiz manchado por los negros olmos y los sombríos laureles sobre el suave y placentero color del cáñamo florido.

Sierra Elvira, montaña de desolacion, roca maldita, se alzaba en medio de aquel paraíso como una amenaza o un escarmiento. En su falda se agrupan temerosas las casas del pueblo de Atarfe, mientras otras, más venturosas, se esparcen por el llano, se abrigan en sus bosques y reflejan sus blancas paredes, en las aguas del Genil, del Beiro o de otro de los infinitos raudales que como una red de cristal cubren la llanura.

Lejos, muy lejos, se descubre apenas Santa Fe. No se distingue si es polvo o niebla el velo que la emboza y cobija.

Más cerca y a la izquierda está Armilla. Tendido en sus contornos el ejército cristiano, el día 2 de enero de 1492 esperaba la señal que desde la fortaleza granadina debía anunciarle el momento de marchar y apoderarse de su conquista.

¡Espectáculo glorioso! La grama que en aquel suelo de bendición no se agosta nunca, verdeaba en el llano. El sol sonreía a la victoria de la Cruz, la reina había mandado que los soldados vistieran sus mejores ropas y arneses, y rodeada de sus capitanes, de los prelados y damas de su corte, aguardaba impaciente el anhelado instante; el brocado y el oro, la púrpura y

el terciopelo mostraban su riqueza y sus colores. ¡Qué ondear de garzotas en el viento! ¡Qué tremolar sonoro de estandartes! ¡Qué fulgurar de aceros! ¡Qué redoblar de tambores! ¡Qué herir el viento las marciales trompetas!

¡Qué gozo, qué alegría, qué generoso contento en los escuadrones españoles! ¡qué duelo, qué tristeza, qué lágrimas dentro de los rendidos muros!

En fin: he ahí que sobre la torre de la Vela brilla la cruz de plata del cardenal de España, el conde de Tendilla tremola a su lado el estandarte real, suenan tres cañonazos, y los gloriosos pendones de las órdenes militares coronan las almenas de la Alhambra. Un clamor profundo, religioso, sublime, sube al cielo; reyes, capitanes y soldados doblan la rodilla; el éjército entero da gracias al Dios de las batallas, y en los aires suena el himno de alabanza:

—Te Deum laudamus, te Dominum coufitemur».

El rey vencido, en tanto, acompañado de algunos caballeros, habia salido por la puerta de los Siete-suelos, y bajando por el escarpado cerro de los Mártires, se dirigía al real cristiano.

En aquella ermita de San Sebastián, que blanquea a orillas del Genil, y conserva todavía su puerta morisca, se encontró con don Fernando. Hizo Boabdil ademán de descabalgar, y aún sacó el pie derecho del estribo; pero el aragonés le detuvo. Luego recibió de su mano las llaves de la Alhambra.

¡Qué día para España! ¡Por primera vez podía usar ese nombre después de siete siglos, siete siglos de lucha, de matanza, de ruína, de desastres! Aquel día el pueblo de España era nación, nación unida, potente, valerosa, y la corona de España era verdadera corona de rey! Hasta entonces el pueblo había sido hueste, hueste intrépida, pero nómada, siempre en tala y correría; y la corona del monarca, morrión de caudillo nunca rendido por la derrota, pero no siempre mimado por la victoria.

¡Oh, qué hermosa aurora! ¡Cuántas dichas y fortuna presa-

giaba! ¡Qué prosperidad y qué poder para los dueños de tanto valor y de tanta fuerza!

Al ver aquellos reyes y aquellos soldados, leyendo en sus rostros la revelación de lo futuro, y en sus frentes el sello del cielo a grandes destinos, la historia preparó sus buriles, la alada gloria voló a segar sus bosques de laureles.

¡El laurel! Ese es el árbol de Granada; allí crece espesísimo y robusto, sus hojas afiladas cortan la brisa que gime doliente entre ellas, y el sol las hiere con vislumbres acerados.

Esas ráfagas oscuras que manchan la alfombra risueña de la vega, como las pinceladas atrevidas de un pintor de genio, son grupos de laureles.

Antes de que anochezca, fijemos una mirada en la Alhambra.

El rojo palacio del emperador asoma sobre la pomposa bóveda del bosque. ¡Qué silencio en las hojas! ¡Qué riqueza de matices aterciopelados! ¡Qué abismo de sombra, semejantes a los del océano, y como ellos henchidos de terrores y misterios! La torre de la Vela con su campana, que es a la vez una voz y un brazo, una oración y un arma, se levanta dominando el cáuce del Darro y el Albaicín frontero; a sus pies los adarves cristianos parecen guardia de honor de la soberana; es el rey cautivo, es el último resto de los antiguos dominadores, porque todo lo demás lo esconden los árboles, y sobre sus cimas no se ve más quc el palacio imperial y los campanarios cristianos.

Por encima de ellos suben los cipreses de Generalife envolviendo las blancas habitaciones, y la ancha loma del cerro de Santa Elena domina el paisaje.

Entre oriente y mediodía se levanta Sierra Nevada, doncella tocada de blanco, reina con manto de armiños, ara sublime, inmaculada, donde ofrece la naturaleza sacrificio incruento al Dios omnipotente creador de tanta maravilla.

El sol desciende, sepultándose allá en los montes de Alhama; arde el horizonte encendido; inflámase Sierra Elvira, y parece

diáfano alabastro que deja ver el fuego encerrado en sus entrañas; pero ¿qué luz misteriosa es la que baña los opuestos montes, y la virgen nieve de su cima? Imposible describirla; fué primero purpúrea tinta, semejante al reflejo de la llama, fué poco a poco palideciendo y tornándose violada, y una vez oculto el sol y desplegadas sobre el espacio las alas azules de la noche, refleja este color transparente y se cubre de azules matices.

En el último momento del día pasa el iris por aquella nieve; sus colores cambian cada instante, y cuando ya las tinieblas densas envuelven la naturaleza, todavía blanquea en los aires como el velo blanco de una aparición encantada.

La mano de Dios ha reunido en Granada diversos accidentes, que cada uno de ellos por sí bastaría a hacer hermosa una región de la tierra.

¡Qué sosiego y qué melancolía tiene allí la tarde! ¡Qué amor en el cielo, qué paz en el aire, qué silencio triste en los monumentos!

También nosotros callábamos, como abrumados bajo el peso de las sensaciones. Una palabra sola, de vez en cuando, una observación rápida, fueron toda nuestra conversación.

La hermosura de la naturaleza se realza y crece reflejada y comprendida por el alma humana.

En los rostros que me rodeaban encontré yo el sentido de muchas armonías incógnitas, la explicación de muchas bellezas que admiraba sin comprenderlas.

Mr. Wyon, pintor inglés, que estaba estudiando los tipos y paisajes de Andalucía, nos había acompañado. Conocedor de la práctica del arte, podía estimar la pobreza de su medios, comparados al opulento modelo que admirábamos.

A esa hora del anochecer, almas y ojos se entristecen. ¿En qué consiste esto? Para los que han mediado ya su jornada, puede ser dolorosa esa invasión de los recuerdos que la tarde agolpa; pero ¿dónde está el origen de la tristeza de aquellos cuya existencia es toda porvenir?

Mina asomada al pretil, miraba la ciudad tendida a nuestros pies en el fondo del valle; las luces de la noche iban esmaltando poco a poco el confuso laberinto de las calles. Los ruídos sordos y desiguales de la población subían hasta nosotros como un rumor lejano de mar inquieta.

La dulce y poética niña alzaba a veces sus claros ojos a las estrellas, pero la atracción de los ruídos terrenos se los hácíá bajar ál valle.

Así está ella asomada al borde de la vida; sus grandes y cándidos ojos interrogan llenos de curiosidad sus arcanos, su oído espía sus confusos rumores.

¡Oh, por qué no es posible dilatar el día de la revelación! ¡Por qué no puede una alma permanecer en esa aurora de inocencia y de deseo!

Nelly en tanto descansaba en los escalones del mirador con la mejilla sobre la mano o levantándose paseaba lentamente la azotea; miraba al cielo, y su respiración disimulaba a veces un suspiro; estaba más adelantada en la vida y parecía preguntar al cielo si era en él donde se escondía algo que ella había buscado inútilmente en la tierra.

¡Tarde inolvidable! ¿Qué podré referiros después de haberla recordado?

Los ocho días que viví en Granada los pasé en la Alhambra. Sentado en el patio de los Leones, junto a la fuente de los Abencerrajes o sobre el sepulcro de la sala del Tribunal, absorto en aquella luz mágica que lo inunda y en el nacarado y suavísimo color que viste las paredes, meditando sobre los que *fueron*, y viendo surgir del olvido y de la muerte sus sombras y sus recuerdos, ni sentía el paso de las horas ni los pensamientos amargos que la soledad engendra. Hay infortunios tan grandes, que a su vista los propios males o se olvidan o parecen llevaderos.

Allí solía encontrar a Rafael Contreras, amable compañero, arquitecto encargado de las restauraciones. Conversábamos y uníamos nuestros recuerdos; la idea de la ruina completa de la

Alhambra venía a menudo a nuestros labios, y revolvíamos los modos de retardarla, que el evitarla es imposible.

Id pronto al noble alcázar; daos priesa los que queréis verle y saludarle, los que buscáis impresiones y recuerdos para enriquecer vuestro corazón y vuestra memoria; daos priesa, artistas y poetas, antes de que cese de existir y quede cegada una de las más ricas venas de inspiración y de poesía.

Otras veces subía con Wyon al Generalife; los reyes moros rodearon aquellos jardines suyos de laureles y cipreses; abajo en una hondonada bulle la ciudad; los rumores de las pasiones humanas, ardientes, inquietas y peligrosas, pasando a través de aquel follaje, símbolo de la eternidad y de la gloria, pierden su mala levadura terrestre y llegan al oído como las puras e inocentes voces de la naturaleza.

Al pie de un muro están dos viejísimos cipreses, uno de ellos decrépito ya y caduco cede al peso de los años; el otro lleva nombre de «Ciprés de la Sultana». ¿Por qué no «de la calumnia?» Calumniadores supusieron que cerca de su tronco, al amparo de los arrayanes y rosas, veía la reina, esposa de Boaddil, a su amante Abencerraje, y esa calumnia engendró la sentencia de muerte de la tribu entera.

Un río, encerrado en estrecho cauce de piedra, ruge y corre a lo largo del jardín. De terrado en terrado se sube por el flanco de la montaña hasta cerca de la cumbre, coronada de gigantescas huellas de edificios: desde ella los ojos abarcan la vega; luz nieve, frescura, hojas, color, vida, armonía, el paisaje sublime, sin igual, sin semejante, que arroba el alma y hace brotar en ella el himno de admiración y de alabanza, la hermosura de la creación y la gloria del Criador.

También vagué solo por la orilla del Darro, siguiendo el camino del Sacromonte y de la fuente del Avellano. Aquella vista no se olvida; el cerro de la Alhambra se alza tajado sobre el río, que mina poco a poco sus cimientos y concluirá un día por abatir su orgullo; en la escabrosa y áspera pendiente crecen los gallardos chopos piramidales, ondulando al aire y mezclan-

do sus ramas cercanas cuando el viento los sacude, y sobre su fresca y plácida verdura, la robusta torre de Comares alza su tostoda mole entre el mirador de la sultana y los adarves que van a la torre de la Vela.

El rojo de los muros, el verde de los árboles y el azul del cielo son los tres colores del paisaje granadino, colores intensos, crudos, desapacibles, pero templados tan admirablemente por las veladuras de aquella luz sublime, que la vista del paisaje, entrando por los ojos, llega hasta el alma, y se graba amorosamente en ella.

Bien poco visité la ciudad, y eso que los nombres de sus calles y los restos de muros y el barrio entero del Albaicín, encaramado en su cerro de San Miguel, y las casas y las gentes, y la tribu de gitanos viviendo en soterradas ruinas, despiertan y provocan poderosomente la curiosidad y el interés de viajero.

Pero ¿no sabéis, y he repetido yo mismo, que en la Alhambra hay sombras cautivas, encerradas en sus torres, prisioneras en sus patios, cuya suerte es vagar silenciosas y contemplar las ruinas sin poder quebrantar nunca los misteriosos hierros que las encadenan? Pues esa era mi suerte.

Y meditando en ella, los árboles y las piedras tomaban a mis ojos mayor precio, porque penaba cuánto de vida en recuerdos y aspiraciones, en miradas y suspiros, habían dejado en ellos los que me han precedido.

Y ahora, lector curioso e indulgente que me has acompañado, sólo me resta darte las gracias por tu condescendencia.

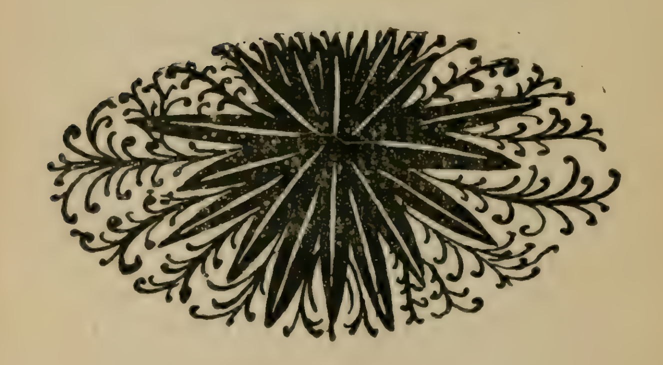
El término de la jornada es grato al peregrino, que puede sentarse a la sombra del hogar, donde encuentra oídos atentos a su relato, y corazones que simpatizan con sus recuerdos. Distraído por esta ilusión halagüeña, he dejado sobradamente acaso aparecer en la escena al viajero, objeto indiferente para el público que ha de leer sus impresiones.

Perdóname este egoísmo, sin el cual estas hojas no tendrían razón de existir. Más atrevido o menos preocupado que otros

he referido un viaje que tantos han hecho y que tantos pudieron haber escrito mejor.

Hallarás que paso harto de ligero por todas partes; lo hice por temor de serte enojoso o parecerte pedante. Mi objeto no era ni podía ser enseñarte; sólo aspiraba a entretener tus ocios un momento.

Pero si por un azar que no espero, mi pobre relación moviese tu voluntad a visitar la noble tierra que describo, para bien tuyo y en pago del favor que me has hecho, te deseo que la halles tan buena y tan hospitalaria como lo fué conmigo.





INDICE

I N D I C E

Páginas